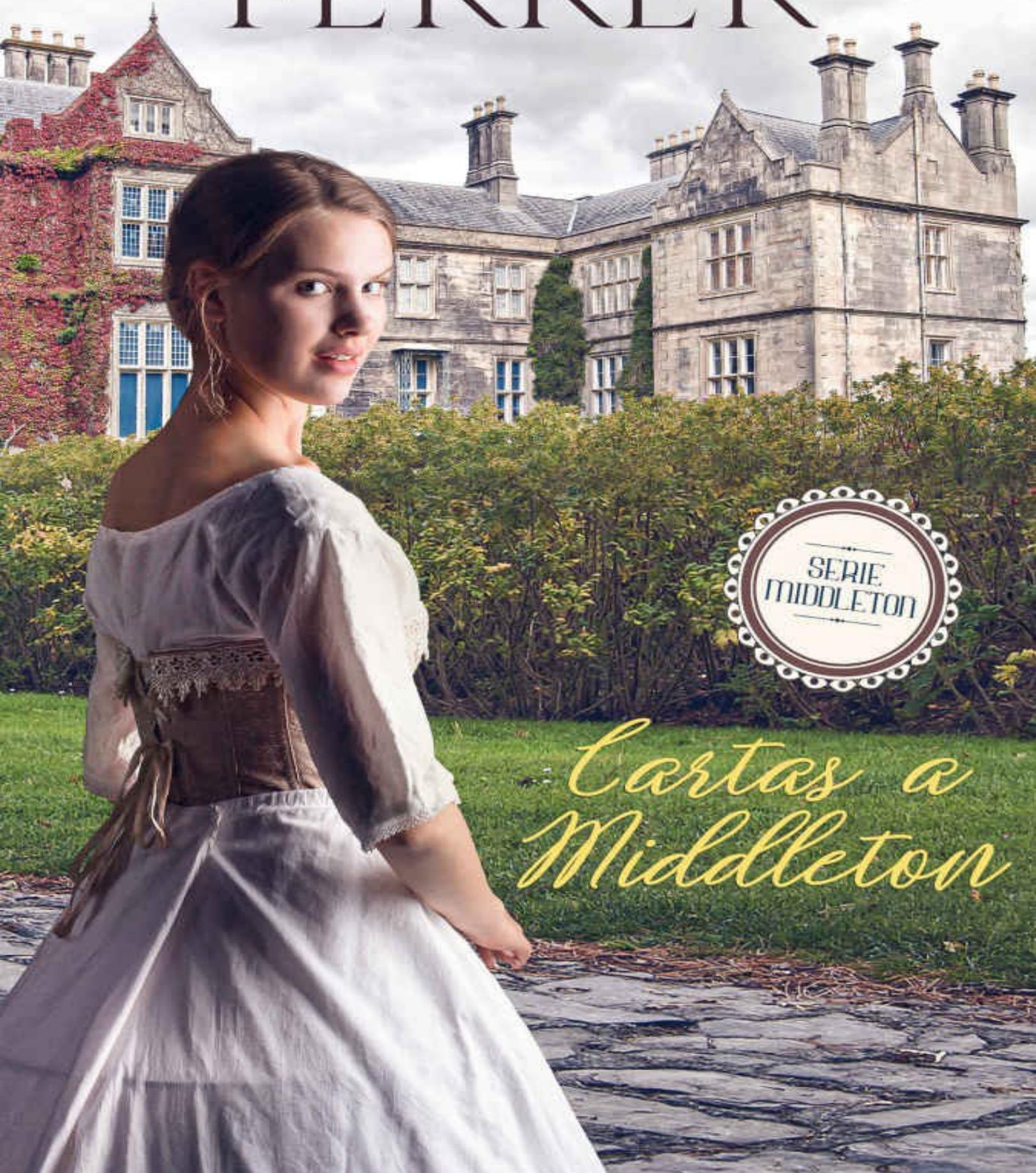


# PATRICIA GARCÍA FERRER



*Cartas a  
Middleton*

## Cartas a Middleton

# Cartas a Middleton

Saga Middleton #1



PATRICIA GARCÍA FERRER

Copyright © 2020 Patricia García Ferrer  
Todos los derechos reservados

Diseño de la cubierta: Germancreative  
Imágenes de la cubierta: Depositphotos.com  
Fotografía de la autora: Archivo de la autora

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

Primera edición: julio 2020  
ISBN:

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y los siguientes del Código Penal).

*Mis sentimientos y mis deseos no han cambiado,  
pero una palabra tuya me silenciará para siempre.*

- Jane Austen.

*Middleton Post. 6 de febrero de 1868*

*Queridos lectores,*

*Ha llegado a la misma puerta de mi casa el mayor de los escándalos del condado. Desde este instante, el descuido de Louise Welling del verano anterior ha quedado en el olvido. Lord Williams y su familia han caído en desgracia. Varios eran los rumores que corrían sobre la mala fortuna en el juego del mayor de los hijos del antiguo y cascarrabias Coby Williams, pero puedo confirmar que no queda fortuna familiar que no haya sido malgastada. Al parecer, y según confirman fuentes de confianza, cierto caballero debe no solo su fortuna sino la de algunos otros amigos de buen corazón. Pobres sus hijos y su amada esposa.*

*Lady Middleton*

*Middleton Post. 20 de junio de 1876*

*Queridos lectores,*

*Todo parecía indicar que la mayor de las hijas Westworth jamás contraería nupcias. No era un secreto sino un propósito que ella misma, Margaret Westworth, había reiterado con convicción en más de una ocasión. Los actos sociales, los bailes y los juegos con el abanico eran momentos que no merecían su atención. Pero en esta ocasión, no importa cuánto desee la joven alejarse de los entresijos de los salones o de los cuchicheos del pueblo, su padre ansía que continúe con el linaje Westworth y su vida está a punto de cambiar. Tal vez el culpable de estos precipitados acontecimientos sea el Señor Westworth o, tal vez, un apuesto caballero proveniente del norte que prometía despertar los corazones adormilados de las jóvenes del condado.*

*Lady Middleton*

# CAPÍTULO 1



*17 de junio de 1876  
Middleton, Inglaterra*

—No puedo creer que Lady Middleton sea lo único que os interese leer del periódico del pueblo —dijo Margaret Westworth mientras arrojaba indignada el trozo de papel sobre la mesa del comedor—. No hay nada con cierta seriedad en sus comentarios que deba tenerse en cuenta.

—¿Lady Middleton regresa con noticias? —la menor de las hermanas Westworth se levantó de la mesa con energía para recuperar la hoja en la que se recogían los succulentos y recién publicados cotilleos. A su paso, movió con ímpetu el mantel de la mesa arrojando algunos panecillos que tanto cuidado y esmero se disponían en torre sobre una de las bandejas. Los vasos casi derramaron su contenido y Margaret, concedora de la energía de su hermana, agarró con fuerza la mesa para evitar que ellas no fueran detrás de aquel gran terremoto.

—Insultan nuestra inteligencia. —la indignación de la mayor de las hermanas crecía por momentos ante el entusiasmo del resto de miembros de la familia. No podía creerse cómo aquellas palabras tan hirientes sobre su persona podían interesar tanto.

—Hermana, estos panfletos no están escritos para las mujeres —dijo Rose Westworth mientras aireaba por encima de la cabeza la octavilla de Middleton orgullosa de ser la mayor seguidora de aquella sección del periódico local — Economía, venta de ganado y tierras... Carece de interés. Sin embargo, la sección de Lady...

—Si todos supieran quién es Lady Middleton, sus comentarios atrevidos y sin pudor carecerían de interés, ¿no crees? —Margaret sembró la duda y la reflexión entre sus hermanas que con rapidez se miraron la una a la otra y regresaron a las palabras avispidas y mordaces—. Ninguna mujer en su sano juicio debería disponer de tiempo para rumores sin fundamento.

Margaret era, para su desgracia, la más sensata de las tres hijas del señor Westworth. Durante años había cultivado su mente a través del poder de la palabra en libros y cartas. Era capaz de tratar la mayoría de los temas que pudieran interesar a caballeros y entablar con ellos conversaciones con criterio. Sin embargo, carecía de algunas, o muchas, de las habilidades sociales requeridas para una dama. Jamás había pretendido serlo y a pesar de que la misteriosa Señora Middleton pusiera todo su empeño en dejar en evidencia sus carencias y su falta de interés por capturar un marido, ella se mantendría fiel a sus creencias.

—Estás enfadada porque la autora de estas líneas siempre encuentra un momento para criticarte. —sugirió la mediana de las hermanas con un ligero tono altivo.

Todas las mañanas, cuando llegaba la temporada social, se repetían una y otra vez las mismas escenas en el desayuno y Grace estaba cansada de que su hermana les sermoneara con su falta de prudencia al creer aquellas palabras.

—No seas necia, Grace —la insinuación del interés de Margaret en figurar en las páginas de sociedad era una broma entre hermanas que bien sabían que era disparatada, pues la mayor de las hermanas deseaba acaparar la atención de la lengua viperina de esa mujer tanto como los adúlteros necesitaban ser reconocidos.

—¿Y en qué deseas que invirtamos nuestro tiempo, querida hermana? —preguntó con sorna Rose mientras se llevaba con delicadeza refinada la taza de té a la boca provocando la risa de Grace y agrandando la frustración de Margaret—. Esto es Middleton, no ocurre nada emocionante en Middleton. Nunca —dramatizó la pequeña de la familia.

Rose era un espíritu libre con ganas de volar lejos de las cuatro fincas del condado, pero jamás, en sus dieciocho años de vida había puesto un pie más allá de las tierras de Robert Pulman. Para ella, Lady Middleton era un soplo de aire fresco. Es posible que para su tierna edad conociera los secretos de la mayoría de los lugareños de Middleton y de algunos que procedían de más allá de las fronteras del pueblo.

—En el fondo la admiras. Admítelo —insistió Grace mirando a su hermana mayor.

—¿Admitir que me interesan los cotilleos de este pueblo? —el color en el rostro de Margaret comenzó a cambiar de un color pálido a otro propio de una persona con pocas ganas de seguir hablando de forma decente.

—Si te hubieras casado el año pasado con el señor Martin tendríamos la posibilidad de encontrar entretenimiento en los actos sociales y recreación con otras conversaciones. Sin embargo, estamos obligadas a perder otra temporada. —criticó Grace.

—¿Ahora la culpa es mía? —cuestionó enfurecida Margaret mientras no dejaba de observar a sus hermanas.

La discusión entre las hermanas había alcanzado un nivel de tensión alarmante. El cuello estirado de Margaret dejaba paso a un rostro tomado por el color carmesí. La provocación de sus hermanas menores había dado sus frutos porque el enfado de Margaret era evidente.

—Sí. — gritaron las dos hermanas a coro divertidas.

Rose y Grace quedaron durante un segundo en silencio tras comprobar la falta de gracia que habían tratado de transmitir a su hermana. Las dos miraron fijamente a Margaret y por la tensión de su cuerpo interpretaron que la mayor de ellas estaba a punto de estallar. Quizá habían sido demasiado duras con su hermana mayor. Justo en ese instante, Margaret rompió el silencio con una gran carcajada y sus hermanas le siguieron.

—Sin duda, Lady Middleton tiene la capacidad de enterarse de todos los secretos íntimos de la sociedad de Middleton y por ello la admiro. —confesó Rose mientras se terminaba su enfriada taza de té.

—Rose, querida, deberías admirar a personas que hayan aportado algo más interesante al mundo y no una retahíla de chismes y suposiciones sobre amoríos.—Margaret censuró el comportamiento y las aficiones poco profundas de su hermana.

—Deja que la pobre se encapriche y obsesione con aquello que le haga feliz, tampoco hay muchos entretenimientos que digamos en que ocupar nuestro tiempo. —sugirió Grace ante la crítica que Margaret había hecho sobre el comportamiento de Rose.

—Algún día averiguaré quién es Lady Middleton. —prometió de forma solemne la pequeña de la familia Westworth. Era tenaz y constante en aquellas cosas que cautivaban su interés así que, sin duda, alcanzaría el éxito.

Con esta firme promesa pronunciada por Rose y terminado el desayuno, todas se retiraron a sus quehaceres. Rose salió al jardín para recolectar el fruto del escaramujo, que tenía las ramas demasiado salvajes, con el fin de que la cocinera de la residencia preparara unas deliciosas mermeladas. Grace retomó la lectura de “La dama de las camelias”, novela romántica que su tía le había regalado semanas atrás. Y Margaret se retiró a su dormitorio.

Tras la muerte de la señora de la casa hacía unos años a causa de unas graves fiebres, la joven Margaret se había visto obligada a representar a la familia en sociedad. Para ella, sin embargo,

era más un castigo que una bendición.

Lejos de encontrar placer en los bailes de salón, en los trajes voluminosos o en los juegos de seducción con los abanicos, la mayor de las hermanas Westworth solo deseaba pasar una temporada más sin ser el foco de atención de miradas lascivas.

A pesar de sus duros intentos por no acaparar miradas, su tez pálida y su larga melena oscura siempre eran comentadas en cada reunión social, su compañía solicitada en cada baile y sus palabras halagadas en cada conversación. Las madres de todos los jóvenes caballeros en edad casadera adoraban su posición social, su fortuna y, por supuesto, la sensualidad con la que su cadera y sus pechos acompañaban un lindo rostro. Los mayores de otras familias agradecían la sabiduría y la formalidad de la joven pues podía equiparar en confianza y seguridad a cualquier varón. Los jóvenes solteros ansiaban y rechazaban al mismo tiempo sus comentarios toscos y mordaces hacia su género. Tachable comportamiento para cualquier joven de buena familia y reputación que deseara contraer nupcias en cualquier círculo social. Pero era su comportamiento desafiante lo que la convertía en una joven tan atractiva para los apuestos jóvenes que cada semana trataban de acercarse a su padre para ganarse su favor. Sin embargo, y muy a pesar de las intenciones de la tía de Margaret, de su querido padre y de su difunta madre, Margaret Westworth no deseaba encontrar un esposo. No deseaba entregar su vida a ninguna persona que no mereciera su corazón y por ello esperaba el momento adecuado, aunque con ello privara a sus hermanas de la posibilidad de entrar en sociedad y de encontrar alivio y divertimento en los encuentros sociales.

En apenas unos días daría comienzo la nueva temporada social y las jóvenes de todo el condado encargarían nuevos vestidos, zapatos y cintas para decorar sus cuerpos con el fin de agradar las vistas de los interesados. Y allí estaba Margaret Westworth, sentada en la cama de su ostentoso dormitorio mirando a través de la ventana con una pulcra carta en la mano y preguntándose por qué debía seguir esperando.

## CAPÍTULO 2



*19 de junio de 1876  
Middleton, Inglaterra*

El fin de la primavera era un momento muy esperado para todas las familias del condado. El frío invierno y la intranquila primavera quedaban atrás y el calor comenzaba a brotar cada mañana. El fuego de las chimeneas del hogar era sustituido por los paseos en calesas, las caminatas por los parques y los maravillosos bailes de salón. Y, por supuesto, suponía el inicio de la temporada de eventos sociales.

—Querida Margaret, he estado alrededor de tres horas esperando para que la señora Pickman me atendiera en la tienda. Ya he encargado todos tus vestidos para la temporada. Estoy segura de que, si conseguimos eliminar esos toscos modales tuyos, te acostumbras a decir palabras bonitas o, mejor dicho, en no hablar mucho, es posible que esta temporada consigamos un buen marido para ti.

Beatrice Miller era la única tía de las hermanas Westworth. Una mujer con mucho carácter y temperamento con una sola misión en la vida: conseguir desposar a las tres hijas de su difunta hermana. Había dado su palabra en el lecho de muerte de su querida hermana y por ello, año tras año desde el debut de Margaret en sociedad había tratado de cumplir su promesa de conseguir para ella un matrimonio digno y ventajoso. Sin embargo, la gran reticencia de la mayor de sus sobrinas era un inconveniente con el que no había contado y que le provocaba más de un quebradero de cabeza.

—Querida tía, sería más sensato por tu parte si decidieras abandonar esta tarea por el bien de todos. —Margaret admiraba los esfuerzos de su tía por encontrarle un marido, pero en el fondo le molestaba que no se aceptaran sus términos. Nadie comprendía su reticencia a permanecer soltera.

—No, Margaret, eres tú quien debería dejar de sabotear todos nuestros intentos de encontrarte un buen partido —comentó airada su tía mientras le golpeaba ligeramente el hombro con su abanico bordado a mano—. No sé si te has dado cuenta, pero tienes veinticuatro años y tras rechazar a dos pretendientes cuya proposición fue de lo más honesta y sincera no creo que tengas más oportunidades de encontrar a alguien que quiera estar contigo. Todos los jóvenes de este condado conocen tu temperamento. —Beatrice miró triunfante a su sobrina creyendo que había pronunciado las palabras exactas que conseguirían que Margaret cediera a sus peticiones, pero se equivocó.

—Quizá es eso lo que esté tratando de conseguir. —respondió orgullosa Margaret mientras cruzaba los brazos indicando a su tía que la batalla había finalizado.

—Oh, querida, no digas insensateces. Es posible que la posición acomodada de la familia te haya dado una idea equivocada de tu situación, pero ¿privarías a tus hermanas de formar una familia solo porque tú no deseas encontrar marido?

—Pero... —Margaret odiaba cuando su tía trataba de hacerle sentir culpable por la falta de solidaridad que estaba mostrando para con sus hermanas. Sus palabras le hacían sentirse mal

porque le llevaban a debatirse entre el deber para consigo y para con sus hermanas.

—Bien sabes que ellas no pueden disfrutar de ciertos privilegios sociales mientras no estés prometida o casada. Los negocios de tu padre son rentables, pero ¿crees que podrán soportar por largos años a tres hijas sin casar?

La madre de las jóvenes Westworth había fallecido años atrás y aunque todavía eran muy jóvenes y el dolor siempre estaría presente, Margaret no podía evitar sentirse herida cada vez que veía a su querida tía enfadarse con ella. El parecido que compartía con su madre era grande y cuando le miraba a los ojos sentía que estaba defraudando también a la persona que le dio la vida.

Su tía gozaba de una buena posición en la sociedad y como, por desgracia, no había logrado concebir ningún hijo había consolidado su maternidad haciéndose cargo de las tres hijas de su hermana y por ello Margaret estaba muy agradecida.

La tía de Margaret tenía razón, siempre la tenía para su desgracia. No podía seguir castigando a sus hermanas menores por su decisión de rechazar cualquier atención masculina. Por supuesto que había apreciado las proposiciones de aquellos jóvenes caballeros durante la pasada temporada. Eran caballeros de buena reputación y familia que le garantizarían una vida alejada de las preocupaciones económicas. De la misma forma, conocía a ambos hombres desde hacía años y había entablado numerosas conversaciones y compartido cenas en sus casas. La respetabilidad de sus intenciones estaba fuera de toda duda. Sin embargo, Margaret sabía que no podría encontrar la felicidad a su lado.

Su difunta madre le confesó un día, poco antes de morir, que la felicidad en el matrimonio es algo que se construye poco a poco, día a día con delicadeza y esfuerzo. Pero Margaret no deseaba esperar tanto tiempo para sentir como su cuerpo vibraba al encontrarse con esa persona.

Por otra parte, también ansiaba experimentar el amor y las pasiones que en los cuerpos y en los corazones despierta el encontrar a la persona adecuada. Nunca había sentido el latir desbocado de su corazón, el estómago encogido o la timidez de una mirada cruzada. Los libros de amor que con tanto aprecio conservaba de su madre le mostraban un camino que hasta ahora le era desconocido. Lo ansiaba. Lo deseaba. Pero quizá, no con nadie que se encontrara en el condado.

A pesar de que en su interior se debatía entre las ansias de encontrar el amor verdadero y la libertad de poder regir su propio destino, estaba convencida de que la verdad le sería revelada en algún momento y sabría qué camino escoger. Mas hasta que ese momento llegase, debía cumplir con sus deberes como hija.

—Está bien, quería tía. Asistiré al concierto del señor y la señora Abbey. —cedió finalmente Margaret ante la presión.

—Una excelente decisión Margaret. —dijo extasiada tía Beatrice tras lograr su objetivo. —Tengo el palpito de que esta temporada será la definitiva, seguro que un joven caballero llamará tu atención y podrás renunciar a esa actitud tan negativa.

—Eso espero, tía.

Los días sucedían con demasiada facilidad en la casa Westworth en los comienzos del verano. Beatrice, la tía de Margaret cuya residencia se encontraba apenas a unos minutos, entraba y salía de la gran casa Westworth en incontables ocasiones. Cajas con tocados, trajes de muselina de alta calidad, bordados esmerados y zapatos sencillos eran algunas de las humildes inversiones que la familia había realizado en ella. Margaret no entendía el motivo de comprar nuevos vestidos cuando aguardaban impolutos los trajes hechos a medida de la temporada anterior.

Al parecer, todas las damas encontraban placer, según sus queridas hermanas y su tía, en comprar nuevos complementos que decoraran su cuerpo y les permitieran ser más llamativas que otras jóvenes del condado y por supuesto, más hermosas a ojos de los caballeros en edad

casadera.

Por supuesto, Grace y Rose estaban emocionadas con la gran temporada. Su tía les había comunicado que el próximo año debutarían como las jóvenes más hermosas de todo el condado, puesto que su hermana iba a encontrar un marido durante próximamente. Gracias a ello, se mostraban serviciales y correctas en el trato a su hermana. No querían presionarle, ni tomar comentarios en broma. Una gran apuesta por parte de Beatrice.

Para la sorpresa de Margaret, había llegado el viernes. El concierto en la residencia Abbey era el acontecimiento del verano, sin duda alguna. No solo marcaba el comienzo de los festejos sociales, sino que determinaba la moda que regiría durante toda la temporada.

Sus hermanas no habían sido invitadas. Los señores Abbey solo habían extendido la invitación al señor Westworth, Margaret y Beatrice Miller. Por lo que las jóvenes damas se quedaron apenadas.

La señora Abbey disfrutaba de la fortuna de los negocios textiles de su marido con mucha holgura y eso se reflejaba en la ostentación de toda su residencia y en ella misma.

Por ello, cuando Margaret entró del brazo de su tía y acompañadas por su padre no pudo sentirse más fuera de lugar. A pesar de la comodidad que las rentas familiares le permitían tener, le habían educado en la moderación y en la prudencia económica. Nunca le faltaría dinero si seguía al lado de su padre, pero no era dada a presumir de ello ante otros. La fortuna y el reconocimiento social que otorgaba podía ser pasajero y eso, por desgracia, lo sabía muy bien.

—¿Qué ven mis ojos? ¿Es acaso Margaret Westworth? —preguntó con cierto tono jocoso la señora Abbey conforme se acercaba a Margaret y a su tía.

— Cuando tu tía confirmó la asistencia al concierto de los tres casi no me lo podía creer. El señor Abbey tampoco podía creérselo, pero aquí estás, preciosa como siempre. —mencionó exaltada la señora Abbey.

—Muchas gracias por la invitación, señora Abbey. —en ocasiones, los protocolos sociales permitían acallar los comentarios maliciosos de las personas con poca educación por ello, Margaret se apresuró a agradecer la invitación.

—Por supuesto, una joven tan hermosa como tú no puede perderse un evento como este. Es el mejor concierto de la temporada, aunque claro, no lo digo yo sino todos los asistentes.

La señora Abbey era vanidosa, egocéntrica y una persona con cierta predisposición a comentar sobre cualquier cosa o sobre cualquier persona que llamara su atención. Por supuesto, su posición ventajosa en la sociedad gracias a los negocios y a las rentas que proporcionaba su marido le permitían ciertos lujos y ser perdonada por sus impertinencias.

La estela del traje de color coral de Margaret era seguida por todas las miradas en aquel salón conforme su figura atravesaba las estancias. Los comentarios sucedían entre susurros, apenas audibles pero molestos. La sección de cotilleos del periódico le había advertido, o, mejor dicho, revelado para todo el condado, que la joven no deseaba desposarse y con ello le habían convertido en el centro de comentarios maliciosos.

El cuerpo delicado y fino de Margaret era admirado por las madres de muchas de las jóvenes de Middleton. Su tez clara en la que se permitía ver el rubor, sus cabellos largos e indomables, sus pequeños y coquetos pechos, e incluso sus curvadas caderas eran un deleite para la vista. Su tía había escogido un vestido ceñido en las partes a resaltar y vaporoso en las caderas para que la figura de su sobrina brillara entre la multitud.

Conocedora de la reacción que la joven provocaba en los caballeros de la sala, Beatrice Miller observaba con detenimiento las miradas que llegaban conforme recorrían el salón. Algunos jóvenes habían interrumpido sus conversaciones para desviar el rostro e incluso las damas sentían

curiosidad y envidia.

—Sin duda, querida sobrina, eres la joven más hermosa de esta noche —comentó con escasa humildad Beatrice Miller mientras le arreglaba una ligera arruga que había encontrado en el traje de su sobrina—. No me sorprendería si los jóvenes caballeros hicieran fila para solicitar tu mano para un baile.

—Es posible que tal hecho sucediera hace algunas temporadas, pero ahora estoy segura de que habrá otras jóvenes más interesantes.

Aquello era bien cierto. Con el paso de los años, el rechazo a otros jóvenes y el rumor confirmado de que no deseaba contraer matrimonio la convertía en una joven atractiva para cualquier caballero. Sin embargo, su apariencia de aquella noche y la belleza y simplicidad que transmitía comunicaba algo muy distinto.

—Subestimas el poder de lo prohibido. —dijo su tía mientras abría con soltura un abanico para poder aportar aire e intimidad a la conversación.

—¿Qué quieres decir? —preguntó curiosa Margaret mientras repetía el mismo gesto que su tía con el abanico.

—Que un potro difícil de capturar es más excitante que una yegua domada. —la voz de su tía era un susurro que llegó a sus oídos como una gran incógnita pues no era capaz de descifrar su significado.

—No lo entiendo.

—Ya lo entenderás. —resolvió su tía abanicando con intensidad para que llegara más aire a su rostro.

Margaret no encontraba sentido a las palabras de su tía. Al parecer, la joven no comprendía cuál era su posición dentro de la metáfora que su tía había utilizado.

Pero fuera cual fuera su intención, no le era de ayuda para superar aquella larga y tediosa noche en la que seguro que tendría que sonreír y agradecer invitaciones de personas en las que no estaba interesada.

Desde su posición Margaret contempló a todos los presentes y pudo reconocer algunos rostros conocidos. Le alegró ver que el mayor de los Johnson se había recuperado de su accidente a caballo y que su pierna volvía a estar sana. Le llamó la atención que Penny Jones había perdido bastante peso y consideró que los rumores sobre la ruptura de su compromiso podían ser ciertas. Odiaba dar la razón a Lady Middleton pero al parecer, aquella misteriosa señora tenía oídos en todas partes. Pero sobre todo, le alegró ver a varias personas con las que mantenía una estrecha relación al final de la sala.

Al fondo del salón se encontraba Thomas Rogers, un caballero apenas unos años mayor que Margaret que durante años había estado enamorado en secreto de la joven. El joven era el hijo mayor de una familia con estrecha vinculación a la de Margaret puesto que habían tenido la fortuna de crecer juntos. Llegado el momento, Thomas había solicitado varios bailes durante la temporada e incluso, tras lo que él pensó que era una buena predisposición por parte de Margaret, le había pedido al señor Westworth la mano de su hija. Como marcaba la tradición y tras asegurar la veracidad de las intenciones del joven, el padre de Margaret había aceptado deseoso de estrechar todavía más los vínculos con su querido amigo Rogers. Sin embargo, el enlace no se produjo.

El joven levantó la copa en el aire como saludo a Margaret y ésta le correspondió con una ligera inclinación de cabeza. El pueblo dedujo, tras el fatal desenlace, que el joven odiaba de forma insana a Margaret, pero nada más lejos de la verdad. El interés de Thomas se había tornado en amistad tras comprender las razones de Margaret. Ella sintió la necesidad de justificar ante el

joven, al que consideraba su amigo, los motivos de su rechazo. Eso hizo que Thomas respetara todavía más a la joven. Desde aquel momento, los dos habían retomado su relación de amistad como si no hubiera ocurrido nada. Thomas se esforzaba por no mostrar sus sentimientos a su amiga y ésta, trataba de fingir que no se daba cuenta de algunas de las miradas cargadas de sentimiento que provenían de su amigo.

El señor Abbey anunció el inicio del concierto e instó a sus invitados a que tomaran asiento en el gran salón que con tanta elegancia y esmero habían preparado su esposa y el servicio. Había apenas una veintena de sillas para las damas mientras que los hombres debían permanecer de pie. Frente a la zona de los invitados se encontraban los músicos que se preparaban junto a sus instrumentos para la velada.

Los caballeros se fueron apostando detrás de las sillas y a los alrededores de las mismas junto a la pared para no perderse detalle alguno. Margaret ocupó un asiento en segunda fila junto a su tía y otras jóvenes.

El concierto dio comienzo y todo quedó en absoluto silencio. A pesar de que la joven no era partidaria de los encuentros sociales, debía reconocer que disfrutar de un buen concierto era algo por lo que merecía la pena salir de su aislamiento. Margaret cerró los ojos y dejó que la música le embriagara. En silencio, su corazón se mecía y bailaba con aquellas notas. Sentía que aquellos acordes le hablaban a ella, solo a ella y le invitaban a conversar y a compartir secretos. Era un regalo poder disfrutar de aquel momento.

Tras unos minutos, cuando la primera de las canciones finalizó, Margaret abrió los ojos para aplaudir. El aplauso de una mujer debía ser recatado, pero en ocasiones Margaret olvidaba los modales y se dejaba llevar, como en aquel momento. Cuando todo el público guardó silencio de nuevo para dar comienzo a una nueva melodía, Margaret giró su rostro para buscar a su padre y su mirada se cruzó con dos ojos castaños que le observaban de forma intensa.

Durante unos instantes, Margaret no pestañeó. Solo miró y se dejó mirar. El dueño de aquellos ojos era un joven alto y de buen porte que, sin duda alguna, se adueñaría de los suspiros de todas las jóvenes durante la velada. Margaret se olvidó de respirar y por un momento, sintió eso que había esperado, el estómago encogerse.

Sintió un extraño vínculo con aquellos ojos y con el joven que los portaba. La joven giró el rostro con brusquedad para centrar su atención en el concierto, pero no pudo. En ninguna de las canciones que sonaron a continuación fue capaz. Cerraba los ojos para tratar de dejarse llevar, pero aquel rostro iba una y otra vez a su mente.

Para la sorpresa y vergüenza de la propia Margaret, el caballero seguía admirando su rostro en cada momento que ella buscaba de forma clandestina su mirada durante el concierto. No podía evitar sentirse como una niña pequeña. Giraba su rostro esperando que él estuviera mirándola y al mismo tiempo, criticaba su comportamiento por ser poco correcto.

Sin embargo, se sentía fascinada.

El desconocido no debía pertenecer al condado puesto que ella conocía a todos y cada uno de los herederos e hijos de los señores de los alrededores gracias a la gran insistencia de su tía. Por ello, cuando todo el salón quedó invadido por un aplauso general de los asistentes al cese de la música, Margaret, cogida del brazo de su tía buscó un lugar donde poder conversar sobre el concierto con otros invitados.

—Beatrice Miller, ruego me perdone por la intromisión, pero me gustaría presentarle a alguien.

Al mismo tiempo que Margaret y su tía conversaban con libertad con otras damas de la sala, el señor Abbey se había acercado acompañado por un joven hasta ellas. Margaret se giró hacia ellos

y se quedó sin palabras.  
Sus ojos.  
Era él.

## CAPÍTULO 3



*19 de junio de 1876  
Middleton, Inglaterra*

—Señor Bright, tengo el honor de presentarle a la señora Beatrice Miller y a su adorable sobrina, Margaret Westworth.

Margaret sabía que debía acompañar a su tía en el saludo hacia el recién llegado pero su cuerpo era incapaz de responder. Esto desorientó a la joven que siempre sabía cómo debía comportarse en cada situación y se sentía dueña de cada momento.

—Señoras, William Bright acaba de arrendar la antigua casa de los Knight y tras recibir su visita hace apenas unos días sentí que el resto de Middleton debía disfrutar de tan agradable compañía —presentó el señor Abbey a las damas—. Espero que le hagan sentir como en casa.

—Le agradezco de nuevo la invitación, señor Abbey. No esperaba este amable recibimiento cuando apenas he terminado de firmar los papeles con el señor Knight.—agradeció el señor Bright con mucha educación.

—No diga tonterías. El señor Knight no alquilaría su casa familiar a nadie que no fuera de confianza así que, si el viejo Knight confía en usted, nosotros también deberíamos. No hay hombre más duro que el viejo Knight.

Margaret no había escuchado ninguna de las palabras del señor Abbey, su miraba y todo su cuerpo ya no le pertenecían. Ahora tenían otro dueño. El señor Bright. Sin embargo, el joven posaba su mirada entre las distintas personas del grupo durante la conversación casi ignorando la presencia de la pobre Margaret.

—Y díganos, señor Bright, ¿qué le ha traído hasta Middleton? —preguntó la tía de Margaret con curiosidad mientras se acercaba hacia él acercando poco a poco a su sobrina. Era un joven sin compromiso, al parecer, que podía ser un pretendiente para su joven sobrina.

—Negocios. Hace poco tiempo he heredado el título y los negocios de mi difunto padre y he decidido asentarme en Middleton e invertir en una nueva zona.

La voz del señor Bright era firme y segura, confiada y directa. Esto llamó la atención de Margaret, quien estaba acostumbrada, en ocasiones, a lidiar con jóvenes con escasos recursos lingüísticos o labia.

—¿En Middleton? —preguntó con curiosidad Beatrice Miller. Era bien sabido en toda el condado de Middleton poseía uno de los grupos de empresarios más fuertes y los negocios más prósperos de la zona. Pero le llamó la atención la iniciativa emprendedora del joven en un sector controlado por hombres de mediana edad con mucha más experiencia en el mundo de los negocios.

—Desde luego, no le sorprenda señora Miller, antes de asentarme en este condado encargué una investigación de mercado y los resultados fueron muy alentadores. El mercado local ofrece amplias oportunidades de negocio y espero que mi edad sea impulso para poder destacar.—la voz de Bright demostraba mucha seguridad en sí mismo. A Margaret le sorprendió lo rápido que se

movían sus labios y lo poco que había comprendido de todo aquello a pesar de encontrarse en su elemento.

—Una gran oportunidad para usted, sin duda. ¿Y debo presumir que la señora Bright llegará a lo largo de la semana? — el fisgoneo de Beatrice Miller no tenía límites ni entendía de pudor. Su comentario, incómodo y descortés hacia el joven, fue suficiente para captar el interés de Margaret que hasta el momento había presenciado como un muñeco inmóvil la escena.

Era obvio que la intención de su tía era conocer si existía una señora Bright o si, por el contrario, podía ser un partido interesante a tener en cuenta. No había ningún anillo en sus manos que demostrara que estaba atado a una dama y la sola ausencia de una dama de su brazo le comunicaba demasiadas cosas a tía Beatrice.

—Debo confesarle, señora Miller, que no. No he encontrado todavía a la persona con la que compartir mi vida. Mi padre estuvo enfermo durante años y tuve que hacerme cargo de los negocios de la familia, pero... —dijo cambiado la mirada de los ojos arrugados de la señora Miller a la mirada llameante y viva de Margaret —Espero que Middleton me permita establecer algo más que prósperos negocios. Tengo mis esperanzas puestas en ello.

—Entonces no encontrará mejor lugar que Middleton para desposarse. Nuestro condado es muy variado y seguro que conocerá a una joven que capte su atención. —insistió Beatrice mientras golpeaba con ligereza el pecho del señor Bright con su abanico provocando una sonrisa entre todos los presentes. Quería que su sobrina reaccionada de alguna forma. Nunca le había visto tan ausente o con tan pocas ganas de disfrutar de una conversación sobre negocios como aquella.

—Sin duda.

Había tanta fuerza en aquellas palabras que Margaret sintió como todo su cuerpo temblaba al ser pronunciadas. Al mismo tiempo que su mirada permanecía centrada en el suelo de aquel salón, la joven se maldecía a sí misma por no haber sido capaz de pronunciar una sola palabra en presencia del señor Bright. No comprendía como ella, que siempre había sido confiada y segura de sí misma se sentía ahora como un pajarillo asustado. Estaba segura que cualquier oportunidad que hubiera existido de mantener unas palabras con él se habrían desvanecido con la brisa de la noche.

—Si me disculpan, creo que he acaparado su atención durante demasiado tiempo esta noche. Me sentiría culpable si les privara de la compañía de otras personas. —se disculpó el señor Bright.

—Es usted muy cortés.

A pesar de que la señora Miller estaba desesperada por encontrar un compañero de vida para su sobrina, no alentó a la joven a que conversara durante el encuentro con el señor Bright. En el fondo de su corazón sabía que su sobrina, inexperta en los entresijos del amor, no sería capaz de atraer a aquel joven.

Había algo en su comportamiento, en la forma en la que había provocado con sus palabras al hablar de sus dobles intenciones al establecerse en Middleton que alertaban a Beatrice Miller que quizá, aquel hombre, era demasiado para su sobrina.

Thomas Rogers se acercó hasta Margaret para invitarla a disfrutar de la siguiente canción. Por supuesto, el joven esperó a que Margaret recibiera y aceptara otras peticiones antes de solicitar sus atenciones. Su orgullo de hombre no deseaba sentirse herido cuando los comentarios de la sociedad le tacharan de estar todavía prendado de la joven. Por ello, concluyó que tres bailes eran suficientes.

Margaret con una gran sonrisa aceptó la mano de Thomas y juntos se acercaron a la pista para bailar junto a otras parejas. En ocasiones se había preguntado si en cierta forma no podría haber

sido feliz junto al joven. Era atento, educado y poseía facilidad para la conversación, aunque también era tímido y dulcemente torpe. Podría haber sido un buen marido y su matrimonio estaría lleno de risas como las que estaban compartiendo en la pista. Sin embargo, faltaba algo muy importante. Pasión.

Nada más terminar el baile, Margaret sintió una presencia mientras se despedía con afecto y alegría del joven Rogers.

—Señorita Westworth, ¿podría aceptar mi invitación para el siguiente baile? —preguntó una voz profunda y seria proveniente de su espalda.

—Sí. —respondió sin pensar Margaret mientras se daba la vuelta para comprobar que no se había equivocado en sus averiguaciones sobre el dueño de aquella misteriosa voz.

Bright ofreció su brazo a la joven para regresar juntos a la pista. Allí, como marca el protocolo, se separaron para ocupar puestos enfrentados en dos filas. Cuando la música comenzó a sonar, todos los bailarines mostraron sus respetos con una reverencia sencilla e iniciaron la danza.

Margaret se sentía incapaz de iniciar la conversación con su pareja pues su boca estaba seca como la arena. Nunca se había encontrado en presencia de alguien que le intimidara tanto y eso para su sorpresa, le desconcertaba. Ella, que se vanagloriaba de controlar las conversaciones con sus parejas de baile e incluso, de infundirles un ligero temor que les llevara a mantenerse a distancia de ella, ahora se sentía como un cervatillo. Asustada.

—¿Le gusta bailar, señorita Westworth? —preguntó por fin Bright. Sus palabras provocaron una respuesta en Margaret quien elevó la vista para contemplar de nuevo aquellos ojos marrones.

—Por supuesto.—respondió aliviada la joven quien agradeció la iniciativa de su compañero de baile, pero trató de reproducir con exactitud la pieza para evitar ser el centro de comentarios y chismes por un posible error de pasos.

—¿Y ha disfrutado en las anteriores piezas?

—Desde luego, he tenido la suerte de tener excelentes compañeros de baile —comentó de forma animada Margaret sintiéndose más cómoda con la conversación al ver que el señor Bright estaba comentando cosas triviales que ella podía controlar—. El señor Rogers es muy hábil.

—De eso no me cabe duda. —respondió de forma tosca el señor Bright. —Ha sido llamativo observar cómo intercambiaban miradas y sonrisas a pesar de que he escuchado que le rechazó la temporada pasada. Déjeme decirle que no es una actitud muy educada por su parte, alentar de esa forma los sentimientos de un joven enamorado.

—¿Disculpe? — Margaret no daba crédito a las acusaciones de aquel desconocido y, durante un instante, alarmada por la grosería que había notado en sus palabras, perdió la noción de los pasos que debía seguir en el baile.

Aquel simple pero mordaz comentario fue suficiente para despertar a Margaret de su estupor. Si hubo un instante en el que la joven deseara hacer suyas las atenciones de aquel joven de ojos marrones, todo quedó en el olvido cuando una oleada de ira le impulsó a iniciar una discusión. El joven caballero apenas le conocía y se había atrevido a juzgarla sin recato alguno.

El señor Bright no tenía ningún derecho a juzgarla y con su comentario había iniciado una discusión que Margaret estaba dispuesta a ganar.

—No debe disculparse, sino prestar atención —se adelantó a comentar Bright—. El joven con el que bailaba todavía está enamorado de usted y aceptar su mano para el baile no hace más que alentarle a seguir esperando sus sonrisas. No debería ser tan egoísta, permitirle que encuentre a otra persona que desee aceptar sus atenciones es lo más benevolente por su parte.

El reproche de Bright no detuvo la danza entre ambos a pesar de que Margaret había cometido

ciertos errores en los giros y en las palmadas. No daba crédito a aquello. Se había excedido.

—¿Quién se cree usted para decirme estas cosas? —por fin Margaret había regresado en sí y con una fuerza que procedía del interior de su cuerpo rebatió al joven —No es mi padre para regañarme como si fuera o tuviera más actitud moral que la mía. ¿Cree acaso que no me he dado cuenta cómo usted se recrea en las miradas de todas esas jóvenes? Se siente fascinado. Le gusta ser el centro de atención. No puede reprocharme entonces que otros hombres puedan encontrarme atractiva o desear mi atención.

—Desde luego, todas las mujeres de esta sala desearían estar ahora en esta pista de baile junto a mí y, sin embargo, estoy con usted.

Alardear de cómo lograba captar las miradas enamoradas de las jóvenes de aquel salón no era una actitud muy caballerosa por parte de un joven y mucho menos, delante de una señorita.

—¿Y debería estar agradecida por ello, señor Bright? —preguntó Margaret tanta sorpresa ante el prepotente comentario de su compañero de baile. Le molestaba que se creyera tan superior a ella.

—Desde luego, no le quepa duda. Sin embargo, estoy aquí con usted. —el ego del señor Bright era tal que Margaret dudaba que pudieran caber el resto de invitados en la sala.

—¿Por qué? —la duda consumía a Margaret.

—Porque ellas no disfrutaban de la música como usted.

—¿Qué quiere decir? —Margaret ansiaba desear la respuesta al mismo tiempo que le repugnaba el interés con la que la esperaba. La actitud altiva de aquel hombre era odiosa pero no podía evitar sentirse capturada por su mirada.

—Al principio pensé que estaba dormida pero después me di cuenta de que estaba experimentando la música de otra forma. —se había fijado en Margaret durante el concierto. Su cruce de miradas no fue accidental. — Quizá deberíamos pedirles que toquen para nosotros en privado y le demostraré el poder que mis ojos despiertan.

Bright aprovechó la proximidad que la pieza ofrecía en aquel instante para tomar con fuerza y determinación las caderas de su joven compañera quien tomó aquella iniciativa como la ruptura de la elegancia y la educación de todo caballero. Margaret enfadada y frustrada por la actitud del caballero trató de detener el baile.

—Es usted un sinvergüenza. —acusó la joven entre dientes para evitar llamar la atención del resto de los asistentes a la velada.

—Todavía no ha visto nada.

*Middleton Post. 20 de junio de 1876*

*Queridos lectores,*

*Ayer dio comienzo el verano en el condado y con ello, la ansiada época de caza de esposos por parte de las madres. Por supuesto, no hay temporada sin el soporífero concierto del señor y la señora Abbey y con ello, un grupo selecto de invitados pudieron disfrutar, si se puede decir así, de un encuentro social óptimo para la búsqueda de un matrimonio ventajoso. Para nuestra sorpresa, y la de más de un joven, la mayor de las hijas del señor Westworth, Margaret, una veterana de las temporadas sociales, deleitó a todos los presentes con un precioso vestido de color coral y una sonrisa radiante. No sabemos si el motivo de tal felicidad fue el divertido baile que compartió con Rogers, el joven al que con tanta severidad partió el corazón el año pasado, o el intenso pero acalorado baile con un nuevo y misterioso joven.*

*Esta temporada va a ser interesante, amigas.*

*Comienza la caza del recién llegado.*

*Lady Middleton*

## CAPÍTULO 4



*20 de junio de 1876  
Middleton, Inglaterra*

Margaret apenas había conseguido conciliar el sueño una vez que llegó a casa en el carruaje tras el concierto en casa de los Abbey. Su padre, ajeno a cualquier rumor o suceso acontecido en las estancias de los Abbey, solo deseaba acostarse para desprenderse de unos incómodos y apretados zapatos. Por su parte, la tía de Margaret apreciaba cada una de las invitaciones que su sobrina había aceptado como símbolo de la entrega de ésta al compromiso familiar. Estaba exultante ante las atenciones que le había entregado y su confianza en el futuro prometedor de esta temporada le habían alegrado la noche y le habían hecho regresar con una gran sonrisa en el rostro. Margaret, sin embargo, no iba a guardar un recuerdo feliz de aquella primera fiesta de la temporada gracias a un engreído caballero que se había creído con la superioridad moral de juzgarle y además, de hacerle sentirse afortunada de que invirtiera su tiempo en bailar con ella.

—Maldito William Bright. ¿Cómo se atreve a insultarme de esa forma? ¿acaso comprende él la naturaleza de mi relación con Thomas? Es insultante, denigrante que me trate como si fuera una joven que desea crear anhelo en los hombres. Jamás he incitado a Thomas a pensar que había algo más entre nosotros que una simple amistad y él lo ha respetado. —Margaret caminaba de un lado a otro de la habitación tratando de acallar su mal humor mientras revelaba su indignación a una longeva noche —Bright es vanidoso y presuntuoso. No hay duda.

Lo ocurrido con Bright solo dejaba al descubierto la creencia que Margaret había consolidado con los años de que algunas almas generan confusión al conocerlas pues la belleza exterior, en ocasiones, enmascara la oscuridad del alma que la posee. Margaret se sentía engañada y enfadada pues había creído que aquellos ojos eran dignos de un caballero noble y no de un joven tan descortés e infame.

Era probable que aquella actitud altiva lograra captar la atención de jovencitas ansiosas de amor y atenciones, pero Margaret, quien se había encargado de ocupar y cultivar su mente en propósitos más altos que el matrimonio, no se dejaría engañar con tanta facilidad por unos ojos bonitos.

La mañana llegó antes de que Margaret se diera cuenta y con ella, el alboroto en el gran salón. Avisó a una de las doncellas para que le ayudara a vestirse y sin energía alguna bajó a encontrarse con sus hermanas.

—Rose, no digas nada, por favor. —la voz suplicante de Grace fue escuchada por su hermana mayor incluso antes de entrar en el comedor. Al parecer, Grace y Rose se peleaban por el periódico de la mañana.

—Necesita saberlo. Lady Middleton habla expresamente de ella, tiene que saberlo.

—¿Qué debo saber? —preguntó Margaret en cuanto entró en el salón tras escuchar los cuchicheos que compartían entre ellas. Sus hermanas se quedaron mudas de repente y ninguna fue capaz de decirle a su hermana que Lady Middleton le había catalogado de jovencita llamativa y

provocadora, o al menos, eso era lo que entendían sus hermanas.

—Vamos Rose, ¿qué escondes allí detrás? —era un pasatiempo común entre hermanas el correr la una tras la otra mientras guardaban secretos o cartas. Era usual que Rose escondiera la correspondencia que recibía su hermana mayor. Todas las semanas el cartero entregaba una carta a una de las doncellas y todas las semanas, se repetía la misma escena entre las jóvenes.

Margaret corrió tras su hermana alrededor de la mesa y ésta se echó a reír mientras aireaba la página del periódico de Middleton.

—Créeme hermana, no deseas leer el periódico de hoy. —confirmó Grace mientras desayunaba con tranquilidad y sin inmutarse mientras sus hermanas correteaban por la sala.

Tras varios minutos, Margaret consiguió robar el papel y puso toda su atención en encontrar la maldita columna de cotilleos del periódico local. Línea a línea su enfado se acrecentaba hasta que apenas pudo soportar el asombro.

—... o el intenso pero acalorado baile con un nuevo y misterioso joven. Firmado, Lady Middleton. —Margaret se quedó callada de repente y cuando parecía que se había tranquilizado rompió en varias partes el maldito periódico —¿Cómo se atreve a insinuar que acepto las atenciones de varios hombres? ¿Qué sabrá esa absurda mujer de mí, de Rogers o de Bright?

—¿Bright? Así que el joven misterioso del que habla Lady Middleton es real. ¡Todo un hallazgo! —proclamó Rose mientras saltaba de un lado a otro como una joven enamorada. —Si te enfadas es porque tal vez la señora tenga razón.

—¿Razón? ¿razón? Oh, Rose...

Margaret estaba fuera de sí por completo.

No podía comprender cómo una mujer que tal vez no hubiera estado presente en dicha velada hubiera sido testigo del intenso pero bochornoso momento vivido con Bright.

Era cierto que ella deseaba compartir un baile con él, es cierto que Margaret tembló cuando el joven extendió su brazo para que ella lo posara en él y es cierto que ella, aunque jamás lo reconociera, había disfrutado con cada giro y con cada roce. Muy a su pesar esa intensidad se había transformado en algo más oscuro cuando Bright le había evidenciado su presunto desprecio por los sentimientos de su amigo o su falta de decoro en el acto social a la hora de cerrar los ojos.

—Margaret, es posible que Thomas Rogers no fuera el joven adecuado para ti y puede que el misterioso señor Bright tampoco lo sea, pero déjanos decirte que el lejano compañero de tus cartas, tampoco lo es.

—¿Disculpa? —preguntó atónita Margaret mientras su hermana se tapaba la boca con las manos.

Grace se arrepintió en ese mismo instante de las palabras que había pronunciado y se tapó la boca con las manos mientras Rose evitaba la mirada. La mediana de las hermanas Westworth había herido a su hermana mayor con el infortunado comentario sobre el destinatario de sus constantes.

—¿Qué has querido decir? —los sentimientos de Margaret tornaron de enfado a incredulidad ante la falta de respeto por su intimidad demostrado por su hermana. Margaret miró a Grace y, esperando una explicación o disculpa por tal desatino, Grace optó por seguir el camino recto. Tragó saliva y cruzó los dedos para que pudiera expresar aquello que deseaba decirle desde hacía tiempo a su hermana sin herirla en lo más profundo.

—Hermana, llevas diez años esperando a un joven que no va a volver. —creado el daño, Grace continuó diciendo la verdad a su hermana. —Tal vez debas permitir que otra persona sea dueña de tus afectos. Seguir adelante y permitirte enamorarte o quizá, solo quizá, que otra persona se enamore de ti.

—No sabes de lo que estás hablando. —respondió de forma airada Margaret mientras sus ojos se debatían entre la histeria y el llanto.

De forma tajante y sin decir nada más, Margaret abandonó la sala dejando atrás a una avergonzada Grace que todavía no se cría lo que acababa de decirle a su hermana y a una Rose, que, por primera vez en su vida, se había quedado sin palabras.

La mayor de las Westworth, que jamás había sido vista derramando lágrimas tras la muerte de su apreciada madre, ahora se deshacía en un llanto que rasgaba su alma. Margaret sabía que su hermana había pronunciado esas palabras sin maldad alguna. Pero el secreto de aquellas cartas era suyo, solo suyo, y no deseaba que otras personas se entrometieran o valoraran la veracidad de los sentimientos que en ellas se reflejaban.

Más de una década atrás, un escándalo arruinó a una de las familias amigas de los Westworth. Esto obligó a que todos buscaran nuevas oportunidades en otro condado, pero la lacra del juego, las apuestas y las deudas habían contaminado a los miembros de la comunidad. Lord Williams, su mujer y sus tres hijos se marcharon y, con ellos, la única amistad auténtica que Margaret jamás había tenido.

Meses más tarde, Henry Williams, el mediano de los hijos del matrimonio, envió su primera carta. Los jóvenes, en secreto, habían intercambiado cientos y cientos de cartas con confidencias, anécdotas y, sobre todo, habían forjado algo que para Margaret era mucho más profundo. En muchas ocasiones, la joven había deseado que Henry regresara a Middleton y ocupara la antigua casa familiar. Pero nunca lo había hecho y ella temía pedirselo pues sabía que la vergüenza familiar era un estigma que Henry había heredado de su padre aunque no compartiera su terrible afición por el juego. Es por ello que, tras cientos de cartas, Margaret había entregado su corazón en secreto a un joven al que vio por última vez con apenas once años.

En el silencio de su habitación Margaret se maldecía a sí misma por no ser capaz de reconocer que jamás podría considerar a otro hombre como válido para estar a su lado salvo a Henry aunque eso jamás podría ocurrir.

Lo que su padre, su tía, sus hermanas e incluso todo Middleton le exigía no era más que una utopía en sus mentes, pues en el interior de Margaret su corazón había sido entregado a años de letras y confesiones.

En uno de los cajones de su armario, dentro de una caja, se encontraban las cartas que con tanto cariño había guardado. En ocasiones las leía y releía para comprobar que no había perdido detalle alguno.

Tras examinar con detenimiento la última carta para recuperar el hilo de la conversación, Margaret cogió varias hojas de papel y su pluma y comenzó a escribir.

*Querido Henry,*

*Me gustaría iniciar la carta de hoy preguntando por tu querida hermana. Indicabas en tu último escrito que no estaba bien de salud así que espero que el buen tiempo que tenemos pueda ayudarla, aunque bajo tus cuidados, se encontrará mejor mucho antes. Por supuesto, ¿cómo se encuentra tu hermano Marcus? Espero que no esté dando muchos quebraderos de cabeza últimamente.*

*¡Cuánto la echo de menos! Apenas tengo recuerdos de ella pero estoy segura que junto a ti habrá crecido llena de amor y fraternidad.*

*En Middleton ha llegado el verano y sin, que pueda detenerlo, todo se ha llenado de vestidos, conciertos, calesas y sonrisas falsas. Ayer por la noche tuve el desatino de asistir al*

*primer evento de la temporada. Los Abbey, a quien no creo que recuerdes, organizaron un concierto maravilloso en su casa. Son personas que se vanaglorian de su fortuna y que aceptan con determinación todos y cada uno de los halagos. Y debo confesar que el concierto fue un regalo para todos los amantes de la música, aunque fue todo lo demás lo que sigue creando en mi cierto rechazo.*

*Tras lo ocurrido en temporadas anteriores, sigo siendo el blanco de comentarios y rumores. A veces deseo que otra joven sea quien capte la atención por otro escándalo que eclipse mi falta de predisposición al matrimonio. Pero parece que este pueblo no desea cambiar.*

*Y, para mayor desatino, fui juzgada de forma poco indulgente por un caballero recién llegado a Middleton. Su conversación fue animada al principio, pero pronto dejó ver la naturaleza tan ruin que compone su interior. Sinceramente, una lacra para este pueblo.*

*Todavía quedan varios meses para que finalice la temporada y esperaba de todo corazón poder evitar tal desenlace, pero me temo que he pospuesto durante demasiado tiempo mis obligaciones como hija y como hermana. Soy la heredera de mi padre y aunque ha tenido la desgracia de no contar con un hijo varón que continúe con su legado, me debo a la responsabilidad de desposarme para no seguir siendo una carga para él o para mis hermanas. Por supuesto, no entregaré mi mano a cualquier caballero que así lo solicite, como bien he demostrado en ocasiones anteriores. Esta persona tiene que ser íntegra de moral, de conversación culta y dulce de corazón.*

*Sé que no hace falta que te pida que no juzgues mi decisión porque sé que no lo harás, pero con mucha tristeza en el corazón debo admitir que ha llegado el momento. Sin embargo, sigo esperando con anhelo que puedas venir a Middleton a salvarme de este infortunado destino.*

*Espero con sinceridad que todos gocéis de buena salud en este inicio del verano y cuento los días hasta que podamos vernos.*

*Un afectuoso abrazo,  
Margaret Westworth*

Tras plasmar aquellas intensas y reveladoras palabras para su amigo Henry Williams, Margaret dobló con parsimonia las hojas hasta quedar convertidas en un sobre. Selló sus líneas con cera y el sello de la familia y anotó la dirección en la parte exterior con una letra delicada y pulcra.

Alguien llamó a la puerta.

—Margaret, ¿puedo pasar? —preguntó su hermana Grace con voz entrecortada.

—Sí... —Grace entró con relativa lentitud y vio a su hermana, tumbada en la cama con el rostro desencajado y con una gran pesadez en el alma. No solo las duras palabras de su hermana habían hecho mella en su corazón, sino que admitir ante Henry la dolorosa verdad de tener que continuar con los dictados de la razón y aceptar un esposo le habían destrozado por completo.

Ella solo había deseado a una persona con todo su corazón en secreto durante años. Al principio, no se había dado cuenta tras la inocencia de sus palabras, pero con el paso del tiempo, las afectuosas y calmadas palabras de Henry le habían llegado de una manera muy especial llegando a cultivar sentimientos profundos e irremplazables. Y ahora, justo en ese preciso momento, estaba renunciando a él en pos de su familia y el bienestar sus hermanas.

—Hermana, no era mi intención decir esas palabras. Perdóname, por favor.

La hermana de Margaret corrió hasta el escritorio donde ella se encontraba y poniéndose de rodillas tomó sus manos entre las suyas y lloró pidiendo disculpas por su comportamiento.

—Tienes razón, Grace. —confirmó Margaret tomando el rostro de su hermana con las manos. La joven estaba llorando y a pesar de que el propio corazón de Margaret se encontraba destrozado tras admitir ante Henry que debía aceptar el destino que su posición le tenía reservado, no quería que el pesar que su hermana cargaba ahora emborronara su relación. Sus sentimientos para con Henry le habían pertenecido en secreto durante demasiado tiempo y a su parecer, pensaron que habían pasado inadvertido para sus hermanas, mas no había sido así.

Ambas hermanas miraron la carta que reposaba sobre la mesa del dormitorio que con tanto cuidado había sellado Margaret.

—Durante años he creído que Henry regresaría a Middleton y se atrevería a pedir mi mano a padre, pero no lo ha hecho y ahora...

—Disculpen señoritas, han recibido una visita. Se las espera en la salita.

Las hermanas Westworth estaban sorprendidas ante el anuncio. Era una hora temprana en la mañana, para más detalle, una hora demasiado irrespetuosa para una visita social. ¿Quizá era su tía Beatrice?

Al llegar a la zona inferior de la casa, Margaret escuchó a su padre hablar al otro lado de su despacho, pero continuó hasta la salita que estaba al otro lado del pasillo.

—Será entonces un placer para nosotros contar con su presencia en la cena del día de mañana en nuestro humilde hogar. —la voz del señor Westworth se volvió más clara cuando abrió la puerta del despacho.

Al parecer, el señor Westworth se encontraba acompañado por otra persona a la que se esperaba para cenar, pero Margaret no conocía su identidad. Sin duda, no era su tía puesto que la misma se encontraba en la salita de la casa junto a Rose. Grace y Margaret saludaron a su tía y con cierta rapidez se dispusieron todas en el salón a la espera del señor Westworth y el visitante.

Unos instantes más tarde, el padre de las jóvenes entró en la salita junto a un caballero de ojos marrones.

Él.

Cuando su cabello oscuro y su sonrisa pícaro atravesó el umbral de la estancia, todo el vello que cubría el cuerpo de Margaret se erizó. Nadie salvo Beatrice Miller, fue testigo de la reacción de la joven que desde ese momento captaría con entusiasmo su atención.

—Queridas mías, me gustaría presentaros al señor Bright. Nos acompañará durante la cena de mañana como invitado y, por supuesto, espero que disponga de toda nuestra hospitalidad.

Como marcaba el decoro, el señor Westworth presentó a sus hijas al visitante y para el gozo de dos de ellas, la alegría inundó la estancia. Sus hermanas, presas de la belleza del señor Bright, estaban llenas de júbilo por disfrutar de su compañía durante la noche, pues bien era cierto que no solían contar con visitas variadas en la casa Westworth.

—Padre, ¿seguro que es sensato organizar una reunión en nuestra casa durante la semana cuando acaba de comenzar la temporada social? Los demás miembros de la comunidad podrían sentirse ofendidos si no son invitados.

Ninguno de los motivos posibles que su padre pudiera darle la llevaría a aceptar compartir estancia de nuevo con aquel caballero. Después de su encuentro de la noche anterior durante el concierto, Margaret había decidido permanecer a una distancia tan prudencial como le fuera posible y, sobre todo, que los diversos actos sociales le permitieran.

No podía creerse que aquel individuo hubiera sido invitado con tanta amabilidad a su casa después del comportamiento tan desacertado y mezquino que demostró la noche anterior. Pero, como era obvio, aquel detalle no era conocido por su padre quien seguro, sin reserva alguna, habría censurado el descaró de su invitado.

—No seas mojigata, sobrina. Se trata de una cena en nuestros círculos sociales. Nadie salvo el señor Bright ha sido invitado, se entiende que no es una gran cena sino un íntimo encuentro familiar.

—Pero...

—Margaret, querida —interrumpió tía Beatrice mientras fruncía el ceño y endurecía el tono de su reproche hacia su sobrina—. Sería aconsejable que no pronunciaras más palabras si no deseas ofender a nuestro invitado.

Bright, que se encontraba junto al señor Westworth, sonreía divertido. La reprimenda de la tía y el padre de la joven le ofrecían un entretenimiento y una excusa que estaría dispuesto a canjear a su favor más adelante.

Por su parte, Margaret, indignada y molesta en su interior, había aceptado el silencio como forma de obediencia, aunque no de aceptación. Su némesis le miraba divertido al otro lado de la sala con cara de curiosidad y provocación mezclada con inocencia y caballerosidad.

El resto de las hermanas Westworth fueron presentadas por su tía y trataron de hacer sentir más cómodo al invitado a través de preguntas sobre el tiempo durante la mañana, la forma en la que había llegado a la casa o incluso sus zapatos. Ningún tema de conversación relevante o que llamara la atención de Margaret.

Cuando Bright se despidió de la familia Westworth dirigió palabras a todos los miembros... salvo a Margaret, hecho que no pasó inadvertido ni por Margaret ni por su tía Beatrice.

## CAPÍTULO 5



*21 de junio de 1876  
Middleton, Inglaterra*

Margaret se esforzaba por comprender los motivos por los que su tía y su padre estaban tan dispuestos a abrir las puertas al señor Bright. Después de todo, apenas lo conocían de una ligera conversación durante un encuentro social en el hogar de los Abbey. Era imposible que hubieran tenido tiempo de formar una opinión sólida respecto a él que les animara a invitarle a participar de más eventos sociales.

Sus hermanas, al contrario que ella, se deshacían en cumplidos y halagos sobre la aparente belleza y fuerza del joven, de su porte y su educación. Comparado con el resto de jóvenes caballeros del condado, William Bright era digno de atención y de ser mencionado en las páginas de sociedad. Para Margaret, Bright seguía siendo un insolente y un maleducado, hecho que quedó reforzado por la ausencia de una despedida formal y educada en la visita de la mañana del día anterior.

Margaret se negaba a aceptar que parte de la culpa de ese tratamiento tan poco grato fuera suya, pero sospechaba que su rechazo absoluto y manifiesto a que les acompañara durante la cena de esa noche era un motivo de desagravio para el joven y, por tanto, de enfado. Pero qué podía esperar el señor Bright después de sus palabras durante el baile. La había acusado de ser una joven irrespetuosa con los sentimientos ajenos sin tener pruebas o sin demostrar un ápice de conocimiento sobre su persona. Aquella falta de juicio o reflexión eran cuestionables y Margaret se creía en el derecho de sentirse dolida y airada si así lo deseaba. Aquel caballero no había demostrado, en ningún momento, las virtudes que rodean y que debe demostrar un caballero decente.

—Espero, querida Margaret, que esta noche puedas mostrar mejores modales frente al señor Bright de los que fuiste capaz de utilizar durante el día de ayer. —reprochó Beatrice Miller a su sobrina con severidad —No soy capaz de pedirte que asientas en cada uno de los comentarios de nuestro invitado y que sonrías sin motivo, pero no creo que sea mucho pedir que te comportes como una dama y entables una conversación cordial con él.

—Tía, siento si mi comportamiento de ayer no fue el deseable.—Margaret trató de disculparse ante su tía porque llevarle la contraria no sería lo más coherente.

—¿El deseable? —preguntó Beatrice incrédula mientras cerraba su abanico. —rezo para que el joven no malinterpretara tus palabras. Los rumores de que la mayor de las Westworth es terca, obstinada y ruda no contribuirá a la ya ardua tarea de encontrar un esposo adecuado para ti.

—No logro comprender el motivo de que deba impresionar al señor Bright. —intervino indignada Margaret —Tengo una opinión bastante forjada sobre él y créame, ni él desea mis afectos ni yo necesito los que pueda ofrecerme.

—Por supuesto, querida. Por supuesto. —afirmó tía Beatrice volviendo a abrir el abanico para proporcionar un poco de aire o al menos, eso creyó su sobrina.

La tía Beatrice había acudido con antelación a la residencia familiar y mientras ayudaba a su sobrina a vestirse le observaba con detenimiento. No daba crédito a la inocencia que demostraba y por dentro se rio con serenidad y maldijo por no ser ella la protagonista de tan inesperado posible romance.

Casi a la hora de la cena, una de las criadas anunció la llegada del esperado caballero. Ataviado con un traje de tres piezas y un sombrero muy elegante, el señor Bright entró en la casa. El señor Westworth le devolvió el saludo cuando el primero se quitó el sombrero. Las tres hermanas y Beatrice respondieron con una ensayada reverencia.

—Debo confesarle, señor Westworth, que es una verdadera lástima que no podamos celebrar esta cena en el exterior. El tiempo es delicioso. —en ese instante, se fijó en Margaret y ella, al sentir su mirada, se paralizó —Aunque no puede compararse con las exquisitas jóvenes con las que tengo el privilegio de cenar esta noche.

—Señor Bright, por favor, no sea tan halagador. No nos merecemos esas palabras. —el rubor se había apoderado de los inexpertos rostros de las hijas pequeñas del señor Westworth que se habían alterado en gran manera al recibir las atenciones del joven caballero, pero por suerte, la tía Beatrice supo corresponder el halago del caballero.

—Más lejos de la verdad, señoritas, es un placer. No hay duda.

—No nos quedemos en esta parte de la casa, no es tan acogedora. Por favor, señor Bright, permítame pedirle que nos acompañe a la sala de estar. Allí estaremos más cómodos y podremos disfrutar de una agradable conversación.

El señor Westworth siempre había sentido un gran aprecio por la compañía que sus hijas y su cuñada le brindaban, pero en esta ocasión era la primera vez en mucho tiempo que podía disfrutar de la compañía de otro caballero en su hogar y no iba a desperdiciar una oportunidad de poder jugar a las cartas.

Sentadas las damas en los distintos sillones de la sala de estar y esperando participar de una cálida conversación aguardaron a que fuera su tía, como señora de mayor edad, la que iniciara la conversación y determinara el tema principal.

—Esperamos que haya tenido un buen trayecto de camino a nuestro hogar. Estamos encantadas de poder disfrutar de su compañía.

—De hecho, ha sido un viaje de lo más placentero. Antes de mudarme a Middleton utilizaba el caballo a cada momento. Sin embargo, la apacible vida y la cercanía de las casas de este condado me ha permitido disfrutar de una agradable caminata. Tienen una propiedad muy hermosa.

—Usted ha tenido la suerte de arrendar la casa del señor Knight. Esa propiedad es la envidia de todo el condado. —comentó Margaret. La joven, que adoraba el campo y la naturaleza por igual, trataba de pasar el mayor tiempo posible al aire libre. Dar largos paseos, leer junto a los viejos árboles e incluso ayudar a cultivar un pequeño huerto en su propiedad. Por ello, cuando sus largos paseos se lo permitían, se acercaba en secreto a la finca Knight para admirar la extensión de sus terrenos.

—No podría estar más de acuerdo con usted en la suerte que he tenido. —respondió Bright con una gran sonrisa en el rostro. Su actitud se había suavizado desde el día anterior y demostraba ser halagador e incluso, encantador.

Por un momento, parecía que Margaret y el señor Bright habían encontrado un tema de conversación en común que no generaba tensión entre ambos.

—Apostaría a que no hay propiedad igual en todo Middleton. —dijo el señor Westworth con entusiasmo.

—No encuentro placer en las apuestas, pero sí le diría que es una propiedad demasiado

grande para un hombre solo. Espero que mis hermanos puedan venir a vivir conmigo en un periodo no muy largo de tiempo.

—¿Tiene usted hermanos, señor Bright? —preguntó Rose animada.

—Sí, por supuesto. Somos varios. Nos hemos criado juntos, pero por desgracia, en los últimos años, no he tenido el placer de su compañía. En ocasiones, los negocios te llevan a estar separado de tus seres queridos.

—En eso le doy la razón, señor Bright. Crear un negocio y convertirlo en algo próspero y rentable no es sencillo. Dios sabe la de sacrificios que tuve que hacer en el pasado, pero el esfuerzo mereció la pena.

—Dicen que cuanto mayor es el esfuerzo más dulce es la recompensa.

La conversación con el señor Bright fue animada y apenas quedó tiempo para los silencios incómodos. Era un joven con facilidad para la palabra y no había público más ansioso de conocer que la familia Westworth. No eran partidarios de los rumores o las habladurías, pero consideraban de vital importancia conocer a sus amistades si deseaban seguir recibíéndolas en su hogar.

Margaret se relajó durante la cena al comprobar el trato tan agradable con el que Bright se relacionaba con sus hermanas, su tía, su padre e incluso con ella misma. Durante un instante perdonó al joven por su nefasto contacto durante el concierto y las duras palabras que le atribuyó. Tal vez fue el calor de la noche y las copas de brandy o el mareo del baile lo que le llevó a tal desacertado comentario. Quizá había algo más en él que no había sido capaz de ver a simple vista.

La cena, por supuesto, fue demasiado copiosa y todos estuvieron de acuerdo en regresar al gran salón para tomar un pequeño digestivo.

—Y dígame, señor Bright, ¿se animaría a jugar una partida de cartas conmigo? En contadas ocasiones tengo el placer de disfrutar de este juego de azar.

El señor Bright observó a cada una de las personas con las que compartía la sala, no parecía muy entusiasmado con la petición en primer lugar, pero mientras sonreía pidió que Margaret les acompañara durante el juego.

—Pero apenas tengo experiencia en las cartas. Además, no está muy bien visto que una dama juegue, es un divertimento de hombres. —Margaret trató de excusarse de todas las maneras posibles. En primer lugar, porque era cierto que no tenía habilidad alguna en los juegos de cartas pues apenas les había dedicado tiempo y esfuerzo y, en segundo lugar, no quería tener la ocasión de que la nueva imagen del joven volviera a cambiar en su parecer.

—Por suerte, nadie ajeno a la familia se encuentra presente en nuestra velada excepto yo, por supuesto, con lo cual, su secreto está a salvo con nosotros.

Margaret miró a Bright esperando que su petición no fuera seria, pero la sonrisa calmada en su semblante y el brazo del joven alzado hacia ella invitándoles a acompañarles le indicó lo contrario. La joven se levantó de su asiento para acomodarse frente a su padre y el joven. Y con ello, la partida comenzó.

Margaret no era una gran jugadora, por aclarar, podríamos deducir que ni siquiera era jugadora. No toleraba los juegos de azar como divertimento, pero había aprendido a observar a su padre y a otros invitados. Por ese motivo, cuando varias cartas llegaron a su mano supo cómo manejarse con ellas.

—Díganos, señor Bright, ¿tiene usted la intención de permanecer en Middleton durante una larga temporada o solo está de paso? —el primero en tomar partido en la conversación fue el señor Westworth quien con mucha destreza había repartido las cartas del mazo y estaba a la espera de la jugada de su invitado.

—Todo dependerá del rumbo que tomen los negocios. —dijo mientras levantaba la vista de sus cartas para dirigirla a Margaret, la cual se encontraba prestando atención a la poca capacidad del joven para colocar el mazo en su mano. Al ser sorprendida, Margaret agachó la mirada.

—Entonces esperamos de corazón que sus negocios sean prósperos porque, a pesar de que todavía no le conozco en profundidad, considero que es un joven muy interesante y educado.

—Gracias, señor Westworth, espero que su opinión sea compartida de la misma forma por otras personas del condado. Odiaría ser el centro de burlas, opiniones negativas o incluso rechazo.

—¿Rechazo? —preguntó sorprendido el señor de la casa. —Siento comunicarle que se ha instalado en un pueblo, por tanto, ahora será el centro de comentarios, sobre todo de las madres de jóvenes en edad casadera, pero dudo que pueda consolidar una mala opinión sobre su persona. Es usted un joven muy galán. ¿Verdad, Margaret?

“¿Verdad, Margaret?” Las palabras de su padre resonaban en su cabeza de formas distintas, pero sin ordenarle qué debía responder a dicha pregunta. Cuando reunió el valor suficiente, la joven se pronunció.

—Padre tiene razón, señor Bright. Con mucho dolor tengo que confesar que una de las cosas que moldea el carácter de una comunidad pequeña como esta es su facilidad para crear chismes y difundirlos. Además, en plena temporada social, un caballero como usted no pasará desapercibido.

Bright se sorprendió por el comentario tan directo de la joven. Había confesado de forma abierta y clara que le encontraba atractivo o al menos, que captaba la atención de las jóvenes. Era un gran paso en su acercamiento a la muchacha. Quería provocar una respuesta en ella y por el momento era receptiva a sus atenciones.

—Por lo que he podido comprobar acuden muchas personas a los actos sociales.

—Sí, por supuesto. El concierto en casa de los señores Abbey es uno de los más populares de la temporada. Sin duda, la mayor parte de Middleton se encontraba en aquellos salones o, al menos, los que gozan del cariño del matrimonio.

—Desde luego —el señor Bright había comprendido el mensaje oculto tras las palabras del señor de la casa. Si la familia Abbey era tan influyente en el pueblo y en el condado, era de esperar que toda la comunidad tratara de ganarse sus atenciones.

—Querida Margaret, es tu turno.

—Desde luego, padre.—respondió Margaret tratando de fijar su atención de nuevo en las cartas que tenía en su poder.

Margaret se deshizo de una de las cartas del conjunto que guardaba y acto seguido, su padre hizo lo mismo. El señor Bright se tomó su tiempo para escoger. Analizó en silencio las cartas que se encontraban sobre la mesa bajo la atenta y nerviosa mirada del señor Westworth quien, ansioso, aguardaba su turno.

—Espero contar con invitaciones al resto de los eventos, odiaría quedarme atrapado en casa cuando la comunidad despierta tanto interés y alegría en mí.

—Por eso no se preocupe, señor Bright. —comentó Margaret para causar alivio en la preocupación de Bright— Si recibió la invitación de los Abbey para su concierto, tenga por seguro que el resto de Middleton apreciará su presencia. No dude que recibirá múltiples invitaciones.

—Es usted muy amable, señorita Westworth.

—Haga caso a mi querida hija —interrumpió el señor Westworth mientras calculaba las probabilidades de acertar con la carta que deseaba arrojar sobre la mesa—, ella conoce los

entresijos de las temporadas en sociedad.

Llegado su turno, Margaret tiró la última carta de su mazo que no le interesaba y con ello logró crear una combinación ganadora. Reveló las cartas resultantes ante el resto de los jugadores que, sorprendidos ante la jugada de la novata invitada a la mesa, había destronado al señor Westworth.

—Fíjese, señor Bright. Tenemos una jugadora en potencia ante nosotros. —gritó entusiasmado el señor Westworth por la habilidad que había demostrado su hija. Orgullo.

—No diga eso padre, solo ha sido suerte.

Pero la suerte acompañó a Margaret durante las siguientes tres manos para el mal perder de su querido padre.

—Querida hija, esperaba que el respeto y cariño que guardas hacia mi persona te permitiera dejarme ganar una sola vez.—reprochó con cierta vergüenza el señor Westworth mientras era observado por la curiosa mirada del señor Bright y su hija.

—¿Y usted se sentiría bien, padre, si le hubiera dejado ganar? —le preguntó con cierto aire divertido a su padre para provocar una respuesta en él mientras le guiñaba un ojo.

—Por supuesto que sí —dijo con gran rapidez el señor de la casa lo que causó una risa sincera entre Bright y Margaret. Pronto, el señor Westworth se unió a ellos.

Tras varias partidas a las cartas, la señora Miller reclamó la atención de los jugadores para animar la conversación que mantenía con sus sobrinas quienes, sentadas en los sofás, se encontraban aburridas.

Pronto la conversación se tornó animada y todos pudieron disfrutar de algunas anécdotas de Middleton y de sucesos acontecidos durante el concierto en la casa de los Abbey. Margaret estaba disfrutando de la visita del señor Bright, lo que le llevó a pensar que el tenso momento compartido con él quizá había sido fruto de la tensión y no de un comportamiento libertino o presuntuoso. Por ello, conforme la noche comenzaba a apoderarse de la velada, Margaret se sentía desdichada.

La joven Margaret tuvo que disculparse para acudir al excusado. La tensión que había crecido poco a poco durante la velada y el calor que le producía el corsé del vestido hizo que Margaret se sintiera cada vez más acalorada. Se refrescó la nuca con un poco de agua y recolocó algunos mechones de su recogido que se habían salido de sus horquillas. Antes de salir se miró al espejo, tenía un ligero rubor en las mejillas producto del calor y su rostro reflejaba una mezcla entre curiosidad, desasosiego y expectación.

Al salir del cuarto de baño, Margaret chocó con el cuerpo duro de William Bright, quien aguardaba ansioso en el pasillo. El joven agarró con suavidad a Margaret cuando trató de separarse de él y con delicadeza, colocó uno de sus ligeros mechones detrás de la oreja. Ese contacto incomodó a la joven, quien dio un paso atrás ante el atrevido comportamiento de Bright.

—Eso ha sido indecoroso, señor Bright —dijo Margaret con la voz tensa pero entrecortada mientras trataba de recuperarse del suceso. La proximidad del caballero le había sorprendido y cohibido al mismo tiempo. Con un cierto temblor en las manos trataba de alisarse los pliegues de su falda.

—Puede que toda la destreza que demuestra en el juego, querida Margaret, le falte en experiencia en el amor.

¿Cómo era posible que el joven pudiera cambiar de forma tan radical su comportamiento? Margaret había abandonado la sala de estar dejando atrás a un correcto y educado invitado y ahora allí, frente a ella, en la oscuridad del pasillo de su hogar, se encontraba ante un indecoroso hombre.

¿Cómo se atrevía a decirle aquello cuando habían disfrutado de una conversación tan

agradable durante aquellos instantes previos?

Fuere cual fuere la respuesta, el humor de Margaret había cambiado por completo. Su cuerpo, que había logrado relajarse poco a poco ahora se encontraba tenso como un resorte y acalorado como un fuego. El tacto de Bright le había dejado temblando y era algo que el caballero había evidenciado.

—Debería aprender, querida, a jugar mejor. Debe esconder sus sentimientos con mayor facilidad que sus cartas. —Bright decidió romper el silencio que Margaret había interpuesto entre ellos para reírse de la forma en que había respondido a su acción.

—Tal vez, señor Bright, no desee tener tanta experiencia como la que usted parece demostrar. Es poco caballeroso por su parte alardear de sus conquistas.

—¿Alardear? ¿quién ha alardeado? —Bright estaba confuso por el comentario de Margaret. En ningún momento se había hecho referencia a las conquistas, pero Margaret necesitaba demostrar que no se dejaría amedrentar si Bright trataba de intimidarle de esa forma.

—Usted mismo, señor Bright. Si sugiere que mis sentimientos se revelan con tanta facilidad es que ha tenido la oportunidad de provocar y comprobar la reacción de más jóvenes impresionables. Y por supuesto, ha gozado de sus fechorías.

—Debo confesar que no ha sido tan impresionante como otras damas pero sí, he logrado generar una reacción en usted que me ha cautivado.

—Las mujeres no somos cartas que pueda reunir en un mazo y desecharlas cuando no le hagan falta.

—Usted no es ninguna carta, señorita Westworth.

De forma inesperada y sin apenas darse cuenta de que la tensión del momento les había acercado hasta apenas encontrarse a escasos centímetros el uno del otro, el joven agarró a Margaret por la cadera y unió sus cuerpos hasta convertirlos en uno solo y sellarlos con un beso. Como era de esperar, Margaret no sabía cómo responder a aquello. Su cuerpo estaba tenso y en conflicto y mientras permitía que los sensuales labios del William Bright descubrieran cada uno de los recovecos de su alma, ella pensó en los motivos que le había dado el joven para odiarlo.

Margaret dejó escapar un suspiro y eso provocó una reacción en el joven que pegó todavía más su cuerpo al suyo y con cierta delicadeza, pasó su mano derecha por el rostro de la joven al mismo tiempo que ella se agarraba al duro torso de Bright para evitar caerse al suelo. Margaret no podía respirar. No podía pensar. Toda su mente estaba plagada de un joven y de sus intensos besos.

Era la primera vez que sus labios eran amados, saboreados, glorificados. Se sentía tan confusa por todo lo que estaba experimentando que no sabía cómo reaccionar. Abrió la boca y dejó que Bright jugara con ella llegando a un estado de aturdimiento completo.

Poco a poco y con un ligero quejido que salió de la garganta de Margaret, William liberó a su amante del abrazo que la sostenía. Ella tenía todavía los ojos cerrados y se encontraba aturdida y embriagada por el momento.

Él, por su parte, encontraba un cierto placer en el estado de la joven. La miraba con los ojos bien abiertos sin perder detalle de la belleza que dominaba a aquella mujer tan inocente que le acababa de hacer uno de los mayores regalos.

*Middleton Post. 22 de junio de 1876*

*Queridos lectores,*

*No puedo estar más emocionada y satisfecha por los rumores que han llegado a mis humildes oídos y que tanta ansia deseo compartir con ustedes.*

*El señor Bright fue invitado a cenar por nada más y nada menos que el señor Westworth. Bien es sabido por todos que la mayor de sus hijas se encuentra en su última temporada social. Aunque esto no es una verdad que haya sido pronunciada en alto todos sabemos que no le quedan muchas oportunidades de encontrar marido a su edad. ¿Serán esas las intenciones del viejo Westworth? ¿Caerá Bright en las arrebataadoras y devastadoras redes de la señorita Margaret Westworth? Quizá debamos preguntarle al joven Thomas qué opina acerca de esta posible relación.*

*Seguiré atenta a las noticias*

*Lady Middleton*

## CAPÍTULO 6



*22 de junio de 1876  
Middleton, Inglaterra*

La desfachatez de Lady Middleton habría eclipsado la atención y la furia de Margaret Westworth si toda su mente no hubiera estado concentrada a aquel beso. Sus labios ardían al igual que sus mejillas. William Bright retornó al salón tras su encuentro dejándola aturdida. Sus piernas, temblorosas y flojas, no eran capaces de llegar por su propio ser hasta el salón donde aguardaban impacientes el resto de los miembros de su familia. Tardó varios minutos en serenarse, en recuperar la compostura y dirigirse de nuevo a la sala. Apenas unos instantes después de reencontrarse, el señor Bright se despidió de una forma educada apenas dirigiendo una mirada a Margaret o palabras de aliento antes de su marcha.

Fue ese silencio lo que ofuscaba a la joven. ¿Qué había significado aquel beso? Desde luego había sido un arrebato no planificado por parte del joven, fruto quizá de la provocación entre ambos.

Había existido una tensión evidente durante la partida de cartas y Margaret comprendió que algunos de los comentarios que él ofrecía a su padre iban dirigidos a ella, a captar su atención. Pero no entendía cómo no había pronunciado palabra tras su encuentro.

¿Acaso no había sido satisfactorio?

Margaret no consiguió desviar su atención en ninguna de las tareas que de forma habitual ocupaban su tiempo en la mañana. Recreaba una y otra vez aquel momento compartido. En silencio, cuando nadie le observaba, se tocaba los labios mientras cerraba los ojos. Era como si éstos todavía guardaran el recuerdo del caballero, como si lo anhelaran. Deseaban ser poseídos de nuevo. Y Margaret también lo deseaba.

Aquel hombre había despertado un interés en ella, era evidente. Su falta de decoro y formalidad, y por supuesto, la reacción que en ella generaba era suficiente como para ocupar un puesto preferencial en su lista de candidatos. Esto iba en contra de toda norma. Aquel encuentro no debía haberse producido. Sin compañía ni carabinas. Había incumplido todas las normas sociales. Si alguien les hubiera encontrado habría sido la ruina de ambos y se hubieran visto obligados a unir sus vidas para siempre. ¿Era eso lo que Margaret deseaba?

—Fue todo un placer disfrutar de la compañía del señor Bright, ¿verdad Margaret? —preguntó el señor Westworth a sus hijas durante el almuerzo —Es un caballero muy educado y cortés. Estoy seguro que su sensatez le llevará a establecer un negocio próspero en la zona. Sería interesante ayudarle.

—Por supuesto, padre. El señor Bright es inteligente, dotado para la palabra y la oratoria y tiene anécdotas interesantes que compartir. Sin duda, un digno comensal —expuso Rose. La hermana de Margaret lucía inquieta ante la visita de la noche anterior y la predisposición de su hermana ante las sonrisas de Bright enfadó mucho más a la mayor de ellas.

Rose se dejaba impresionar por cualquier joven que demostrara un mínimo de interés en ella.

No era dada a la reflexión o cuestionar o censurar su comportamiento, sino que dejaba que sus sentimientos afloraran cuando así lo precisaran y eso, en alguna circunstancia, le había traído más de un problema.

—Una gran amistad, sin duda —comentó el padre de ambas —Si las normas entre caballeros y la educación no ha muerto espero recibir una invitación por su parte, sería lo correcto.

El anuncio del señor Westworth provocó emoción en Rose y un gran sobrecogimiento en Margaret. ¿Tendría que verlo de nuevo? ¿Cómo reaccionaría al estar frente a él? No tenía respuesta a ninguna de sus preguntas, pero solo tenía clara una cosa, temía y ansiaba al mismo tiempo volver a verle.

—Margaret, esta tarde podríamos dar un paseo hasta la finca del viejo Knight, quizá así apesuremos dicha carta. ¿Qué me dices, hermana? —el deseo de Rose de provocar un encuentro con el joven que ahora ocupaba los pensamientos de Margaret le dejó confusa.

—Decidido, iremos esta misma tarde sin demora —decidió Grace divertida—. Además, Bright confesó que encuentra placer en caminar por la propiedad.

—Nos acompañarás, ¿verdad hermana?

—Por supuesto, iré con vosotras. No pierdo una ocasión para admirar la propiedad en cuestión.

Después de la hora del té y con una temperatura muy agradable, las tres hermanas salieron de paseo por el pueblo con dirección a la propiedad del viejo señor Knight.

Margaret no había conseguido recoger de forma exitosa su cabello. Los dedos de las manos le temblaban y no era capaz de peinarse para estar presentable. Tampoco deseaba que ninguna ayudante de cámara le viera en ese estado de nerviosismo y llegara a conclusiones extrañas. Solo era un paseo.

Margaret siempre había admirado la finca. En el centro de una enorme extensión de campo se encontraba un pequeño lago y, justo al lado, una preciosa casa. No podía decirse que los señores Knight tuvieran carencia de fortuna pues el estado de la casa era impecable y bien era sabido que la decoración de su interior era exquisita. Pero no era el interior de la vivienda lo que atraía los sentidos de Margaret, sino la naturaleza que rodeaba a la propiedad.

De repente, Grace agarró a sus dos hermanas del brazo y las arrastró a la carrera hacia la entrada. Atravesaron un largo camino de tierra que conducía a la puerta principal y allí fueron recibidas por uno de los miembros del servicio.

—Buenos días tengan ustedes. ¿Puedo ayudarlas en algo? —preguntó el hombre con extrema educación e inclinando la cabeza con respeto.

—Somos las hijas del señor Westworth. La pasada noche tuvimos el placer de recibir en nuestro hogar al señor Bright y tras nuestro paseo diario hemos decidido devolverle la visita con la esperanza de que pudiera mostrarnos la propiedad.

Si bien es cierto que el joven había prometido acompañar a las hermanas a través de los terrenos para enseñarles cada rincón de las mismas, no había sido fijada fecha alguna.

—Siento indicarles, señoritas, que el Señor Bright ha abandonado la propiedad y no puedo indicarles cuándo tiene planeado regresar.

¿El señor Bright se había marchado? No había realizado comentario alguno durante la velada que indicara que se iba a ausentar de forma inmediata del pueblo. Todo parecía indicar que su deseo de establecer un negocio en Middleton y de encontrar una compañera de vida le animaban a permanecer en la residencia Knight.

—Es una verdadera lástima —dijo muy abatida Rose.

—Disculpe, señor. ¿Ha dejado el señor Bright alguna nota o recado para alguno de sus

vecinos? —la pregunta se deslizó con cuidado por la boca de Margaret. No deseaba que sus hermanas escucharan su tono triste. Estaba segura que el joven habría dejado tras de sí unas líneas que explicarían su partida.

—Me temo que no, señorita Westworth —respondió de forma seca y tajante el sirviente quien parecía más interesado en finalizar la conversación y regresar a sus tareas que en atender a unas jóvenes damas que parecían abatidas por la partida de su atractivo señor— No tengo nota alguna que entregar.

¿Ninguna nota? En ese momento, el mundo de Margaret se volvió un poco más oscuro. William Bright y ella habían compartido, bajo su punto de vista, un encuentro íntimo aunque fugaz, y aunque el comportamiento tan mezquino de Bright le impulsaba a pensar que era evidente que no dejaría una nota para ella, ansiaba creer en las buenas y educadas palabras que había demostrado durante la cena.

Una lucha se apoderaba de Margaret, quien no sabía si Bright era un libertino que jugaba con ella o un caballero que no sabía cómo manejar la situación.

Grace y Rose tomaron a su hermana del brazo y la animaron a regresar a casa disfrutando de la tarde. Margaret, por su parte, dejó que sus hermanas hablaran sobre los próximos eventos y bailes que tendrían lugar en Middleton mientras ella, pensaba en el joven.

Margaret deseaba regresar a casa y encerrarse en su dormitorio. Por suerte, el siguiente encuentro social no tendría lugar hasta el jueves, por lo que, tendría tiempo para reponerse. No había descubierto cuán de profunda era la influencia que el joven ejercía en ella hasta que el corazón se sobrecogió por las palabras del mayordomo. Una parte de ella quería que fuera Bright quien abriera las puertas de aquella casa y, ofreciéndole su brazo, le enseñara toda la propiedad. Pero, por otra parte, le odiaba por haberse marchado sin dejar ninguna nota.

¿Tan poco había significado su pequeño encuentro de la noche anterior que era capaz de partir sin dejar unas líneas para ella? Puede que no se atreviera a acudir a su casa para dejar clara su situación, pero al menos unas palabras. Nada. No había nada.

¿Acaso su beso no había sido satisfactorio? Puede que Margaret no fuera diestra en las artes del amor, pero había sentido una conexión especial entre ambos durante aquel beso e incluso antes, cuando sus ojos dejaban de manifiesto el deseo que crecía entre ambos.

Pero quizá era lo mejor. Tal vez ella había ensalzado lo que ese momento había significado dándole más importancia de la que había tenido o incluso no había significado nada destacable en la mente y en el corazón de Bright.

Eso hizo sentir tan mal a la mayor de las Westworth que cuando regresó a su casa era todo un manojo de nervios. Cerró con fuerza la puerta de su habitación y los pasos que daba resonaban con fuerza sobre la madera. Jamás se había visto así de alterada y eso, la sorprendió. No podía creerse la reacción que en ella había despertado el joven y por ello se odió a sí misma. Ella era siempre la que tenía el control, la que rechazaba a los jóvenes que no eran apropiados para ella y, ahora, era ella la rechazada.

Si Bright hubiera experimentado en ese encuentro las mismas emociones que ella, seguro que hubiera encontrado un motivo de peso para permanecer en Middleton pero no, se había marchado. La inocencia de Margaret le había jugado una mala pasada. Bright se lo había dicho de forma directa: tenía más experiencia en el campo del amor. Y ahora ella había sido una más de sus conquistas.

Darse cuenta de esto encendió por dentro a Margaret y el cariño o deseo que pudiera sentir por William Bright se transformó en odio.

Odiaba lo que el joven le había hecho sentir y se enfadaba con ella misma por haber bajado la

guardia y haberle dado al joven el poder de confundirla y dejarla ese estado.

Margaret se miró al espejo, se arregló el cabello que había quedado deshecho tras la caminata, inspiró y se prometió a sí misma que ni Bright ni ningún otro hombre jugaría con ella.

Puede que esta fuera su última temporada en sociedad, pero no estaba tan desesperada como para perder el norte por un hombre cuyas atenciones estaba claro que estaban en otro lugar.

*Middleton Post. 23 de junio de 1876*

*Queridos lectores,*

*Me siento abatida de forma irremediable en el día de hoy. Al parecer, el señor Bright se ha marchado de Middleton con la misma rapidez y misterio que apareció hace unos días. Su estancia, breve pero intensa, ha sido como un huracán que ha encandilado y magullado nuestros corazones en partes iguales. ¿Se sentirá de la misma forma la señorita Westworth?*

*Lady Middleton*

## CAPÍTULO 7



*26 de junio de 1876  
Middleton, Inglaterra*

Margaret no había prestado atención a las odiosas palabras de la señora Middleton que fueron publicadas días atrás por lo que los rumores de que la partida de Bright había dejado a una devastada Margaret se disiparon por completo cuando la joven fue vista paseando con alegría y júbilo con sus hermanas varios días más tarde.

Todo Middleton se preparaba para el baile que tendría lugar en el salón de la gran casa de los Rogers. Los Rogers eran un matrimonio con gran fortuna en el sector del algodón. El señor Rogers mantenía una estrecha y antigua relación con el señor Westworth y, por tanto, los hijos de ambos matrimonios se habían criado juntos en el condado. De ahí que la relación entre Margaret y Thomas Rogers fuera tan estrecha. Al parecer, los años de juegos infantiles se habían tornado en sentimientos más puros y nobles por parte del joven hacia su amiga, aunque no fueran correspondidos.

La llegada de la invitación que anunciaba tan especial baile no se hizo de rogar. Recogida en un precioso sobre de color marfil se encontraban las pulcras palabras de la señora Rogers y su expreso deseo de compartir con la familia una agradable y jovial velada.

Las hermanas de Margaret ayudaron a su hermana a arreglarse junto a la doncella para que aquella noche estuviera lo más deslumbrante posible.

Llegado el momento, el carruaje partió con el señor Westworth, su cuñada y Margaret en él. Cualquier hombre de acomodada posición y padre de familia numerosa podría encontrar aburridos y tediosos los bailes de sociedad y el señor Westworth no iba a ser una excepción, aunque bien sabía que debía armarse de valor. No solo porque este iba a ser el último año de sociedad de su querida hija mayor, sino porque todavía quedaban dos hijas más a las que casar. El señor Westworth, con una sonrisa de resignación y con cierto entusiasmo por el reencuentro con su amigo, se recolocó los guantes blancos en el carruaje y dio la orden de partir.

La mansión de los Rogers era un regalo para la vista. Margaret estaba acostumbrada a sus balaustradas, sus arcos y sus grandes jardines, pero eran las personas que había en su interior a las que con más ansias esperaba ver. La hermana de Thomas, Katherine, era una de las más íntimas amigas de la joven y mantenían una relación estrecha desde la cuna. Los recientes acontecimientos de la temporada anterior no habían hecho mella en su relación y Margaret dio gracias por ello.

—Mi muy querido señor Westworth, ¡cuánto nos alegra que haya podido venir! —expresó con cariño la señora Rogers mientras acudía al encuentro de los invitados en la entrada —Margaret, estás preciosa jovencita.

—Muchas gracias, señora Rogers. —respondió Margaret con una gran sonrisa en el rostro. La señora Rogers era una persona agradable y cariñosa y siempre la trataba como una hija más— Estoy deseando ver a Katherine.

—Creo que se encuentra hablando con su hermano junto a la chimenea del salón —indicó la señora Rogers mientras señalaba al interior de la sala con el brazo.

—Muchas gracias.

Margaret comenzó a andar con lentitud hacia el salón de la casa en busca de sus amigos dejando atrás a su padre y su tía. Casi sin terminar de escuchar sus voces le llegaron unas palabras de la señora de la casa.

—Señor Westworth, es una lástima que Margaret no sienta afecto por Thomas, es tan noble y educada. Cuánto habría ansiado llamarla hija.

Esas palabras provocaron un sentimiento de tristeza en el corazón de Margaret que se detuvo antes de entrar en el salón. Al otro lado de la sala se encontraba Katherine y Thomas, dos jóvenes con rasgos bastante similares que no dejaban duda alguna de su parentesco. Observó en silencio a Thomas. Sus rasgos. Sus movimientos. Su sonrisa. Y desde el fondo de su corazón, ella se preguntó lo mismo. ¿Por qué no podía sentir nada por él cuando reunía todas las cualidades para ser un abnegado y devoto marido?

Margaret conocía la respuesta.

No era Henry.

—Margaret, querida amiga, ¿cuánto tiempo llevas allí? —preguntó Katherine mientras salía al encuentro de su amiga para invitarle a reunirse con ellos —Estoy muy emocionada porque podamos reunirnos hoy. ¿Has visto el vestido tan bonito que me regaló mi padre? ¿Te gusta la muselina de la falda? El tuyo lo han comprado fuera de Middleton ¿no es cierto?

—Vamos, Katherine, no atosigues a Margaret. —Thomas, conociendo lo intensa que podía llegar a ser su hermana en ocasiones salió en auxilio de su amiga. La invitada, con una sonrisa, le devolvió el gesto al joven.

La velada transcurría con total normalidad, entre bailes y risas hasta que la tía de Margaret, acompañada de un hombre se acercó hasta ella.

—Margaret, querida. Me gustaría presentarte a Robert Kingston, el hijo mayor del señor y la señora Kingston, amigos de tu padre.

El joven, alto, moreno y con el ceño fruncido realizó una pequeña reverencia juntando los pies que fue seguida del saludo de Margaret. La joven no estaba segura de cómo juzgar las apariencias de Robert Kingston. Parecía gallardo y apuesto a primera vista, pero le resultaba extraño no haber oído hablar de él durante sus años de debutante o conocerlo en otros actos familiares.

—Robert acaba de llegar de Londres. Ha estado estudiando Derecho en la Universidad y se ha graduado con honores.

—No diga más, señora. O parecerá que mis méritos son mayores de lo que mi título concede. —el caballero trató de mostrarse humilde rechazando el halago de Beatrice Miller como marca la prudencia.

—Si es eso cierto, señor Kingsman, no tiene que avergonzarse de ellos. Considero que cultivar el intelecto es un paso hacia la socialización y el progreso —expresó Margaret con total honestidad. La joven desconocía si el rubor que ahora moraba en las mejillas de Kingsman era producto de los halagos mencionados, del calor de la tarde de verano o de la tensión del momento, pero era evidente que el caballero se encontraba incómodo.

—Estupendo, no tengo duda alguna de que encontraréis placer en el debate sobre ello —respondió con rapidez tía Beatrice al darse cuenta que la conversación entre su sobrina y el nuevo invitado iba a versar de temas más intelectuales que superficiales. Satisfecha por su emparejamiento se dispuso a dejar a la joven pareja —. Si me disculpáis, debo saludar a los señores Abbey.

—Por supuesto, el hombre debe trabajar su mente como mandato para mejorar la sociedad y poder revertir en ella una mejora.

Una vez que Beatrice se marchó para saludar a otros invitados a la fiesta, Margaret experimentó una cierta comodidad en la presencia y en la conversación con Robert Kingsman. El caballero poseía el don de la palabra, era juicioso y razonaba con sensatez, lo que agradó en gran manera a la joven. No era usual encontrar a un caballero con esa facilidad para conversar con una dama.

Tras una larga y animada conversación, Robert solicitó varios bailes y Margaret accedió encantada.

Para su sorpresa, el señor Kingsman demostró una agilidad inaudita en los pies y sus dotes como bailarín eran admirables. Continuaron una conversación más ligera entre giros y cruces de parejas sin que Margaret pudiera evitar desprender una radiante sonrisa provocada por la más inocente felicidad.

A pesar de que la tía de Margaret y su propio padre tuvieron la amabilidad de presentarle a tres pretendientes más durante la noche, no querían exceder la confianza de sus anfitriones ni herir sus sentimientos ante el joven Thomas. Margaret, por supuesto, escogió al joven Rogers para disfrutar de su compañía durante varias piezas musicales porque, por encima de todo, era su amigo.

Pero tras terminar cada una de las piezas, su mirada regresaba hacia el joven con el que había bailado al principio de la velada quien conversaba con otros caballeros.

Terminada la noche, la familia Westworth recogió sus pertenencias y se dirigieron hacia la calesa no sin antes despedirse con cordialidad y dando las gracias a sus anfitriones.

En la calesa, de camino a casa, Margaret se abstraigo en sus pensamientos. Su mente se encontraba inquieta, emocionada, palpitante. Había disfrutado de aquella noche, de cada baile y de cada invitado. Pero durante un instante, un pequeño instante, un joven atractivo de labios carnosos le vino al pensamiento.

Maldito Bright.



Los días sucedían en Middleton y, para el asombro de Margaret, una nueva carta de su querido amigo llegó a sus manos tras varias semanas sin noticias.

*Querida Margaret,*

*Gracias al cielo mi hermana se encuentra mejor de salud y ya disfruta del aire libre, del jardín y de otras distracciones propias de su edad. Me alegra verla sonreír de nuevo, no hay mayor regalo como hermano.*

*Debo disculparme por mi silencio. Estas últimas semanas mis deberes me ha mantenido más ocupado de lo que hubiera deseado y me ha resultado imposible centrarme en nuestros queridos momentos.*

*Siento la presión que se ha impuesto sobre ti y sobre tu familia, pero me parece muy madura la decisión de asumir la responsabilidad. Admiro tu coraje y valentía y aplaudo a tu abnegado corazón. Ser la heredera de una familia que goza de una posición como la tuya no es sencillo y en ocasiones, debemos aceptar nuestro deber.*

*Debo confesar que cada día que pasa encuentro más difícil el acudir a Middleton y poder cumplir la promesa que te hice de niños de estar a tu lado. Al igual que tú, mis obligaciones para con mi familia también son importantes y debo priorizarlas.*

*Espero de corazón que durante estos meses puedas encontrar a alguien que sea digno de tus atenciones y de tu corazón, pues el afortunado que elijas tendrá la joya más preciada de Middleton.*

*Un abrazo,*

*Henry*

La carta de Henry dejó a Margaret sumida en un mar de confusión. Habían pasado semanas desde su última carta y a pesar de que ansiaba leer las palabras de su querido amigo, la frialdad y lejanía que había notado en cada una de las líneas le había tomado por sorpresa. Henry, el joven al que había entregado su corazón durante años sin que él lo supiera, la alentaba a que encontrara un caballero digno para desposarse y confirmaba que jamás podría regresar a Middleton. Desconocía si la razón era el estigma que rodeaba a su familia, sus verdaderos quehaceres y responsabilidades familiares o que, en realidad, él no le correspondía.

No sabía qué pensar, pues su corazón estaba roto en mil pedazos. Había depositado demasiadas esperanzas en Henry. Margaret se preguntaba una y otra vez cuándo habían podido cambiar las cosas entre ellos sin que apenas se diera cuenta. Qué había podido hacer para que su amigo cambiara tan rápido de parecer. Durante años habían sido inseparables e incluso, se había forjado una alianza silenciosa entre ellos en la que no se habían intercambiado palabras de amor pero era obvio que sentimientos profundos fluían entre ellos. Sentimientos que podrían dar lugar a un matrimonio.

Todas estas dudas sacudieron el corazón de la joven Westworth, que ahora se encontraba navegando en un mar incierto pues el debate que en su corazón se estaba fraguando no era deseable para ninguna dama en su posición.

Varios días más tarde del baile en casa de los señores Rogers, el señor Westworth recibió una visita un tanto inesperada. Margaret escuchó las voces procedentes del despacho de su padre conforme se acercaba a la puerta del mismo. Encontraba reprochable el escuchar a escondidas y más a su querido padre, pero no podía evitar sentirse tentada.

De repente, la puerta se abrió de golpe y, con un respingo, Margaret se encontró de frente con el cuerpo de Kingsman.

—Señorita Westworth, buenos días. Hace una mañana deliciosa. ¿no cree? — Robert tartamudeaba al mismo tiempo que giraba el ala del sombrero de copa sobre sí mismo. Les miraba a los ojos sin perder el contacto esperando que ella no los retirara, pero con miedo de que lo hiciera.

—Por supuesto señor Kingsman. Desde luego.

—¿Tendría la amabilidad de acompañarme a disfrutar de tan agradable mañana? ¿Quizá un paseo por los jardines de la propiedad?

Margaret se quedó paralizada. Desde el interior del despacho, su padre observaba nervioso la respuesta de su hija. Sus ojos eran vívidos y estaban ansiosos.

—Por supuesto —dos palabras que sirvieron de invitación y aliento para que el caballero, con una amplia sonrisa en el rostro, extendiera su brazo hacia la mayor de las Westworth.

El señor Westworth indicó a sus hermanas que debían acompañar a los jóvenes en su paseo a una distancia prudencial que otorgara intimidad pero que pudieran ser observados con facilidad.

—Es posible que se pregunte, señorita Westworth, el motivo de mi visita y la conversación que he mantenido antes con su padre. Es mi firme deseo, y así lo he querido expresar con la mayor educación posible y con el consentimiento de su padre, cortejarla. Nuestro primer encuentro, su

compañía y conversación fueron mucho más de lo que había esperado y debo confesar que su presencia me resulta acogedora y emocionante. Comprendo que todavía sea pronto para poder remover sentimientos en su corazón, pero no ansío nada más que despertar cariño en usted, señorita Westworth.

Sin darse cuenta, el mayor de los Kingsman había detenido el paseo junto a Margaret, y cogiéndole de forma tierna de las manos, le había confesado sus sentimientos. Dicha confesión no fue algo desconocido para la joven, pero sí, proveniente de un hombre al que apenas había conocido en una velada.

Seguía sin sentirse merecedora de las atenciones de otra persona y, al igual que con Thomas, se sintió dichosa. Las familias que se encontraban en el baile abalaban su procedencia y decencia y por ello, cuando escuchó aquellas palabras sinceras del joven, su corazón tembló.

El cuerpo de Margaret tembló mientras contemplaba a aquel hombre y se atemorizaba por cada cosa que su mente le revelaba cuando estaba junto a él. Por muy independiente que quisiera mostrarse de cara al resto de la sociedad, debía cumplir con su misión como hija. Por desgracia, no iba a realizarse como mujer a través de las palabras escritas de las cartas de Henry, ni tampoco a través de los brazos escurridizos de Bright y, por supuesto, no podía provocar sentimientos falsos hacia su amigo Thomas.

El señor Kingsman era, a primera vista, un hombre decente y con buenas intenciones. Correcto en sus maneras, con una mente cultivada y con una conversación fluida y versada. Diestro en el baile, amante de la naturaleza y un apasionado de la literatura. Cualidades que Margaret encontraba admirables y necesarias en su compañero de vida.

Puede que, con esta decisión que había tomado estuviera renunciando a muchas aventuras, al amor de su infancia y a su mejor amigo, pero debía responder a un deber que le era superior y que trascendía a sus propios intereses personales.

Por ello, levantando la vista hacia el hombre que ante ella se encontraba desnudando su alma, sonrió.

*Middleton Post. 26 de junio de 1876*

*Queridos lectores,*

*Tras varios días de incertidumbre y algunos rumores no confirmados, puedo decir, sin un ápice de duda, que la mayor de las hijas del señor Westworth, Margaret, está siendo cortejada por el magistrado Kingsman. Ambos, de muy buena familia y con un futuro prometedor, esperemos que sean noticia en el futuro con el anuncio de su enlace.*

*¿Cuál será la opinión del señor Bright al respecto? ¿Encontraremos a un joven Thomas Rogers desolado por la noticia?*

*Lady Middleton*

## CAPÍTULO 8



*12 de julio de 1876  
Middleton, Inglaterra*

Las semanas se sucedían la una a la otra, y sin apenas darse cuenta, el calor era uno de los protagonistas más destacados en los paseos y veladas. Los cada vez más multitudinarios encuentros sociales a los que Margaret asistía solo dejaban de manifiesto la gran suerte que había tenido al encontrar a un joven caballero que la complementaba y del que disfrutaba.

El señor Westworth se encontraba encantado por la disposición de su hija y su tía, por supuesto, se encontraba desbordada por la emoción de un posible y cercano enlace entre los jóvenes. Su querida sobrina, casada. Nada podía hacerle más feliz, aunque también sabía que todavía tenía una responsabilidad hacia Grace y Rose, las menores de la familia, que quizá resultarían más complicadas que la propia Margaret. Todas ellas eran distintas entre sí con peculiaridades que las hacían únicas, pero bien sabía Beatrice Miller que tenía una peliaguda misión por cumplir en el momento en que su sobrina abandonara la residencia de su difunta hermana.

Por su parte, Margaret había tenido que luchar durante las últimas semanas con demasiados fantasmas y sentimientos que trataban de salir a la luz. Por una parte, el amor que sentía por su gran amigo de la infancia, por el que, a pesar de no haber visto en años, sentía algo muy especial. Con el que, a través de sus cartas, había viajado a lugares lejanos de Inglaterra, habían compartido intimidades y sueños, frustraciones y penas. Por el que dejaría su apellido atrás solo para que no pudieran considerarlo indigno.

Y por otra parte, y lo que más enfadaba a Margaret, la pasión que Bright le había transmitido con un solo beso. Ella, sensata y calmada, había sido capaz de temblar como una niña cuando él la había provocado. Jamás la habían besado y, aunque Bright había sido y sería dueño de su primer beso, su ausencia y falta de noticias durante las últimas semanas había dejado de manifiesto su falta total de intenciones hacia ella.

Kingsman era educado, cortés y afable, pero no era cariñoso como Henry o intenso como Bright. Sin embargo, consideraba que era una opción viable y un matrimonio justo y respetable. Si Henry la alentaba a contraer matrimonio con otra persona y dejar atrás el pasado que compartían tendría que centrarse en otro joven que pudiera colmarle como persona aunque traicionara los sentimientos que durante años había tenido. Bright no era una persona fiable después de los recientes acontecimientos y ningún otro caballero del condado podía estar a la altura de las expectativas de Margaret por tanto, Kingsman podría llegar a ser un buen compañero de vida.

Por ese motivo, Margaret había aceptado cada una de las invitaciones del señor Kingsman durante las últimas semanas. Habían compartido largos paseos por la arboleda, viajes en calesa hacia el río, habían visitado juntos la biblioteca del pueblo, e incluso, habían encontrado placer en el críquet.

—Señor Kingsman, esto es un juego llevado por el demonio, es imposible que pueda

introducir la bola en ese aro.

—No es imposible, querida Margaret. Déjeme ayudarla.

El caballero se puso detrás de ella y con suavidad pero salvaguardando la distancia física, la abrazó y condujo sus manos hacia el palo de críquet que sostenía Margaret. La joven era capaz de sentir la respiración calmada de su acompañante sobre los hombros y la brisa de la tarde mecía alguno de sus mechones que bailaban sobre su rostro.

—Debe coger el palo con ligera fuerza, pero sin asfixiarlo. Separe un poco más las piernas para tener mayor punto de apoyo. Cuando esté lista, observe la dirección en la que debe fluir la bola. Mueva despacio el palo hacia delante y hacia atrás sin perder de vista el objetivo y cuando esté lista... —con suavidad, Margaret empujó la bola con el palo y ésta se movió hacia delante. La mala suerte quiso que se quedara a mitad de camino del arco.

—¿Ve?, soy demasiado torpe para este juego.

—Al contrario, señorita. Si se fija. —dijo el señor Kingsman rompiendo el abrazo con la joven —a pesar de que la bola no ha completado del todo su camino, la trayectoria es correcta. Fíjese. — Kingsman golpeó con suavidad la bola y ésta, entró en el arco —Solo necesitaba un poco más de fuerza.

—Seguro que en el próximo turno puedo lograrlo.

—No me cabe la menor duda.

Ambos se miraron y esbozaron unas sonrisas cálidas. Margaret encontraba divertimento en la compañía y en los juegos que con tanta habilidad Kingsman controlaba. Era la primera vez que descubría el críquet, pero había encontrado cierta satisfacción en su práctica y en la forma de enseñar del caballero.

—¿Lo intentamos de nuevo? —preguntó el señor Kingsman.

La buena relación entre ambos era algo que las hermanas de Margaret habían comentado en varias ocasiones con su tía y su propio padre. Todo parecía indicar que dentro de poco se anunciaría una gran boda, pero precipitarse en el anuncio cuando todavía no había sido oficializado por los novios no era apropiado. Beatrice Miller escribía en secreto algunas líneas para, llegado el momento, dejar constancia en el periódico local. Incluso la chismosa y odiosa señora Middleton había tenido tiempo en su ocupada agenda para dedicar varias entradas de su columna a la joven pareja a la que ya consideraba comprometida.

Para Margaret era evidente el buen humor de su tía e incluso de su padre y, sospechando el motivo, nada le hacía más feliz que poder anunciar en algún momento la ansiada unión, mas el señor Kingsman no había realizado proposición alguna.

Aquella misma mañana habían recibido en la residencia Westworth la invitación para asistir al baile de los señores Lonsdale, un matrimonio que, a pesar de que no contaban con toda la gracia o amistad del señor Westworth, poseían influencia en el pueblo, aunque tenían fama de organizar las fiestas más aburridas.

—No considero que el baile en casa de los Lonsdale sea lo más apropiado dadas las circunstancias, querida Margaret.—indicó Beatrice a su sobrina con mucha seguridad.

—¿A qué se refiere, tía?

—Creo que tienes la piel demasiado pálida en el día de hoy —dijo tocando con suavidad el rostro de Margaret— y será mejor que guardes reposo y descanses, el verano es muy largo y no desearía que adquirieras una propensión enfermiza.

—No diga tonterías, tía Beatrice, me encuentro perfecta. De hecho estaría mucho mejor si el dichoso corsé que encargó para esta temporada no me oprimiera tanto el pecho, de ahí mi piel blanquecina. Esta noche iré sin demora alguna al baile. Además, di mi solemne palabra a los

señores Lonsdale y al señor Kingsman. No puedo faltar a mi promesa.

La tía Beatrice parecía nerviosa e inquieta y obstinada en conseguir que su sobrina no acudiera a dicho baile. Durante varios minutos aportó distintos motivos por los cuales Margaret debía quedarse en la casa: el tiempo no era el adecuado, no iban a asistir personas influyentes al acto, sus amistades tenían otros compromisos previos adquiridos... Para su disgusto, Margaret estaba convencida en ser leal a su palabra.

—Reitero que sería mejor que permanecieras en casa en esta ocasión. Los últimos días han sido muy ajetreados y seguro que hay alguna tarea o lectura en casa que te aguarda.

—No insista, tía, de verdad. Una vez que doy mi palabra debo cumplirla. Nada diría a favor de la misma si la retirara a última hora, ¿no cree?

—Está bien —admitió la tía Beatrice con cierto pesar en el ánimo. Era extraño que su tía la desalentara para acudir a un acto social y con ello, perderse la oportunidad de relacionarse con un futuro pretendiente. Sorpresa más pronunciada cuando todo parecía indicar que algunos encuentros más propiciarían tan ansiada noticia. Sin duda, un comportamiento atípico.

Tras terminar de vestirse, Margaret se dirigió hacia el piso inferior donde aguardaban su padre y su tía. El camino a la residencia de los señores Lonsdale no duró más de quince minutos en los que la tía Beatrice no cesó en sus constantes comentarios sobre la nefasta gracia de la señora Lonsdale en la decoración de las cortinas de su salón o en las telas que tapizaban los sofás. Margaret, para asombro de su padre y su tía, estaba ansiosa por llegar a su destino por lo que fue la primera en bajar del carruaje cuando este se detuvo sobre la gravilla de la entrada.

—Señorita Westworth, permítame que le ayude, por favor. —el hombre del servicio le tendió la mano para ayudarla a descender del carruaje era un hombre correcto y de impecables modales y Margaret le sonrió.

Margaret observó el exterior de la residencia. Era un lugar que antaño podría haber sido esplendoroso pero con el paso de los años había perdido gran parte de su belleza y notoriedad.

—Padre, tía Beatrice, les espero dentro.

Su tía y su padre permanecieron durante unos minutos en el exterior de la vivienda mientras saludaban a otros invitados que al igual que ellos, acababan de llegar.

Margaret caminó con cierta prisa hacia el interior de la residencia Lonsdale y allí se encontró a gran parte de la comunidad de Middleton. Algunos de los miembros más ilustres o reconocidos todavía no habían llegado o quizá era mejor presumir que no harían acto de presencia para evitar ser incluidos en comparativas con los señores Lonsdale. Para la fortuna de los anfitriones, varias parejas se encontraban en el centro del gran salón dispuestas a comenzar una pieza interpretada por una humilde orquesta.

Margaret buscó entre la multitud al señor Kingsman pues deseaba intercambiar con él sus opiniones sobre los últimos artículos publicados en el periódico sobre la industria textil que tanto afectaban a la zona. A Margaret le hacía feliz haber encontrado a una persona que le permitiese entablar conversación sobre temas variados y no restringidos a los encorsetados parámetros sociales establecidos para una dama. Odiaba hablar de la moda del momento, de cintas, de abanicos de seda y otros temas. Ella ansiaba discutir de temas que consideraba más trascendentales para el bienestar de su familia y de Middleton.

—Sería un verdadero honor ser la persona a la que busca con tanto ahínco, señorita Westworth —dijo una voz a su espalda que le hizo girarse con rapidez al reconocer quién era el propietario de tan entusiasta voz.

—Entonces déjeme decirle que es usted afortunado, señor Kingsman.

Con una gran sonrisa en la boca, Margaret extendió su mano que fue tomada por el señor

Kingsman quien la rodeó con las suyas con delicadeza.

—Es quizá hoy el ángel más hermoso de esta celebración. —dijo en voz baja el señor Kingsman mientras admiraba con timidez a su pareja de baile. A pesar de que habían compartido muchos momentos en los últimos días que debería haber dejado atrás la barrera de la timidez, seguía brillando un cierto entusiasmo infantil y modesto en los ojos del caballero. Eso enterneció a Margaret.

—Espero poder disfrutar del título de mejor compañía en igual medida esta noche —respondió con timidez Margaret. Nunca se le había dado bien ser objeto de los cumplidos de otras personas y mucho menos, aceptarlos. El rubor comenzó a llegar a sus mejillas.

—No hay duda al respecto.

Los dos jóvenes invitados sonrieron y aprovechando la inocencia del momento, Kingsman extendió su brazo para que Margaret lo tomara y juntos se dirigieran hasta uno de los grupos. Tía Beatrice y el señor Westworth no tardaron en observar de cerca tan dulce encuentro entre la feliz pareja y con gran alegría en el corazón, dejaron que disfrutasen de una relativa intimidad sin miradas o vigilancia.

—Es cierto que el desarrollo de esas nuevas máquinas en la capital está agilizando la transformación del algodón, pero nada puede sustituir a la producción manual —confiesa el señor Riverton con vehemencia mientras apura la última gota de brandy de su copa.

—Estoy con usted, viejo amigo. La artesanía aporta un valor único y diferencial que la producción masiva jamás podrá detenerse a cuidar.

—Señores, considero que tienen razón respecto al cuidado y el esmero que requiere los productos manufacturados. —el inicio de la intervención de Margaret en el grupo tomó por sorpresa a sus miembros puesto que no esperaban que una dama fuera capaz de realizar un juicio de valor sobre dichos temas —Sin embargo, la revolución que ha traído la maquinaria al sector facilita una producción en masa que permite comprar la materia prima a precios más bajos y, con ello, aumenta los márgenes de beneficio que los empresarios obtienen. Y según tengo entendido, es el objetivo del mercado.

—Puede, señorita Westworth que su padre se haya unido al grupo de empresarios que abogan por las máquinas frente a las personas, pero bien considero...

—Creo que las máquinas no sustituyen a las personas en todo. El señor Westworth ha implantado maquinaria en aquellos procesos tediosos y nocivos para sus trabajadores y ha destinado ese personal a puestos que requieren más atención o cuidado —contestó Margaret con seguridad y convencimiento. Su padre era un hombre de negocios sensato y humanitario, jamás despediría a un trabajador en pos de alojar a una máquina en su trabajo a riesgo de privar a una familia de su sustento diario. Al señor Westworth de verdad le importaban sus trabajadores y sus familias.

—La señorita Westworth tiene razón, señores, la mano de obra no será sustituida por las máquinas y, por suerte, tendrán jornaleros durante largos años para velar por sus negocios, pero no podemos negar que los márgenes de beneficios han aumentado. —respondió el señor Kingsman.

Margaret se giró hacia el señor Kingsman para darle las gracias por respaldar su opinión sobre la industrialización cuando se dio cuenta que estaba sonriendo como una niña, puesto que había podido debatir sobre industria con otros hombres sin ser menospreciada. Eso llenó de satisfacción a la joven.

Transcurrido un tiempo, Margaret comenzó a sentirse abrumada por el calor de la noche, por alguna de las copas que había tomado para refrescarse y por el bullicio de los bailes, así que

despidiéndose de Kingsman, se alejó hasta uno de los ventanales para tomar el aire.

La noche era preciosa. Solo una tímida luna menguante se encontraba en el cielo acompañada de cientos de miles de estrellas brillantes que creaban un manto delicado. El verano no había concedido tregua desde su llegada y apenas una ligera brisa recorría el rostro de la joven mientras dos caballeros discutían y disfrutaban de unos puros y unas copas de licor.

Sin compañía y habiendo perdido la noción del tiempo, Margaret decidió buscar uno de los aseos de la residencia para refrescarse un poco el cuello y regresar a la sala de baile junto con el resto de los invitados.

Solicitó ayuda de uno de los miembros del servicio que con mucha educación le indicó el lugar donde se encontraban los aseos. Tras verter un poco de agua sobre un balde de porcelana pintado con delicadeza con motivos florales, Margaret se mojó la nuca y el cuello y se miró en el espejo que tenía enfrente. Se recolocó algunos de los mechones que se habían salido de su sitio y salió del baño.

Cerró la puerta del aseo y de camino al gran salón todo el vello de su cuerpo se erizó. No supo cuál era el motivo, pero sintió un escalofrío que capturó su cuerpo y le hizo detenerse.

—Querida Margaret, me alegra volver a verla.

## CAPÍTULO 9



*12 de julio de 1876  
Middleton, Inglaterra*

Bright.

Reconoció aquella voz desde el mismo instante en que pronunció la primera de sus palabras. Era una voz tosca y profunda, embaucadora y descarada. Una voz que ya había pronunciado su nombre en varias ocasiones son una sensualidad que podría haber hecho perder la virtud a muchas damas.

“Maldito seas”, pensó Margaret.

Miles de maldiciones diferentes se cruzaron en la mente de Margaret y tenían a Bright como blanco.

Había desaparecido durante semanas y ahora estaba allí, frente a Margaret. Con un traje impecable de color negro, con su sonrisa picarona y una mirada capaz de dejar sin sentido a una mujer. Con sus labios carnosos dignos de ser besados. Mirándola. Solo a ella. Todo él era una provocación para Margaret y su cuerpo la había alertado incluso antes de verle. Largos días habían pasado desde la última vez que se habían visto, pero a juicio de Margaret había ganado atractivo y bravuconería a partes iguales.

De pie frente a ella esperaba que su saludo fuera bien recibido por el joven y que no demostrara de forma tan indiscreta cómo bebía los vientos por él. Pero Margaret, orgullosa y herida como cualquier otra joven, trató de restar importancia a su presencia. Con esfuerzo, fingió que no había notado ese ligero cosquilleo en el estómago o esa sensibilidad en las extremidades.

—¿Me habéis echado de menos, Margaret? —preguntó Bright mientras alargaba el brazo para coger la mano de la joven en la suya y acercársela a los labios. Los sentidos de Margaret cruzaron al olvido cuando todo su cuerpo se sacudió al notar el contacto de los labios de Bright que tanto había añorado.

No podía imaginarse como algo tan casto como un beso, que muchos otros jóvenes habían hecho de la misma forma en su mano, podía hacerle despertar tantas emociones. Sentimientos que le confundían y alertaban al mismo momento. Se encontraban solos, sin carabina, en mitad de un semi oscuro pasillo en una gran fiesta. Margaret estaba convencida de que era ese sentimiento de prohibido lo que animaba a Bright.

—Señor Bright, seguro que las damas aquí presentes se alegrarán de su regreso. Han sido varias semanas de ausencia.

Margaret no pudo evitar que su resquemor quedara reflejado en aquellas palabras. La partida de Bright, sin previo aviso ni nota ni excusa creíble, la había dejado desconcertada, sobre todo tras su apasionado beso. Al darse cuenta que quizá sus palabras habían venido cargadas de más odio que indiferencia, trató de enmendar el error, pero era demasiado tarde.

—Me siento halagado si todas estas jóvenes han tenido pensamientos hacia mí, —dijo de forma presuntuosa el caballero mientras avanzaba lentamente hacia Margaret —pero me interesa más si le he podido causar pesar a usted, querida Margaret.

—¿Pesar? —Margaret trató de hacerse la indignada —Creo que sobrestima en demasía el efecto que su presencia haya podido causar en mí. Estas semanas han sido esclarecedoras y con gran ajetreo. Apenas he tenido tiempo para pensar en mis quehaceres en el jardín como para dedicarle tiempo a usted.

—No mienta, Margaret —dijo Bright aproximándose todavía más a ella con mirada retadora. La presunta indiferencia de Margaret le había llamado la atención y le provocaba. A pesar de que varios invitados paseaban con total naturalidad por los pasillos de la residencia e incluso se topaban con los jóvenes nadie se percató de la cercanía de sus cuerpos o de como Bright, casi en un ligero susurró, le decía —Puede que no haya tenido tiempo para pensar en mí, pero yo no soy capaz de olvidar sus labios y me agradaría volver a hacerlos míos.

—Es una verdadera pena entonces que siga dando importancia a aquel insignificante momento, señor Bright.

—¿Insignificante? No calificaría de insignificante a nuestro beso, y menos después de sentir cómo le temblaban las piernas.

La proximidad que Bright estaba demostrando y la falta de decoro en sus palabras estaba alarmando a Margaret. Sabía que, llegado el momento, estaría perdida. Debía permanecer impassible ante su atractivo y sus provocaciones.

—Veo que alardear de sus conquistas sigue siendo plato principal de sus conversaciones. No se preocupe, seguro que cualquier dama en la sala encontrará entretenidas sus atenciones y estará pletórica de sentir su calor.

—¿Pero usted no?— preguntó confuso el caballero mientras se rascaba con sutíliza una de sus orejas como si le hubiera dolido la indiferencia de Margaret.

—Desde luego que no —no dejaría que Bright le ganara aquella partida. Puede que fuera una gacela poco experimentada pero, sin duda, Bright le había hecho ganar conocimiento a un ritmo acelerado.

Margaret alzó la mirada para encontrarse con los ojos de Bright. Brillaban con intensidad y, al igual que una luciérnaga se siente atraída hacia la luz, Margaret no pudo evitar sentirse capturada por aquellos ojos oscuros. La devoraban con pasión sin apenas decir nada. Una parte de ella se habría dejado llevar hasta donde el comportamiento pícaro de Bright le hubiera retado pero otra parte, la orgullosa y prudente, necesitaba luchar contras las emociones que aquel escurridizo hombre le hacían sentir. No volvería a caer en sus redes.

Bright dio un paso más hacia delante mientras tocaba con suavidad el rostro de Margaret tratando de ablandar el duro semblante de la joven. Notó la resistencia que ofrecía Margaret y para él, era como una recompensa pues si se mostraba arisca es que su anterior encuentro le había causado mayor impresión de la que se empeñaba en negar.

—Es un auténtico descarado, señor Bright. Discúlpeme —increpó Margaret cambiando de tono al darse cuenta de cómo trataba de provocarla y de cómo esperaba aquella reacción en ella. Él, divertido, le devolvía una sonrisa triunfadora. Margaret continuó atravesando el gran pasillo hasta llegar a otro que parecía conectar la residencia con el jardín.

Antes de llegar a la puerta principal, un fuerte brazo le rodeó la cadera y la condujo a una de las salas adyacentes. Entraron con rapidez y la puerta se cerró tras ellos. La noche había llegado sin apenas darse cuenta y toda la habitación se encontraba a oscuras sin rastro de presencia en ella, solo el calor de un tímido fuego.

Bright empujó con cuidado a Margaret hasta que la colocó de espaldas a la puerta y haciendo a su cuerpo prisionero de sus brazos, la miró con furia sin tocarla.

Margaret apenas podía respirar. Era posible que no supiera si quiera si su cuerpo era capaz de

hacer tal cosa porque todo su ser estaba centrado en la única luz que brillaba con intensidad en aquella sala: Bright. Margaret temía aquello todo aquello que la experiencia previa del caballero le pudiera enseñar en el arte del amor y al mismo, lo deseaba sin pudor. Deseaba a Bright.

—No he probado labios tan dulces. No hay rostro tan jovial y lleno de carácter. No hay mujer que consiga despertar estas mismas emociones en mí.

—Yo...

Bright eliminó la distancia que los separaba y capturó sus labios. No fue un beso suave o lleno de devoción, sino que era la necesidad quien tomó las riendas. Bright la estaba reclamando como suya.

Era la segunda vez que sus besos recibían un beso y ambas ocasiones habían sido con los labios del mismo hombre. Eso despertó algo en el interior de Margaret. Puede que fuera curiosidad al principio, pues ansiaba conocer qué secretos ocultaban sus besos, pero había algo más intenso creciendo en las entrañas de Margaret. Pasión. Ansiaba conocer las habilidades en el arte del amor que Bright había adquirido y quería disfrutarlas todas y cada una de ellas.

Una parte de Margaret sabía que era el odio que sentía por el joven lo que avivaba la llama de aquellos sentimientos, pero no podía evitarlo. Sus palabras decían una cosa y su cuerpo otra.

Por ello, cuando Bright incitó a los labios de Margaret a abrirse e introdujo su lengua para poder saborearla mucho más, ella se lo permitió. La escasa experiencia de ella pareció quedar en el olvido cuando posó sus manos sobre el pecho de Bright, lo que el joven entendió como una clara invitación a profundizar su encuentro. Así que tomó con intensidad el rostro de la joven y la condujo hasta la locura.

El cuerpo de Margaret ardía de deseo y el fuego crecía más y más con el contacto de su acompañante. Deseaba que Bright le enseñara todo aquello que una mujer y un hombre compartían en la intimidad.

Si él se lo hubiera pedido en ese momento, ella habría cedido. Fue esa precisa afirmación la que nubló la mente de Margaret y le hizo perder la concentración. Trató de separarse de Bright, pero él la acercaba más y más. Las fuerzas de Margaret estuvieron a punto de flaquear en ese instante en que pedía separarse de Bright y él, con pasión, seguía amando sus labios.

—No, es suficiente. Deténgase —Margaret hizo acopio de la poca fuerza de voluntad que todavía corría por su cuerpo para romper aquel momento. No había nada que le doliera más en el alma y su cuerpo, y sintió verdadero dolor cuando Bright se separó de ella, pero necesitaba aportar serenidad al momento.

—Esto no volverá a ocurrir, señor Bright. —dijo en sentencia Margaret con la respiración entrecortada y una mano alzada. De alguna forma, esperaba que su brazo estableciera la distancia entre sus cuerpos para que Bright no volviera a por ella o quizá, para que ella misma no se lanzara de nuevo en los brazos de aquel caballero.

—Sí, volverá a ocurrir. Ocurrirá cada noche que nos veamos. Porque usted me desea, Margaret. Lo noto. —Bright daba pequeños pasos al frente hasta colocarse ante la nerviosa y enfadada Margaret. —Sus besos son dulces e inocentes, pero están llenos de deseo.

La voz pausada y tranquila de Bright era embriagadora y los nervios de la joven estaban a flor de piel.

—No, no será así. Mis atenciones ahora son para el señor Kingsman. Perdió su posible derecho al marcharse sin previo aviso.

—Si me hubiera quedado —la voz de Bright se tornó seria y mirando a Margaret esperó para formular su pregunta— ¿me consideraría digno?

—Eso jamás lo sabremos. Ahora, por favor, debo marcharme.

Margaret necesitaba regresar al gran salón, tomar el aire y recomponerse. Sin duda, él tenía razón. Deseaba que sus besos duraran para siempre, pero no podía repetirse. Era un error.

Había dado su palabra al señor Kingsman al aceptar su cortejo y no era aceptable ni prudente encontrarse a solas en una habitación con otro hombre. La exposición a la censura y a la crítica era demasiado como para soportarlo.

Bright no podía dejarla marchar. La agarró, pero en esta ocasión, con suavidad y ternura. Acercó la espalda de la joven hasta que se encontró con su pecho. Entrelazó sus brazos sobre ella y, mientras apreciaba la respiración acelerada de la joven acercó sus labios a su oreja y las palabras fluyeron.

—Entonces, ¿por qué le tiemblan las piernas?

En ese instante, Margaret lo supo. Estaba enamorada de Bright.

*Middleton Post. 13 de julio de 1876*

*Queridos lectores,*

*La emoción me invade y mi pulso apenas me permite escribir con la tranquilidad y el sosiego que me caracteriza aunque no puedan apreciarlo, pero no por ello dejaré que la verdad no sea dicha.*

*El señor Bright, que de forma apresurada y misteriosa abandonó Middleton semanas atrás en plena temporada social, fue visto ayer. A pesar de que escogió uno de los eventos más aburridos para su reaparición puede que este regreso complique el futuro enlace entre la señorita Westworth y el joven Kingsman.*

*Esperemos que así sea porque entonces estaré encantada de manteneros informada.*

*Lady Middleton*

## CAPÍTULO 10



*13 de julio de 1876  
Middleton, Inglaterra*

Si alguien hubiera entrado en la sala para descubrir a los jóvenes en aquella situación tan comprometida, el posible enlace entre Margaret y el señor Kingsman jamás se produciría. Estarían obligados, por las normas, a contraer nupcias de forma inmediata para evitar las habladurías sobre la posible pérdida de virtud de la joven Margaret.

El aire había cambiado en aquella sala. Las respiraciones aceleradas de ambos amantes habían calentado la estancia por el deseo que nacía de sus cuerpos.

Margaret no deseaba eso. Estaba enfadada. Estaba indignada por ser tan débil ante aquel caballero.

Molesta por Bright, por la osadía del primer beso que intercambiaron, por la inesperada partida de él y por permitir su apasionado segundo encuentro.

Apenas había podido dormir aquella noche. Tumbada sin sábanas sobre la cama y paseando en muchas otras ocasiones por su pequeña habitación, la joven recreaba en su mente el encuentro. No culpaba a Bright por dar rienda suelta a sus pasiones, sino a ella misma. Siempre era ejemplo de fortaleza y serenidad y, sin embargo, una mirada de aquel caballero conseguía desarmarla. Le robaba la razón y solo lograba pensar en sus labios.

Pensaba en la pasión que derrochaban sus besos y en el calor con el que sus ojos le acogían, esos ojos marrones que tan dulcemente le habían provocado una y otra vez. Unos ojos que ya se habían convertido en algo grabado a fuego en su mente.

Pero en toda aquella noche de desvelo, Margaret no tuvo pensamiento alguno por Kingsman o para su querido amigo Henry. Y por ello, se sintió más culpable.

Las cartas de Henry Williams, que descansaban en una caja dentro de su armario, palpitaban dentro de la madera y le hacían recordar las promesas intercambiadas. Durante años habían sido su aliento para soportar las exigencias de la sociedad y las lecciones que su tía trataba de imponerle durante años. Henry había sido su compañero durante aquellos años, su amigo y con la llegada de la madurez, creía haber encontrado a una persona afín. Pero su último deseo manifestado en la carta era claro: deseaba que siguiera adelante y que encontrara a un marido que le hiciera feliz. No iba a regresar a por ella porque debía anteponer las necesidades de su familia a las suyas propias. Margaret odiaba aquello pero lo comprendía pues ella misma estaba tomando la misma decisión pero no por ello resultaba más fácil.

Le carcomía por dentro no descifrar si en algún momento él también había sentido algo por ella o si, por el contrario, había sido un amor no correspondido durante largos años. Creía haber apreciado ciertas señales durante las innumerables cartas que se habían intercambiado, pero ya no podía estar segura de nada puesto que no había tomado el valor nunca de preguntarle de forma tan indiscreta por sus sentimientos.

Por otro lado, se sentía culpable y mala persona por menospreciar las atenciones de

Kingsman. El caballero, con nobleza y lealtad, le había prometido que le trataría bien y le haría feliz y ella, al permitir que Bright invadiera sus pensamientos y sueños, le estaba relegando a una posición inferior.

No, no iba a permitir tal cosa. No iba a permitir que Bright fuera dueño de su cuerpo o de sus pensamientos. No lo merecía. Sin duda, poseía todas las cualidades para que una joven decente se alejara de él: era altivo, presuntuoso, mujeriego y con gran tendencia a abandonar a las jóvenes. A pesar de todas las buenas palabras que los empresarios tenían para él, no era de fiar. Y eso sin duda, debía ser suficiente para alejarse de él.

No iba a permitir que nadie jugara con ella, sus sentimientos o el bienestar de su familia.

Y así lo haría.

Mantendría alejada de su mente cualquier pensamiento hacia Bright y repudiaría su presencia tanto como el decoro le permitiera con el fin de mantenerlo alejado. O, más bien, de no caer en la tentación.

Con la llegada de los primeros ruidos de jóvenes alteradas en la casa, Margaret llamó a una de las doncellas y le pidió que le ayudara a vestirse. Bajó a desayunar con una energía renovada y con un semblante serio se sentó en la gran mesa a la espera de que uno de los camareros le sirviera el desayuno.

—Una gran velada, hijas mías, una pena que no pudierais venir. Sin duda, perfecta —dijo el señor Westworth mientras ojeaba con poca atención el periódico. El padre de las jóvenes era un hombre de negocios y tenía habilidad para los números y para los acuerdos comerciales, pero apenas era capaz de fijar su atención en papeles o periódicos. Prefería tratar con las personas y que fuera Margaret quien leyera las noticias y después, le informara de los más relevante.

—Margaret, ¿ocurrió algo interesante anoche? —preguntó Rose inquieta y curiosa. Las jóvenes, vivían la emoción de los bailes y los rumores de salón a través de los ojos y de las palabras de su hermana mayor y de su tía. Pero al contrario de lo que ellas anhelaban, su hermana mayor era tosca en palabras y sus descripciones eran superfluas y sin apenas detalles interesantes.

Al escuchar aquella pregunta, la mente de Margaret se trasladó a aquel momento con Bright. Sintió como el bello de su cuerpo se erizaba al recordar su tacto, al sentir de nuevo cómo las manos de Bright le recorrían el cuerpo con delicadeza y pasión. Era como si volviera a estar allí.

—No, nada interesante. —mintió Margaret todavía con el sabor de Bright en los labios y los mofletes encendidos —Padre, por favor, me gustaría hablar con usted en su despacho tras el almuerzo.

—Claro, querida —confirmó el señor Westworth doblando las hojas de papel del periódico hasta dejarlo plegado en la mesa del salón.

—Padre, entréguenos el periódico. Seguro que Lady Middleton ha reseñado el encuentro de anoche. Necesitamos saber cualquier cotilleo.

—Hijas mías, deberíais seguir el ejemplo de vuestra hermana y evitar leer esas pamplinas. No es apropiado —dijo con severidad la tía Beatrice mientras terminaba de tomar su almuerzo.

—Tía Beatrice, ¿cómo puede decirnos algo así? Bien podríamos confesar que ha sido la primera esta mañana que ha disfrutado de las líneas de Lady Middleton.

—No es cierto, Rose —exclamó su tía con indignación. Pero así había sido. Beatrice se había apresurado para llegar a casa de su cuñado, pues era conocedora de que el cartero acudía en primer lugar a la residencia Westworth a entregar la correspondencia y con ello, el periódico. Deseaba saber si la señora Middleton había reseñado o dedicado unas líneas a la fiesta de anoche y al regreso de Bright.

La tía Beatrice había visto cómo el joven reaparecía por uno de los caminos que conducían al

pueblo y, sin duda, era evidente que acudiría a la fiesta de la familia Lonsdale. Las esperanzas que durante semanas había cultivado para que las atenciones de su sobrina se siguieran centradas en el señor Kingsman se esfumarían si ésta lograba ver al joven. Puede que su cuñado y el resto de la comunidad fueran unos ilusos y no se dieran cuenta de las preferencias de su sobrina, pero ella sí lo hacía. Y, para su desgracia, estaba claro que Margaret sentía cierta preferencia por Bright.

No podía permitir que los esfuerzos de su sobrina, ahora que había aceptado ser cortejada por un hombre de buena reputación que le conduciría a un feliz matrimonio se viera turbado por el regreso de aquel odioso hombre.

Rose se levantó rápido de la mesa para coger el periódico antes que su hermana. Pasando las páginas con brusquedad se detuvo en la sección de sociedad para encontrar la columna de su emisaria favorita. Allí estaba. Leyó con detenimiento cada una de sus palabras mientras levantaba la vista en varias ocasiones hacia su hermana mayor. Sorprendida.

—Rose, más te vale que no digas nada —amenazó Margaret en alto. Rose comprendía el motivo, pero aun así, deseaba que su hermana le confirmara si esos rumores eran ciertos.

—¿Nada sobre qué? —preguntó Grace sin comprender la discusión silenciosa que tenía lugar entre sus hermanas —¿Qué ocurre?

Grace giraba la cara de un lado a otro preguntando, pero ninguno de sus intentos logró respuesta y, frustrada, guardó silencio y terminó de desayunar.

El señor Westworth se retiró del comedor hacia su despacho y mientras ordenaba algunos libros de cuentas que tenía sobre la mesa esperó la llegada de su hija. Minutos más tarde, Margaret abrió la puerta y con decisión se plantó frente a su padre.

—Dime hija, ¿qué puedo hacer por ti? —preguntó el señor Westworth con interés. Había pasado bastante tiempo desde que su hija le había solicitado una audiencia en su despacho y sospechaba que lo que tuviera que decirle no estaba relacionado con los negocios o el comercio.

—Padre, me gustaría hablar con usted de un tema importante que, por la propia naturaleza del mismo, precisa ser tratado en privado. —la seriedad en las palabras de Margaret tomó desprevenido a su padre, quien, guardando las gafas en el bolsillo de su chaqueta, le prestó toda la atención posible.

—Te escucho.

—Soy consciente que desde hace algunos años supongo una carga para esta familia —el señor Westworth trató de decir algo ante la tristeza que manifestaban las palabras de su hija, pero Margaret levantó su mano para pedir silencio y calma —. Debería haberme desposado con un hombre hace tiempo e iniciado mi propia familia dando la oportunidad a mis hermanas de debutar y de disfrutar de la riqueza y variedad que la vida social ofrece, pero no lo he hecho.

—Hija...

—No, padre, déjeme terminar —suplicó Margaret —Por ello, he decidido dejar atrás todo aquello que me impide avanzar y, aunque siento que jamás estaré preparada para la vida que el destino tiene reservada para mí, es hora de madurar. Me gustaría recibir las atenciones del señor Kingsman en público y poder considerar el matrimonio con él si así lo solicitara.

Cuando terminó con su discurso, Margaret sintió que el aire le faltaba. Su mente estaba convencida de que contraer matrimonio era la mejor opción llegado este momento. Había sopesado todas las posibilidades tras años participando en eventos sociales, de bailar con decenas de candidatos, de fingir que le interesaban sus aburrido comentarios e incluso, de soportar a sus insistentes madres. No podía seguir posponiendo su deber para con su familia.

La persecución e insistencia de Bright se frenaría porque, por encima de todo, los caballeros jamás se atreverían a seducir a la prometida de otro caballero y por supuesto acallarían todos los

sentimientos que estaban brotando hacia él al centrar toda su atención en otro hombre.

Además, a pesar de que su corazón se encontraba dividido, también necesitaba dejar atrás a Henry y renunciar a sus sueños de la infancia. En múltiples ocasiones, Margaret le había pedido a su amigo por correspondencia que viniera a Middleton, pero en todas ellas él había esquivado la petición.

Tomando esta decisión, ella elegía con sensatez hacia quien dirigir sus atenciones y por fin su corazón dejaría de anhelar a Henry y su cuerpo a Bright. Ninguno era digno de ella. Y con ese fuerte convencimiento, Margaret renunció a la pasión y a la inocencia para dejar paso a la sensatez y la madurez.

—¿Estás segura de ello, querida? —formuló su padre con incredulidad y admiración.

—Por supuesto. Estoy decidida.

## CAPÍTULO 11



*16 de julio de 1876  
Middleton, Inglaterra*

Los días siguientes a la reveladora conversación entre el señor Westworth y su hija transcurrieron con total tranquilidad.

El señor Westworth demostraba una renovada felicidad ante la disposición de su hija de aceptar las atenciones del señor Kingsman. Bajo su punto de vista, el caballero era un hombre de buena familia, respetable reputación, con una carrera profesional en pleno apogeo y que había demostrado atenciones vívidas por su hija.

Margaret recibió varias visitas por parte del señor Kingsman. Habían salido a caminar por la propiedad, recogido flores del jardín, intercambiado opiniones sobre sus novelas favoritas, sobre sus sueños y otros muchos temas que sucedían uno tras otro sin apenas darse cuenta. La mente de Margaret se sentía halagada por la facilidad con la que podía conversar con el caballero y cada día se sentía más feliz con la decisión que había tomado respecto a él. Puede que no sintiera afecto alguno por él pero estaba segura de que podía lograrlo.

La vida parecía volver a la normalidad y esa paz, que de manera sorprendente se había instaurado en la vida de la joven, le llevó a disfrutar de cada encuentro con el señor Kingsman. A pesar de que cada día debía hacer acopio de toda su fuerza para alejar de su pensamiento a Henry y Bright, se obligó a sí misma a conocer y descubrir las virtudes de Kingsman.

Aquel día, el caballero en cuestión acudió en calesa a la residencia familiar Westworth y pidió permiso para llevar a Margaret hasta su propiedad para enseñarle sus jardines y el tímido lago que contenía. Tanto Margaret como su padre aceptaron y pronto, ella estuvo lista para conocer el hogar de Kingsman y puede que, en el futuro, el suyo propio.

Durante el viaje, y como era habitual, las palabras fluyeron entre ellos hasta que llegaron a la propiedad de Kingsman. La propiedad se encontraba a veinte minutos de su residencia familiar y eso, le agradó puesto que, en caso de casarse con él, no debería recorrer una gran distancia para encontrarse con su padre y hermanas.

Con la ayuda de su galante compañero, Margaret descendió de la calesa y se dejó maravillarse por toda la simplicidad que rodeaba a la residencia. Margaret no se fijó en la gran casa que tenía frente a ella sino en el jardín que la rodeaba. La joven valoraba la libertad que ofrecía la naturaleza por encima de todas las cosas. En más de una ocasión, cuando la tensión o el encorsetamiento de su posición social le habían asfixiado, la joven había salido de la casa corriendo hasta descubrir los límites de su propiedad y también de sus propias fuerzas.

Por ello, animó a que Kingsman la cogiera del brazo y seguidos por una de sus damas de compañía, la joven pareja recorrió los jardines. Kingsman interrumpía en numerosas ocasiones el paseo para relatar algunas anécdotas que hicieron reír a Margaret. Su acompañante, a pesar de su serio semblante, era divertido y tenía gran capacidad para relatar historias.

—¿Ha disfrutado del paseo, señorita Westworth?

—Por supuesto, debo confesar que tiene usted una propiedad espléndida, admirable —confesó Margaret incrédula. El brillo en sus ojos no dejaba lugar a dudas y el comentario pareció agradar a su acompañante.

—Muchas gracias. Si soy sincero y así me lo permite, esta mañana estaba temeroso de su reacción. —confesó Kingsman mientras trataba de controlar el ligero temblor de sus manos— Deseaba y deseo con todas mis fuerzas que se sienta como en casa, señorita Westworth.

—Es usted muy amable, se lo agradezco.

—Lo digo de todo corazón. Ansío el día en que pueda dejar de llamarla señorita Westworth para poder llamarla Margaret. Mi querida Margaret.

Margaret se detuvo para girar su cuerpo hasta ponerse frente al señor Kingsman. La joven tenía miedo de lo que iba a suceder a continuación. No era ingenua. Lo había vivido en varias ocasiones con otros jóvenes pretendientes que deseaban pedir sus atenciones y su mano, pero era la primera vez que se sentía inclinada a aceptarlas.

A pesar de ello, no pudo evitar ponerse nerviosa.

El señor Kingsman era educado, atento y culto. Le consideraba una igual y por ello conversaban de temas de política, cultura y economía. Le gustaba pasear al aire libre y disfrutar de deportes sencillos pero divertidos y, sobre todo, le hacía sonreír.

Anticipar el momento provocó que su cuerpo reaccionara. Pronto el color subió a sus mejillas y la timidez le obligó a mirar al suelo en lugar de a su anfitrión. Sentía que su boca se secaba como si hubiera tragado un puñado de esa arena clara que jamás había visto salvo en pinturas.

El joven tomó sus manos con delicadeza y con suavidad, las recorrió despacio hasta familiarizarse con su tacto. No eran las manos propias de una dama ni tampoco las de una campesina. Margaret disfrutaba trabajando en el jardín y en el huerto familiar, y al mismo tiempo debía prestar atención a las apariencias de su posición y cuidar su piel.

Y a pesar de que su piel no se erizó con el tacto de Kingsman, sí que sintió cómo el latido de su corazón se intensificaba. Recobrando la poca gallardía que tenía en su cuerpo y sobreponiéndose a la timidez que le había capturado en ese momento, levantó la mirada para descubrir que la de él hacía tiempo que solo era capaz de mirarla a ella. Eso embrujó a Margaret.

No se había fijado hasta ese momento pero el señor Kingsman era apuesto. Su altura era aceptable para un caballero de su edad al igual que su complexión y su musculatura pero era su rostro lo que captaba la atención de Margaret. Su mirada tierna, sus mejillas que ahora se habían tornado rosadas y unos labios finos pero cautivadores.

—Margaret, siento que las últimas semanas nos han acercado mucho más y cada día que pasa, estoy más convencido si cabe de que es la única y perfecta compañera para mí. Descubrirá que tengo algo de genio cuando me ofusco, que soy demasiado permisivo con los criados y que disfruto pasando horas en la biblioteca sin apenas darme cuenta de que el tiempo ha pasado a mi alrededor, pero prometo, por encima de todas las cosas que, si acepta ser mi esposa, mi único anhelo y mi promesa será hacerla feliz.

Todo se detuvo.

Por un instante, el corazón de Margaret se conmovió. No había escuchado palabras tan hermosas de ningún otro hombre. Había esperado durante años que alguna carta de Henry recogiera aquellos sentimientos pero no había sido así. Kingsman había abierto su alma y revelado sus miedos y esperaba que ella los aceptara para convertirse en la señora Kingsman.

Margaret atesoró y agradeció cada una de las palabras que había pronunciado el caballero. Le pareció una confesión humilde y sincera, propia del señor Kingsman. No mostraba más de lo que había, era transparente y abierto. Jamás daría esperanzas o haría promesas a una mujer de no estar

dispuesto a cumplir su palabra de caballero. Justo el tipo de persona que Margaret necesitaba en su vida. Estaba cansada de mentiras, de engaños, de silencios, de idas y venidas de los caballeros de su vida. Aceptando a Kingsman tendría estabilidad y a un hombre entregado a ella.

Por ello, Margaret respiró hondo y pronunció con sinceridad las siguientes palabras.

—Señor Kingsman, descubrirá que, en ocasiones, soy obstinada e independiente. Confieso que no disfruto tomando el té o acudiendo a actos sociales, me gusta la intimidad que se forma con la pareja durante un baile y, por supuesto, sentir el aire en mi rostro cuando camino. Encontrará más defectos en mi persona, pues le advierto que no soy una joven fácil de llevar, pero le prometo que haré todo lo posible para ser la compañera que espera.

La alegría de Kingsman se reflejaba en unos ojos ilusionados y vivos que tomaron con mayor fuerza las manos de la joven, y, acercándose a los labios, las recorrió con innumerables y tiernos besos. Margaret sonreía como una infante ilusionada por la nueva aventura en la que parecía haberse embarcado.

Las palabras del señor Kingsman eran sinceras y, aunque los sentimientos de la joven Margaret todavía no fueran románticos, estaba segura de que la generosidad del corazón de Kingsman pronto le haría cambiar de opinión.

Tras la visita a la residencia Kingsman, el joven acompañó a su nueva compañera a su todavía hogar con la esperanza de que hubiera quedado prendada de la propiedad. Margaret había encontrado muy agradable y cómoda la residencia que dentro de algún tiempo se convertiría en su hogar.

De camino a casa los jóvenes se mostraban nerviosos, pero al mismo tiempo inquietos y emocionados. Apenas habían vuelto a intercambiar palabras desde la confesión y desde que Margaret había aceptado ser la futura señora Kingsman. Margaret concluyó que ambos se encontraban demasiado abrumados como para seguir hablando.

Al llegar a una de las calles principales, Kingsman se detuvo para saludar a uno de los más íntimos amigos de su padre que además era su padrino. Charlaron durante unos minutos y a pesar de que corría una ligera brisa de verano, Margaret sentía que su cuerpo ardía. Un ligero cosquilleo recorrió todo su ser y comenzó a ponerse nerviosa. Al levantar la vista, le vio.

El señor Bright estaba al otro lado de la calle, con la espalda apoyada en una de las verjas del parque. Margaret, orgullosa y segura de sí misma, alzó la cabeza para hacer una ligera reverencia que no pasó desapercibida por el joven que, con una mirada fría, le devolvió el saludo quitándose el sombrero.

Maldito señor Bright. En su fuero interno, Margaret seguía maldiciendo por el control que aquel hombre ejercía sobre ella. A pesar de que se había obligado a sí misma a olvidarlo y que había decidido aceptar a Kingsman, su cuerpo seguía temblando ante su presencia. Era odioso. Por eso, con cierto aire de superioridad y orgullo, Margaret saludó a Bright.

Y desde ese instante, ella tendría el control sobre sí misma.

O al menos, eso era lo que ella creía.

*Middleton Post. 17 de julio de 1876*

*Queridos lectores,*

*El momento más ansiado de la temporada ha llegado y soy la primera en confirmar la gran noticia. La señorita Westworth, la eterna solterona de las temporadas sociales, contraerá nupcias con el señor Kingsman. Eran obvios los rumores de las atenciones que el caballero dirigía a la obstinada joven, pero todos, incluida una servidora, estábamos seguros de que la intensidad de la mirada del recién llegado señor Bright confundiría la mente de la joven. A pesar de todo ello, parece que Bright ha quedado relegado a un segundo lugar o casi al olvido, porque Margaret Westworth disfrutará de su última temporada como soltera.*

*Pero amigos míos, todavía no ha terminado el verano y algo me dice en mi nariz de mujer sabia que no todo está escrito en piedra.*

*Algo me dice que todavía pueden suceder muchas cosas.*

*Lady Middleton*

## CAPÍTULO 12



*18 de julio de 1876  
Middleton, Inglaterra*

Los rumores sobre un posible enlace entre los jóvenes que circulaban por las calles de Middleton quedaron confirmados tras el correspondiente anuncio en la sección de sociedad del periódico local. Lady Middleton, a través de unas líneas elaboradas con poca gracia, había confirmado la relación.

Por descontado, esta gran noticia trajo consigo reacciones emocionales de los más variadas entre los allegados a la joven.

En primer lugar, las queridas hermanas menores que a partir de ahora podrían disfrutar de la vida social en la que les prestarían un poco más de atención al ser las siguientes en la familia Westworth en edad casadera. Podrían participar de los bailes, comprarse hermosos y costosos vestidos y conocer a jóvenes a los que entregar su corazón. Ellas, sin duda, eran las más entusiasmadas con el futuro enlace. Tras conocer la noticia de boca de su propia hermana, se habían deshecho en abrazos y besos con ella.

Felices, por supuesto, porque su hermana hubiera decidido entregar su mano a un joven al que ella considerara digno, pues sospechaban que tras las altas expectativas que tenía la joven con su amigo por correspondencia jamás habría nadie a la altura. Y, en segundo lugar, por ellas mismas.

Por supuesto, la tía de la joven era una de las personas que con más intensidad había manifestado su entusiasmo por el enlace. No deseaba nada más que buenos deseos para su sobrina y sabía que el joven Kingsman, de buena familia y con gran reputación, lograría hacerla feliz. El anuncio oficial del enlace permitió respirar con alivio a Beatrice, quien todavía se encontraba nerviosa por los posibles afectos que su sobrina profesara al misterioso señor Bright que tanto había revolucionado a la comunidad desde su llegada.

Algo quedó confeso en el corazón de tía Beatrice, pero deseaba evitar por todos los medios que su sobrina se relacionara con un hombre de tan poca educación como el señor Bright del que se decía, entre rumores de señoras, que se vanagloriaba de los corazones prendados que dejaba a su paso. El señor Kingsman, sin duda alguna, sería un mejor compañero para su querida Margaret.

Y, por último, su padre. El señor Westworth se mostraba feliz y desgraciado al mismo tiempo. De cara a su hija, le deseaba toda la felicidad que pudiera alcanzar al igual que él y su difunta esposa habían logrado, pero, por otra parte, le dolía que su hija abandonara el hogar familiar. Durante largos años, había aplaudido el temperamento y el ímpetu de su hija que le diferenciaba de otras jovencitas de su edad. Dejaría atrás los deseos frívolos de la sociedad para buscar un matrimonio por amor digno de ella.

Pero con los años, también temía que esa fuerza la llevara a una eterna soltería y se maldecía por haberla alentado a ello. En cierta medida, había consentido a su hija mayor durante años porque le recordaba a él mismo de joven. Él también había reusado casarse y seguir con las imposiciones de su padre, pero cuando conoció a la persona adecuada no se negó la oportunidad

de emprender una gran aventura con ella.

Sin embargo, su hija había aceptado a un caballero de gran reputación y carisma y estaba seguro de que si había tomado esa decisión había sido de propia voluntad y deseo.

—Padre, ¿podremos asistir al baile que se celebra el próximo sábado en casa de los Pullbright? —preguntó ansiosa Rose. La joven estaba inquieta desde la noticia del enlace de su hermana. Había bordado con esmero la nota del periódico para recordar el día en que podría ser libre.

—Me gustaría hablar primero con tu tía para considerar si es apropiado debido al reciente anuncio del enlace de vuestra hermana. No sería agradable que todo Middleton pensara que estáis desesperadas por encontrar un marido —comentó el señor Westworth tratando de calmar a su hija.

—¡Pero es que lo estamos, padre! —dijo casi gritando la menor de las hermanas. Rose estaba deseosa de enamorarse, de entregar su corazón a un caballero diestro en el arte de la danza y con predisposición a ser alocado como ella. Su padre estalló en una sonora carcajada, se levantó de la silla y fue directo hacia su hija para dejar un familiar beso sobre la frente. Entre risas y casi llanto, su padre abandonó la sala.

—Margaret, debes presentarnos a todos los jóvenes durante el baile —el estado de ánimo de la menor de las hermanas cambió de repente cuando su padre abandonó la sala y quedó en silencio con Grace y Margaret. A pesar de la reticencia de su padre no podía ocultar la emoción que sentía por dentro.

—Pero Rose, todavía no sabes si podrás asistir. Padre ha dicho que primero debe hablar con nuestra tía.

—Tía Beatrice dirá que sí.

Las tres se quedaron en silencio durante un minuto y, siguiendo el ejemplo de su padre, dejaron escapar unas sonoras carcajadas.

Margaret estaba feliz por ellas. Se sentía culpable por haber acaparado la atención de todo Middleton durante años durante las temporadas sociales. Era la primogénita de la familia Westworth y un gran partido para cualquier caballero que deseara contraer nupcias con una familia adinerada. Pero ver ahora la felicidad que su enlace producía en sus hermanas le hizo desaparecer toda la culpa que pudiera sentir, pues sus hermanas no le habían guardado jamás rencor alguno.

Ahora tendrían su momento para brillar y ser atendidas en público, de ser el centro de las miradas y críticas de las madres de los caballeros solteros.

Durante el resto del día hablaron sobre algunas de las familias mejor posicionadas de Middleton, de pueblos cercanos, de vestidos y colores de temporada, recordaron los pasos de algunas piezas y trataron de obtener el color de rubor perfecto pellizcándose en las mejillas.

Como era de esperar, la tía Beatrice animó a que las dos jóvenes participaran de las recreaciones sociales e insistió en acompañar a sus sobrinas al pueblo para comprar vestidos acordes a la velada. Estaba nerviosa porque no sabía si la modista tendría tiempo para hacer dos preciosos vestidos para el fin de semana con la alta demanda. Sin embargo, estaba dispuesta a pagar lo que hiciera falta para que sus sobrinas lucieran perfectas.

En Middleton, por supuesto, había varias mujeres que se dedicaban a la confección a medida de vestidos, pero no todas contaban con la misma habilidad y gracia como para crear verdaderas obras de arte.

Rose y Grace, acompañadas por su hermana mayor y su tía, se dirigieron al pueblo para comprar otras cosas que, sin duda, hacían falta para completar su impecable atuendo. Algunas cintas, unos metros de excelente y cara muselina para complementar su vestido, unos preciosos

abanicos y unos cómodos y seguros zapatos.

Como era de esperar, su tía consiguió que la mejor modista de Middleton se encargara de los vestidos para sus sobrinas. La señora Jewsbury y ella eran íntimas amigas y tras largos años como su clienta habitual y fiel, era lógico que estableciera esa deferencia.

Margaret encontró satisfacción en estos pequeños momentos con sus hermanas. Durante años, su independencia y soberbia les había negado ese momento y ahora, con la mirada avergonzada por ello pero llena de ilusión, acompañaba a sus hermanas para que pudieran disfrutar de un animado baile.

Durante su paseo se encontraron con sus fieles amigos, los hermanos Rogers. Ella fue la primera en saludar al grupo de hermanos que se encontraban cerca de unos de los escaparates de la tienda de zapatos del pueblo. La joven corrió hasta Margaret olvidando la delicadeza y gracilidad que debía demostrar una dama, hasta que cogió sus manos y, con mucha alegría, le dio la enhorabuena.

—Margaret, soy muy feliz por ti. —su amiga le estrechó entre sus brazos con fuerza y entre susurros le confesó —Habría deseado poder llamarle hermana, Margaret, pero quiero que sepa que no soy capaz de guardar rencor alguno por usted. Somos amigas.

Guardando las apariencias y con cierta alegría fingida, Thomas Rogers se acercó hacia Margaret y su hermana. Esperó hasta que ambas amigas rompieron su abrazo.

La hermana de Thomas corrió nerviosa hasta el resto de la familia Westworth dejando solos a Thomas y Margaret. Durante un instante el silencio se instauró entre ellos. Se sostuvieron la mirada el uno al otro, pero, incapaces de decir nada, contemplaron las piedras de la calle y la firmeza de sus zapatos a la espera de que el otro dijera algo.

—Margaret, le deseo felicidad en su enlace. Enhorabuena.

Fueron pocas pero sinceras palabras. Margaret sabía que no había maldad o resquemor alguno en los buenos deseos de su amigo. Aunque sabía que había tristeza en su corazón y que supondría el fin de sus intentos de conquistarla, en el fondo Thomas comprendía la decisión de su amiga.

Margaret, se acercó a él y con un gesto familiar y sin más intenciones que mostrar apoyo y cariño al joven, le cogió de las manos y le invitó a que compartiera su mirada.

—Thomas, eres un joven atento, sincero y honesto. Durante todos estos años he sentido tu cariño y tu apoyo y jamás me has juzgado. Creo con vehemencia que eres una gran persona y por ello, estoy segura que dentro de poco encontrarás a la mujer adecuada. Una dama que no será capaz de dejarte escapar y a la que, Dios mediante, colmarás de felicidad.

—Espero que Dios te oiga, querida Margaret — tras terminar de decir aquellas palabras, Thomas se maldijo —. Creo que no es correcto que te llame querida Margaret pues ahora será el señor Kingsman quien demuestre su afecto de esa forma.

Eso era cierto. El decoro dictaba que ahora las palabras afectuosas o llenas de cariño debían ser solo pronunciadas por el prometido de la joven. Eso dolía mucho al joven Rogers pues, aunque siempre había sentido cálidos sentimientos por su amiga, ante todo había compartido con ella grandes momentos desde la infancia y llamarla de aquella forma, le reconfortaba.

Pero ahora, ambos debían hacerse mayores.

—Estoy seguro que serás dichosa en su matrimonio, Margaret, si es lo que deseas.

—Por supuesto, es lo que deseo.

¿Era verdad? ¿Este matrimonio era lo que ella deseaba? Por supuesto, ella lo había escogido. Ella había aceptado al señor Kingsman como su compañero. Bien podría haber rechazado sus atenciones y su cortejo y haber buscado una pareja más afín, pero no existía. Mentira. Sí que existía, pero no quería dignarse a venir a Middleton a tratar de pedir su mano.

Había escrito a Henry en innumerables ocasiones desde hacía días y semanas, pero no había obtenido respuesta. No sabía si las cartas se habían extraviado, si el joven había cambiado de residencia, si le odiaba tras enterarse de la noticia de su enlace o si, peor aún, se había cansado de ella o le había olvidado tras todos estos años.

Cualquiera de las dos últimas opciones hería a Margaret. Admitir que su íntimo y secreto amigo la había olvidado o la odiaba destruía su felicidad por completo. Pero él había decidido seguir con este silencio y aunque le dolía, él era dueño de sus decisiones y debía respetarlo.

Si no respondía a sus cartas, no tenía forma de comunicarse con él, con lo cual su amigo se había despedido.

## CAPÍTULO 13



*19 de julio de 1876  
Middleton, Inglaterra*

Margaret estaba inquieta. Era el primer acto social al que acudía tras el anuncio de su enlace con el señor Kingsman e imaginaba que todos los ojos y comentarios se dirigirían a ella. Una de las cosas que más aborrecía era ser el centro de atención y por supuesto, teniendo en cuenta su personalidad tan poco dada a la docilidad, le había tocado ser objeto de numerosos chismes. Sin embargo, debía afrontar aquella decisión como una dama. Aceptar los buenos deseos de sus familiares, amigos y allegados y relacionarse con ellos.

Puede que incluso la señora Middleton tomara su persona como eje central de algunas columnas más del periódico hasta que su sed de cotilleo se viera alertada por un nuevo escándalo. Apenas pasaba nada interesante en el condado que lograra calmar el ansia de la misteriosa dama que se escondía tras el pseudónimo. Cuando las semanas avanzaran, la novedad del enlace caería en el olvido y por fin podrían todos centrarse en otros asuntos.

Grace y Rose se encontraban más animadas que nunca. Desde que habían recogido sus correspondientes vestidos en el pueblo, eran incapaces de no discutir por la doncella. Ambas deseaban ser vestidas en primer lugar, que arreglaran sus cabellos con más esmero e incluso que plancharan en numerosas ocasiones su muselina para evitar arrugas. Margaret, apoyada en el umbral de la puerta de la habitación que ambas hermanas compartían, las observaba con una gran sonrisa en el rostro. Era feliz al ver que había conseguido hacer felices a sus hermanas.

Su tía, por el contrario, se encontraba en un estado similar a la felicidad suprema y a la ansiedad más extrema. Durante años había asumido la terrible misión de conseguir un marido para su terca sobrina y ahora tenía bajo su tutela a dos jóvenes que beberían los vientos por cualquier joven que les ofreciera sus atenciones y halagara sus vestidos. Esto facilitaba y complicaba en gran manera la tarea de Beatrice. Protegerlas de sí mismas sería una aventura.

De camino a la casa de los señores Pullbright, Margaret no podía evitar que ciertos pensamientos pasearan con libertad por su mente. ¿Se encontraría con el señor Bright? ¿Habría escuchado la noticia de su futuro enlace? ¿Estaría molesto? Una parte de Margaret deseaba que no acudiera a la fiesta, que entendiera que su futuro matrimonio con Kingsman era una prueba más que evidente de que no deseaba continuar con aquellos impetuosos encuentros. Por otra parte, deseaba que acudiera para demostrarle que no significaba nada para él, pero al mismo tiempo sabía que buscaría sus oscuros ojos en cuanto llegara a la pista.

Margaret estaba muy confusa y se preguntaba una y otra vez cómo la atracción o el amor podía provocar tal nivel de cobardía, confusión e ingenuidad en una persona.

—Margaret, por favor, debes cumplir tu promesa y presentarnos a todos los jóvenes de la velada —solicitó su hermana menor con mucha efusividad—. Recuerda que deseo bailar toda la noche.

—No seas egoísta, Rose. ¿Acaso yo no estoy aquí?

—Vamos, queridas hermanas, no discutáis. Las tres entraremos en la casa, saludaremos a nuestros anfitriones como procede y después buscaremos a un grupo de gente conocida.

—¿Para qué es necesario buscar a gente conocida? A todas esas personas ya los conocemos y no están interesados en nosotras, queremos conocer a nuevas personas —respondió con enfado su hermana. Era un espíritu demasiado libre y jovial como para entender algunas cosas pero ansiaba conocer nuevas personas.

—Rose, querida, todavía tienes mucho que aprender — dijo Margaret tratando de calmar a su hermana menor — Si estamos rodeadas de otras personas tendremos más oportunidades de que nos presenten o que se presenten más jóvenes. Si estamos solas, la escena es más violenta y se reducen las probabilidades.

—Margaret, ¿cómo sabes tanto?

—Porque lleva años asistiendo y huyendo de bailes como este. Llegado a este punto, es una maestra. —indicó Grace con seguridad. Sabía que su hermana había sido obligada a conocer el funcionamiento de la sociedad a la fuerza a pensar de sus esfuerzos de mantenerse recluida de ella. Grace sabía que Margaret sería feliz encargándose de los negocios de su padre pero no podía ser.

Las tres hermanas se echaron a reír en el carruaje. Con anterioridad, el señor Westworth, la tía Beatrice y Margaret utilizaban un solo carruaje para desplazarse, pero con la incorporación de las dos nuevas hermanas de la familia, el espacio obligaba a utilizar dos calesas para la comodidad de todos.

—Señor y señora Pullbright, es un verdadero honor haber recibido su invitación.

—Y una bendición y alegría que toda la familia Westworth y su adorada tía hayan podido venir.

Margaret realizó una ligera reverencia que pronto fue imitada por sus hermanas.

—Es un placer tenerlos aquí, señorita Westworth, señorita Westworth. Espero que puedan encontrar diversión en nuestros bailes y el refrigerio sea de su agrado.

—Lo será, señora Pullbright, estamos seguras —Rose pronunció esas palabras con rapidez sin dejar de mirar hacia el interior de la casa buscando caras conocidas. Tomó de la mano a Grace y juntas se dirigieron hacia el interior.

—Disculpen a mis hermanas, señores Pullbright, creo que la emoción les ha hecho olvidar las normas de cortesía.

—No se preocupe, señorita Westworth —dijo la señora Pullbright aceptando las disculpas de la joven mostrando una gran sonrisa en el rostro—. Todavía recuerdo las sensaciones que me provocaban los actos sociales cuando era más joven. Estaba tan nerviosa que tropecé con mi pie izquierdo y arrojé un poco de mi bebida sobre la chaqueta de uno de los invitados.

—Querida, ese invitado, era yo —indicó su marido.

—¿En serio? —preguntó la señora Pullbright dudosa a su marido. Ambos se miraron y una sonrisa de complicidad admirable se cruzó entre ellos. Era muy bonito y envidiable observar aquellas muestras de afecto tan sencillas pero auténticas después de tantos años de matrimonio.

Tras despedirse del enamorado matrimonio Pullbright, Margaret buscó al señor Kingsman entre los invitados. Deseaba alertarle de la presencia de sus alocadas hermanas antes de que se acercaran con poca delicadeza hasta él para darle las gracias por liberarlas de la tortura de encarcelamiento social.

Su amigo, Thomas Rogers y su familia también se encontraba aquella noche en la fiesta y por supuesto, otros de los socios de su padre.

En uno de los salones contiguos se encontraban varios grupos de caballeros. Unos estaban

jugando a las cartas mientras disfrutaban de unas copas, y a su lado, un grupo de caballeros participaban en una animada conversación. Entre ellos, reconoció el rostro del señor Kingsman. Como si hubiera percibido su presencia, el joven giro el rostro y se topó con la mirada de ella. Kingsman sonrió y con educación se despidió del resto de caballeros y se dirigió hasta Margaret.

—Considero que esta noche se encuentra arrebatadora, si me permite decirlo, querida Margaret. —la melodiosa voz del señor Kingsman era un regalo para sus oídos. Luchaba día tras día por no ruborizarse ante las atenciones del caballero y sus hermosas palabras y estaba segura de que algún día, tras muchos años de familiaridad entre ellos, lograría considerarlo como algo normal.

Margaret se ruborizó. Sus halagos eran sinceros pues podía entrever verdadera veneración en la mirada de su acompañante. Siempre había deseado que un hombre la mirara de esa forma y aunque esperaba que su corazón reaccionara de otra forma más intensa y desmedida, sabía que solo sería cuestión de tiempo.

—Muchas gracias, señor Kingsman. Si le soy sincera, es la primera vez que me sentía inclinada a acudir a un baile, quería ...

—¿Verme? —preguntó curioso y con cierta picardía el caballero.

—Sí...—respondió con timidez Margaret mientras cogía con delicadeza el brazo que le ofrecía el señor Kingsman.

—No puede imaginarse cómo me ilusionan sus palabras y, si me lo permite, creo que la mejor forma de comenzar esta noche es con un baile. —el caballero parecía complacido por la disposición y la sonrisa de Margaret. Su entusiasmo había acrecentado su ímpetu.

—No podría estar más de acuerdo.

Margaret y Kingsman se dirigieron a la sala principal y junto a otras parejas se colocaron en la pista uno enfrente del otro. La música comenzó a sonar y todos los bailarines iniciaron su danza sincronizada. Largos años de experiencia en baile había convertido a Margaret en una experta aunque no lo deseara, pero debía admitir que los pies de su compañero eran más habilidosos que los suyos y encontró placer en aquella pieza.

Como era de esperar, todas las miradas se fijaron en ellos puesto que era el primer acto social en el que ambos eran vistos juntos tras la noticia del enlace. Si la noticia del enlace no había sido lo suficientemente notoria a través de la columna de Lady Middleton aquel baile confirmaría cualquier sospecha de duda.

Por un lado, de las mujeres podían apreciarse comentarios contrapuestos. Algunas madres maldecían por dejar escapar la oportunidad de emparentar a sus hijas con un hombre de tan buen talante y reputación. Otras se alegraban de que por fin la mayor de las Westworth hubiera decidido casarse y lo celebraban con unas copas de vino. Y, por supuesto, algunas jovencitas estaban enfadadas por tan desgraciada pérdida para ellas.

Margaret no escuchó ninguno de aquellos comentarios durante todo el baile y la velada porque no le importaban. Siempre había huido de las críticas y los cotilleos y ahora, con tanta noticia alrededor de ella, lo mejor era omitirlos.

Las sonrisas entre ellos en el baile y la complicidad que parecía estar presente entre la joven pareja entusiasmó a todos e incluso a la joven Margaret.

El fin de la música terminó con la danza, pero Kingsman solicitó los siguientes bailes y Margaret, decidida a disfrutar de la velada, aceptó y bailó cada uno de ellos.

Conforme avanzaba el baile, Margaret comenzó a notar un ligero dolor en los pies así que buscó descanso en unas de las sillas alejadas de la pista. Se disculpó con su prometido e incluso le instó para que disfrutara de la compañía de otros invitados.

Una parte de ella deseaba deshacerse de tan incómodos zapatos y poder seguir disfrutando de cada baile, pero la educación no se lo permitía así que tuvo que resignarse. En ese momento, asumiendo su resignación, comenzó a observar al resto de invitados a los que, hasta el momento, no había prestado la más mínima atención.

Allí estaba. Un caballero de ojos tan oscuros como la noche. Frente a una de las ventanas del salón. Y aunque apreció su semblante desde atrás, supo que era él. Bright. Junto a una dama.

Ella era delgada y con un porte elegante. Su vestido, una verdadera delicia y regalo perfecto para cualquier joven que pudiera lucir ese encaje y ese corsé. Por un segundo, Margaret le odió. No le conocía, pero le odiaba. Odiaba como Bright acercaba su cuerpo hacia el de ella. Como ella, sin saberlo, respondía a su búsqueda como si se tratara de dos objetos destinados a encontrarse. Esa ligera intimidad entre ellos puso celosa a Margaret.

No podía evitarlo, pero su corazón latía desbocado. Era como si no fuera dueña de sus propios impulsos. Deseaba salir con rapidez de aquella sala, buscar un lugar en el que refugiarse para gritar y llorar al mismo tiempo.

Margaret se maldecía una y otra vez y recogiendo su pequeño bolsito de la mesa más cercana, se dirigió a la gran terraza. Allí, varios caballeros conversaban de forma animada sobre negocios. Margaret, que había acudido buscando aire fresco, sentía que su corazón se comprimía cada vez más cuando sus oídos captaron una risa femenina acercándose a la terraza. Al girarse, se encontró a esa misma joven acompañada por Bright.

La pareja se detuvo.

—¡Vaya! No esperábamos encontrar a nadie aquí fuera —dijo la joven. —. Quizá debamos encontrar otro sitio en el que conversar, señor Bright. —su sugerencia fue acogida por el caballero que, colocando con lentitud una mano sobre su cadera, acercó su cuerpo hasta el de él.

Los caballeros que se encontraban en la terraza no habían percibido la sutileza del gesto, pero cuando los labios de Bright casi tocaron la oreja de la joven, Margaret no pudo evitar darles la espalda de inmediato. Colocó los brazos sobre la balaustrada y esperó hasta que se fueran.

Fue una nueva risa descuidada de la joven acompañante de Bright lo que le hizo perder la razón. Con las entrañas ardiendo, Margaret abandonó la frescura de la noche y regresó con rapidez al interior del salón pasando por delante de ellos como alma que lleva el diablo. Allí, con presteza buscó uno de los pasillos principales que le conducían hasta el jardín. Ansiaba perderse, huir de allí, correr lo más rápido que su cuerpo le permitiera para acallar a su corazón y sofocar su ánimo.

Ver a Bright demostrando aquella intimidad con otra joven la había desencajado y estaba segura de que había sido más que evidente para Bright, lo que le entristecía todavía más.

No podía permitirse reaccionar de aquella forma. No podía permitirse mostrar unos sentimientos tan fuertes cuando acababa de bailar con su prometido. No podía.

Caminó durante unos minutos hasta que se detuvo en un banco de piedra rodeado de setos podados con esmero. No podía dejar de pensar en Bright, en esa joven, en la risa de ésta y en ese abrazo entre ambos. Era un ser despreciable. Odiaba a Bright.

—Margaret —dijo una voz masculina que pronunció su nombre con delicadez y miedo. Esta voz se materializó en un cuerpo que poco a poco cobró forma cuando traspasó los setos.

—Márchese, señor Bright. Aquí no encontrará la compañía que busca.

Margaret era incapaz de mirarle a la cara. Su cuerpo, tenso y rígido como una piedra, le daba la espalda al joven que la había buscado. La joven se había puesto en pie con tanta rapidez que apenas había tenido tiempo de pensar.

—¿Quién dice que no es usted? —preguntó Bright. Margaret estaba tan confusa y enfadada que

no pudo apreciar si era travesura o duda el matiz que apreció en la pregunta del odioso caballero.

—Desde luego, no lo soy —la voz de Margaret estaba tomada por la ironía—. Y ahora si no le importa, deseo estar sola.

—No tengo intención alguna de marcharme—respondió de forma rotunda Bright mientras no dejaba de mirar una espalda tensa y rígida frente a él.

—¿Por qué? —gritó la joven con ligera fortaleza mientras se giraba para hacer frente al señor Bright. Su rostro transmitía una mezcla entre dolor, furia y confusión.

—¿Por qué? Quizá esa pregunta debería resolverla usted, señorita Margaret. Debería ser usted la que me explique el motivo de su tosca reacción ante mi compañera cuando está bastante claro que usted disfruta de la suya.

—¿Debería excusar mi comportamiento cuando está claro que el suyo ha rozado la censura? ¿Acaso su joven acompañante es conocedora de su larga fama de conquistador? —el tono en el que Margaret formulaba cada una de las preguntas era inquisidor y se notaba que estaba dominado por la rabia. Se estaba extralimitando en sus comentarios pero no le importaba.

—¿Ahora tengo fama de conquistador? ¿Y quién se ha encargado de difundir tal reputación? —se cuestionó un señor Bright incrédulo.

—Usted mismo, por supuesto. ¿Cree que...?

—Oh, ya basta de responder con más preguntas, señorita Margaret. Ambos sabemos que ha sentido celos al verme con ella. Ha sido demasiado obvio.

—No sé a qué se refiere, señor Bright. Yo tengo muy claras mis prioridades en estos momentos.

Por supuesto que lo sabía. Margaret sabía de forma clara lo que Bright le estaba preguntando. Eran celos y envidia lo que apreciaba en aquella recriminación. El señor Bright había sentido celos de las atenciones que el señor Kingsman le ofrecía.

Ante el silencio de la joven, Bright decidió seguir adelante.

—¿Cómo es capaz de juzgar mi compañía o mis deseos cuando ha decidido desposarse al finalizar la temporada? No es usted mi dueña.

El calor de la discusión había provocado que Margaret caminara de un lado para otro. Nerviosa no podía pensar con claridad, pero el hecho de que Bright pusiera sobre la mesa su compromiso, la facilidad con la que él disfrutaba de la compañía de otra dama y la rotundidad con la que había afirmado que no era su dueña, le habían enfadado hasta un extremo inimaginable.

—Lo soy.

Sin ser dueña de sus acciones, Margaret se abalanzó sobre Bright, le tomó de las solapas de su chaqueta y lo atrajo hasta ella provocando que sus labios se chocaran.

No fue un beso propio de una dama, sino más bien un beso exigente, demandante. Bright, sorprendido por el espíritu y el ímpetu de su pareja, respondió al mismo. Permitió que Margaret accediera a él. Abrió los labios y ambos se fundieron en un encuentro que, sin duda por la reacción de sus cuerpos era esperado por ambos.

Margaret no conocía los caminos del amor. Había besado a Bright en otras dos ocasiones pero ahora era ella la que sosteniendo con fuerza al joven para que la distancia entre ellos no aumentara, la que tenía el control de todo.

Del interior de la boca de Margaret salieron algunos jadeos cuando Bright le agarró con fuerza de las caderas y la condujo hasta uno de los árboles más cercanos. Allí, empujó con suavidad su cuerpo hasta que la espalda de Margaret chocó con la corteza.

El deseo que sentía Margaret iba en aumento y perdida en la intensidad del momento abrazó al joven colocando sus brazos por detrás del cuello y entrelazando las manos. Una clara invitación

que fue aceptada por Bright y esto le animó a llegar un poco más lejos.

Era como nadar en un líquido caliente y sentirse parte de él. Margaret no sabía cómo sus piernas sostenían su cuerpo, no comprendía por qué sus brazos tenían vida propia o cómo su boca exigía cosas de forma tan demandante.

Bright rompió el beso entre ambos y con ternura y pasión, colocó múltiples besos en el cuello de Margaret. Ella levantó la cabeza y con los ojos cerrados jadeó.

Bright.

Su mente solo era capaz de pensar y decir su nombre. Y fue eso lo que terminó de volver loco a Bright, quien, tras escuchar su nombre, tomó el rostro de la joven con sus manos y afianzó mucho más el beso. Era suya. Completamente suya. En cuerpo y alma. Atrás quedaban los celos, la discusión y las malas palabras. Solo la quería para él.

—Margaret, por favor. Debemos parar —indicó Bright entre susurros con apenas aliento.

—No —respondió de forma tajante y contundente Margaret. No iba a permitir que aquel momento que tanto había ansiado y odiado se terminara.

Una palabra bastó para que Bright perdiera la cordura. Embriagado por el dulce e inocente aroma de ella, Bright deseaba más, mucho más.

—Margaret, por favor. Debemos parar.

—¿Por qué? —preguntó Margaret ante la insistencia de Bright. No comprendía el motivo por el que deseaba romper aquel maravilloso encuentro entre ellos. Era evidente que la pasión fluía entre sus cuerpos y solo quería demostrarle a Bright lo mucho que ella le quería.

—Hablemos. Hay cosas que deseo decirle.

Bright había roto el beso entre ambos y con mucho dolor y pesar, los cuerpos de ambos comenzaron a separarse. La respiración entrecortada de Margaret y sus mofletes sonrosados no superaban la tensión que Bright sentía en otras partes de su cuerpo.

Margaret se sentía perdida y confundida.

—No podemos volver a repetir esto. Debe entenderlo. —Bright trató de serenarse y de poner distancia entre ellos mientras contemplaba como una Margaret dócil y ansiosa le esperaba todavía sobre el tronco. Era una tortura para el caballero pero debía sobreponerse.

—¿Por qué?

—Porque no es mía.

—Claro que lo soy —confesó Margaret mientras daba un paso hacia delante para regresar al lado de su amante. Le tomó de nuevo por las solapas de la chaqueta, pero él cogió sus manos antes y detuvo su avance.

—No, no es mi nombre el que figura junto al suyo en el anuncio del periódico —las palabras de Bright arrojaron un jarrón de agua fría en aquel escandaloso encuentro. Razón no le faltaba, aunque Margaret consideraba que no era un momento adecuado para sacar a relucir aquello, no al menos después de lo que habían compartido.

—Se marchó —gritó Margaret en respuesta —. Me besó y me dejó atrás. No hubo nota. Ninguna palabra o promesa quedó para mí. ¿Qué quería que hiciera? ¿Esperarle para siempre? He estado esperando durante mucho tiempo que el amor llegara, pero no podía esperarle sin una palabra sincera de sus labios.

—¿Qué quiere decir? —preguntó confuso el caballero que ahora se encontraba entre la espada y la pared frente a Margaret.

—Es bastante sencillo, señor Bright. ¿Siente algo por mí? —las palabras no podían haber salido con mayor sencillez y sinceridad de la boca de Margaret. Estaba tensa, confusa y ofuscada por la forma tan escurridiza de afrontar los problemas de Bright.

Durante un instante que pareció eterno para ambos, Bright no pudo retirar la mirada de los ojos de Margaret. Era como si estuviera analizando cada parte de ella para averiguar cuál era la mejor respuesta a esa pregunta. Sin embargo, fue la demora junto a la falta de una respuesta sencilla lo que consiguió enfurecer mucho más a la dama.

Margaret se dio la vuelta enfadada y emprendió la marcha para alejarse de Bright. Todo su cuerpo le pedía salir huyendo para evitar seguir recibiendo los dardos que provenían del insincero corazón de aquel caballero. ¿Cómo podía ser así?

—No se marche, por favor. Sí, tiene razón, me marché pero deseaba volver a usted —confesó Bright mientras tomaba el brazo de la joven entre sus manos para retenerla. Quería que ella le comprendiera, que viera más allá de lo que sus palabras no eran capaz de decir pero sus ojos solo pedían auxilio a una persona que necesitaba algo más que silencio para calmar su corazón.

—Oh, por supuesto —respondió Margaret en tono de burla mientras cruzaba los ojos y levantaba las manos en signo de exageración —Y eso puedo averiguarlo por la cantidad de cartas que he recibido durante estas semanas. ¿No es cierto? ¿Por las promesas que me ha transmitido o por los sentimientos que debo intuir de usted? —por fin, Margaret pudo recriminarle aquello que durante semanas llevaba guardando en su corazón.

—A veces no es tan fácil, Margaret. Estar con usted es difícil— respondió Bright llevándose las manos a la cabeza para retirarse el pelo hacia atrás. Estaba nervioso, era evidente.

—¿Difícil? —la voz de Margaret se elevaba por momentos conforme su enfado crecía ante la incredulidad de la conversación. Puede que ella no fuera una persona concedora de los entresijos del amor, pero comprendía a la perfección todo aquello que dañaba su corazón.

—Sí, hace que todo sea más complejo, más profundo y a veces las cosas no son...

—¿Por eso decidió facilitar su vida con esa otra joven? ¿Por qué estar conmigo es demasiado complicado? —preguntó Margaret con rabia mientras se señalaba a sí misma.

Sin embargo, algo creció en el corazón de Margaret tras formular aquella pregunta. Se odió a sí misma por siquiera plantearla, pero sabía que el dolor sería más grande si obtenía respuesta para ella.

Las palabras de Bright no se hicieron esperar.

—Estoy con otra joven porque me place, porque su sonrisa me parece preciosa y porque necesito la compañía y el calor de una mujer.

Margaret sintió una punzada de dolor y humillación. Sintió que el momento que habían compartido era sucio, vacío, pues a Bright le era indiferente compartirlo con ella que con cualquier otra mujer. Su mano golpeó la cara de Bright provocando un sonoro ruido en su impacto. Él, aturdido, le miró.

Los ojos de Margaret estaban vidriosos.

—¿Eso ha sido esto para usted? —preguntó Margaret con voz triste pero esperando que la respuesta no llegara.— ¿Solo buscaba el calor de una mujer?

La mirada dolida de Margaret sacó a Bright de su estado, quien se dio cuenta enseguida del error que había cometido con tan desafortunadas palabras.

Trató de coger a Margaret de las manos para pedirle disculpas, pero la joven estaba demasiado enfadada como para entrar en razón y rechazó cualquier nuevo contacto entre ellos.

—Busque a esa joven dama y tráigala aquí. Seguro que se deshace en sus brazos. Eso lo sabe hacer muy bien, señor Bright.

Sin terminar la conversación, Margaret recobró la compostura y salió del lugar que tanta intimidad les otorgaba para regresar a la casa. Bright no fue tras ella.

## CAPÍTULO 14



*20 de julio de 1876  
Middleton, Inglaterra*

La mañana removi6 en Margaret demasiados sentimientos contradictorios. Se encontraba en su dormitorio tras una noche sin conciliar el sueño, con gran cansancio en su cuerpo y pesar en su coraz6n. Había permitido que Bright tocara su cuerpo, había confiado tanto en él como para cederle el placer de poseer su boca y hacerle disfrutar. Ella había sido quien le había buscado. Se sentía celosa, sentía como todo su cuerpo odiaba a aquella joven que había disfrutado de sus atenciones y se preguntaba por qué no era ella.

Sin embargo, Bright le había dejado claro tras su encuentro que él estaba con quien le placía. Lo había dejado muy claro. Eso había enfurecido a Margaret pues creía que compartían algo especial. Pero eso le había demostrado que apenas se conocían. Apenas habían intercambiado algunas frases desde que se habían conocido, la mayoría de ellas provocativas, pero ella había conseguido captar en él algo especial. Bright despertaba en ella algo primario que le llamaba la atención.

Era obvio que se había equivocado al juzgar los posibles sentimientos o atenciones de Bright. Todo había sido una farsa. Él mismo le había confesado que estar con ella no era fácil, que por eso buscaba a otras jóvenes. No albergaba sentimientos románticos por ella más allá de la necesidad o el placer carnal.

Margaret sabía que Bright no iría tras de ella puesto que, si ambos eran vistos saliendo de la oscuridad que esa zona ofrecía a una joven pareja, el escándalo sería un precio muy alto a pagar. Y ella estaba prometida.

¡Qué idea más descabellada! Era una desvergonzada. Esas eran las palabras que Margaret se repetía una y otra vez. Había dado su palabra al señor Kingsman de que sería su esposa y no solo estaba teniendo sentimientos por otra persona, sino que en lo más profundo de su corazón sabía que si en ese momento Bright le hubiera pedido su inocencia, ella se la habría dado.

Reconocer aquello fue revelador para Margaret. No sería esa clase de mujer. Todo esto debía terminar. Durante años había rechazado a caballeros por no considerarlos dignos de ella y ahora era ella la que no se consideraba digna de los sentimientos que el señor Kingsman tenía por ella. Le avergonzaba lo que su cuerpo había experimentado y ansiado. Desvergonzada.

Se cambió de ropa y bajó enseguida al salón. Allí se encontró con unas agotadas hermanas y un silencioso padre. Sus hermanas, a pesar de que no cesaban en comentar cada uno de los bailes que compartieron con jóvenes gallardos y de buena planta, se apreciaba en sus rostros la marca del cansancio.

—Rose, no comprendo cómo puedes comer tanto. Yo apenas puedo levantar el tenedor. Tengo todo el cuerpo dolorido. —Grace arrastraba cada palabra como si le costara horrores pronunciarla. Estaba segura que apenas habrían conciliado el sueño de la emoción que tenían tras el baile por muy cansadas que estuvieran y eso hizo sonreír a Margaret. Bendita inocencia —

Tengo tanta hambre que sería capaz de comer tu plato y el mío. Margaret, no nos habías dicho que los bailes dejaban tan exhausta.

—Entonces ella tiene que estar hambrienta porque bailó la mayor parte de los bailes con el señor Kingsman. Lucíais muy bien juntos, querida hermana.

Margaret apenas podía prestar atención a las palabras de sus hermanas sobre la fiesta de la noche anterior pero cuando mencionó al señor Kingsman se serenó.

—Sí, es un gran bailarín, debo admitir.

—Es posible que uno de los mejores de la fiesta, si me dejas decirlo. Pero el joven Lucas Jameson también era muy diestro en el baile.

—Sí, tuve la oportunidad de bailar también con él.

—Pero fue en segundo lugar, por supuesto.

Rose y Grace comenzaron a discutir por las atenciones que los diversos jóvenes les habían demostrado durante la fiesta. Por una parte, era divertido ver cómo competían entre ellas, pero al mismo tiempo, las estridentes voces le estaban provocando dolor de cabeza.

Margaret aprovechó que uno de los miembros del servicio se acercó a la mesa para hablar con su padre para preguntarle.

—Señora Lemon, ¿ha llegado alguna carta para mí?

—Me temo que no, mi señora. Lo siento.

Otro día sin noticias de Henry. Margaret lució abatida.

—Señor Westworth, el señor Bright está aquí.

—¿El señor Bright? No esperábamos a ese joven y menos, a estas horas de la mañana —dijo en señor Westworth mientras doblaba con rapidez el periódico. Comprobó de nuevo la hora en su reloj de bolsillo y apenas alcanzaban las once de la mañana —¡Qué caballero tan madrugador!

¿Bright? ¿Qué demonios hacía en su casa? Tras escuchar su nombre, el pulso de Margaret se desató.

Era una total desfachatez por su parte aparecer tan pronto en la mañana en una casa vecina, sin previo aviso y sin deseos, al menos por parte de una de las jóvenes que allí vivían, de ser recibido. Por otra parte, sus hermanas y su padre se desharían en halagos hacia el caballero porque estaba segura que mostraría su rostro más encantador y complaciente.

Pero Margaret no necesitaba observar de nuevo sus atractivos ojos oscuros o su indomable caballera para saber que todo aquello se trataba de una treta para volver a verla. Margaret se culpaba a sí misma mientras se clavaba las uñas en la palma de la mano cerrada al pensar que no fue demasiado clara la noche anterior al marcharse de su encuentro o en lo cruel que podía ser el joven por tratar de acercarse a ella tras lo ocurrido.

Bright entró en el comedor. Margaret no pudo evitar fijarse en que también lucía cansado y que unas sombras tristes se habían posado bajo sus ojos.

No iba a tomar la responsabilidad de su apariencia por nada del mundo, él era el causante de su propia desgracia. De la desgracia de ambos.

—Señor Westworth, señoritas Westworth —saludó a cada uno de los miembros de la familia retirándose el sombrero y haciendo una ligera inclinación—. Muy buenos días tengan ustedes.

—Señor Bright, ¡qué alegre y temprana sorpresa! ¿Qué le trae por nuestro hogar? —preguntó el señor Westworth entre encantado y sorprendido al nuevo visitante. La visita de cualquier hombre decente debía anunciarse en una misiva para que los miembros de la casa pudieran estar preparados. Aquello no era apropiado.

—Desearía hablar con la señorita Westworth, si usted tuviera a bien, por favor. —Bright dirigió su mirada a Margaret, quien apenas había sido capaz de posar sus ojos en él. La joven

trataba de mostrar endereza e indiferencia, pero todo su cuerpo estaba en tensión por aquella mirada que reusaba.

—¿Con Margaret? —el señor Westworth aplaudió y le hizo una indicación a sus hijas menores de que le acompañaran para abandonar la sala. Parecía encantado a la vez que curioso — Por supuesto, nosotros nos retiraremos a la sala de estar.

—Oh, no, señor Westworth. Me siento bastante culpable por mi osadía por venir a su casa a estas horas, no me gustaría que interrumpieran su desayuno por mí.

—Es usted muy considerado, señor Bright. No obstante, no se preocupe por el horario. En esta casa somos, por suerte, bastante madrugadores, siéntase libre de venir cuando le plazca. —indicó el señor Westworth mientras alentaba a sus hijas a que se levantaran.

Margaret sabía que debía ser ella quien tomara las riendas y condujera al joven hasta una de las salas de estar. Grace le animó con la cabeza a ir hacia delante y Rose, en ligero silencio, se reía del comportamiento tan inocente de su hermana.

Margaret temía quedarse a solas con Bright, pero tampoco podía demostrar su enfado hacia él puesto que eso alertaría de un mal encuentro entre ambos en el pasado. Y gracias al cielo, nadie había presenciado la discusión que habían mantenido la noche anterior. Su sola presencia le turbaba. Por ello, cuando ambos entraron en el saloncito, permanecieron en lados opuestos de la estancia.

El silencio entre ambos jugaba una partida de cartas para la que ninguno tenía la baza adecuada.

Bright caminaba de un lado a otro de la sala. Restregaba sus manos y en varias ocasiones, pasó una de ellas por la cabellera para retirarse algunos mechones de la frente.

Margaret, por el contrario, se encontraba inmóvil junto a la chimenea mirando fijamente al suelo.

—Margaret, yo...—cuando Bright pronunció aquellas palabras, Margaret levantó la mirada hacia él para comprobar, que al igual que ella, estaba triste y cansado. Bright no fue capaz de decir nada más. Y durante unos minutos, el silencio volvió a reinar en el salón. ¿Para aquello había venido a su casa?

La joven odiaba y se odiaba por las reacciones que tanto su cuerpo como su corazón estaban experimentando al estar en la misma sala que Bright.

Su cuerpo deseaba volver a estar en los brazos fuertes y dominantes de Bright, y su corazón no haría sino animarla a ello. Ansiaba perderse en aquellos labios que con tanta dulzura habían pronunciado su nombre y extasiado sus sentidos. Pero su mente se negaba en rotundo a ello. Le había herido en el orgullo al considerarla una más de sus conquistas tras su ardiente encuentro. Y esa falta de respeto, no sería perdonada con facilidad.

Tomada la decisión de interponer tierra de por medio para evitar que su corazón sufriera más daño, la joven Margaret tomó la iniciativa acercándose a Bright retándole con la mirada.

—Señor Bright, si no tiene nada que decir le ruego que me perdone —indicó Margaret mientras se acercaba con paso decidido a la puerta para dejar claro su interés en que se marchara —, pero tengo algunas tareas en la casa que requieren mi atención.

—Espere, espere por favor —Bright extendió su brazo para agarrar con suavidad las manos de Margaret cuando ésta pasó a su lado para abandonar la sala.

Los cuerpos de ambos se encontraban uno al lado del otro. Un calor semejante al fuego líquido recorría a Margaret desde la punta de sus dedos hasta el resto de las partes de su cuerpo.

—Margaret, por favor, míreme.

Bright suplicaba con voz dulce e inocente por la atención de Margaret. Ella temblaba. Sentía.

Deseaba. Necesitaba.

Temblaba por su tacto. Sentía el calor. Deseaba sus besos. Necesitaba a Bright. Lo necesitaba.

No podía engañarse a sí misma. No podía negar que entre ellos no existía atracción cuando cada uno de sus huesos tenía tallado a mano el nombre de Bright.

En el momento en que levantó la mirada, supo que había perdido la batalla que en ella se desataba. Sus ojos se dirigieron sin duda a sus labios. Sensuales, carnosos. Quería volver a besarlos y que le devorasen a ella. Se imaginaba los brazos del joven rodeándola de nuevo. Las manos de Bright descubriendo zonas de su cuerpo que ardían de deseo.

—Debo disculparme por las desafortunadas palabras que le dije ayer. Usted, señorita Westworth, me confunde.

—¿Yo le confundo? —no eran las palabras precisas que esperaba escuchar Margaret lo que aumentó la tensión que ya de por sí avivaba su confusión —¿A qué ha venido, señor Bright? Dígalo para que podamos continuar con nuestra mañana.

—Sí. Usted me confunde. Confunde mi mente cuando veo que su piel reacciona así a mi tacto. —las manos de Bright recorren con delicadeza el brazo de la joven mientras se deleita en cómo se eriza su bello al paso —Cuando siento que sus piernas tiemblan al hablarle cerca.

—Eso es una tontería. —contestó de forma seca y tajante Margaret mientras se deshizo de su lazo. Odiaba que se tomara esas libertades con su cuerpo.

—No he terminado. Siento que es totalmente mía, que me desea como yo la deseo a usted. Siento que es mía cada vez que me deja besarla. Que me deja descubrirle las virtudes de la pasión. Pero luego...

—Siga. Dígame todo aquello que cree que estoy pensando o que oculta mi corazón. Ilústreme. —El enfado de Margaret era cada vez más evidente y la tensión asfixiaba la habitación con una mirada fiera.

—Se promete con el señor Kingsman. Ha dado su palabra a otro hombre y, aun así, me busca. Siento cómo su mirada me juzgaba al estar con aquella joven. Su cuerpo me decía que deseaba ser usted quien recibiera mis atenciones y a la que susurrara palabras divertidas al oído. Y, sin embargo, no es mía.

—Usted decidió que así fuera cuando se marchó de Middleton tras nuestro primer beso. Se fue sin decir nada, sin una explicación y sin ninguna promesa. No podía pretender que le esperara si no es capaz de decirme qué siente.

—Margaret, las cosas a veces son complicadas. —Bright insistía en la complejidad de estar con ella una y otra vez y eso aborrecía a Margaret.

—Las cosas no son complicadas, nosotros hacemos que lo sean. Dudo que estas manos sean incapaces de escribir unas líneas que puedan ser enviadas en una carta.

—No me fue posible.

—No supone mucho esfuerzo escribir unas líneas. Yo lo hago casi todos los días. Es liberador para el alma y la mente —indicó Margaret con severidad. Quería dejar claro que estaba enfadada y que por mucho que tratara de fingir que deseaba estar con ella, no le había hecho ninguna promesa ni había manifestado ningún sentimiento que le llevara a replantearse su enlace con el señor Kingsman.

— Además, es usted la que me perdonó. Fue usted la que agarró mi ropa aprovechando la oscuridad y me atrajo. No deja de contradecirse y de confundirme.

—Si le soy sincera, su oportunidad ha pasado señor Bright —Margaret se enfadó mucho más cuando Bright le acusó de ser la causante de su situación —. No me ha demostrado ninguna cualidad por la que deba considerar siquiera sus palabras. Y por supuesto que no me importa si

prefiere compartir su tiempo con otras jóvenes.

—No puede negarme que anoche era más que evidente que estaba celosa.

—¿Celosa? —preguntó alarmada pero tratando de no elevar mucho la voz pues estaba segura que sus hermanas estarían atentas al otro lado de la puerta— ¿Por qué debería estarlo? El señor Kingsman es un caballero educado, inteligente y valeroso. Me ha respetado y tratado con educación en todo momento, compartimos muchas aficiones y opiniones y estoy segura que será un compañero perfecto de vida.

—¿Y acaso yo no lo soy o no puedo serlo?

—Con sinceridad, no sé qué esperar de usted, señor Bright. La primera vez que nos encontramos, usted me provocó con palabras desagradables. En nuestro segundo encuentro, me besó. Usted sabía la importancia de aquel acto, de aquel beso, y, aun así, se marchó. Y según descifro de sus palabras me está pidiendo que rompa de forma intencionada mi promesa hacia un caballero.

—Le pido que rompa su compromiso.

Margaret emitió una sonora carcajada.

—Le ruego que no se ría de mí, por favor.

—¿Qué no me ría de usted? Usted se marchó a sabiendas y siendo consciente. Si hubiera dejado una nota o explicación, le habría tenido en mejor estima o podría considerarlo por un caballero noble. Declara que desea que sea suya pero aparece en sociedad con otra mujer del brazo y le colma de atenciones. —la furia de Margaret se había desatado y ya nada podía detenerla. Tenía que liberar todo aquello que llevaba días guardándose para sí —Pero así, solo puedo imaginar que embauca a una joven y después, la abandona. Un comportamiento poco deseable para una joven de reputación salvo que claro, sea eso lo que pretende con sus actos. Arruinar mi reputación.

—Eso no es cierto, y lo sabe. —respondió con rotundidad Bright mientras negaba con sus brazos.

—No, no lo sé. No sé nada de usted.

—Y, aun así, me desea.

—Eso no es cierto.

—Su cuerpo no parece escucharle porque anoche deseaba más de mí.

—Debe marcharse, señor Bright.

Margaret deseaba terminar con aquella discusión. Sus palabras no terminarían en buen puerto y antes de que los dos dijeran algo de lo que se pudieran arrepentir todavía más, deseaba despedirse de él. Por ello, dejó la seguridad de la chimenea y se acercó hasta la puerta de la sala cuando fue interceptada por Bright.

—No hasta que me diga que se replanteará su compromiso.

—No solo no replantearé mi compromiso, sino que este comportamiento tan osado y ególatra no hace sino reforzar la opinión que tenía de usted. No me ama, señor Bright. Solo desea aquello que es de otro. Dígame, si no hubiera aceptado la proposición del señor Kingsman, ¿me encontraría igual de interesante? ¿Le molestó que le quitaran aquello que consideraba de su propiedad? ¿No podría sentirse más valorado como hombre si desplegara sus encantos sobre otra jovencita deseosa?

Margaret miró desafiante a su inesperado invitado. Sus ojos despedían chispas provocadas por la intensidad de la situación y por la tensión que Bright siempre le hacía sentir. Durante unos instantes, Bright guardó silencio sin apartar la mirada de ella.

—Siento que tenga una opinión tan horrible sobre mí.

Aquellas duras palabras de Margaret hirieron al joven que sin despedirse de forma apropiada, abandonó la estancia dejando a una orgullosa Margaret con los ojos vidriosos.

## CAPÍTULO 15



*21 de julio de 1876  
Middleton, Inglaterra*

Tras la visita de Bright, Margaret se sentía culpable. Sabía que sus palabras habían sido duras. El caballero había tratado de disculparse y ella, dolida y vanidosa, le había lanzado unas fieras al rostro. Ella no había sido educada para infligir dolor a otra persona, y nada más lejos de lo que deseaba, sabía que debía reparar el daño causado al caballero.

Sin embargo, quizá la dureza en sus palabras provocaría un irreparable distanciamiento entre ambos que ayudaría a Margaret a serenarse, a ordenar sus sentimientos y cumplir con su promesa para con Kingsman.

Era lo mejor, sin duda, pensó Margaret. Su deber era afianzar su compromiso con el caballero al que había aceptado y del que estaba segura que podría hacerla feliz. En el fondo de su corazón sabía que ninguna promesa de compromiso quedaba contenida en las palabras de deseo de Bright. Él solo le había pedido que rompiera su compromiso, que la deseaba, que deseaba su cuerpo, pero no había mencionado palabras de amor o esperanza.

El pesar en el corazón de Margaret crecía porque se acumulaba otro día más sin recibir carta de Henry y eso le dejaba claro que, a pesar de haberle expresado sus sentimientos de forma clara, jamás vendría en su rescate. En ocasiones, Margaret se sentía aprisionada por las exigencias de su posición. Era evidente que su padre no aceptaría al joven del que siempre había estado enamorada por la imprudencia del padre de éste en el juego y la reputación que le acarrearía a la joven. Por otro lado, el talante libertino que Bright había demostrado no era la etiqueta perfecta para asignar a una joven dominada por el embrujo de la pasión.

Todas sus deducciones lógicas y los sucesos de los últimos días le empujaban de forma expresa hacia Kingsman.

Aquella tarde, el señor Kingsman acudió a la casa Westworth con el objetivo de invitar a su prometida a disfrutar de un paseo en calesa. Acompañados por una de sus hermanas, la joven pareja se dirigió hacia la propiedad de la familia Kingsman.

—Margaret, me gustaría enseñarle una de mis partes favoritas de la propiedad.

La ilusión que el caballero demostraba en sus ojos era palpable, contagiosa y a pesar de que Margaret todavía sentía pinchazos en el corazón de culpa al tener sentimientos por Bright y estar prometida a un hombre honesto y encantador, no pudo evitar sonreír.

—Por supuesto —respondió encantada Margaret mientras acrecentaba su entusiasmo por la propiedad.

La joven aceptó el brazo que Kingsman le ofrecía y juntos caminaron sin prisa por el jardín disfrutando de cada silbido de pájaro, de cada murmullo de los árboles y de su propia animada conversación.

Margaret apreciaba el cuidado del jardín y como gran apasionada de la botánica y la jardinería, disfrutaba de la belleza que el humilde pero generoso terreno que Kingsman poseía.

Todo era un manto de colores que se mezclaba con árboles viejos y altos y algunos árboles frutales. Margaret soltó el brazo de su acompañante para dirigirse a uno de los árboles más peculiares del terreno, un precioso castaño. No era habitual encontrar un castaño en ese lado del país y por ello, estaba sorprendida.

Tras conversar durante varios minutos sobre la historia de cómo aquel ejemplar de castaño había llegado a los terrenos de la familia, Kingsman y Margaret por fin llegaron a su destino.

—Estas son las caballerizas de mi padre. Mi difunto padre las mandó construir cuando yo apenas era un infante y con apenas siete años me regaló mi primer potro.

Margaret jamás había estado en unas caballerizas y se dio cuenta de que no llevaba la vestimenta apropiada para ello. A pesar de que estaban limpias y cuidadas, el heno se encontraba diseminado cerca de las puertas de las cuadras para alimentar a los caballos, las palas para recoger el ciemo junto a la entrada principal, los cubos con agua, cerca del abrevadero interior y en cada uno de los cubículos, se escuchaban preciosos relinchos.

—Cójame de la mano. Confíe en mí.

Y así lo hizo. Margaret dejó que Kingsman tomara su mano y siguiendo sus pasos, se adentraron en uno de los cubículos donde se encontraban los caballos. La dama de compañía esperaba con paciencia en la entrada, pero se encontraba tan cerca como para socorrer a su señora en caso de que lo necesitara a pensar que no conseguía verla desde dentro de la cuadra. El olor a animal era intenso y no todas las personas podían soportarlo.

Kingsman y Margaret se pusieron a un lado de uno de los ejemplares de corcel más hermosos que la joven había visto jamás. El caballero tenía un porte noble y era de gran tamaño. Era de color marrón y su cabellera lucía salvaje e indomable. Kingsman le extendió a su acompañante un cepillo y lo puso en sus manos. Guiado por ellas, animó a la joven a que juntos, acariciaran al animal.

—Confíe en mí.

Lo hacía. Juntos y en silencio, pasaron el cepillo una y otra vez sobre el lomo del caballo que apenas se movía.

—Él es Lucero, mi compañero.

Margaret comprendió entonces la confianza que se había instaurado entre el animal y su dueño. Años de relación que no incomodaban a ambos. Al mismo tiempo, le asombró la facilidad con la que ella misma había confiado a ciegas en Kingsman.

Había algo mágico en aquel momento. Margaret cerró los ojos y sintió cómo el corcel y ella eran uno solo. Su docilidad y su bravura. Su temperamento y su talante. Notó una energía única fluyendo entre ellos. Era maravilloso.

Kingsman observaba a la joven en silencio mientras ésta acariciaba al rocín. Instantes atrás había dejado que fuera solo ella quien cepillara al caballo y, en secreto, se había puesto a su lado.

Cuando Margaret abrió los ojos, se encontró con Kingsman junto a ella. El caballero, se acercó con lentitud a la joven y sin dejar de mirarle a los ojos, depositó un dulce beso en sus labios.

Aquello tomó por sorpresa a Margaret que, sin darse cuenta de ello, se tensó dado un pequeño salto hacia atrás.

—Lo siento, señorita Margaret, me he extralimitado.

El pequeño sobresalto de Margaret había sido malinterpretado por Kingsman como una muestra de descaro. El caballero, con una expresión que cruzaba de la humillación a la vergüenza más absoluta, se puso de rodillas frente a ella para pedirle disculpas por su confusión.

—No, por favor, no lo ha hecho.

A pesar de que había sido una sorpresa el acercamiento del caballero, Margaret no podía negar que había escogido el momento idóneo para ofrecer aquella muestra de cariño. Y, para su sorpresa, no había estado mal.

Aquellas palabras hicieron sonreír al caballero quien, tomando confianza de nuevo, se acercó a la joven quien esta vez le besó. Margaret desconocía si era el primer beso que su acompañante ofrecía a una mujer, pero, aunque no fuera así, se sentía halagada. Se esperaba que entre ellos fuera fluyendo poco a poco la intensidad del noviazgo y detalles como aquel eran importantes para que la pasión surgiera.

Al principio, sus cuerpos estaban rígidos y tensos como si fueran piezas que no terminaban de encontrar la forma de encajar con precisión, pero cuando ella se mostró receptiva a los labios del caballero y se dejó abrazar por él, Kingsman se animó a profundizar en su beso.

Margaret se sentía respetada y querida en aquel beso. Kingsman le estaba entregando su corazón para que fuera suyo, para que pudiera verlo en plenitud y conocer todos y cada uno de sus secretos. Era lo más noble que había visto nunca. No la tomó con furia sino con cariño y delicadeza, como era propio de él.

No había pasión. No había fuego. No le provocaba ninguna emoción salvo cariño.

Fue aquel pensamiento que tuvo en sus brazos lo que hizo despertar a Margaret, que poniendo cierta distancia entre ellos y con la respiración todavía entrecortada, miró al que iba a ser su compañero de vida. La educación de Kingsman era impecable y trató de disculparse con la joven, pero ella no se lo permitió.

Margaret no podía continuar con aquella farsa. Necesitaba poner fin a todas las mentiras que estaba tratando de contarse a sí misma para hacer lo correcto. Tenía que ser honesta, tenía que ser buena persona porque Kingsman no se merecía aquello.

—Kingsman, por favor, no debe disculparse conmigo. Soy yo quien le debe una explicación. —Margaret trató de serenarse y de hacer comprender a su compañero que no era el culpable de su rechazo— Usted es un caballero noble, maravilloso y con demasiado cariño que ofrecer a una dama.

—Margaret, por favor...

— A largo de estas semanas me ha demostrado la honestidad de sus intenciones, la facilidad con la que compartimos inquietudes e incluso el cariño que me procesa. Soy consciente de que no soy una persona fácil de querer y que, en ocasiones, tendría que ceder a mi carácter salvaje y que estaría encantado de hacerlo, pero creo que no soy la dama adecuada para usted.

—No lo comprendo. Si este momento le ha incomodado, querida, ruego me disculpe —había desesperación en la mirada del caballero. Sin saber cómo, Kingsman había pasado de tener a su joven prometida en sus brazos a ser rechazado por la misma. No comprendía cómo un beso había desencadenado toda aquella conversación que sin duda, sería definitiva para su relación —Ver la dulzura con la que acariciaba a Lucero me transmitió demasiadas cosas y sentí que era lo correcto demostrarle mis sentimientos hacia usted.

—Y ha sido muy bonito, señor Kingsman. —Y soy consciente de que me odiaré a mí misma por el resto de mi vida por lo que voy a decir, pero siento que no puedo corresponder a sus sentimientos.

—No hace falta que me ame en estos instantes, querida, con los años el amor surgirá, se lo prometo. —la seguridad con la que Margaret se odió desde aquel instante por lo que estaba haciendo porque el dolor que estaba viendo en los ojos del caballero le indicó que el corazón de Kingsman se rompería en cualquier momento.

—Tal vez tenga razón. Adoro nuestras conversaciones y mi intelecto se encuentra halagado por

el suyo, pero...

—No se preocupe, tenemos tiempo de sobra para conocernos. Las dudas que siente son normales, yo también lo siento en muchas ocasiones. Pero son los nervios ante el compromiso y la boda lo que nublan nuestra razón. No hace falta que nos casemos de forma inmediata, podemos esperar hasta que esté lista. Considero que hay algo muy especial entre nosotros y con el tiempo le aseguro que podremos ser una gran pareja.

—Sí, estoy de acuerdo, pero creo que algo más profundo e instintivo tendría que surgir en nuestros corazones, en nuestro cuerpo, algo más que el deseo de compañía o familiaridad.

—No ha sentido nada, ¿no es así?

Kingsman había pronunciado las palabras que tanto miedo le causaba a Margaret decir. No deseaba herir los sentimientos del caballero, pero al mismo tiempo, quería ser sincera. En el fondo de su corazón sabía que aquel hombre, al que estaba rompiéndole el corazón y al mismo tiempo traicionando su propia promesa entregada, era y habría sido un compañero fiel y abnegado. Pero al mismo tiempo era consciente que nada más que cariño surgiría entre ambos. Él no lograba despertar deseo o pasión.

Le debía la verdad y no estaba dispuesta a basar una futura relación o un matrimonio en una mentira, y más cuando en su corazón palpitaban los nombres de otras personas. Kingsman le miraba con ojos tristes temeroso de la respuesta de ella.

—No, no he sentido nada. —Margaret comenzó a llorar. —Lo siento en el alma, señor Kingsman. No sabe cuánto puedo llegar a sentirlo.

Margaret decía la verdad. Lo sentía.

—Y yo, querida Margaret.

## CAPÍTULO 16



*21 de julio de 1876  
Middleton, Inglaterra*

Margaret se odiaba. Se odiaba mucho. Confesando sus sentimientos había estropeado quizá su única oportunidad de contraer matrimonio, pues una vez se anunciara la ruptura de su enlace ningún otro hombre la querría. Su reputación estaría dañada. Sin embargo, no podía ofrecerle a Kingsman una vida en conjunto que se hubiera iniciado con mentiras. No podía seguir manteniendo aquella farsa.

Todos sus pensamientos se dirigían hacia un caballero misterioso, tosco y vanidoso que jugaba con ella y le hacía sentir cosas que jamás habían salido para ella de las páginas de una novela de romance. Odiaba a Bright y le quería. Era el único que conseguía sacarle de sus casillas, que le hacía llegar al límite de su propia razón. Apenas le conocía, apenas habían intercambiado conversaciones trascendentales ni hablado de futuro ni de sueño pero había algo muy profundo entre ellos. Había tardado algunos días en darse cuenta de aquello, pero tras el beso de Kingsman, sus sospechas se habían confirmado. Él era su dueño.

Kingsman fue el primero en abandonar el establo no sin antes solicitar a la joven que no hicieran público, por el momento, la ruptura del compromiso entre ambos. Kingsman le pidió que reconsiderara su decisión durante unos días y si aun así seguía sin sentir que podría tener sentimientos para con él, él mismo anunciaría la cancelación del enlace.

Margaret admiraba la entereza con la que Kingsman habían aceptado su revelación, como un caballero. Esta resignación era admirable y al mismo tiempo hacía que Margaret sufriera más por el daño que le estaba causando y que las normas de cortesía no le permitían exteriorizar al caballero la posible furia o enfado que pudiera sentir.

La joven pidió a Kingsman si podía dejarla en la residencia de su querida amiga, pues deseaba que ella la ayudara a esclarecer sus pensamientos. El caballero no pudo negarse. Cualquier oportunidad de que ella se replanteara su decisión sería maravillosa.

El viaje de regreso fue silencioso pues ninguno de los dos se encontraba con el humor suficiente como para mantener una conversación. El silencio incomodaba a Margaret pues no estaba acostumbrada a él y menos en una casa con dos hermanas que discutían en cada momento. No podía juzgar a Kingsman por su falta de dialéctica ni esperar que fuera una persona más receptiva en este momento.

Su querida amiga y Thomas la acogieron a su inesperada llegada y, con una tristeza evidente para todos los presentes, Margaret y Kingsman se despidieron.

El caballero dio la vuelta a la entrada de la residencia y desapareció poco a poco por el camino principal que unía la propiedad con el pueblo.

Para evitar que el calor del día hiciera mella en los cuerpos de las jóvenes, Thomas animó a su amiga y su hermana a entrar en la residencia familiar, pero Margaret sugirió dar un paseo a caballo. La petición tomó por sorpresa a Thomas quien se negó en rotundo por las peligrosas

implicaciones que esa aventura suponía. Ninguna dama de su clase debía montar a caballo a horcajadas, solo en calesa.

—No eres un jinete, Margaret —recalcó Thomas mientras la joven se dirigía con determinación hasta los establos de la familia seguida de cerca por su amigo.

—¿Acaso temes que pueda llegar más lejos que tú?

Margaret provocó a su joven amigo para que le dejara subirse a un caballo. Jamás lo había hecho antes y sabía que sentarse sobre el lomo de aquel gran animal le impresionaría demasiado, pero una parte suya necesitaba escapar de los convencionalismos de su propia clase y, sobre todo, del momento.

Estaba segura de que había perdido por completo la razón al confesarle a Kingsman sus sentimientos, provocar la ruptura de su compromiso y herir a una persona buena. Se sentía desdichada, una persona horrible y temerosa de lo que pudiera ocurrir a continuación. Todo ello le ahogaba, le comprimía el corazón y necesitaba tener tiempo para pensar. Necesitaba escapar de allí, de las presiones de todo su mundo. Odiaba tener que escoger cuando su corazón era una caja de hilos con cientos de nudos.

—Temo por tu bello rostro y por tu cuerpo, no deberías proponer cosas tan insensatas, amiga mía —Thomas trató de detener en varias ocasiones a su amiga alcanzando su brazo, pero Margaret era escurridiza y consiguió llegar presta a su destino.

—Vale, queda claro —Margaret se detuvo de repente y se dio la vuelta para colocar su semblante junto al de su amigo y pronunció aquellas palabras que todo hombre teme escuchar de la boca de una mujer —. Eres un gallina.

—No, no lo soy.

—Demuéstralo.

Margaret sabía que provocar a un hombre poniendo en duda su hombría era la mejor forma de conseguir una reacción en él. Sabía que Thomas tenía toda la razón del mundo al negarse a que ella, inexperta y torpe, montara a caballo, pero no podía echarse atrás.

Durante unos instantes, Thomas miró a su amiga y estaba claro que en él se produjo un gran debate interior hasta que, por fin, agachó la cabeza y aceptó.

Había ganador. Thomas se adelantó para abrir las puertas de las caballerizas de la familia y le mostró los caballos. Junto a uno de los mozos, ensillaron a dos bellos ejemplares. Un gran caballo para él y una preciosa yegua para ella. Debía ser joven puesto que todavía no había alcanzado el porte propio de la especie. Se parecía bastante al caballo que Kingsman le había permitido cepillar, pero en esta ocasión la yegua tenía una hermosa crin de color negro cuidada con esmero. Un bello ejemplar.

Thomas le dio unas ligeras indicaciones de cómo controlar al caballo y le hizo prometer que no haría ninguna imprudencia y que le haría caso en todo momento si no era capaz de controlar al animal. Ella asintió silenciosa, aunque en realidad no estaba prestando atención. Solo estaba acariciando a la yegua mientras le miraba a los ojos.

Con la ayuda de uno de los mozos, Margaret subió a lomos de la yegua y como había esperado, le impuso mucho la altura y la posición que desde arriba tenía. Una parte de sí misma se sentía a merced del animal y, por otra parte, se sentía poderosa. Era un valor imprudente.

—Te echo una carrera.

Fueron las cuatro palabras que pronunció Margaret antes de animar al caballo a salir al galope. Thomas, sorprendido comenzó a gritar a su amiga cuando ésta le dejó atrás. No porque le tomara ventaja en la carrera sino porque era la primera vez que se subía a un caballo y aquello, era una insensatez por su parte.

¿Cómo había permitido que su adorada amiga le convenciera de aquello? Él no era objetivo respecto a lo que Margaret le pedía y sabía, que ella había jugado con eso.

Margaret cabalgaba muy por delante de Thomas. Su yegua, tal y como había vaticinado, era joven y tenía demasiada energía que necesitaba ser liberada. Eso lo notaba por la velocidad y los saltos para esquivar algunos arbustos. Margaret se arrepentía a cada instante que pasaba de aquella idea que había tenido. Le dolía parte de su cuerpo y sabía que más tarde debería pagar las consecuencias.

Lo que más preocupaba a Margaret era cómo sería capaz de detener a aquella yegua pues, en varias ocasiones había tratado de tirar de las riendas pero el animal no había reaccionado.

El miedo comenzó a apoderarse de Margaret ante su incapacidad de controlar al animal y, a pesar de que escuchaba a lo lejos los gritos de su amigo que le pedían que detuviera a la yegua, el animal no cedía.

Margaret temió lo peor. Moriría sobre aquel animal.. La velocidad había destrozado su peinado y estaba segura que algunas ramas le habían rozado el rostro tras pasar demasiado cerca de ellas. Su corazón latía desbocado y sentía que podía salir de su pecho en cualquier momento.

Se arrepentía de no haber hecho caso a Thomas, de haber sido una terca y no haber prestado atención a sus indicaciones. No tenía la experiencia ni la madurez para tomar a ese caballo.

Pero, al mismo tiempo, se sentía libre. Aquel animal le estaba haciendo disfrutar y liberar la tensión que acumulaba.

Unas pequeñas gotas de lluvia que fueron precedidas de un gran estruendo en el cielo, dejaron paso a una tormenta de verano. Esto asustó todavía más al caballo, que apretó el paso.

Sin apenas darse cuenta, otro caballo se colocó a su lado mientras galopaba y unas fuertes manos tiraron con fuerza de las riendas hasta conseguir que el animal fuera frenando poco a poco. Ambos animales cedieron a las órdenes del otro jinete y se detuvieron.

Margaret permanecía sobre el caballo sin saber muy bien qué debía hacer.

Su respiración entrecortada y sus manos temblorosas esperaban a que el jinete le diera indicaciones de cómo proceder. Frente a ella se encontraba una pequeña cabaña. Thomas le había hablado sobre ella cuando apenas eran unos niños, pero jamás se habían adentrado tanto en el bosque como para ver la temible casa del ogro. Un cuento oscuro para infundirle miedo y surtiendo el efecto deseado, Margaret tembló.

Unos brazos le cogieron de las caderas y sin fijar la mirada en su dueño, le bajaron hasta la tierra. Margaret no podía controlar la reacción de su cuerpo.

—¿Acaso está loca, señorita Westworth?

Era Bright.

La mirada de Margaret no pudo llegar a fijarse en aquella figura, pero reconoció su voz y los fuertes brazos que le agarraron con suavidad para comprobar que no tuviera daños graves. Examinó con cuidado y esmero cada parte visible de su cuerpo.

Bright la había rescatado.

Ambos se estaban empapando y, sin pronunciar palabra, Margaret se dejó llevar por su salvador hasta el interior de la cabaña.

—Permaneceremos aquí hasta que amaine. Es una tormenta de verano, no creo que dure mucho —ordenó el joven mientras encendía con premura la chimenea de la cabaña con cuatro palos que había a la derecha en un canasto. Algunos trozos estaban podridos por la humedad y el tiempo, pero con cierta habilidad, pudo encender un cálido fuego. Se giró para observar a una Margaret temblorosa y con miedo en los ojos por lo sucedido. Se había puesto en peligro.

—¿Acaso no va a decir nada? ¿Cómo se le ocurre montar así a caballo? ¿Acaso ha perdido la

razón? Salir a cabalgar con el cielo clamando lluvia y sin compañía —las preguntas inquisitorias de Bright venían acompañadas de unos gritos alarmantes que todavía resaltaban más el evidente estado de pánico en el que se encontraba la joven.

—Yo... yo... —Margaret tiritaba. En el momento en que su cuerpo se relajó al estar bajo la protección de la cabaña y de Bright, se sintió débil. La humedad que le provocaban las prendas mojadas y la tensión y el miedo experimentado sobre el caballo ahora hacían temblar a su cuerpo.

Bright se acercó de repente y la rodeó con sus brazos.

—Perdóneme, no pretendía gritarle. He sentido tanto miedo al verla sobre el caballo. Temía no llegar a tiempo para detenerlo —se separó un poco de ella y tomó su rostro entre sus manos—. Si le hubiera pasado algo, yo...

No pudo acabar sus palabras porque sus labios fueron capturados. Margaret rompió la distancia que separaba ambos rostros y atrajo su cuerpo al suyo hasta que ambos se fundieron en un apasionado beso.

## CAPÍTULO 17



*21 de julio de 1876  
Middleton, Inglaterra*

Fue la preocupación que sintió en las palabras de Bright lo que terminó por hacerla reaccionar. No había razón para seguir negando lo que deseaba. Sabía que no era correcto sentir aquello por un hombre de dudosa reputación, pero, aun así, no podía evitarlo, todo su cuerpo y su alma necesitaba a Bright.

Bright respondió al beso de Margaret, al principio con sorpresa, pues estaba tan furioso con ella que no esperaba dicha reacción, y después con atención. Verla cabalgando de aquella forma tan salvaje en mitad del bosque le había hecho perder la razón. Y ahora la tenía junto a él, sana y salva, reclamando su cariño. Fue él quien tomó a Margaret con más fuerza para estrecharla entre sus brazos.

Sus manos recorrían el rostro de la joven, no quería perderse ningún detalle de aquel momento. Ninguna gota de lluvia recorriendo sus sonrosadas mejillas, ninguna risa o ningún gemido. Eran suyos. Solo suyos.

Margaret se dejó. Permitió que Bright pasara sus manos por su cuerpo. Su tacto provocaba reacciones nuevas en ella aun con las prendas puestas. Sentía golpes de energía recorriendo sus extremidades y dejándola sin sentido. Pues ahora, carecía de él. El frío provocado por las prendas húmedas pronto comenzó a desaparecer pues un calor más ardiente era ahora el que sostenía sus piernas.

Bright, embriagado por el momento, se aventuró a bajar su mano hasta los pechos de Margaret. Ella dio un pequeño respingo ante su tacto, pero por nada del mundo rompió el beso entre ambos. Poco a poco, la parte superior del vestido dejó al aire unos tímidos pechos que Bright devoró. Elevó a la joven y capturó su seno con la boca haciendo enloquecer a Margaret provocando que varios gemidos de placer se escaparan de sus labios.

Margaret sintió que perdía la razón cuando Bright le llevó entre sus brazos hacia delante de la chimenea. Nunca había tenido aquella intimidad con un hombre y, aunque temía lo que pudiera pasar si no se detenían no había nada que deseara más que conocer la pasión que sus cuerpos estaban despertando.

Con cuidado, se tumbaron sobre el suelo y las miradas de ambos se cruzaron. Se apreciaba como el pecho de los jóvenes se movía acelerado y cómo su respiración apenas era audible. Margaret provocaba buscando el beso de Bright quien había decidido tomarse un instante para apreciar aquel momento. La miraba con detenimiento.

—Margaret... Es tan bonita y salvaje. Sabe lo que podría ocurrir ahora, ¿verdad?

—Sí —le respondió seguido de un beso—. Lo entiendo y lo deseo Bright. Te deseo.

Esas palabras fueron suficientes para que el joven perdiera la razón. Capturó de nuevo el rostro de Margaret con una de sus manos y la besó. La besó como nunca antes la había besado, con pasión, con devoción, con temor y ansias. Quería que fuera suya, en todos los aspectos.

Margaret sentía como su cuerpo ardía. Su corazón latía desbocado y solo podía pensar en los besos de Bright. Por primera vez, Margaret experimentó el calor en una zona que le era desconocida y que le era vetada y sus partes pedían a gritos que calmaran ese picor. Allí, con los pechos al descubierto bajo el cuerpo de un hombre con el que no se sentía vulnerable o débil, sino que se sentía poderosa.

Había leído en varias ocasiones sobre la pasión entre un hombre y una mujer, entre los secretos que se confesaban en la alcoba y la intensidad del momento. Y ella deseaba todo eso y más.

Sin ser dueña de sus movimientos, Margaret pasó la mano sobre el pecho de Bright y le animó a quitarse la chaqueta. Él obedeció. Los pechos de la joven ya estaban al descubierto y ella deseaba a cada instante que pasaba que los volviera a tomar. Sus pezones estaban rígidos y sentía que le estallarían en cualquier momento si Bright no jugaba con ellos. Lo deseaba tanto...

En ningún momento Bright retiró la mirada de la hermosa joven que tenía entre sus brazos porque era como divisar a una diosa. Pura y auténtica. Toda ella.

El caballero leyó en los ojos de su amante sus deseos y como si fuera su esclavo jugó con ellos. Eso hizo gemir todavía más a Margaret, quien arqueando la espalda se inquietó al sentir como una dureza crecía entre las piernas de Bright. Ella estaba provocando aquella reacción en él.

Un rugido animal salió del interior de Bright quien volvió a besar a Margaret. Le derretía la inocencia con la que Margaret le provocaba, pues sabía que provenía de una pasión que recién estaba descubriendo en sí misma. Con mucho dolor, rompió el beso que los unía y bajó su cuerpo hasta que su mano, con delicadeza comenzó a recorrer la pierna de la joven. Desde los tobillos subió poco a poco por la pierna metiéndose por debajo de la falda. Esa sorpresa hizo que Margaret levantara la cabeza, pero Bright le susurró para que se relajara.

El cuerpo de Margaret dio una sacudida cuando los dedos de su amante llegaron hasta su zona más íntima. Allí, jugueteó con su vello. Margaret se removió un poco e intentó bajar de nuevo las faldas para evitar el contacto, pues sabía que aquello era demasiado indecoroso. El pudor de aquella situación comenzaba a instaurarse en su mente, pero la facilidad con la que Bright abrió aquellos labios ardientes para liberar su calor dejó atrás cualquier rasgo de duda.

Margaret gemía y Bright, embriagado por el placer que estaba haciendo sentir a su amante, se animó a seguir jugando con ella.

Levantó más sus faldas y con delicadeza, depositó algunos besos en sus muslos. Esto provocó que Margaret le suplicara que parara.

Pero él no lo hizo, pues sabía que era la vergüenza y el pudor quien hablaba ya que todo el cuerpo de la joven le estaba pidiendo a gritos que continuara.

Y así lo hizo. En el fragor del momento, Bright introdujo uno de sus dedos dentro de ella. Margaret estaba perdida. Nadaba entre la pasión y la locura. Tenía tanto calor que no podía evitar tocarse la parte de arriba del vestido para retirarse lo poco que le quedaba puesto.

Aquello era indeciblemente apasionado.

—Tómame.

Bright levantó la mirada y observando el rostro suplicante de su amada le volvió a consultar si era lo que ella deseaba. Ella, entre gemidos, gritó que sí.

El joven se volvió a colocar a la altura de su vista y con presteza, se deshizo de sus botas, de sus pantalones y calzones y quedó frente a ella.

Margaret no había visto jamás a un hombre desnudo y la visión de aquel cuerpo con su miembro erecto le obligó a retirar la mirada. Aquello no era aceptable para una dama.

—No retires la mirada. Este soy yo, Margaret, y esto lo que me haces sentir con solo mirarme.

Se colocó sobre ella y mirándole a los ojos colocó su miembro en la entrada de la inocencia de Margaret. Todo era demasiado natural y sencillo, como si el destino lo hubiera planeado de aquella forma. Había sido el primero en besarla y sería el primero en hacerla suya, así que debía de ser cuidadoso.

Con paciencia, esperó hasta que las paredes de Margaret se adaptaron a él y, cuando se abrieron lo suficiente, entró. Se introdujo en ella rompiendo todas las barreras que le separaban de la pureza y esto provocó un grito en Margaret.

—Lo siento, amor mío —trató de disculparse Bright al escuchar la queja de su amante. Temía haberle hecho daño—. De verdad, sé que duele, pero es solo al principio. Lo haré con cuidado, te lo prometo.

—Lo sé.

La confianza de Margaret fue lo que animó a Bright a continuar. Tenerla entre sus brazos era un regalo único que debía atesorar y por ello trató de amarla con delicadeza hasta que el cuerpo de la joven se relajara lo suficiente como para disfrutarlo.

A pesar del dolor que había sentido al penetrarla, Margaret deseaba experimentar la plenitud de sus cuerpos. Hacer real las historias que había leído y los amores que había sentido en la clandestinidad de su alcoba gracias a aquellos tomos. Sin embargo, con las primeras embestidas, Margaret se dio cuenta de que aquello era muy superior a lo que habría esperado. Era capaz de experimentar a Bright de una forma que escapaba a su comprensión pues su unión ahora había sobrepasado las barreras de la decencia y el decoro. Era suyo.

Al principio, las tímidas embestidas de Bright le dolían, su cuerpo todavía estaba tenso, pero poco a poco, cuando consiguió relajarse y disfrutar de las caricias y besos de su amante, encontró placentera la intimidad.

Al darse cuenta que el cuerpo de la joven se relajaba, Bright tomó unas de las piernas de la joven y la flexionó para que su cuerpo y su miembro encajaran mejor dentro de ella. La respuesta de Margaret no tardó en llegar y arqueó la espalda presa de la locura.

Bright apresuró las embestidas y Margaret levantó la otra pierna hasta rodear la espalda de su amante por completo. Margaret sintió con mayor intensidad el miembro de su amante y fue incapaz de descifrar si estaba en la tierra o en el cielo, pues el placer era tan embriagador que su mente no podía sentir la realidad. De repente, y cuando pensaba que no podía experimentar más placer, su cuerpo dio una sacudida y se relajó tras un gran gemido. Instantes después, el movimiento de su compañero se detuvo satisfecho.

## CAPÍTULO 18



*21 de julio de 1876  
Middleton, Inglaterra*

Todavía tumbados sobre el suelo, Margaret respiraba acelerada sobre el pecho de Bright. Él, tumbado boca arriba, jugueteaba con los mechones del cabello de su joven amante que se habían soltado del recogido y descendían por su espalda desnuda mientras repasaba con delicia el momento que acababan de compartir.

Margaret no podía sentirse más dichosa. Había compartido lo máspreciado con el hombre por el que su corazón palpitaba y del que estaba enamorada. Si hubieran estado casados y sobre una cama mullida y caliente habría sido más cómodo, pero no era así, nada podría haber sido más romántico o más bello.

Todavía sentía parte del ardor en su cuerpo y ansiaba volver a sentir a su amante sobre ella, pero solo con pensarlo le dominaba el pudor.

Comprendía lo que había ocurrido entre ellos, cómo ella se había entregado y cómo él le había hecho experimentar el cielo juntos.

Pasaron unos minutos en silencio con el solo crepitar del fuego y la madera como compañeros. La mano de Margaret, todavía posada en el pecho de Bright, le transmitía mucha paz al poder sentir el latido de su corazón. Jugueteaba con delicadeza con algunos mechones rizados de su vello mientras observaba cómo sus dedos se enredaban una y otra vez.

Ninguno de los dos quería decir nada, pero Margaret sabía que pronto debía marcharse porque Thomas la estaría buscando preocupado y no podía permitir que la noche la pillara desprevenida. Si alguien les veía salir juntos de aquella cabaña o incluso peor, si alguien entrara en aquel preciso instante por la puerta, las consecuencias serían nefastas.

Margaret quería decirle a Bright que había roto su compromiso con el señor Kingsman, que, aunque el anuncio no fuera oficial, nada le ataba a él. Que, si él la quería, podrían estar juntos. Quería ser sincera con él de la misma forma que la honestidad le había llevado a confesar todo ante Kingsman.

—Siempre me han parecido adorables sus pecas. Son como estrellas que colman su rostro de un firmamento único. Si pudiera observarlas durante horas seguro que sería capaz de descubrir los secretos que esconden —Bright deslizó con delicadeza las yemas de sus dedos por el rostro de su joven amante descubriendo cada una de las manchas que de forma animada y delicada cubrían su rostro. Ella permanecía con los ojos cerrados como si quisiera memorizar el recorrido que él hacía sobre su rostro —. Tiene una piel tan suave y dulce...

Era una sensación tan familiar y tierna que ella solo pudo sentir como el calor la deshacía por dentro. Con los ojos cerrados solo sentía la mano de Bright adorando su rostro. Atrás había quedado el hombre retador y brabucón que la provocaba hasta la saciedad. Estaba en brazos de un hombre diferente. Cerró los ojos para disfrutar de aquel instante porque sabía, ante todo, que terminaría en cuanto decidieran regresar a la mortal realidad.

—Margaret...

—Le amo, señor Bright —aquellas palabras sinceras salieron de lo más profundo del corazón de Margaret sin apenas darse cuenta. No sabía si era el momento o el lugar, pero sabía que eran correctas. Estaba enamorada de aquel hombre, de sus besos, de sus caricias, de sus tensas discusiones y de lo confusa que le hacía sentir a veces.

Tumbada a su lado y sin dejar de mirarle, Margaret trató de infundir el mayor de sus sentimientos a través de su cuerpo para que Bright notara la verdad tras sus palabras. Había sido amada por él y sin duda, él le correspondía. O al menos, eso deseaba.

—Debemos marcharnos —indicó Bright rompiendo el contacto visual entre ambos y alejando el brazo que Margaret tenía sobre él para reclinarse hacia arriba. Por un instante, la joven sintió frío y soledad al quedarse sola sobre el suelo de aquella abandonada cabaña del bosque.

La joven se levantó muy a su pesar y comenzó a colocarse con presteza las vestimentas. Sus pechos, todavía calientes, echaban de menos las toscas y experimentadas manos de Bright, pero tenía que encerrarlos dentro del fino corsé.

No era su cuerpo lo que mayor confusión le estaba causando sino su mente y su corazón. Le había abierto su alma a Bright confesándole que le amaba y él no solo no le había correspondido con palabras de afecto, sino que había decidido alejarse de ella resolviendo que las palabras de Margaret se habían perdido en el viento. Eso hirió en lo más profundo a Margaret quien acababa de entregar su cuerpo a un hombre que no le amaba.

Bright, por su parte, se subió los calzones y se colocó los pantalones. Mientras se ponía la chaqueta, miró a Margaret.

Aquella dulce joven le había entregado algo demasiado valioso, su confianza. Y Bright debía devolverle el favor.

—Margaret, puede que quizá no sea el momento de decir esto, pero me gustaría que rompiera su compromiso con el señor Kingsman. Comprendo que no puede ser de inmediato. —la petición de Bright cogió desprevenida a Margaret quien, todavía recolocando sus ropajes, le miró asombrada.

—¿Disculpe?

Margaret estaba sorprendida. Una parte de ella, adoraba la urgencia con la que Bright le pedía que rompiera su futura unión con Kingsman. Le quería reclamar para él. Pero, por otra parte, era una petición demasiado egoísta. Bright no era capaz de expresar sentimiento alguno por ella y, sin embargo, se creía en el derecho de decidir sobre su futuro matrimonio con Kingsman.

—Ahora que nuestros cuerpos se han unido, no puedo permitir que otro hombre pueda tocarla. —indicó con insistencia Bright mientras terminaba de abrocharse la camisa pero sin mirar a la joven.

Por fin eran reveladas las intenciones de Bright. No había amor u honor en sus palabras, solo orgullo. Se sentía dueño de ella ahora que habían compartido algo tan íntimo, pero no estaba dispuesto a hacer promesas de amor o formalizar su relación. Esto enfureció a Margaret, quien no deseaba sentirse posesión de nadie y Bright le había relegado a un simple trofeo.

—No, no lo haré —gritó Margaret convencida de no dar su brazo a torcer. Puede que su cuerpo hubiera experimentado la mayor satisfacción posible en aquella cabaña, pero no iba a dejar que ningún hombre le dijera lo que debía o no hacer. Bright no era su dueño.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó indignado y confuso. No creía que la joven se mostrara tan obcecada a su petición después de lo que acababa de ocurrir entre ellos. Cualquier dama, ante la situación de perder en público la honra habría aceptado de inmediato su propuesta. Era lo que debía hacerse.

Pero realmente, y para Margaret, Bright no le había hecho ninguna proposición, aunque en la mente del caballero era algo más que obvio que debía tener lugar.

—¿Qué ha significado esto para usted, señor Bright?

La pregunta de Margaret era directa y contundente. La joven necesitaba saber que había significado en verdad ese encuentro para él. Estaba claro que para ella suponía una entrega completa y una declaración de sentimientos. Bright abrió la boca en varias ocasiones, pero apenas pudo decir unos balbuceos. No era capaz de expresar sus sentimientos si es que acaso tenía.

Este silencio dolió de forma terrible a Margaret para quien la intimidad compartida lo había significado todo. Bright le miraba asustado porque temía la reacción de la joven.

Y ella, por su parte, no iba a revelarle que era libre para estar con él porque había comprobado que él no sentía lo mismo si no era capaz de expresarlo. Margaret había expresado su amor hacia él al permitir que se llevara su virtud, pero Bright no era capaz de reflejar con palabras si su encuentro había sido fruto de una pasión carnal entre dos personas cualquiera o producto del amor.

—Dígame qué he sido para usted, dígame qué ha significado para usted todo lo que hemos compartido y podré valorar su petición.

Pero las palabras siguieron sin salir de la boca de Bright. Ella le miraba aterrada y suplicante, pidiéndole con la mirada que le diera una palabra de aliento, que manifestara un ápice de sentimiento hacia ella más allá de la pasión carnal. Pero no lo hubo. Bright se quedó petrificado en el sitio. Su boca se abrió, pero nada más.

Margaret, enfadada y dolida, se dirigió hacia la entrada de la cabaña con el objetivo de que Bright no viera las lágrimas que estaban a punto de llenar su rostro.

—Margaret, por favor, déjeme hablar.

—Ya le dije, señor Bright, que yo no era una mujer cualquiera. Pero está claro que para usted así lo soy. Acabo de entregarle mi corazón y mi cuerpo a usted, solo a usted. He dejado muy claro cuáles eran mis sentimientos, pero si esto no ha significado nada para usted tampoco lo será para mí. Su cobardía solo es equivalente a la gallardía con la que cree que conquista a las damas.

—Margaret, por favor...—suplicó Bright con la voz entrecortada pero era demasiado tarde, el daño estaba hecho.

— Ahora suélteme el brazo pues no obtendrá nada más de mí.

Margaret retó con la mirada a Bright. Él la miraba sorprendido por la bravura de sus palabras y sabía que retenerla por más tiempo no le haría cambiar de parecer. Así que, con gran pesar, abrió su mano y la liberó.

La tormenta había dejado el valle, Margaret desató las riendas de la yegua que Thomas le había prestado y se introdujo de nuevo en el bosque caminando con ella. No se atrevía a montar de nuevo a aquel animal. Nada le hubiera gustado más que perderse con ella en el interior del bosque y dejar que su humillación y vergüenza se perdiera con cada árbol que dejaba atrás. Pero no podía, no tenía fuerzas para subir.

Como era de esperar, Bright no vino tras ella. Cobarde. Cobarde mal nacido.

Expresión que arrancó las lágrimas en Margaret.

Había roto su enlace con un hombre maravilloso que la adoraba por entregar su cuerpo y su alma a otro, con una gran incapacidad enorme hacia el compromiso. ¿Qué había hecho?, se preguntaba una y otra vez.

Su cuerpo todavía recordaba a Bright. Se sentía destrozada por dentro por haber sido tan ingenua, tan tonta. Se había equivocado al entregar su cuerpo y su corazón a aquel hombre.

—Margaret, por amor del santísimo, ¿dónde has estado?

Cabalgando desde detrás de varios árboles llegó Thomas. Desmontó con gran rapidez, dejó al caballo y se acercó apresurado hasta la joven. La miró y sin apenas tocarla comprobó que no tenía ningún daño grave salvo unos ligeros cortes en el rostro y un pelo enmarañado, sus ropajes estaban secos al contrario que los de Thomas quien lucía un aspecto desaliñado.

—¿Estás herida? Dime, Margaret, ¿estás herida? —saltaba a la vista que su preocupación era verídica y le dolió comprobar que las manos del joven dejaron de temblar cuando dio por concluida la búsqueda de daños.

—No, estoy bien.

—Es una insensata, una imprudente —pero la preocupación de Thomas pronto se transformó en enfado y sus palabras adquirieron un tono más duro y crítico —¿Cómo ha podido hacer algo así? ¿Cómo me ha podido hacer algo así? No se imagina lo preocupadísimo que he estado. Ha desaparecido en el bosque, no contestaba y solo podía imaginarle tirada en el suelo. Santo Dios.

Thomas estaba muy enfadado. Caminaba de un lado para otro. Margaret nunca había visto ese estado de ansiedad y preocupación en su amigo por ello, se sintió mal. No había tenido en cuenta los sentimientos de su amigo ante su estúpida e insensata idea de perderse en el bosque y el tiempo transcurrido en la cabaña con Bright solo habían alimentado el miedo que Thomas había sentido al no encontrarla. Había hecho daño a Thomas.

El agujero que sentía en ese momento en su corazón creció hasta amenazar con engullirla por completo. Le dolía tanto.

—Debemos volver a la casa. —dijo Thomas de forma imperativa y fría.

Thomas no podía dirigir la mirada a su amiga y en un estado de alteración que era incapaz de sosegar, se dio la vuelta y tomando las riendas de su caballo, comenzó a caminar de regreso a casa.

—Thomas, yo...—Margaret trató de disculparse acercándose a su amigo, pero el paso de éste era decidido y firme.

—He dicho que debemos volver, Margaret.

Sus palabras fueron tajantes. Secas. Directas.

En todos sus largos años de amistad, Thomas jamás le había hablado de esa manera y eso le dolió también. Sin decir palabra, pues sabía que no había forma de reparar en ese momento el dolor causado, dejó que su amigo le ayudara a subir a la yegua y juntos cabalaron hacia la casa. Conscientes de que la tormenta podría regresar en cualquier momento puesto que la estación era propicia para claros y lluvias, aceleraron el paso.

Una vez en tierra, el joven cogió las riendas de ambos caballos y se perdió en el establo. Margaret esperó durante un largo rato pero no volvió a salir. Entendía lo que aquello quería decir.

Se despidió de su amiga en la casa, quien le preguntó acerca del paseo y sin dar detalles, Margaret regresó caminando a la suya. No había estado ausente el tiempo suficiente como para dar la voz de alarma y esperaba que Thomas tampoco dijera nada de su chiquillada.

Caminando con el rostro bajo y llorando como una niña pequeña, Margaret regresó a casa. Todavía le dolía el cuerpo. Apenas hacía un rato había compartido un momento mágico con Bright y sus partes íntimas se encontraban resentidas. El paseo en caballo no había ayudado nada a mejorar la situación así que la joven estaba incómoda.

Maldijo la salida del sol pues durante aquel día muchos corazones se habían roto por su culpa. El señor Kingsman había perdido a su prometida, Thomas seguro que había perdido la confianza en su querida amiga, y Margaret, había perdido su cuerpo y su alma por un rufián.



Desde el otro lado del claro y con los puños apretados por la tensión y la rabia, Bright observaba cómo Margaret se alejaba caminando con su yegua. Su amigo Thomas le escoltaba de regreso a su propiedad pero se culpaba por no ser él mismo quien estuviera a su lado en ese momento.

Había sido incapaz de decirle a la joven lo mucho que para él también había significado aquel momento. Pero en su lugar, solo había balbuceado como un niño pequeño.

“Maldito cobarde”, se repetía una y otra vez en su mente. Cobarde. Cobarde.

Quería correr tras ella, agarrarle del brazo para ponerle frente a él y dejarle claro que no era una mujer cualquiera. Que era su mujer. Su alma. Su corazón. Que desde el momento en que la vio supo que sería esclavo de sus cabellos indomables y de su sonrisa. Que la forma en que se ponía nerviosa por sus provocaciones no hacía otra cosa sino acrecentar su deseo.

Deseaba revelarle demasiadas verdades.

Demasiadas.

Pero allí, paralizado junto a la cabaña, la observaba partir creyendo que su entrega había sido un acto de libertinaje. La joven censuraría su comportamiento y se desposaría con Kingsman.

Había dejado marchitarse la única oportunidad de estar junto a Margaret.

## CAPÍTULO 19



*22 de julio de 1876  
Middleton, Inglaterra*

En el silencio de la noche, Margaret no había cesado de rememorar todo lo acontecido la tarde anterior. Se arrepentía de cada acción.

Sin duda, la ruptura de su compromiso con el señor Kingsman era lo más preocupante a afrontar durante la llegada del día. Margaret no sabía de cuánto tiempo dispondría antes de que la noticia se hiciera pública, pero debía tratar de explicar de nuevo a su prometido que a pesar de ella no sintiera afecto o amor por él, era un hombre noble merecedor de las atenciones y afectos de cualquier dama. Cualquiera mujer se sentiría honrada de ser su esposa. Era un caballero de notables aptitudes y bondadoso corazón, y también un gran confidente. Agradecía la caridad que Kingsman había demostrado al no insistir en revelar de forma inmediata la ruptura, pues sabía que eso resentiría la reputación de Margaret. Y, por supuesto, el no haber respondido como un iracundo hombre de corazón roto.

Margaret sentía pena de sí misma por no ser capaz de apreciar de otra forma más romántica las atenciones del joven.

Por otra parte, Thomas. Su inocente y sincero amigo había salido malparado por su comportamiento infantil. Sabía que escapando del alcance de su vista el joven se preocuparía, sobre todo porque había conseguido manipularlo para salir a cabalgar. Margaret era consciente de que Thomas no podría negarle nada y se aprovechó de ello. Era una infantil y una desvergonzada. El dolor que le había causado a su fiel amigo le dolía en el alma, pues sabía que Thomas la quería como algo más que una amiga de la infancia.

Bright. Odioso y maravilloso Bright. Su cuerpo se habituaba poco a poco a la ausencia de sus besos y sus abrazos.

La forma en que la había tomado sobre el suelo de aquella cabaña le hacía temblar de emoción. Ella ansiaba su contacto y su cuerpo y si ella se hubiera negado a ello, Bright hubiera obedecido. Pero no era así, deseaba entregarse a la pasión que entre ellos crecía más allá de toda duda.

Pero mientras que para Margaret su intimidad solo había reforzado más los sentimientos que crecían por el señor Bright, él le había demostrado que sus caricias podrían ser compartidas por cualquier otra mujer. Él se había jactado en varias ocasiones de su popularidad con las damas y en la anterior fiesta así lo había comprobado, viendo como sus sonrisas se centraban en otra mujer. Pero creía que ella estaba por encima de todo ello.

Niña tonta y engreída.

No deseaba pensar en las consecuencias de su encuentro. Bright le había pedido que no se casara con Kingsman no porque tuviera sentimientos hacia ella, sino porque como marca la norma, si un hombre y una mujer yacen juntos, deben desposarse. Solo era por una antigua tradición.

Pensar si quiera en la posibilidad de esperar un hijo de Bright era abrumador y asfixiante y saber que ese motivo podría ser el único por el que Bright le habría propuesto que rompiera su compromiso la enfadaba todavía más. Como buen hombre se responsabilizaba de sus actos, pero no quería responsabilidad, ella quería amor.

Deseaba que su unión fuera por amor porque para ella su entrega había sido plena. De cuerpo y corazón.

El sol hacía tiempo que se filtraba por entre las cortinas de su habitación y Margaret sabía que tenía que enfrentarse a demasiadas cosas durante aquel día.

La joven avisó a una de las doncellas para que le ayudara a arreglarse y bajó a desayunar con sus hermanas. Las dos estaban cansadas sentadas en el comedor. El baile en casa de los Lonsdale quedaba muy atrás en la mente de Margaret y, sin embargo, sus hermanas todavía no se habían recuperado del cansancio producido por las horas de baile y risas.

—No me puedo creer que todavía me duelan los pies. Creo que no seré capaz de sentirlos de nuevo, ¡pobrecitos mis dedos! —dramatizó Rose de una forma desmedida mientras se escuchaba cómo se desprendía de sus zapatos para aliviar el dolor.

La más pequeña de las hermanas tenía una gran inclinación para sobreactuar y dar importancia a detalles minúsculos, pero también era observadora como ningún otro investigador.

—Buenos días, Margaret. ¿Has podido descansar? —preguntó Grace dando la bienvenida a la joven mientras ésta se sentaba en la mesa para tomar algo de desayuno.

—No demasiado, la verdad.

—No me extraña nada, Margaret. Yo también tendría el corazón desbocado si fuera a casarme. ¡Qué emocionante debe ser! El señor Kingsman es un caballero de lo más respetado y agraciado. Ojalá pueda encontrar un hombre así para mí —el entusiasmo de Rose era tierno pero abrumador. Era una joven que vivía enamorada del concepto del amor.

—No agobies a nuestra hermana, Rose. Todavía queda mucho hasta la boda. Tía Beatrice está buscando a la mejor modista de todo el condado para que pueda hacerte el traje de novia. No será barato, eso está claro, pero no tiene importancia porque entre ambos tenéis acceso a una gran fortuna.

—¡Grace, no digas eso! No me caso con el señor Kingsman por su fortuna y bien sabes eso — Margaret se mostró enfadada por el comentario de su hermana. La fortuna no era una de las cualidades que Margaret contemplara en un candidato a ser su esposo. Ella tenía fortuna suficiente como para no escoger un matrimonio ventajoso, pero bien era de reconocer que la alianza entre ambas familias sería rentable.

—Lo sé, mi querida hermana. Nos alegramos de que por fin hayas encontrado a un caballero que te respete, sea educado y que te haga feliz. La verdad es que en los últimos días se te ve diferente. Como esta mañana, te veo distinta.

Margaret dio un respingo sobre la silla. Grace le estaba mirando sin pestañear y su comentario había animado a que Rose también la observara con detenimiento. ¿Qué podían ver distinto en ella? ¿Acaso de se darían cuenta de que había perdido su virtud? No, eso era imposible. No es un rasgo que pueda verse a simple vista en el rostro de una joven.

—No digas tonterías, hermana. Dejarme desayunar en paz, hoy tengo varios recados que realizar y no quiero que se me eche la mañana encima. —dijo de forma tajante Margaret para terminar con los rumores entre hermanas.

Margaret terminó de desayunar lo más rápido que pudo y abandonó el comedor despidiéndose de sus hermanas. Había sido tosca con ellas pero sabía que si se quedaba mucho más tiempo conseguirían sonsacarle todo aquello que le ocurría y, por supuesto, sus secretos debían

permanecer ocultos.

La primera de las tareas era, sin duda, la más dura de ellas y Margaret necesitó armarse de todo el valor que guardaba en su corazón para abrir el pomo de la puerta principal de la residencia Westworth y salir al exterior.

La mañana era agradable y suave, propia de un día de verano. En el cielo todavía quedaban algunos rastros de la desastrosa tormenta del día anterior, pero parecía que quedaban muy atrás de Middleton.

El pueblo estaba lleno de vida a aquellas horas y los miembros de la comunidad caminaban de un lado para otro en sus quehaceres o visitas diarias. Para Margaret era muy duro comprobar cómo la vida seguía indiferente a los acontecimientos que habían tenido lugar en los últimos días.

Sin pensar demasiado en el camino que debía tomar, sus pasos le llevaron hasta una gran casa que en tantas ocasiones había visitado y a la que también podía llamar hogar.

—Me gustaría ver a Thomas.

En primer lugar, su conciencia le pedía que disculpara su falta de consideración hacia su amigo. Perder su honra frente a un libertino no era nada frente a perder la confianza de Thomas.

El joven se encontraba en uno de los despachos, leyendo unos papeles. No se sorprendió de ver a Margaret, pero tampoco sonrió al verla. Unas oscuras marcas bajo a los ojos dejaban claro que Thomas tampoco había pasado una buena noche y eso hizo que el dolor de Margaret creciera pues sabía que ella había sido la culpable.

—Thomas, por favor, me gustaría hablar contigo si dispones de unos minutos.

Thomas no levantó la vista de sus papeles mientras Margaret demandaba su atención. Era de esperar. No podía culparle cuando había sido ella la que había obrado de una forma reprochable. Él solo había tratado de cuidar de ella, de protegerla pero ella, obcecada e infantil se había salido con la suya.

—Soy consciente de que ayer te hice mucho daño. Te manipulé, te reté a sabiendas para que me ayudaras a montar a caballo porque necesitaba respirar y pensar en muchas cosas. No puedo imaginar la angustia que sentiste al no encontrarme por el bosque. Sin duda alguna te desobedecí de forma deliberada y lo siento de corazón. He sido una mala persona y una terrible amiga, Thomas. ¿Podrías perdonarme?

La voz de Margaret se quebró con las últimas frases de disculpa y las lágrimas acudieron a sus ojos. Se acercó hasta la mesa de su amigo y se puso de rodillas frente a él. Le tomó las manos y suplicó para que le mirara.

El dolor que sentía en su corazón ahora mismo era grande y le desgarraba el alma. No había sido consciente del dolor real que había causado en su amigo hasta que lo vio en aquel estado y pudo apreciar su indiferencia. Le dolía tanto el pecho que apenas podía respirar. Solo deseaba que su amigo pudiera mirarle a los ojos una vez más.

—Lo siento muchísimo, de verdad, Thomas. Lo siento en el alma. No debí jugar contigo y con tus sentimientos. Lo lamento.

El llanto de Margaret era desgarrador y Thomas, conmovido por la disculpa de su amiga, la abrazó.

—Te puedo jurar Margaret, que jamás me he sentido tan angustiado en mi vida. Si te hubiera ocurrido algo, yo...

Si la voz de Thomas no le engañaba, Margaret apreció cómo las palabras de su amigo comenzaban a teñirse de un matiz ensombrecido por las lágrimas. El joven también estaba llorando.

Margaret rompió el abrazo de Thomas porque quería pedirle disculpas mirándole a los ojos,

pero al mismo tiempo sabía que quizá Thomas se avergonzaría de sus lágrimas. Pero no fue así.

Thomas no retiró la mirada, ni limpió sus lágrimas cuando Margaret le miró.

—Lo sé. Por favor, dime que todavía puedo recuperar su confianza y tu amistad. Dime que mis disculpas no llegan tarde y que mi arrepentimiento será escuchado —suplicó Margaret agarrando con más fuerza las manos de su amigo. La pobre estaba hecha un manojo de nervios y sus manos temblaban demasiado, pero se atemperaban con la firmeza que parecía estar recobrando Thomas. Su amigo, le tomó el rostro entre sus manos.

—Prométeme que jamás harás una tontería como esa. No pondrás tu vida en peligro. ¿Me lo prometes?

—Desde luego, lo prometo, Thomas.

La promesa de Margaret era sincera y auténtica. No estaba dispuesta a volver a dañar de aquella forma o de ninguna otra a su amigo. Sabía que Thomas era una excelente persona y que no se merecía ningún maltrato que sus palabras, acciones o corazón pudieran darle. Haría todo lo que estuviera en su mano para no errar más en su vida contra él. Era demasiado importante para ella.

Ambos amigos se fundieron en un abrazo tierno y cálido y Thomas ofreció a Margaret su pañuelo para que pudiera limpiar sus lágrimas. A la joven le había roto el corazón ver a Thomas llorar y se prometió que jamás haría nada o dejaría que nadie le hiciera daño como para verlo llorar de nuevo. Su rostro siempre lucía feliz y así debía ser.

El resto de la mañana, Thomas y Margaret disfrutaron de un largo paseo por la propiedad de éste. La madre de Thomas invertía tiempo y dinero en su jardín y a pesar de que era humilde y sencillo, era de los más apreciados en el pueblo.

Tras el paseo, ambos disfrutaron de un partido interesante de criquet en el que Margaret, haciendo acopio de su falta de puntería y destreza, perdió. Era imposible que Thomas no se riera de la falta de gracia de su amiga en dicho juego, pero era de lo más normal puesto que era la segunda vez que cogía uno de aquellos palos.

—Si no te conociera tanto diría que me has dejado ganar a propósito para recuperar mi amistad, pero te conozco lo suficiente como para saber que no es cierto. No puedes evitar ser un desastre en este deporte —comentó Thomas entre risas tratando de provocar a su amiga.

—¿Cómo no voy a serlo? Es la segunda vez en mi vida que juego al criquet. El señor Kingsman me mostró las normas y gracias a él, tras un largo rato, conseguí introducir una bola en el aro. Pero creo que fue la suerte del novato.

—¿El señor Kingsman sabe jugar al criquet? Quizá deba invitarle a jugar un partido. Es divertido encontrar a una persona que disfrute de este deporte y con el que competir.

Mientras Margaret esperaba a que su turno llegara observó a su amigo y daba las gracias por haberle recuperado y por verle sonriendo de nuevo. Era una gran persona.

Casi había llegado la hora de comer y Margaret sabía que su padre y sus hermanas le estarían esperando para sentarse a la mesa así que se despidió de su amigo y éste, deseó acompañar a su amiga hasta casa.

—¿No te fías de mí, Thomas?

—Me fio por completo de la Margaret protestona e insolente, pero desconozco el origen de la Margaret jinete. Así que prefiero dejarte sana y salva en casa.

Ambos rieron de camino a casa, felices. Recordaron algunas de las mejores anécdotas de su niñez junto Grace, Rose y a la hermana de Thomas y, llegado un momento, Margaret tenía dolor en el estómago de tanto reír.

Margaret se despidió de su amigo en la entrada de la propiedad y le pidió que volviera lo antes posible a casa, pues no quería que su madre le reprochara que enviaba tarde a su hijo a

comer. Su amigo comenzó a caminar de espaldas a ella, no sin girarse en varias ocasiones para agitar su brazo en modo de despedida. Margaret irradiaba felicidad, pero los gritos y reproches que escuchaba en el interior de su casa le decían que pronto tendría que lidiar con problemas.

Los gritos de sus hermanas fueron su carta de bienvenida al abrir la puerta de la residencia.

—No, me dijiste que me podría poner tu vestido morado en el siguiente baile, Grace. Me lo prometiste —protestaba Rose mientras recorría los pasillos detrás de Grace.

—Te dije que “tal vez” te dejaría mi vestido, pero ahora me he dado cuenta de que es el que me apetece lucir en la cena.

—Eres odiosa.

—Padre, ¿a que este color me favorece más a mí que a ella?

Pregunta trampa. Sin importar la respuesta que el señor Westworth diera a esa pregunta, se comprometía a herir a una de sus hijas y a ganarse su enemistad. Margaret le miró divertida tratando de averiguar cuál sería la respuesta que sacaría a su padre de ese atolladero.

—No he visto a ninguna joven de la temporada luciendo ese color. Quizá no sea apropiado para esta temporada. Pero qué sabré yo de moda, solo soy un hombre.

Touché.

—Padre tiene razón, no creo que me favorezca el morado. Sin duda, este corte hace más largo mi cuello, pareceré un cisne.

El señor Westworth se escapó a hurtadillas para regresar a su despacho huyendo de aquella incómoda situación entre sus hijas. Adoraba a sus preciosas hijas, pero en ocasiones le exasperaban las constantes discusiones entre las dos menores. Apenas se llevaban un año de diferencia, pero era suficiente para que fueran tan distintas como el agua y el aceite.

Mientras, Margaret se sentó a contemplar con entretenimiento cómo sus hermanas seguían discutiendo y engañándose la una a la otra para poder conseguir el vestido. Puede que aquel momento hubiera sacado de sus cabales a cualquier persona pero nada podría ensombrecer el día de Margaret, puesto que había recuperado algo muy valioso para ella y eso no entendía de colores, de vestidos ni de muselinas.

*Querido Henry,*

*Hace varias semanas que no recibo tus cartas, pero solo espero que toda la familia os encontréis en perfecto estado de salud. En la residencia Westworth todos nos encontramos sanos y espero que así siga, pues he notado que mi padre se queja en ocasiones de la espalda y deseo que no sea más que un achaque pasajero.*

*Me encantaría poder contarte todo lo que está sucediendo en mi vida y lo complicado que está resultando mantener la cordura.*

*Mis hermanas, ahora pletóricas por poder disfrutar de la temporada social debido a mi reciente anuncio de compromiso, discuten a cada momento por sus vestidos, peinados e incluso por la atención de las sirvientas. Desean encontrar un marido perfecto en su primera temporada, pero les digo que son demasiado jóvenes y que disfruten de la diversión que suponen los bailes y los cócteles. No deseo que esperen tantas temporadas como yo, pero estoy segura que el hombre correcto se presentará ante ellas cuando menos lo esperen y que entonces, serán muy felices.*

*Mi padre, por otro lado, se encuentra enfrascado en sus negocios y ha encontrado un nuevo pupilo al que mostrar las sendas de su sector. La verdad es que disfruto viéndole en esa nueva faceta, puesto que parece que ha rejuvenecido varios años. Hay ilusión en su rostro.*

*Sin embargo, soy yo la que se encuentra ahora en el filo de la navaja. Han ocurrido demasiadas cosas en mi vida y en mi corazón durante las últimas semanas y desearía poder tener un mapa que pudiera orientarme en estos entresijos, pues me temo que la inexperiencia está jugando en mi contra.*

*Desearía poder contarte todo lo que está sucediendo, pero una dama tiene que tener a veces sus secretos, aunque debo confesar que hoy he sido demasiado feliz al poder recuperar la amistad de mi gran amigo Thomas. Puede que recuerdes a Thomas de mis anteriores cartas. Él es un gran apoyo en mi vida desde mi infancia y hace pocos días herí su corazón y traicioné su confianza con un acto reprochable por mi parte. Pero el cariño y la amistad pueden perdonar muchas cosas y la bondad de Thomas es infinita. Valoro y atesoro su amistad como un bien escaso y he prometido no volver a perderla.*

*Respecto a mi compromiso con el señor Kingsman, debo confesar que es una alegría para todos. Mi padre está entusiasmado con la idea y no podrías imaginarte la felicidad de tía Beatrice. Todos parecen encantados con el futuro enlace. No sé si en verdad deseas que comente este asunto contigo en nuestras cartas. Por favor, si resulta abrumador para ti indicámelo y lo censuraré de mis cartas.*

*Por último, debo confesar que todavía albergo esperanzas que de regreses a Middleton. Por favor, si pudieras venir, aunque solo fuera una vez, te puedo asegurar que sería la mujer más feliz del mundo.*

*Margaret Westworth.*

## CAPÍTULO 20



*23 de julio de 1876  
Middleton, Inglaterra*

Recuperada la confianza y la amistad de su viejo amigo, Margaret tenía todavía mucho que aclarar. Sabía que le debía una explicación al señor Kingsman. Tenía que confesarle los motivos por los cuales había decidido romper su compromiso.

Algo muy fuerte crecía en Margaret, pero su inexperto corazón era incapaz de discernir si se trataba de un sentimiento auténtico y verdadero o si era algo pasajero fruto de la juventud y el calor del verano. Estaba claro que unos sentimientos muy fuertes le estaban ligando a Bright de forma irremediable.

Sin embargo, sabía que no podría hacer feliz a Kingsman y él no se merecía a una esposa que no pudiera entregarle todo lo que merecía. La ruptura había sido lo más sensato para el corazón de ambos, pero no para su reputación. Había condenado a Kingsman a la burla social y a ella, a los reproches de su familia. Había sido ella la que había cedido a la unión y ahora, debería dar demasiadas explicaciones que no sabía si estaba dispuesta a revelar.

Margaret debía dejar a un lado sus pensamientos y prepararse para acercarse al pueblo. Tenía que entregar en la oficina de correos la carta para Henry y comprar algunas cosas que su padre necesitaba para el despacho: algunas hojas de papel y tinta para el tintero.

Todo el servicio estaba alborotado en la casa. Esa misma noche, padre deseaba celebrar un gran banquete. Había invitado a algunos miembros de la comunidad, por supuesto, sus íntimos amigos estaban entre los comensales y eso la animó, pues tendría compañía conocida.

Margaret recorrió varios caminos hasta llegar a la avenida principal de Middleton. Saludó a cada vecino, se paró para hablar con algunos de ellos y, sin apenas darse cuenta, buena parte de la mañana había pasado y todavía no había llegado a la tienda de repuestos.

—Señorita Westworth, qué alegría verla en una mañana como esta. ¿Qué puedo hacer por usted? —el señor Weston era un hombre de mediana edad, con parte de su cabello de color blanquecino, pero con un porte muy señorial.

—Mí padre necesita papel y tinta, ¿tendría esta semana, señor?

—Pues por supuesto que tengo, querida. Déjeme que vaya a la parte de atrás a por ello. Es posible que tarde un poco, el pedido ha llegado esta misma mañana y todavía tengo que deshacer algún paquete.

—No se preocupe, lo que necesite.

Margaret vio como el señor se colaba por la trastienda para buscar los recambios y ella, mientras, esperó. Se paseó por la tienda y contemplando las vitrinas vio unas plumas maravillosas. Le hubiera encantado comprar una nueva pues la suya estaba un poco desgastada por el uso, pero no quería acarrear a su familia gastos innecesarios o superfluos.

Caminó hasta colocarse en uno de los estantes junto a la puerta del establecimiento y allí, embelesada, contempló una encuadernación preciosa de una novela romántica que acababa de ser

publicada. Le apasionaba leer y su corazón latía por romances entre nobles y jóvenes doncellas. Los amores prohibidos aceleraban su corazón y eso le hizo suspirar.

La puerta se abrió de repente sorprendiendo a Margaret quien dio un paso atrás cuando un caballero alto y moreno se chocó contra ella al entrar. Ambos se disculparon y al levantar la vista tras los cordiales saludos, se miraron.

—Bright.

—Margaret.

Los dos quedaron en silencio. Un silencio que para cualquier espectador oculto tras una de las columnas de aquella pequeña tienda le habría congelado el aliento.

Margaret luchaba con sus enormes ganas de gritar y salir huyendo de allí. No había esperado encontrarse con aquel caballero y no estaba preparada para ello. La sola presencia de Bright le alteraba de una manera que no era capaz de controlar, pero aún le exasperaba más comprobar que seguía adoptando ese semblante mudo.

No había sido capaz de pronunciar palabra esperanzadora en aquella cabaña tras su acto de pasión y ahora era incapaz de conversar en un entorno neutral. Sin embargo, su orgullo y ego herido de mujer no permitía que Margaret diera el primer paso en la que sería una conversación tensa.

Bright, por su parte, jugaba con el sombrero que recién se había quitado al entrar y lo hacía girar sobre sus manos. Estaba nervioso, sobaban las justificaciones. No era capaz de mirar a la joven a los ojos y eso sorprendió a Margaret pues Bright siempre rebosaba confianza.

—¿Ha venido a ver al señor Weston para comprar material para el despacho? —Bright no sabía cómo iniciar la conversación así que imaginó que algo trivial y obvio sería adecuado.

—Sí.

—Claro, es obvio —dijo Bright asintiendo de forma repetida. —el señor Weston siempre ha tenido una gran trastienda, seguro que puede ayudarle en aquello que necesite.

—Lo sé.

Las palabras secas y airadas de Margaret estaban amedrentando al señor Bright, quien ahora le miraba suplicante. Pero ella, no cedería.

—Margaret...—su voz era tierna y suave. Su nombre se deslizó por su boca como si pronunciara el nombre de su dueña. Y mientras se acercaba con lentitud hacia ella, temiendo casi por su reacción, le tomó de la mano sin romper el contacto visual entre ellos.

Notaba la frialdad en la mirada de la joven, pero unas ligeras motas cálidas brillaban tratando de hacerse paso entre el hielo y eso fue suficiente para que Bright se animara.

El pulso de Margaret, que había comenzado a acelerarse desde el mismo instante en que él atravesó la puerta del establecimiento le llevó a pensar que su corazón estallaría de pasión cuando tomó su mano. Con la otra, Bright acarició con suavidad la mejilla sonrosada de la joven y con delicadeza la pasó por su rostro.

Margaret cerró los ojos y respiró de un aire que solo olía a Bright. Era como si bebiera del alma del joven. Él volvió a pronunciar su nombre y ella liberó un gemido.

—Ha tenido suerte, señorita Westworth. —el señor Weston regresó a la tienda cargado con unos fajos de papel y dos cajas de tinta para pluma. En ese instante, ambos dieron un paso atrás, desviaron la mirada con vergüenza y se hicieron los encontrados.

—¿De verdad, señor Weston? —Margaret trató de restaurar la compostura recuperando el aire y aparentando normalidad mientras regresaba al mostrador donde se encontraba el señor Weston.

—En esta ocasión, creo que voy a darle dos cajas en lugar de una. Con la temporada en pleno auge y con los negocios de su padre, me temo que necesitará escribir demasiadas cartas. De esta

forma, no tendrá que regresar al pueblo hasta dentro de un tiempo.

—Oh, pero no es ninguna molestia, señor Weston. Solo hay un pequeño camino entre la residencia Westworth y su tienda, y sabe que adoro caminar. Además, no me gustaría creer que no disfruta de mi compañía.

—Al contrario, joven. Su entusiasmo por la escritura es una de las cosas que admiro como dueño de esta pequeña empresa —confesó el señor Weston mientras miraba aliviado a la joven que tenía frente a ella.

Weston preparó el pedido. Con un lazo de color oscuro ató las hojas de papel con las cajas de tinta y se lo entregó a su clienta.

Margaret sabía que en cuanto se diera la vuelta, el cuerpo de Bright, que conocía en detalle, se encontraría ocupando parte de la pequeña tienda Weston. Todo el establecimiento tenía un aire de tensión que asfixiaba a los amantes. Margaret rezaba para que el dependiente no hubiera apreciado el contacto de ambos.

Quería, ansiaba, deseaba que Bright todavía le estuviera mirando y que con esos ojos que siempre le habían resultado tan cautivadores ansiara encontrarse con ella de nuevo. Pero al mismo tiempo, su bravo corazón deseaba sentirse libre tras el desaire que él mismo había ocasionado.

¡Cuán extraño es el amor!

—Por cierto, he incluido unas hojas extra para usted. Hace tiempo que no encarga papel, pero seguro que le gustará su calidad.

Desde que las cartas que escribía a Henry no tenían retorno, Margaret había decidido no agobiar a su amigo y escribir con menos frecuencia.

No se sentía preparada para interrumpir de forma definitiva la comunicación con él tras largos años de amistad, pero estaba claro que para su amigo había dejado de ser una prioridad.

—Es usted demasiado amable —agradeció Margaret mientras abonaba la cuantía del pedido y sonreía al señor Weston.

—Que tenga un buen día, jovencita.

—Que tenga un gran día, señor Weston. Salude a su esposa de mi parte.

Se dio la vuelta y allí estaba, Bright. Su semblante había cambiado. El temor había dado paso a la esperanza. La reacción de Margaret a su contacto le había dado fuerzas, ánimo. Con la mirada, Bright le sonrió y trató de decirle que esperara fuera.

Sin embargo, fue esa sonrisa encantadora y dulce lo que hizo despertar a Margaret. Sabía que por culpa de sus palabras bonitas y su talento había caído presa de su embrujo. Ella le había entregado todo lo que poseía y él... El solo pensarlo la llenaba de nuevo de ira.

Estaba claro que jugaba con ella al igual que estaba segura que había jugado con muchas otras damas antes que ella.

—Que tenga un buen día, señor Bright —fueron las palabras toscas y secas que pronunció Margaret antes de retirarle la mirada a Bright y salir de forma apresurada de la tienda sin apenas escuchar al caballero.

—Lo mismo le deseo, señorita Westworth.

Margaret salió de la tienda y, con paso acelerado, emprendió el camino de regreso a casa. Quería dejar aquel lugar lo más atrás posible y no deseaba volver la vista atrás. Tenía que llegar a tiempo para la hora de comer pues estaba segura de que la cocinera estaría esperando su aprobación para el menú de la semana.

Y así era, tras dejar el paquete en el despacho de su padre, Margaret se dirigió hacia la cocina. La señora Norton estaba un poco nerviosa y su ama de llaves no dejaba de dar indicaciones a unos y a otros para que todo estuviera adecentado y presentable para la cena de

aquella noche.

La humildad del señor Westworth le llevaba a admitir que su casa era modesta y sencilla y, aunque estaba amueblada de una forma delicada por la difunta señora de la casa, poseía un gran salón digno de recepciones y banquetes. A pesar de ello, al señor Westworth le abrumaba recibir a numerosos invitados y por ello sus actos públicos se limitaban a pequeños banquetes, juegos o fiestas en el jardín y algunas partidas de cartas.

El ama de llaves siempre había dado las gracias por ello y Margaret, para su eterno descanso, también. Las reuniones sociales siempre eran motivo de nervios y un exceso de trabajo para todos. Los Westworth ansiaban una vida tranquila, aunque no podían quedarse al margen de la ajetreada vida social del pueblo. Sabían disfrutar de algunos pequeños placeres que la vida de Middleton ofrecía.

Tras la comida, Margaret, como la mujer mayor de la casa y heredera de su madre, ayudó a preparar todo con el ama de llaves y la cocinera. Trató de mantenerse ocupada para no pensar en el encuentro que había compartido con Bright. Durante unos instantes, había bajado la guardia. Había dejado que el caballero le tocara de nuevo, que le hiciera sentir viva. Trataba de mantenerse fuerte pero aquel hombre era capaz de derribar todas las murallas que su corazón y su mente habían construido con esmero.

La tarde se sucedía y el señor Westworth se encontró con su hija que caminaba de un lado a otro de la casa hablando de vajilla y cubertería.

—Hija mía, deberías descansar un segundo. Nuestros invitados estarán encantados sea cual sea el menú o la cubertería que saquemos.

—No, padre, debemos estar a la altura de las expectativas. Esta no es una cena más. Es una cena con miembros respetados, amigos y vecinos. —Margaret estaba nerviosa y quería que todo fuera perfecto. Una parte de ella necesitaba centrarse en preparar aquel evento para no pensar en todas las cosas que le preocupaban.

—Es un momento para estar en familia —dijo su padre mientras le tocaba el hombro.

Aquellas palabras relajaron a Margaret. Siempre le habían puesto nerviosa las visitas, odiaba que la normalidad de su vida se viera perturbada por la entrada de personas. Pero estaba dispuesta a hacer lo que fuera por su padre.

Tras la muerte de su esposa, el señor Westworth no se hundió. A pesar de que la amaba con todo su ser y que habría deseado que el señor se lo llevara junto a ella, se dedicó por completo a la crianza de sus hijas y al bienestar de su negocio para dejar un legado rentable y próspero.

Sin un descendiente varón que continuara con el apellido de la familia, sabía que encontrar un marido digno para sus tres hijas era su misión. Y teniendo una hija mayor como Margaret, la encomienda era casi imposible.

Pero viéndola ahora, como dueña y señora de su casa, prometida a un noble de buena familia, se alegraba de ello. Su mujer se sentiría orgullosa.

—Los invitados no tardarán en llegar. Deberías subir para cambiarte —comentó el padre mientras tomaba sus manos entre las suyas —Hace rato que oigo gritar a tus hermanas desde el despacho. Te prometo que algún día me volverán loco.

—Dudo mucho que ese día llegue, padre. Usted es todo endereza y paciencia —comentó Margaret mientras le daba un beso a su padre en la mejilla y le acariciaba su ligera barba.

—¿Y cómo te crees que he logrado ser así? Estoy muy feliz de que hayas encontrado, al fin, un buen marido —indicó el señor Westworth con orgullo mientras tomaba las manos de su hija en señal de bendición —. El señor Kingsman posee grandes virtudes y por los comentarios que he podido escuchar, es diestro en su profesión, así que no os faltará dinero para criar a vuestros

hijos.

—¿Hijos? —preguntó alarmada Margaret. Era evidente que su padre no estaba al tanto del actual estado de su compromiso, pero, aunque todo fuera viento en popa, era demasiado pronto para que hablaran de tener niños en la mansión Westworth —Padre, por favor, todavía es pronto para pensar en tener hijos. Apenas acabamos de comprometernos. Considero que sería prudencial esperar un tiempo a que nos conozcamos el uno al otro, a que exista confianza y amor mutuo antes de planear traer niños a este mundo.

—Deseo tener nietos, querida Margaret —confesó el señor Westworth mientras devolvía una gran sonrisa a su hija que todavía no había podido reaccionar ante tan repentina petición —Verás, cuando llegaste a nuestra vida, tu madre y yo no pensábamos que pudiéramos ser tan felices. Eras protestona y rebelde, pero te adorábamos. Igual que hago yo ahora.

El señor Westworth le dio un beso tierno a su hija y ella, deshecha por dentro y triste por ver a su padre tan feliz con la idea de ampliar la familia fingió alegría. No podía revelarle a su padre que el compromiso con el señor Kingsman se había roto y que no habría enlace. No habría niños correteando por el jardín. No habría niños tirando a su abuelo del pelo o haciéndole perder la razón.

¡Qué desilusión para el señor Westworth!

Una de las doncellas había dejado sobre su cama una caja. Su tía Beatrice le había entregado un paquete especial días atrás, pero le había pedido que no lo abriera hasta aquel momento. Ahora entendía el motivo. Si lo hubiera visto en su día, Margaret se hubiera negado a llevar puesto algo tan sugerente y llamativo.

El vestido para aquella noche era de un precioso color verde con un escote algo provocador. Se ceñía al cuerpo mucho más que cualquier otro que hubiera tenido y eso le llamaba la atención a Margaret. Su tía le había regalado un vestido que cautivaría las miradas de todos los hombres de la velada, pero eso no debía ser necesario puesto que, en teoría, ella ya había aceptado al señor Kingsman. ¿Esperaba que llamara la atención de otra persona? Imposible.

Necesitó la ayuda de una doncella para poder vestirse y tras retocar su cabello miró a la persona que se reflejaba en el espejo. Margaret debía admitir que estaba muy hermosa. No le gustaba lucir vestidos que marcaran en demasía su figura o que dejaran al descubierto sus pequeños pechos, pero aquella noche, no le importaba. Mientras seguía contemplando su semblante, su cintura, la facilidad con la que el color del vestido resaltaba sus sonrojadas mejillas y el largo y estilizado cuello que dejaba entrever su figura, algo cambió. Jamás se había visto tan arrebatadora como en aquella ocasión. Una poderosa confianza surgió de su interior para terminar de complementar el conjunto.

Algo había cambiado dentro de ella. El pudor que sentía por su cuerpo y la vergüenza a enseñarlo había desaparecido y en ese instante, pensó que no había mujer más hermosa sobre la tierra.

Con gran seguridad bajó al salón justo unos instantes antes de que comenzaran a llegar sus invitados.

Los Rogers fueron los primeros en llegar. El íntimo amigo de su padre, su esposa y sus dos hijos saludaron a la familia y pasaron al gran comedor. La hija menor se acercó a Margaret casi sin palabras para decirle lo hermosa que estaba.

Después, los Wilton y los Murray.

Margaret no esperaba a ningún otro invitado así que cuando la puerta se abrió para recibir a otra persona, se sorprendió. Uno de los sirvientes anunció la llegada del señor Kingsman quien, haciendo alarde de uno de los semblantes más elegantes de la noche, sonrió en todo momento a la

figura femenina que acudió a su encuentro en la puerta.

Puede que el romance entre ellos se hubiera apagado tras la petición de Margaret de romper el compromiso, pero la admiración que procesaban los ojos del señor Kingsman no merecían censura alguna. Por ello, cuando el caballero se acercó a su prometida, tomó su mano y depositó un dulce y casto beso sobre ella. Margaret sonrió encantada y le dio la bienvenida.

Instantes más tarde, el timbre volvió a sonar. Margaret respiró hondo para que ninguna otra sorpresa atravesara aquella puerta, pero el Señor no debió de escuchar su plegaria porque unos ojos vivos le miraban desde el umbral.

## CAPÍTULO 21



*23 de julio de 1876  
Middleton, Inglaterra*

Margaret supo desde ese instante que nada bueno podía ocurrir aquella noche cuando el cuerpo de Bright y su gallardía cruzaron el umbral de su casa. En ese instante, el señor Westworth acudió al encuentro del joven caballero y estrechando su mano le condujo al interior de la propiedad sin ser consciente de que Bright no había tenido tiempo de saludar como correspondía a Margaret y el señor Westworth.

Por una parte, la joven se alegró de que su padre fuera tan impetuoso e ignorante al mismo tiempo, de lo que en verdad estaba ocurriendo allí habiéndole salvado de una situación incómoda.

No obstante, los ojos de Margaret se desviaron en varias ocasiones hacia el lugar que ocupaba Bright en la sala solo para recibir una sensación de frialdad y distanciamiento en su mirada. Era evidente que Bright había presenciado el respetuoso saludo entre los jóvenes prometidos y no le había gustado.

Varios de los sirvientes entregaron copas de vino y brandy a los invitados para abrir el apetito antes de la cena. Poco a poco, los invitados comenzaron a agruparse dando pie a conversaciones animadas. El señor Kingsman charlaba con los Rogers y su padre y, por otro lado, Bright se había aproximado a hablar con el matrimonio Wilton, los Murray y sus hermanas.

—Me pareció descortés no invitar al señor Kingsman, Margaret. Al fin y al cabo, será tu esposo —dijo el señor Westworth a su hija mientras caminaban por la sala para cambiar de conversación y de invitados —Y no es correcto que no sea incluido en los eventos de la familia.

—Por supuesto, padre —dijo Margaret dando un pequeño sorbo a su copa. Comprendía el motivo por el que su padre había invitado al señor Kingsman, pero...—¿Y el señor Bright?

—Bueno, desde el principio me ha parecido un joven muy interesante y creo que aporta frescura a nuestras reuniones. Además, aceptó encantado la invitación tan pronto como le hice llegar la misiva.

Margaret maldijo la frescura de sangre que deseaba su padre pues, sin saberlo, había invitado a su residencia a su prometido, a su amante y a su mejor amigo. Nada podría salir bien. Ella misma se había ganado aquella tensión a pulso con sus decisiones así que pensó que unos sorbos de su copa le podrían relajar.

Necesitaba acallar sus remordimientos por engañar a Kingsman y la tensión que se había despertado al volver a comprobar la tensa y fría reacción de Bright que chocaba con la dulzura que había demostrado en la tienda de repuestos.

No se veía capaz de controlar ambos sentimientos mientras los dos pretendientes estuvieran en la misma sala así que, en un intento de demostrar valentía y endereza a sí misma, se acercó a charlar con los Rogers y Kingsman.

—Me temo que el precio de la carne está fuera de control desde hace algunas semanas —la

señora Rogers estaba hablando cuando Margaret se unió a la conversación.

—He oído que una extraña enfermedad amenaza a las granjas de la zona y que los granjeros han perdido cabezas de ganado, así que es natural que aumente el precio —argumentó la joven Margaret tras escuchar hablar a varios vecinos del pueblo durante su paseo de la mañana.

—Desde luego, pero no por ello debemos salir perjudicados los vecinos de Middleton —sentenció la señora Rogers con cierta severidad en sus palabras.

—Querida, el aumento en el precio de la carne sirve también para compensar su pérdida —le explicó el señor Rogers a su esposa —Si un bien escasea, su precio se eleva porque su valor aumenta. Es algo básico en el mercado.

La señora Rogers tenía un gran corazón y era noble y bondadosa, pero en ocasiones los términos de economía y política escapaban a su control. Su marido se aproximó para darle un casto beso en la mejilla y todos los invitados rieron cuando ella le dio un ligero golpe en el brazo para que guardara la compostura. Eran un matrimonio maravilloso al que Margaret admiraba mucho. Tras cada muestra de cariño entre ellos comprendía cómo Thomas y su hermana habían sido criados con amor y gentileza.

Observando esas muestras de cariño, Margaret se preguntaba si, en caso de estar viva su madre, sus padres ofrecerían esas mismas muestras de afecto en público. Una punzada de dolor sobrecogió su corazón y ensombreció su ánimo.

—Dígame, señorita Westworth, ¿qué opina de la pérdida de los granjeros?

Kingsman, que había apreciado el silencio y la mirada apagada de su anfitriona, levantó la mirada antes de pedir que le repitieran la pregunta.

—Nos preguntábamos, señorita Westworth, sobre su opinión acerca de la desgracia de los granjeros.

—Considero que es un mal que afecta a todos los niveles de la economía local. Por supuesto, la muerte de piezas de ganado afecta a sus propietarios, quienes han perdido parte de su negocio y, por tanto, su sustento de vida. Odiaría pensar que prefieren lucrarse de la subida de los precios en pos del castigo social. Conozco en persona a algunos de ellos y les importa más alimentar con honradez a sus familias que estafar a los clientes. Debemos apiadarnos y comprender su situación y esperar que sea pasajera.

Margaret no estaba centrada en la conversación pues su mente se estaba debatiendo entre miles de escenarios posibles en los que Bright y ella discutían en público, en el que se revelaba la verdad de su enlace o que los invitados encontraban algún resquicio de duda en su mirada. Era la anfitriona y debía mantenerse serena y educada, mostrar facilidad para la palabra y por supuesto, ser amable y condescendiente con los invitados de su padre.

—Por supuesto, Margaret, la confianza en el cliente es lo más importante —comentó el señor Rogers orgulloso. El mejor amigo de su padre y compañero de negocios durante las últimas décadas era un hombre honrado. Su padre siempre se deshacía en buenas palabras cuando hablaba de la humildad con la que trataba a sus trabajadores y se enorgullecía de tener una persona que era capaz de llevar cestas y cestas de comida cuando una de las familias a su cargo pasaba hambre. En ese aspecto, Margaret se alegraba de que Thomas hubiera adquirido el carácter sensato y bondadoso de su padre.

—Desde luego.

—Muy sabias tus palabras, hija mía —dijo la señora Rogers con una sonrisa en la boca. La señora Rogers había visto crecer a Margaret durante años y se sentía orgullosa del talante e inteligencia que demostraba en las conversaciones, la seguridad que transmitía al compartir su opinión en temas que eran más propios de hombres y en lo más profundo de su corazón se sentía

desdichada porque su hija no había heredado un temperamento similar.

Mientras la conversación continuaba, Margaret levantó con lentitud la copa hacia su invitado especial y éste, le devolvió el gesto. La joven sonrió pues no apreciaba signo de rencor en su mirada.

La cena no tardó en ser anunciada y todos los presentes caminaron hacia el comedor. Había un aroma a asado por toda la casa. La cocinera, una señora de gran talento para convertir un pavo en una obra para los sentidos, había preparado un verdadero festín.

—Y díganos, señor Kingsman, ¿cuándo tendrá lugar el feliz enlace? —la señora Murray rompió con la conversación sobre negocios de sus maridos para centrarse en algo que pudiera entretener más a las damas de la mesa.

Margaret se atragantó con un poco de sopa que acababa de tomar y su hermana menor le dio unos ligeros toques en la espalda. Se disculpó mientras se limpiaba la comisura de la boca con la servilleta y levantó la vista para mirar a Kingsman. El caballero, que le miraba también apurado desde el puesto de enfrente, trató de calmarla con la mirada.

—Todavía no hemos fijado una fecha. No sería justo para el resto de las señoritas de Middleton si la temporada social se viera eclipsada por un enlace.

—Por supuesto —dijo entusiasmada con la respuesta la señora Murray mientras aplaudía con la punta de sus delicados dedos. La respuesta le complacía porque era una gran admiradora de las temporadas sociales y también, una de las madres que se esfuerzan por conocer todas las novedades que ocurren entre salón y salón.

—Lo más complicado ha sido convencer a la señorita Westworth para que aceptara mis afectos —comentó el señor Kingsman regresando su mirada a la joven dama que tenía justo delante. Margaret pudo sentir calidez y admiración proveniente del joven pretendiente que con gran habilidad estaba todavía manteniendo su farsa a pesar de la insistencia de la señora Murray y de las miradas curiosas del resto de los comensales que habían interrumpido sus conversaciones para prestar atención al cotilleo —El enlace puede esperar.

—Claro, los jóvenes de hoy en día tienen derecho a disfrutar de un poco más su vida antes de contraer matrimonio —declaró la señora Rogers —Si hubiera rechazado a mi marido en alguna ocasión antes de casarnos, estoy segura de que nuestros primeros años de matrimonio habrían sido más intensos.

—Querida, me rechazaste tres veces —confesó alarmado el señor Rogers ante todos los comensales mientras miraba con sorpresa a su mujer mientras veía como ésta reía encantada ante el resultado que su comentario provocativo había causado en su marido.

Todos los comensales, incluido el señor Westworth y Kingsman cayeron presos de la risa. Era precioso contemplar la complicidad y el cariño que irradiaba aquella pareja que después de tantos años juntos. Seguían tan enamorados como el primer día y era de admirar y de envidiar. La señora Rogers era muy divertida y su hija menor había adquirido su destreza para ello.

Margaret pensó, en ese mismo instante, si tan complicado era encontrar una pareja tan idónea como la que tenía frente a ella. Un caballero que perdiera la razón tres veces para pedir su mano y que, tras varios rechazos, siguiera deseando contraer matrimonio. Margaret les dedicó una mirada tierna y compartió el momento con ellos.

Sin embargo, uno de los comensales no estaba prestando atención al divertido momento que habían compartido todos los presentes. El señor Bright seguía comiendo en silencio, con la cabeza agachada, como si aquella conversación no le importara. No había participado de la risa colectiva ni mostrado interés en el tema de conversación.

—Y díganos usted, señor Bright, el pretendiente más envidiado de todo Middleton. ¿No hay

nadie que haya llamado su atención en toda nuestra comunidad? —la curiosidad de la señora Murray en ocasiones superaba las normas de la cortesía. Preguntar a un joven hacia dónde se dirigían sus atenciones eran comprometerlo a la burla si la decisión no era aceptada por todos.

Margaret levantó con cierto disimulo la mirada del plato para observar la reacción y el semblante de Bright ante aquella pregunta tan poco acertada. El joven, con mucha tranquilidad, dejó los cubiertos sobre el plato y se dignó a mirar a la señora Murray.

—Me temo que el señor Kingsman ha conseguido a la única joven con personalidad de toda la zona.

Las palabras no fueron las más acertadas por parte de Bright pues la hija menor de los Preston también buscaba esposo y aunque ella no se percató de la falta de respeto que había demostrado el caballero, el resto de las damas de Middleton presentes y Margaret sí lo hicieron. A pesar de que no mantenía una estrecha relación con esa joven se sintió ofendida como si el insulto hubiera caído sobre ella misma.

Todas devolvieron una mirada airada al joven que había cambiado su semblante educado por uno orgulloso y maleducado. Las damas, sin habla, trataban de encontrar las palabras adecuadas con las que contestar, pero por evitar iniciar una discusión en la casa del señor Westworth, mantuvieron la compostura.

Rose se encargó de romper la tensión que durante un instante se había adueñado del momento y habló de Lady Middleton y de sus sospechas.

Llevaba semanas analizando a los invitados en los eventos sociales y creía saber quién escribía aquellas líneas. No tardó mucho tiempo en compartir sus pesquisas con algunas de las invitadas y pronto los rumores comenzaron a acrecentarse en la sala.

Y mientras la conversación fue dirigida a las señoras, Margaret miraba en secreto a Bright. Le parecía un prepotente, un descarado y un maleducado. No permitiría que ofendiera a ninguno de sus invitados.

La cena finalizó y los invitados pasaron al gran salón para tomar una copa. Grace se acercó al piano y deleitó a todos con unas piezas delicadas. Siempre había tenido un talento único para la música y cuando sus dedos rozaban las teclas de aquel instrumento, todo cambiaba. Era como si la música transformara el ambiente en un entorno cálido que envolvía el corazón de todo aquel que le escuchara.

Llegado a ese punto, nadie recordaba el incómodo momento vivido en la comida y tampoco, el irracional y maleducado comportamiento de cierto invitado.

—Señorita Westworth, ¿sería muy descortés por mi parte si le pidiera unos minutos de su tiempo en privado?

El señor Kingsman demandaba su atención. Apenas se había dado cuenta de cómo se había acercado a él mientras sonaba la música. Margaret accedió y tomando su mano para levantarse, se dirigieron a una de las zonas más alejadas del salón.

—Quiero pedirle disculpas si la pregunta de antes le ha incomodado —trató de disculparse el señor Kingsman mientras ambos ocupaban un lugar junto a una de las ventanas del salón.

—No, señor Kingsman. Debo ser yo quien debe disculparse ante usted. Siento que mis sentimientos y mis decisiones nos han colocado en una delicada situación que será complicada de resolver.

—Con sinceridad, todavía albergo esperanzas de que pueda retractarse de su decisión. —Kingsman tomó sus manos. —Quizá sea mi destino el ser rechazado hasta en tres ocasiones como el señor Rogers antes de que decida aceptarme. Pero con sinceridad, espero que solo sea una.

La intensidad y el fulgor esperanzado en los ojos de Kingsman lleva a que Margaret tome sus

manos con el fin de hacerle comprender que su destino no es estar juntos. Admiraba el tesón con el que demostraba sus afectos e insistía en no perder la esperanza, pero necesitaba ser clara con él respecto a sus sentimientos para evitar herirle.

—Nada me entristece más que no poder hacerle feliz...

—Pues no me rechace, acepte mi mano, acepte mis sentimientos y cátese conmigo —la insistencia de Kingsman era admirable y la forma en que sus ojos expresaban el cariño era embriagadora.

—Oh, señor Kingsman. He buscado en mi corazón sentimientos más profundos hacia usted, pero solo el cariño y la amistad han surgido. No soy capaz de sentir mariposas o esa tensión en el cuerpo que me impulse a amarle de la forma en que usted lo desea. Y sé que no podría vivir conmigo misma si no le fuera sincera con mis sentimientos. Usted se merece mucho más de lo que puedo ofrecerle.

—No existe pasión —confesó Kingsman con cierta tristeza en los ojos, pero sin soltar las manos de su acompañante.

Las palabras del señor Kingsman sorprendieron a Margaret, quien no había deseado romper el contacto visual con el caballero. Le debía una correcta explicación de por qué no era capaz de corresponder sus sentimientos. Sin embargo, Margaret sabía que una parte de esa verdad no debía ser pronunciada puesto que su propia reputación quedaría marcada si se sabía que había aceptado su propuesta mientras su mente y su corazón pensaban en otra persona o peor, mancillada si revelaba que había estado con otro hombre.

—No puedo negar que tampoco la he sentido. Veo su corazón y tengo ganas de cuidarlo, pero usted tiene razón, no hay nada más profundo. Muchos ancianos dicen que la amistad es la base de la pasión, pero al igual que usted, no estoy de acuerdo.

—Exacto, tiene que brotar de nosotros algo más primitivo, algo más íntimo, ¿no cree? —preguntó Margaret esperando que Kingsman compartiera su opinión.

—Creo que has descrito con las palabras precisas el fuego y el calor de la pasión. Espero, mi querida amiga, pues deseo poder llamarla así, que encuentre a esa persona que complementa su alma y su cuerpo —las palabras de Kingsman sonaron sinceras. Todas y cada una de ellas eran melodía para la joven Westworth quien sentía un gran alivio al comprobar que su compañero no estaba tan herido en su hombría como había imaginado. Era comprensible.

—Y yo, querido Kingsman, le deseo la mayor felicidad de todas pues no me cabe la menor duda que la dama adecuada le retará a una partida de criquet antes de lo que espera y obtendrá a un digno adversario al que conquistar.

Kingsman se llevó las manos de Margaret a la boca y con suavidad, depositó varios besos sobre ellas. Su despedida. Kingsman era un hombre noble. Otros caballeros podrían haberse negado a la ruptura de aquel compromiso por miedo a que los rumores castigaran a su persona, pero él no. Margaret conocía la bondad de aquel hombre y nada le dolía más que romper su corazón al rechazarlo, pero lo había encajado con gran educación.

—Deberíamos esperar al término de la temporada para anunciar la anulación de la boda. Si lo comunicáramos ahora seríamos el tema de conversación en todas las veladas y quedaríamos demasiado expuestos —propuso Margaret.

—Estoy de acuerdo, señorita Westworth. Podemos alegar que nuestras personalidades no resultaban tan compatibles como para unirnos de por vida.

—Espero que eso pueda servir como para alejar a los curiosos y fisgones.

—Bastará, se lo prometo. Hablaré con su padre para mostrarle mis respetos y agradecerle el que me haya confiado su mano —propuso Kingsman. Margaret no podía creerse la suerte que

había tenido de conocer a un hombre tan bondadoso como aquel caballero y se culpaba de ser tan estúpida como para rechazarle.

—¿No creen que sería de buena educación si decidieran regresar con el resto de los invitados? Estoy seguro que los enamorados tendrán que compartir muchas confidencias antes de la feliz unión, pero quizá no es el momento adecuado.

Margaret se giró hacia la voz tan grosera, prepotente y malvada que había pronunciado aquellas palabras.

Bright.

El caballero estaba a varios pies de distancia de ellos observando la escena. Kingsman todavía sostenía las manos de Margaret y desde fuera de aquel encuentro podía parecer que dos jóvenes enamorados buscaban la intimidad del hogar para intercambiar secretos.

Bright estaba frente a ellos con los puños cerrados, el ceño fruncido y un aire de superioridad. Era más que evidente que no había escuchado la conversación que la pareja había mantenido porque su enfado era más que evidente.

—Tiene usted razón, señor Bright, deberíamos volver con el resto de los invitados. Les he robado durante demasiado tiempo a esta joven tan hermosa.

Kingsman se alejó poco a poco de Margaret pasando al lado de Bright. La tensión era evidente pero la joven dio gracias a que el señor Kingsman no comprendiera el origen del comportamiento maleducado del señor Bright. Kingsman era tan buena persona que sería incapaz de encararse con Bright incluso si supiera la naturaleza de la relación entre ambos.

Margaret estaba perpleja por la mala educación de Bright. Enfurecida por su reacción trató de seguir a Kingsman hacia la sala, pero Bright le detuvo. Le cogió con relativa fuerza del brazo y le susurró al oído.

—¿Han concluido ya la fecha de su feliz enlace? ¿O quizá hablaban de los preparativos de la misma? —preguntó Bright en un tono rudo y dominante. Estaba claro que el acercamiento entre Kingsman y Margaret que había presenciado le había conseguido enfurecer.

—¿Qué le pasa, Señor Bright? —rebatía Margaret enfurecida mientras trataba de deshacerse de su agarre con un fuerte tirón —Le molesta que otro tome lo que considera que es suyo. Pues míreme bien a los ojos y déjeme decirle algo de forma clara: no soy suya.

Bright le miraba desenchajado. Era una mezcla de temor, enfado y rencor. Margaret sabía que debía permanecer impassible ante las provocaciones de Bright, pero cuando éste le tomó de la mano y le llevó hasta una de las habitaciones adyacentes supo que sería complicado.

El caballero cerró la puerta cuando ambos entraron y colocó a Margaret justo delante. Su pecho airado subía y bajaba sin control y su mirada estaba fija en el suelo. No se movió. Parecía que estaba meditando con esmero los pasos a seguir.

—No ha sido nada cortés el trato que le ha ofrecido a Kingsman, debería disculparse —castigó Margaret con severidad a su captor mientras trataba de no alzar demasiado la voz.

—Es admirable que todavía emplee los formalismos entre nosotros y se obceque a ello cuando intimidad que hemos compartido deja claro que no hay distancia entre nosotros?

—Qué pronto recurre a mencionar la intimidad que hemos compartido para excusar su comportamiento —la forma en que Bright trataba de usar sus recuerdos juntos para manipular sus sentimientos era horrible.

—No puedo creer que todavía no haya roto su compromiso con Kingsman después de lo que ocurrió y mucho menos que deje que le toque y bese sus manos.

—¿Cree que debería romper mi compromiso con él? —en ese momento era Margaret la que necesitaba provocar a Bright, quería generar más tensión en él que le llevara a confesar el motivo

real por el que le pedía semejante acto.

—Si, por supuesto que debería —respondió de forma rotunda Bright como si fuera una evidencia más que clara.

—¿Y por qué debería si me deja preguntar?

—Porque...

El silencio volvió a apresar a Bright. Margaret esperaba que el caballero dijera unas palabras de esperanza que le animaran a confesarle que su sueño se había hecho realidad, que había roto su compromiso. Pero sin la más mínima esperanza de que albergara sentimientos hacia ella más allá del interés de poseer a una mujer y poder llamarla “suya”, no iba a claudicar.

Margaret se acercó a él. Pensó que, si se aproximaba lo suficiente como para que oliera su perfume, notara el calor de su cuerpo o cómo su pecho se elevaba, Bright confesaría.

El caballero cerró los ojos. Cerró los ojos al sentir la proximidad de Margaret. Al sentir su respiración. Al sentir su cuerpo ardiendo por la discusión. Durante un instante se impregnó de ella pero no dijo ninguna palabra. Era imposible que no pudiera decir nada a pesar de que la provocación era más que evidente y Margaret se enfadó todavía más al no notar una iniciativa.

—No es más que un hombre orgulloso cuyo ego ha sido aplastado al no verse satisfecho. Lo siento, pero no tengo intención alguna en romper mi enlace...

No pudo resistirlo. Capturó a Margaret en sus brazos y la besó. Sus labios buscaron los de la joven con ansia y deseo. Margaret, quien deseaba mantenerse cuerda en esta disputa, trató de romper su abrazo para escaparse de aquel beso robado, pero le resistencia del cuerpo de Bright se lo impidió.

El seguía deleitándose de los besos de la joven y afianzando más su abrazo conforme notaba la resistencia de ésta. Bright, que había perdido la compostura y la educación en varias ocasiones durante aquella velada al ver que Margaret seguía en su empeño de contraer nupcias con otro hombre, no pudo evitar besarla. Deseaba recordar lo que se sentía al tenerla entre sus brazos. Al amarla.

Con los ojos cerrados y la tensión creciendo entre ellos, Bright notó cómo los brazos de Margaret dejaban de ofrecer resistencia y su comportamiento se amansaba. Su empeño por mostrarse indiferente y dura se desvanecía al igual que las defensas que había establecido entre ellos.

Los labios de ambos se acogieron sin dudarlos. El deseo. Eso que Margaret había tratado de explicar a Kingsman que faltaban en su relación y que ahora, le devoraba como fuego líquido recorriendo su cuerpo era lo único a lo que podía rendirse. Sintió como todo se volvía llamas entre ellos.

Bright trató de afianzar más el beso agarrando a la joven de la cadera y aproximando sus cuerpos todavía más. Margaret notaba la dureza creciendo dentro de los pantalones de Bright y sintió cómo su cuerpo pedía que la liberara.

—No puede casarse, Margaret, por favor.

—Dígame por qué... Dígame.

Margaret le suplicaba entre beso y beso, pero su respuesta no llegaba. Sentía que la intensidad del encuentro estaba nublando su juicio e hizo lo más adecuado, rompió el momento.

Ambos respiraban de forma acalorada y con dificultad tratando de comprender cómo funcionaban sus cuerpos si no estaban juntos. Margaret levanto el brazo para marcar la distancia entre ellos y evitar que Bright volviera a acercarse a ella. Aquel hombre le confundía de todas las formas posibles y sentía que a su lado perdía toda la razón. Pero en esta ocasión, debía mantenerse firme a sí misma.

Si Bright era incapaz de manifestar sus sentimientos y dejar claro que tenía intenciones hacia ella que iban más allá del deseo carnal, ella no cedería de nuevo.

—Se lo dije en aquella cabaña y se lo vuelvo a repetir, señor Bright. No seré una más de sus conquistas. Ya no. Me casaré con el señor Kingsman a menos que me dé una razón de peso para que no lo haga.

## CAPÍTULO 22



*24 de julio de 1876  
Middleton, Inglaterra  
Newsert, Inglaterra*

El resto de la velada sucedió sin más contratiempos. Margaret tuvo tiempo para conversar con sus amigos, con el señor Kingsman e incluso, dirigió, en una ocasión, una pregunta al señor Bright. No quería que su padre o cualquier otro invitado a la velada la tachara de ser maleducada o de mala anfitriona al no prestar atención a todos los invitados por igual.

El caballero suplicaba por su mirada desde el otro lado de la sala. Deseaba que la joven le mirara, que atendiera a sus súplicas y le confirmara que el compromiso estaba roto.

Margaret había abandonado triunfante la sala dejando atrás a un confundido Bright quien esperaba que la joven cayera rendida a sus pies. La endereza de voluntad de Margaret había acudido a ella en el mejor momento. Puede que su compromiso con el señor Kingsman se hubiera roto pero no cedería a los deseos de Bright y a los de su propio cuerpo si él no le declaraba su amor o al menos, sus intenciones sinceras. Sí que había notado una cierta necesidad más profunda en la petición de Bright de no casarse, algo más allá de un orgullo varonil pero no había promesa alguna entre sus palabras.

Margaret deseaba un matrimonio por amor o nada.

Por su parte, Margaret estaba más comprometida que nunca a olvidar a aquel odioso caballero. Estaba convencida que Bright se repondría con rapidez de su desengaño amoroso, si así podía ser llamado, puesto que no le faltarían cariños de otras mujeres si se mostraba abierto a recibir atenciones.

Por eso le dolía el silencio de Bright, su incapacidad para ofrecerle lo que ella tanto necesitaba. Pero sin eso, Margaret estaría evocada a justificar ante su posible futuro marido que su virtud había sido mancillada o resignada a admitir que nunca contraería nupcias.

Ella se había entregado a Bright sin apenas conocerle y con ello había rechazado a Kingsman porque creía que era lo más honesto para todos. Pero en ese momento, se arrepentía de ello.

A la mañana siguiente, Margaret todavía pensaba en la discusión con Bright, por ello, cogió papel y pluma y se armó de valor para recoger con palabras, algo que dominaba a la perfección, sus sentimientos y compartirlos con aquella persona a la que más apreciaba en el mundo.

Henry.

No podía creer que aquella persona en la que más confiaba le hubiera abandonado en un momento tan crucial de su vida. No había contestado a ninguna de sus últimas cartas después de sugerirle que casarse con otro hombre sería lo mejor para ella.

¿Cómo podía ser tan insensible o tan tonto como para no darse cuenta de los sentimientos que Margaret tenía hacia él?

La joven tenía que llegar al fondo de todo.

*Querido Henry,*

*Soy consciente de que hace apenas un día envié mi última carta, pero extraño nuestras conversaciones y odiaría pensar que en este tiempo he hecho algo que haya podido dañar nuestra amistad.*

*Por ello, y con el propósito poder hablar cara a cara después de tantos años he decidido ir a Newsert a verte. Espero poder llegar dentro de varios días. Aunque es posible que, a la lectura de esta carta, ya esté allí.*

*Sinceramente tuya,*

*Margaret.*

Cuando terminó de escribir la carta, la dobló con esmero y bajó hacia el salón para entregársela a una de las personas del servicio. Ésta salió de la casa para contactar con el cartero antes de que pudiera salir en reparto.

La decisión de Margaret de buscar a su amigo había sido precipitada e impulsada por su encuentro por Bright. Se consideraba una mujer sensata y reflexiva, pero en esta ocasión los hombres habían conseguido sacarle de sus casillas y necesitaba aclarar de una vez por todas lo que estaba ocurriendo con Henry. No podía pretender que su indiferencia durante las últimas semanas no le estaba haciendo daño.

No podía abordar ahora el tema con Bright puesto que todo estaba demasiado delicado y solo pensar en ello le ofuscaba, sin embargo, necesitaba comprender los motivos del distanciamiento que había apreciado en su amigo Henry. Al principio pensó que el anuncio de su compromiso le habría dolido pero las cartas dejaron de llegar justo antes de la temporada social. Por ello, necesitaba esclarecer el misterio para poder seguir adelante.

Por supuesto, Margaret también estaba nerviosa y pletórica de volver a ver a su amigo de la infancia y eso, le animaba.

Anunció a su padre que durante unos días iría a ver a sus primas en Pollton, un pueblo próximo a Newsert. Hacía tiempo que no las veía y creía que sería una gran oportunidad. Su padre frunció el cejo extrañado por la decisión repentina de su hija y le preguntó si era apropiado que se marchara con la temporada todavía en ciernes.

—Padre, ya estoy comprometida. Para mí, los bailes ya no tienen sentido —trató de explicar con paciencia Margaret a su padre mientras éste le miraba contrariado.

—Tienes razón, ¿has consultado con el señor Kingsman si le parece adecuado?

—Creo que el señor Kingsman podrá prescindir de mis atenciones durante unos días.

Su padre asintió con la cabeza, pero intuía que algo no iba bien. Recordaba que los primeros momentos con su difunta esposa fueron intensos pero tensos. Dos jóvenes que apenas se conocían y que se dejaban llevar por las emociones solo deseaban estar juntos en cada momento para llegar a conocer cada detalle del otro.

Sin embargo, su hija decidía irse fuera tras el anuncio de su compromiso. No comprendió lo que ocurría pero lo aceptó, confiaba en su hija.

En apenas unas horas, un pequeño baúl, algunos enseres y una dama de compañía y la propia Margaret estaban listos para partir. Se despidió de sus hermanas y se disculpó por no poder acompañarlas en el siguiente baile en sociedad.

—Por favor, hacedle caso a tía Beatrice, ella cuidará de vosotras.

—No te preocupes, querida hermana. Estamos seguras de que conseguiremos disfrutar del baile aunque no estés tú. Puede que a tu regreso nos encuentres prometidas a ambas.

—Eso me temo.

La respuesta de Margaret provocó la risa entre ellas. No esperaba que sus hermanas siguieran su ejemplo de posponer hasta la eternidad la decisión de contraer matrimonio, pero tampoco quería que aceptaran al primero que les invitara a bailar. El matrimonio era una decisión complicada, aunque ella no fuera el mejor ejemplo de cordura en aquellos momentos.

El camino hasta Newsert duró dos días. Margaret y Susan, su dama de compañía, se alojaron en una pequeña casa de huéspedes en uno de los pueblos límites del condado. Durante el viaje en calesa, Margaret tuvo tiempo para reflexionar y ordenar sus pensamientos.

Deseaba por fin volver a encontrarse con su amigo. Sabía que la decisión de partir era acertada y se culpó durante varias horas por no haber tomado la iniciativa años atrás.

Siempre había esperado que fuera Henry quien acudiera a su encuentro, pero el camino siempre tiene dos sentidos y ahora lo comprendía.

Pero también quería reñir a su amigo por su silencio. Porque le había abandonado en un momento delicado. Su amistad merecía algo más que aquella ausencia de misivas.

Puede que la última carta que recibió de él fuera justo antes de la temporada social y que no conociera los intensos detalles acontecidos desde entonces pero no era su culpa. Él había decidido romper el contacto durante semanas. Y aunque sabía en el fondo de su corazón que habría una explicación lógica y racional a aquello, solo pensaba en que quizá había perdido a Henry.

Por fin, al inicio del tercer día, Margaret y Susan llegaron a Newsert. En secreto y con mimo, Margaret había guardado algunas de las últimas cartas de su amigo en su pequeño bolso de mano. Llegado el momento, las sacó y le indicó al cochero la dirección. La zona le era desconocida así que pidió orientación.

El pueblo tenía encanto. Desde la ventana de la calesa se podía ver a sus gentes yendo de un lado a otro, un sabroso olor a pan recién horneado conquistaba todo el aire y por supuesto, algunos caballeros y damas paseando por la zona.

El cochero por fin se detuvo. Abrió la puerta del lado de Margaret y le ofreció la mano para que pudiera descender sin problemas. Una vez en tierra firme, se arregló el tocado, el vestido y miró hacia arriba. La casa que tenía frente a ella era modesta y humilde. Nada comparada con el esplendor de la casa que antaño regentaba el padre de Henry. Pobre Henry.

Llamó a la puerta.

—Buenos días tenga usted, señorita, ¿en qué puedo ayudarle?

Una señora de mediana edad con una cofia y delantal blanco apareció con el rostro sonriente al otro lado de la puerta.

—Estoy buscando al señor Henry Williams, ¿estoy en lo correcto al decir que esta es su dirección?

Margaret estaba ansiosa. Igual de nerviosa que el primer día de escuela. Sentía que en cualquier momento Henry aparecería y reconociendo su voz le sonreiría.

—Me temo que se equivoca, señorita —respondió la señora con voz melodiosa y con sinceridad. Parecía una buena persona.

—¿Disculpe?

—El señor Henry Williams fue el anterior arrendatario de esta casa, pero se fue hace algún tiempo y mi señor ocupó sus habitaciones. Me temo que ya no vive aquí.

—Y por alguna casualidad, ¿sabría dónde podría encontrarlo? ¿Tiene alguna referencia de él?

—Me temo que no, señorita. Habló con el administrador de fincas del pueblo para que pusiera lo antes posible la casa en venta y fue el señor Gerald quien arregló todos los papeles con mi

señor. Pero si lo desea, en caso de que vuelva a ver al señor, le puedo decir que le está buscando.

—Sí, sería estupendo. Le estaría muy agradecida —la sonrisa de Margaret bailaba entre el agradecimiento y la decepción cuando el propietario de la casa no coincidía con el remitente de sus cartas.

—¿Podría indicarme su nombre, señorita?

—Señorita Margaret Westworth.

—Que tenga un buen día, señorita Westworth.

Margaret se despidió de ella con cortesía, pero tenía sus serias dudas sobre si tendría un buen día o no y más, después de tan nefastas noticias. Aquello le había producido cierto desasosiego en el corazón.

El ama de llaves le había indicado que Henry partió sin dejar datos a sus nuevos inquilinos o, al administrador de fincas o a un vecino. Nada en las cartas de Henry dejaba entrever su deseo de partir o de establecerse en otro lugar. ¿Se había marchado en verdad?

Su amigo se había mudado en dos ocasiones de residencia buscando oportunidades laborales para su familia con el objetivo de pagar las deudas, pero siempre le había enviado una carta para referenciarle su nueva ubicación tan pronto como pudo.

Aquella vez, nada. Nada desde que se marchó. Las cartas habían cesado en el mismo instante en que abandonó aquella casa.

Triste y frustrada por un viaje con tan pocos resultados, avisó a su dama de compañía para que le ayudara a preguntar en varias tiendas del pueblo. Alguien tenía que saber algo de su paradero. En primer lugar, se dirigió a la tienda donde podría proveerse de papel y tinta para sus cartas. Durante varios años había mantenido la misma dirección así que, el dueño del establecimiento quizá podría darle referencias de su paradero.

Cerca de cuatro horas, las dos señoras preguntaron en varios de los establecimientos más respetados y en algunos más sospechosos por referencias de Henry, pero nadie podía aportar nada.

La evidencia era clara, Henry Williams se había ido y no había dejado rastro tras de sí.

Llegada la hora de la comida, ambas se acercaron a una de las casas de huéspedes y allí, ordenaron algunos platos para comer. La tristeza por su infructuosa búsqueda le había robado el apetito. Tenía el estómago cerrado y cientos de preguntas en la cabeza.

—¿Es usted la señorita Margaret Westworth? —preguntó un hombre de la edad de su padre con mucha educación. El caballero llevaba un morral cruzado en la espalda.

—Sí, soy yo.

—Creo que esto es suyo.

El señor extendió un conjunto de sobres enlazados con esmero con un cordel. Los miró con atención y palideció. Eran sus cartas. Todas y cada una de las cartas que desde hacía unas semanas había enviado a su amigo.

—El ama de llaves del actual señor de la casa devolvía las cartas a la oficina postal. Llevo años observando la correspondencia entre ustedes así que consideré oportuno guardarlas por si uno de los dos regresaba para reclamarlas. Al llevar el correo hoy, la señora me ha indicado que estaba en el pueblo y he sentido el deseo de traerlas.

—Es usted muy amable. Gracias.

El caballero se despidió y Margaret se quedó observando el fajo de cartas que ahora descansaba sobre la mesa. Sintió un deseo irrefrenable de llorar. No entendía qué estaba ocurriendo.

Le indicó a su dama de compañía que necesitaba descansar y se fue a la habitación que habían

alquilado. Allí, sobre la cama, lloró.

El corazón de Margaret era un amasijo de emociones sin sentido y cada día que pasaba en su vida se complicaban y enredaban más las unas con las otras. Estaban ocurriendo demasiadas cosas en poco tiempo y apenas sabía cómo poder resolverlo.

En ese preciso momento, más que nunca, echaba de menos a su madre. La señora Westworth era una mujer sensata y cauta, aunque en ocasiones, también podía demostrar cierta impulsividad. Estaba segura que ella le habría aconsejado sobre si debía o no casarse con el señor Kingsman, si había sido sensato entregar su cuerpo a Bright o incluso, si era infantil ir en busca de Henry.

Margaret se dio cuenta que su corazón y su mente estaba dividida por tres hombres. Durante toda su vida solo había tenido a Henry y ahora Bright y Kingsman complicaban las cosas.

Nunca había reconocido que sus sentimientos por Henry sobrepasaran la barrera de la amistad, pero siempre había creído en secreto que, llegado el momento, vendría a rescatarla de las presiones de su posición social y de la obligación de casarse. Quizá, un pensamiento demasiado infantil para una mujer de su edad. Pero reconocer que la forma en que veía a su amigo se había convertido en algo diferente era honesto.

Pero su corazón no le engañaba. Bright y Henry le habían decepcionado. Henry, su amigo más íntimo había desaparecido sin dejar rastro. Durante un instante pensó que quizá la había ocurrido algo grave como para impedirle ponerse en contacto durante semanas y semanas, pero concluyó que, dada su relación, su familia habría enviado esas malas noticias.

Henry había dicho adiós de una forma rotunda. Quizá las cartas eran un recuerdo del pasado, un signo de su infancia y ese momento, la madurez llamaba a destacar. Quizá la espera se había hecho insoportable para él y había llegado a concluir que jamás podríamos reencontrarnos.

Fuera cual fuera la decisión de Henry, Margaret pensó que dado los años de amistad y la sinceridad que siempre les había caracterizado, debía habérselo confiado a ella. No lo había hecho y por ello, la joven estaba destrozada, triste y enfadada.

Bright era otro cantar. Sabía que a su regreso tendría que enfrentarse a él. O, mejor dicho, esperaba que él acudiera a terminar cierta conversación que no fue capaz de culminar.

La noche pronto llegó y Margaret, cansada de tanta reflexión y llanto, se dejó llevar por los sueños.

*Middleton Post. 26 de julio de 1876*

*Queridos lectores,*

*Es posible que, durante estos días de ausencia, mis más fieles admiradores hayan llegado a pensar que les he abandonado. No, queridos, solo necesitaba confirmar sospechas. Esta será sin duda una de las columnas más inquietantes de los últimos meses.*

*Todo parecía indicar que Margaret Westworth, la gran solterona de Middleton, iba a protagonizar al finalizar esta temporada uno de los enlaces más esperados por todos. Pues no sin esfuerzo, todos nos hemos volcado en que esta jovencita contrajera matrimonio. Sin embargo, y según me indica mi olfato, puede que dicho enlace no tenga lugar. Existen sospechas de que el corazón de nuestra joven está comprometido a otro caballero.*

*Lady Middleton*

## CAPÍTULO 23



*27 de julio de 1876  
Middleton, Inglaterra*

De regreso en Middleton, y como era de esperar, Margaret conoció las noticias sobre su propia ruptura de la pluma de la dichosa Lady Middleton. Al parecer, aquella señora cuya identidad era un misterio para todos conocía detalles de su compromiso con Kingsman e incluso de su posible romance con Bright que le habían dejado expuesta a la opinión de todos en el condado.

A pesar de estar enfadada por la falta de tacto que había demostrado aquella vil mujer al revelar sus secretos en pos del divertimento de los demás, Margaret tomó una importante decisión. Si ellos mismos no confirmaban el fin de su enlace, nadie tenía por qué hacer caso a Lady Middleton. Trataría de llevar una vida normal sin hombres alrededor. Bright tampoco parecía predispuesto a realizar una propuesta compromiso y Henry había desaparecido sin dejar rastro.

Durante años se había mantenido firme en su deseo de no casarse y ahora, por fin, encontraba el motivo perfecto para no cumplir con ellos.

Henry había decidido olvidarse de ella y se sentía traicionada por Bright. No le quedaba esperanza alguna en las intenciones honradas de los hombres.

Aunque agotada por el viaje, Margaret aceptó acompañar a sus hermanas menores al baile en casa de los Rogers. Eran como miembros de su familia y, ante todo, sabía que se sentiría muy cómoda entre ellos. Necesitaba sentirse cómoda y en familia en aquellos momentos. Con algo de ayuda, Margaret se preparó para la cena. Cuando se miró en el espejo, apenas se reconoció. Había algo muy distinto en ella, algo que creía haber perdido durante las últimas semanas. Fuerza y seguridad. Viviría su vida a su manera.

Una vez en casa de los Rogers, se acercó a saludar con afecto a sus amigos. Thomas estaba nervioso pues hacía bastante tiempo que no acogían a tantos invitados en su hogar y ver a tanta gente observándole como futuro anfitrión le ponía nervioso. Una de las cosas que Margaret adoraba de su amigo era su sencillez, su humildad y modestia. Sería heredero de una gran fortuna pero a pesar de ello preferiría vivir de forma modesta en una casa de campo. Sin embargo, valoraba el trabajo y sacrificio de su padre durante toda su vida y sus intentos de que llevaran una vida acomodada por ello, Thomas había aceptado el legado familiar.

—Thomas, si no te tranquilizas estoy segura de que tus nervios cobrarán vida —las manos de Thomas temblaban demasiado y Margaret las rodeó entre las suyas para tratar de infundirle calma.

—No soy capaz de encontrar calma pero ahora que sé que estás aquí, seguro que todo puede ir a mejor. —Thomas miró con más confianza a su amiga y ésta le sonrió encantada.

—Vayamos a bailar.

—¿Seguro? —Thomas preguntó confundido y tras ver su mirada, Margaret comprendió el motivo. Una joven comprometida debía reservar siempre el primer baile para su futuro esposo pues sino podía dar a entender que sus intenciones para con él no eran nobles o que tenía un

amante. A ojos de su amigo, el compromiso seguía en marcha y no podía dejar en evidencia al señor Kingsman.

—Tienes toda la razón del mundo. Debo buscar primero al señor Kingsman, ¿qué despiste el mío! A veces me cuesta asimilar que seré una señora casada. —Margaret se disculpó por su descuido ante su amigo, pero sabía que no era necesario.

—Resérvame la siguiente pieza, por favor.

—Eso te lo puedo asegurar.

Margaret buscó entre los invitados a su prometido, el señor Kingsman. Por suerte, la búsqueda no se prolongó demasiado pues el caballero estaba en una de las salas tomando una copa de brandy con varios invitados. Al verla, Kingsman sonrió, se disculpó con sus acompañantes y se separó del grupo para acercarse a ella. Le sostuvo la mirada en todo momento. Era tan cálida que Margaret se arrepintió en ese momento de su decisión.

—¿Puedo decirle a mi prometida lo radiante y maravillosa que hoy se encuentra? —dijo Kingsman en voz alta para que los invitados pudieran escuchar su comentario. El tono de su voz cambiaba por completo cuando hablaba con ella. Era cálido y melodioso como si su paladar se llenara de dulzura. No había dobles intenciones en sus palabras solo verdadera admiración.

—Puede y debe —Kingsman sonrió al escuchar aquellas palabras tan atrevidas de Margaret, ésta se dio cuenta del orgullo que había demostrado en sus palabras y trató de disculparse —. Quiero decir, si usted lo desea, señor Kingsman. No deseo obligarle a que...—la voz de Margaret temblaba de vergüenza por la prepotencia que habían demostrado. Se maldijo por dentro por ser tan maleducada como para seguir ofendiendo los sentimientos de Kingsman de aquella forma.

—Tranquílcese Margaret. Sé que nuestra situación es tensa por el momento, pero he comprendido su broma y he deseado compartirla. Si no puedo llegar a tener su mano, me gustaría poder ser su amigo.

El comentario de Kingsman le permitió respirar con alivio. Era un hombre demasiado bueno para merecer su amistad y Margaret le miró con ojos benevolentes y cariñosos.

—Eso se lo garantizo.

Aquellas palabras consiguieron calmar a Margaret e incluso el señor Kingsman fue capaz de robarle una sonrisa.

Margaret extendió su brazo para que el caballero lo tomara y haciéndole un guiño con la mirada le animó a que le sacara a la pista de baile regresando a la zona del comedor. Kingsman hizo una pequeña reverencia que Margaret repitió y cogidos del brazo se adentraron en el pasillo y después, en el comedor.

Cuando la nueva pieza comenzó, ambos compartieron un baile alegre y lleno de miradas cómplices. Puede que no fuera a ser su esposo peor compartiría una gran amistad con él.

Cuando la canción terminó, aplaudieron a la banda y Margaret y su acompañante regresaron junto al resto de las parejas a los extremos de la habitación permitiendo que nuevos bailarines llegaran a la zona.

Margaret y Kingsman conversaron con las hermanas de ésta y entre risas y algún suspiro enamorado de su hermana Grace, Margaret notó algo extraño en su vientre. Sentía cómo el aire tomaba un matiz cálido. Como el cabello que tenía detrás de la nuca se erizaba cuando escuchó una voz fuerte.

—Señorita Westworth, ¿tendría el honor de compartir la siguiente pieza conmigo?

Ella, sin necesidad de girarse, sabía quién era el dueño de tal invitación. Durante un instante pensó en reusar su ofrecimiento pues tenía motivos de sobra, pero no deseaba dar pie a comentarios maliciosos que la tacharan de maleducada.

—Por supuesto, señor Bright. Será un placer.

—Gracias.

Los minutos posteriores hasta el inicio de la siguiente pieza se hicieron interminables para Margaret Westworth. Contaba cada segundo sin dejar de observar a Bright. El caballero, que se apostaba al otro lado de la sala esperando su turno, le miraba sin pestañear. Y casi sin darse cuenta y con el milagro de no chocarse con nadie en su camino al centro de la sala, ambos se encontraron.

Aquello era un terrible error, uno demasiado grande. Imperdonable.

No podía permitirse perder los estribos y ceder a sus encantos podría ser fatal.

Bright era incapaz de ser honesto y compartir los sentimientos que pudiera sentir hacia ella, pero se sentía digno de retarla allá por donde fuera como si fuera dueño de su cuerpo y de las reacciones que causaba en él.

El resto de las parejas se dispusieron para comenzar la pieza mientras los músicos se preparaban. Margaret permanecía con la cabeza agachada tratando de mantener la calma. El señor Bright le parecía odioso pero irresistible y estaba segura que levantar la mirada hacia él supondría volver a caer en sus redes. Había decidido no sucumbir y necesitaba ser fuerte.

Un compás y Margaret supo que era su fin.

Dio un paso hacia delante y sus manos se tocaron apenas unos instantes, pero para la joven era como si un rayo le pasara a través del cuerpo. Se sentía más viva que nunca cuando Bright la tocaba. Las parejas daban vueltas sobre sí mismos, formaban círculos y danzaban de la mano entrelazándose con otras parejas. Una danza hermosa y coordinada.

Cuando Bright puso su brazo en la espalda de la joven y con la otra, sostuvo su mano, Margaret se sintió morir. Su cuerpo ardía de dentro a fuera. Notaba como el tacto de Bright provocaba que su piel estuviera sensible. Deseaba con todas sus fuerzas que rozara su cuello, que besara cada centímetro de su cuerpo y que pudiera olvidarse de todo aquello.

Margaret sentía envidia y celos cada vez que la sonrisa de su compañero iba dirigida a otra de las damas de la pista. Y por ello, decidió reclamar la atención de Bright.

Ella estaba segura de que, en esta ocasión, Bright no lo hacía con mala intención o con el propósito de darle celos o provocarla, sin embargo, estaba causando ese efecto en Margaret. Ella quería que las atenciones del caballero fueran solo para ella.

Y cuando sus cuerpos volvieron a encontrarse, Margaret capturó la mirada de Bright y no permitió que mirara a otra dama. A Bright le sorprendió y le agradó la determinación en los ojos de su compañera de baile y aceptó el poder que transmitía su mirada.

Nadie en la sala estaba prestando atención porque de haberlo hecho, se habrían dado cuenta de la furia que despedía la mirada de Margaret y la atención desmedida que mostraba el caballero en ella. Como sus pechos se habían acompasado a pesar de la distancia y cómo el deseo de sus cuerpos era una tensión que podía palpase en el aire.

Terminó la pieza, ambos hicieron una pequeña reverencia y Margaret, con la mirada pícaro y juguetona, pestañeó varias veces, cerró los ojos poco a poco y comenzó a retirarse de la zona de baile. Cuando se hubo separado varios metros, se detuvo, giró su rostro para ver a un Bright todavía confuso detenido en el mismo sitio que ella había abandonado y con un simple y decisivo gesto, Margaret le invitó a acompañarla.

Apenas unos instantes después, Bright había caminado con paso decidido sobre la pista para llegar hasta una de las habitaciones más alejadas de aquella zona que tenía la puerta entreabierta. La terminó de abrir con cuidado y sin hacer ruido y allí, se encontró a oscuras, una figura delgada y misteriosa.

Sabía, en efecto, quién era la dueña de aquel perfume, de aquel cuello sensual y desprotegido que con delicadeza estaba tocando. A quién pertenecía aquel rostro tan fino y la barbilla tan fuerte. Sabía que su misterioso rostro estaría unido a unos pechos a los que conocía y ansiaba como un animal que necesita cazar, y después, sus piernas largas que encajan a la perfección con su cuerpo.

Margaret había traicionado la promesa que se había hecho a sí misma pero no podía evitarlo, aquel hombre era su debilidad y sus ojos su perdición. Sabía que, al igual que las veces anteriores, no le iba a proporcionar alivio emocional o comprometerse con ella con palabras esperanzadoras de un posible enlace por amor. Pero Margaret era presa de aquellos ojos.

La joven se dejó tocar y él, deseoso de prolongar aquel encuentro furtivo entre ambos, susurró en varias ocasiones el nombre de ella antes de que la joven soltara un gemido.

Con cuidado, Bright comenzó a desabrochar poco a poco el corsé que oprimía aquellos pequeños pechos que estaban gritando por ser liberados. El pecho de ella subía y bajaba acelerado, nervioso porque intuía lo que vendría a continuación. Al principio con ternura y después con hambre, Bright capturó uno de sus pezones con la boca provocando un gemido que se perdió en el secreto de la noche. La joven acercó más su cuerpo al de él para facilitar el contacto con sus pechos. Ella deseaba con desesperación aquel encuentro, Bright lo notaba en la forma en la que había aceptado su fiereza, en la forma en que arqueaba su espalda y agarraba sus cabellos con fuerza para que no la soltara.

Bright, osado y con la seguridad de no ser rechazado, se separó de la joven y le invitó a que ambos se acomodaran sobre la alfombra que podía sentirse a sus pies.

Ella seguía agarrando sus brazos para que no se separara de ella, lo que interpretó como una invitación a profundizar en su encuentro. Introdujo su mano derecha bajo las faldas de la joven y con ligera rapidez pero como si se tratara de una pluma de avestruz, recorrió las piernas de la joven hasta llegar al interior de sus muslos. Estaba húmeda, caliente. Era perfecta. Lo deseaba. Todo su cuerpo lo deseaba. Jugueteó con los rizos que protegían la entrada del paraíso y cuando sintió que ella estaba a punto de perder la razón, introdujo uno de sus dedos dentro de ella.

Las piernas de la joven comenzaron a temblar y Bright pudo sentir lo que su habilidad provocaba en ella. La respiración cada vez más acelerada de la joven y como ella, tiraba de su chaqueta para que pudiera subir y llegar a besarla. Pero no lo hizo. Quería que ella perdiera la razón. Que conociera las virtudes de dejarse amar por él. Quería que ambos se reencontraran en el fuego de la pasión.

No tenían miedo a ser capturados en mitad de algo tan osado y censurable. Cuando Bright sintió que ella estaba lista para él, se separó no sin sentir el reproche en ella, y con rapidez, bajó sus pantalones. Ella, cómplice del deseo que los había embrujado a ambos, se subió la falda y esperó ansiosa al caballero.

Cuando Bright estuvo listo y se preparó para entrar en ella, y no se encontró con una joven nerviosa o perdida, sino con una mujer que deseaba ser amada. Ella estaba tan dispuesta como él a dejarse llevar por el calor del momento.

Y así fue, Bright se introdujo con precisión en ella y capturó sus labios para no alertar a los invitados. Ella rodeó la espalda de Bright animándole a que continuara y él la llevó al cielo.

Bright no quería jugar. Quería amarla. Así que, aunque sus ojos no se pudieran ver en la oscuridad, él no quiso retirar la mirada de ella y la contempló en silencio. Se dejó llevar por el momento y aceleró las embestidas cada vez más. La joven, trataba de permanecer en silencio a pesar del placer que sentía cada vez que Bright llegaba hasta el fondo.

—Es mío, señor Bright.

La joven estrechó todavía más las piernas sobre la espalda de Bright para poder sentirle

todavía más dentro y profundo. Esto intensificó mucho más el contacto de ambos y ella, arqueando la espalda, facilitaba la penetración. La determinación en la joven sedujo por completo a Bright quien no pudo resistirse a amarla con más intensidad. El cuerpo de ambos ardía y el calor que se concentraba en aquella sala era abrumador y asfixiante, pero ninguno de los dos lo notaba. Solo estaban ellos dos.

Cuando la joven pensó que el cielo no podía estar más cercano a la punta de sus dedos, Bright le indicó que se diera la vuelta. Ella obedeció y con habilidad, levantó sus faldas y esperó. Bright acarició sus nalgas, las agarró con fuerza, las volvió a acariciar. Aquello desconcertó, alarmó y sedujo todavía más a Margaret. La joven, alargó su brazo hacia atrás para coger a Bright por la chaqueta y con un fuerte tirón le indicó lo que deseaba. Deseaba que entrara dentro de ella.

Él movió un poco sus caderas para hacer un arco y cuando estuvo lista, volvió dentro de ella. Tras varios embistes más, Bright se detuvo con un gutural gemido. Por delicadeza, no se dejó caer sobre ella, sino que rodó hacia la alfombra. Ella, se dio la vuelta y húmeda por él, trató de bajarse la falda, sin embargo, él consiguió asir su brazo y la detuvo.

—No he terminado con usted.

Esas palabras llevaron a su amante al borde de la locura cuando el caballero se recolocó los pantalones y saltó sin previo aviso sobre los pechos de ella. Volvió a amarlos con intensidad. Y ella se dejó. Bright deseaba que su acompañante disfrutara de aquel momento tanto como lo había hecho él. Por eso, volvió a jugar con los rizos entre los muslos y a provocar la entrada de su monte Venus. Ella temblaba y sus piernas se movían agitadas con cada provocación de él.

Ella, ajena a la realidad que le rodeaba, solo podía sentir las manos ardientes de Bright, el fuego que le habían sentir y lo que adoraban su cuerpo. Tras varios instantes que para la joven amante parecieron los más eternos y placenteros de su vida, su cuerpo se colapsó y tensó. Jamás había sentido algo así. Agradecido por la belleza del cuerpo de su compañera, Bright subió hasta su rostro y la besó una y otra vez.

—Es gloriosa, Margaret.

Cuando su cuerpo respondió, Margaret se movió hasta Bright y tumbada de medio lado, le abrazó.

Durante unos instantes, el silencio reinó entre ellos.

Solo sus pechos acelerados y el calor acumulado en la sala era testigo de lo que había ocurrido en aquella habitación.

Bright estaba seguro de que si la luz pudiera bañar el rostro de su amante apreciaría un tono sonrosado en sus mejillas, unos ojos brillantes y unos pechos doloridos por el deseo.

Supo la verdadera suerte que tenía. No por tener a una joven tan dispuesta a su lado, sino que todo su cuerpo y su corazón le aceptaban. Había amado a Margaret de nuevo y ambos lo habían disfrutado. Bright no entendía cómo eran incapaces de comprenderse con palabras cuando era evidente que sus cuerpos hablaban un lenguaje común.

Sin embargo, había algo en su interior que seguía carcomiendo su alma y no le dejaba descansar por las noches: Margaret no era suya. Había aceptado la propuesta de matrimonio de otro hombre y, a pesar de saber que todo el cuerpo de Margaret gritaba su nombre, no podía encontrar un motivo por el que Margaret no hubiera roto su promesa. No podía pensar de forma racional. Era como si un fantasma llamado celos le acosara sin descanso.

Pensar que la joven sería de otro hombre de forma irremediable unido a la tensión que sentía por lo vivido con ella cometió un gran error al comentar lo siguiente.

—Me ha comentado su padre que ha estado unos días de viaje para visitar a unos parientes. ¿Ha sido de su agrado? —el silencio se rompió con el comentario de Bright.

—Sí, correcto —el cuerpo de Margaret se tensó—. Deseaba visitar a los hermanos de mi madre. Hacía bastante tiempo que no les veía.

Mentirosa, se decía Margaret a sí misma. Había ensayado una excusa convincente para cualquier curioso que preguntara por su imprevisto viaje.

—Curioso que hayas decidido abandonar Middleton en medio de la temporada social, sin tu prometido y sin que tu padre tuviera idea de tus planes. Habría sido mejor esperar al otoño para que el calor sofocante no le impidiera disfrutar de paseos al aire libre.

Estas palabras fueron suficientes para romper la magia y el momento que instantes previos ambos habían compartido. Como si del resorte de un muelle se tratara, Margaret rompió su abrazo.

Margaret intuía que el comentario de Bright tenía dobles intenciones dejando entrever un rencor o una falta de confianza en su palabra. Era evidente que no era el mejor momento para hablar de su inesperado viaje más aun cuando ella todavía estaba esperando que Bright le dedicara unas palabras provenientes del fondo de su corazón que le demostraran un mínimo de afecto.

Se sentó sobre la alfombra y recolocándose la falda con gestos descuidados y torpes trató de mantener la compostura. ¿Cómo había sido capaz de mencionar a su prometido en un momento como este? ¿Acaso había estado pensando su compromiso con Kingsman durante todo su momento de pasión?

Bright no entendía cómo aquellas palabras habían salido por su boca y se arrepintió desde el primer momento puesto que sabía que ella no iba a apreciar la preocupación de él sino la osadía de provocarle y recordarle que a pesar de que habían compartido algo tan íntimo entre ellos, ella era de otro hombre.

—¿Acaso piensa que miento, señor Bright? —le retó enfadada Margaret mientras trataba de serenar su respiración y poner en orden sus pensamientos.

En efecto, Margaret se había enfadado. Su malhumor solo era comparable al dolor que le había hecho sentir al hacerle creer de nuevo, que este encuentro no había significado nada para él. Había decidido abandonar la familiaridad y cariño que su cuerpo estaba demostrando por la frialdad de la educación y el protocolo.

—No sé qué pensar de sus acciones, señorita Westworth. Está claro que no respeta a su prometido o a su padre, si no se habría quedado en Middleton.

—¿Cree conveniente recordarme a cada instante que soy de otro hombre? —comentó Margaret en tono seco pero tajante mostrando su más que evidente enfado a Bright —Me pidió que rompiera mi compromiso con el señor Kingsman, pero no comprendo su motivo pues lo más obvio y decente sería recibir una proposición de su parte.

—¿Una proposición? —Bright le miraba aterrado y sorprendido. Aquel comentario le había cogido por sorpresa. Puede que él fuera un caballero entendido en el arte del amor, pero dejaba claro que su fuerte no era hablar o utilizar las palabras para expresarse con sinceridad.

—Solo quiere jugar conmigo, está claro. No debería haberme fiado de usted. Lo supe desde el primer momento en que intercambiamos unas palabras y dejó claro su interés por el sexo opuesto. Si tan decente fuera usted, no jugaría conmigo.

—Pero si ha sido usted la que me ha provocado para venir hasta aquí. Creo que es usted la que debería reflexionar sobre la moralidad de su comportamiento. No es propio de una mujer comprometida encontrarse de esta forma con otro hombre.

Margaret se quedó en silencio. Bright tenía más razón que nunca, pero escucharlo a modo de reproche le dolió a rabiar. Era verdad que ella le había seducido en aquella ocasión para forzar un

encuentro, a pesar de estar prometida y de repetirse en innumerables ocasiones que debía olvidarse de él, no era apropiado ni caballeroso que manchara su moralidad de aquella forma.

—No he querido decir eso, Margaret —trató de disculparse con rapidez Bright mientras se acercaba a ella. Quería acercarse a ella para impedirle que se marchara enfadada, pero era evidente que le había herido.

—Están demasiado claras sus intenciones, señor Bright. De ahora en adelante, será para mí un extraño y no se preocupe por mi falta de moralidad pues no se volverá a repetir. Eso se lo aseguro.

No supo explicar de dónde había sacado las fuerzas para contestar con tanta serenidad y sobriedad a aquel comentario tan hiriente, pero por mucho que le doliera que le hubieran tratado de esa forma, ella había sido la causante y eso, le oprimía más el pecho. Ella se había buscado aquello.

Margaret zanjó la discusión levantándose de la alfombra y caminando hacia lo que creía que era la puerta de aquella sala. Conforme caminaba, fue capaz de apreciar las voces que provenían del salón de la casa, cómo la música y la fiesta seguía adelante sin ser conscientes de lo que acababa de ocurrir.

## CAPÍTULO 24



*27 de julio de 1876  
Middleton, Inglaterra*

Con su cuerpo todavía temblando por la intensidad y pasión compartida con Bright y por desvergonzada pregunta de su amante, Margaret salió a uno de los balcones de la casa de su amigo en busca de un poco de calma. Necesitaba el aire que tanto le había faltado en aquella oscura sala. Jamás volvería a ver el despacho del señor Rogers con los mismos ojos sabiendo que su cuerpo había sido amado sobre la alfombra que tanto él estimaba.

Colocó sus manos sobre la balaustrada y trató de sosegar. Se castigaba una y otra vez por haber cometido el error de creer que esta vez podría ser fuerte, que podría controlar sus sentimientos y dejar que Bright tomara su cuerpo sin poner en riesgo su alma y su corazón. Pero no había sido así. Estúpida era la palabra que repetía una y otra vez.

Había sido incapaz de mantener la promesa que se había hecho a sí misma. Necesitaba sentirse libre, no quería estar bajo el influjo de ningún hombre ni dejar que nadie la controlara y aquella noche, había demostrado todo lo contrario.

Bright tenía razón puesto que había sido ella la que había provocado el encuentro. Ella le había tentado con aquel baile y con su mirada en el momento en que sus murallas y defensas habían caído al suelo y ella le había indicado que le siguiera hasta aquel despacho. Solo era ella la causante de su propia desgracia y ruina.

Sin embargo, Bright también era el culpable de mantenerle en un periodo de rabia y tensión continua siendo incapaz de mostrar un interés real y emocional en ella.

La noche era perfecta. Una tímida luna llena alumbraba Middleton y todo cuanto Margaret todavía no conocía del mundo. Observar aquel inmenso astro le hizo sentirse pequeña y poco a poco su respiración se relajó. Si alguien la encontraba en aquel estado sin duda, llamaría la atención, así que necesitaba sosegar.

De repente, sintió una presencia detrás de ella.

—Margaret.

Pronunció su nombre con tanta dulzura y necesidad que ella se sintió tentada a darse la vuelta y correr a sus brazos. Pero no lo hizo. Agarró con más fuerza la piedra del balcón y cerró los ojos con violencia deseando que Bright desapareciera.

—Por favor —suplicó el caballero entre susurros. No quería despertar el interés del resto de los invitados, pero su tono suave y cargado de culpabilidad llamó la atención de Margaret.

Él le había vuelto a hacer daño. Ella había sacrificado mucho más de lo que era capaz de admitir por él y Bright, volvía a hacer hincapié en que era una mujer prometida y que había faltado a su palabra.

En lugar de rogarle con afecto y cariño que rompiera todo compromiso con el señor Kingsman, había sido su parte posesiva y su parte jactanciosa la que había dominado. Y eso, Margaret, jamás podría perdonárselo.

¿Tan pocas palabras de cariño y amor era capaz de despertar en un hombre tras haber hecho el amor con él? Esa pregunta hizo sentirse sucia y odiosa a Margaret. No había palabras que pudiera pronunciar el caballero que apaciguaran el ánimo y la tristeza que assolaban el corazón de la joven. Se sentía rechazada y humillada.

Cuando Bright comprendió que Margaret no iba a responder a sus súplicas y tampoco le dejaría acercarse, se despidió en voz baja y regresó a la fiesta. Ella sintió como los pasos se alejaban poco a poco y liberando los sentimientos que habían tratado de salir a la luz durante todo aquel momento, se dejó caer al suelo.

Justo en ese instante, el señor Kingsman llegó hasta el balcón y le ayudó a levantarse. A pesar del estado de nerviosismo en el que se encontraba la joven, Kingsman no hizo preguntas, solo la tomó entre sus brazos y con cuidado le ayudó a entrar dentro. Buscó unas sillas para ambos y le indicó que tomara asiento.

Estaba preocupado por Margaret y su corazón solo quería consolarla. Quería coger sus manos y hacerle sentir que nada malo iba a ocurrir. Se preguntaba por dentro qué le había ocurrido para estar en ese estado pero no quería ser indiscreto si ella no decía nada.

—No soy quien para hacer preguntas, Margaret, pues bien sabemos que no tengo derecho sobre usted. Pero sí que quiero decirle algo.

Ella levantó la mirada y observó con detenimiento.

—Mi madre siempre me ha dicho que el amor es como una tormenta. Es impredecible, indomable, traicionera y violenta. Marea las aguas, retuerce los bosques e impresiona con sus rayos. Pero también hay belleza tras ella. Ayuda a que los campos crezcan y a que la naturaleza siga su curso, produce destellos especiales y brillantes en el cielo y captura el aliento de todos.

—No te entiendo.

—Puede que ahora todo parezca complicado, pero no se olvide que tras la tormenta siempre llega la calma.

Kingsman cogió entre sus manos las de Margaret y con ligeros toques trató de transmitirle serenidad. La joven no era capaz de comprender del todo las palabras de Kingsman, pero algo en su interior le decía que trataba de ayudarla.

—Siempre estaré a su lado, Margaret, como su amigo, si así lo desea. Y si en algún momento desea compartir conmigo sus pensamientos o sufrimientos, estaré dispuesto a escucharlos.

—Sería un verdadero placer para mí.

Los ojos de su compañero parecían tristes, pero cuando tomaron sus manos para llevarlas a su boca y depositó un beso en ellas, Margaret atisbó un ligero brillo en su mirada. Le dolía no haber sido capaz de amar a aquel hombre. Estaba segura de que habría sido el marido perfecto, pero ella no ansiaba al marido perfecto, ella necesitaba a un marido que hiciera sentir que cada día fuera una aventura.

Necesitaba al maldito Bright.

Durante un rato, ambos amigos permanecieron en el pasillo hasta que, más tranquila, Margaret tomó la iniciativa de invitar a Kingsman a bailar, quien aceptó de buen grado.

No solo compartieron un baile, sino tres. Thomas, su amigo, le reclamó el cuarto y de nuevo, tomó la mano de Kingsman. Ambos jóvenes le habían hecho recuperar la sonrisa y disfrutar de la noche que creía perdida por completo tras su discusión con Bright.

Se propuso no buscar sus ojos entre el público, pero, en un momento de flaqueza, los encontró. Estaban apoyados en uno de los ventanales del salón, con una copa llena en una mano y susurrando palabras en el oído de su compañera de conversación.

Al principio, Margaret achacó el alto ruido provocado por la música, las voces y el jolgorio a

la proximidad de ambos para mantener una conversación, pero cuando ella puso su mano sobre el pecho de él, se enfureció. Él, con delicadeza, agarró su mano y la alejó de su torso, lo que dio esperanzas a Margaret que pronto se esfumaron con la rapidez con la que Bright agotaba las copas.

La velada estaba llegando a su fin y una parte de Margaret se sentía dichosa de regresar a casa y poder descansar, pero otra, necesitaba permanecer con sus amigos y el señor Kingsman un poco más.

Aquella noche no había sido la mejor de las compañías e incluso, había desaparecido del salón durante un pecaminoso rato pero no podía olvidar lo mucho que había disfrutado bailando de forma despreocupada con el que aún era su prometido, sus amigos y sus hermanas.

Subiendo en la calesa con sus hermanas, su padre y su tía Beatrice, todos se despidieron de forma afectuosa con sus anfitriones y deseándoles que descansaran el resto de la noche.

## CAPÍTULO 25



*28 de julio de 1876  
Middleton, Inglaterra*

Todo su cuerpo estaba dolorido. No solo por las horas y horas que Margaret había disfrutado en la pista de baile danzando con otros invitados a la fiesta de los Rogers, sino por la pasión que Bright la había demostrado sin cesar en aquel despacho.

Había recreado en muchas ocasiones aquel momento. Sus dulces caricias, sus intensos besos, cómo había amado sus pechos y la fiereza que había demostrado al entrar en ella. Lejos de asustarle ese comportamiento tan osado y carnal, ella lo había alentado. Le había suplicado a Bright que la hiciera suyo.

Por ello no comprendía cómo habían podido torcerse tanto las cosas y cómo eran tan incapaces de comprenderse cuando estaba claro que sus cuerpos se amaban. Durante la noche, Bright había demostrado, de nuevo, ese comportamiento tan altanero, presuntuoso y conquistador del que tanto alardeaba con otra joven. Y puede que esta vez sí que fuera para hacerle daño.

No comprendía nada.

Necesitaba poner punto final a este tema para siempre o sino, terminaría perdiendo la mente y el corazón. Y por ello, se armó de todo el valor que fue capaz de reunir, se vistió ella sola y con decisión, pidió a su ama de llaves que avisara al cochero. Debía visitar de inmediato a Bright.

Henry Williams había decidido interrumpir su comunicación con ella y ahora también por Bright, necesitaba conocer si era culpa de ella.

—¿Se puede saber a dónde vas con tantas prisas, Margaret? —preguntó su hermana Grace con curiosidad y descaro.

—Seguro que el señor Kingsman ha venido a buscarla y ella, como siempre, llega tarde —comentó con cierto tono jocoso la menor de las hermanas mientras terminaba de dar una puntada delicada al nuevo cuadro que estaba bordando con esmero.

—¿Crees que el señor Kingsman va a venir?

—Por supuesto, es el prometido de nuestra hermana, debe ser visto en nuestra casa con frecuencia, sino los rumores podrían comenzar. Además, anoche bailaron en varias ocasiones y seguro que te fijaste en la sonrisa de Margaret, estaba pletórica.

—Hermanas, sois entrometidas, tercas y fisgonas —recriminó Margaret mientras terminaba de coger el pequeño abanico que se encontraba junto a la mesa.

Margaret tenía prisa por abandonar la casa lo antes posible o tenía miedo de perder el coraje que ahora vibraba en su corazón. Pero, por otra parte, se alegraba de la ingenuidad que respiraban sus hermanas ante toda la vorágine de sentimientos, encuentros y desamores que estaban presentes en la vida de su hermana mayor.

—Pero, aun así, nos adoras.

—¿Y cómo no podría? Ahora, si me disculpáis, tengo algo muy importante que hacer.

En ningún momento la culpa castigó a Margaret por proponerse despertar a Bright dado que había pasado buena parte de la mañana y era una hora más que prudencial para una visita social.

Sin embargo, quizá el exceso de vino que ingirió la noche anterior le mantuviera aletargado. A Margaret no le importó.

Cuando el cochero se detuvo frente a su casa, ayudó a bajar a la joven que había pedido a su dama de compañía que, en esta ocasión, se quedara en casa, y con paso decidido se acercó hasta la puerta.

Llamó con educación y una señora de mediana edad apareció al otro lado.

—Soy la señorita Westworth, me gustaría ver al señor Bright, por favor.

—Por supuesto, pase por favor.

El ama de llaves invitó a Margaret a que le siguiera a través del pasillo hasta llegar a una modesta pero cálida estancia. Al entrar, su corazón se detuvo.

Había una joven sentada en uno de los pequeños sofás.

Era la misma joven que había osado a poner la mano en el torso de Bright la noche anterior.

¿Qué hacía ella en la casa de Bright?

La joven, al ver que otra dama entraba en la sala, se puso con pie y con delicadeza hizo una reverencia hacia Margaret. La educación marcaba la diferencia entre los salvajes y los civilizados y, aunque Margaret deseaba acercarse a ella y zarandearla por haber tocado un torso que consideraba suyo, bajó sus hombros y su cuerpo.

Margaret no pudo evitar compararse con aquella joven. Sin duda alguna, era más joven que ella y puede que fuera su primer año como debutante. Su rostro era delicado, su mirada inocente, sus manos parecían suaves y su figura esculpida para ser adorada. Sintió envidia de sus virtudes que por supuesto, eran más exuberantes y atractivas para un caballero.

—Buenos días, soy Alice. —la señorita se presentó.

—Soy Margaret Westworth, encantada.

—El placer es todo mío, William me ha hablado de ti.

¿William? ¿Ese era el nombre de Bright? No lo recordaba. La cercanía y el cariño con el que aquella joven pronunció el nombre de Bright le provocaron arcadas. Estaba claro que ella le conocía en una faceta mucho más íntima que la propia Margaret y eso le hizo sentirse horrible.

La intimidad que debían haber compartido debía ser abrumadora para que se permitiera tomarse dicha licencia.

La confusión que su presencia y la forma de referirse a Bright había causado en Margaret no pasó desapercibida por la joven Alice quien trató de recuperar la educación.

—¿Desea ver al señor Bright? —preguntó Alice con entusiasmo dando un paso hacia delante para acercarse a la recién llegada.

La cara de Margaret debió convertirse en una expresión de terror cuando apreció la naturalidad con la que la joven se sentía dueña y señora de aquella casa. No estaba allí como invitada, sino que se sentía en el derecho de convocar o pedir que convocaran al señor de la casa. Esa revelación provocó una reacción en Margaret.

Se sentía pequeña, deshecha y confundida. Las conclusiones que su mente estaba sacando evidenciaban una pérdida notable de su razón, evidenciaban la falta de conocimiento de la persona con la que tanto había creído compartir y por supuesto, le obligaban a censurar su comportamiento libertino.

—No, no es necesario. Entiendo que el señor Bright no está disponible para recibir visitas. No se preocupe, acabo de caer en la cuenta que tengo varios recados para mi padre que todavía no he podido realizar. Discúlpeme, que tenga un buen día —respondió Margaret de forma esquiva y tosca olvidándose del protocolo.

Se despidió de la joven tratando de huir de los sentimientos tan abrumadores que su presencia

en la casa de Bright le habían causado y salió corriendo de aquella casa.

Ella no era la única amante de Bright.

Había otra joven, mucho más joven que ella, que disfrutaba de sus atenciones y sus caricias e incluso se atrevía a llamarlo por su nombre de pila. No solo se saltaba todas las normas de la educación, sino que exiliaba el decoro entre un hombre y una mujer al permitir que estuviera en su casa sin estar él presente.

Fue tal la tensión que sintió, que comenzó a notar que le faltaba el aire. Se subió la mano al pecho y tratando de hacer acopio de las pocas fuerzas que le quedaban, se ordenó a si misma encontrar la serenidad suficiente como para subir a la calesa que esperaba un par de metros hacia delante y no montar una escena en público. Sintió como una arcada subía por su garganta hizo todo lo posible para hacerla desaparecer.

Sentada dentro, comenzó a llorar pues en ese momento se dio cuenta de lo profunda y dolorosamente enamorada que estaba de Bright.

## CAPÍTULO 26



*28 de julio de 1876  
Middleton, Inglaterra*

Margaret pidió al cochero que le llevara a casa de los Rogers. Quería pedirle a Thomas que fueran juntos a cabalgar, y esta vez, sin escaparse o desobedecerle. Necesitaba respirar aire fresco, respirar, recuperar parte de sí misma.

Thomas, quien solía levantarse con los primeros rayos de sol, estaba ayudando a algunas señoras del servicio a recoger las mesas y las sillas. A pesar de que no era su responsabilidad y que su madre se encarga, en repetidas ocasiones de recordarle, que el servicio debía encargarse de ello, la buena voluntad de su amigo era inquebrantable.

—Querida Margaret, muy buenos días —saludó el joven Rogers con una gran sonrisa en el rostro al ver a su amiga acercarse de forma tan apresurada—. Espero que hayas podido descansar. Lo cierto es que tengo los pies doloridos.

—Buenos días, Thomas. Sí, he podido descansar. Me preguntaba si te apetecería dar un paseo a caballo conmigo —las palabras salieron de la boca de Margaret sin apenas tomarse tiempo para meditarlas.

—Solo si me prometes que esta vez no habrá sorpresas y que no te escaparás.

—Te lo prometo.

Su amigo abrió mucho los ojos y frunciendo el ceño dudó de la promesa de su amiga, pues en otra ocasión había prometido lo mismo y había acabado en el bosque perdida durante horas. La intuición y años de conocer a su querida amiga le llevaban a reconocer sus estados de ánimo y aunque confiaba en ella tras su renovada restauración de amistad, no podía dejar de apreciar el nerviosismo y la alarma que le dominaban.

Thomas percibía que algo ocurría con su amiga, aunque ésta no tuviera el valor de contárselo ni él encontrara las palabras adecuadas para pedirle que compartiera con él su inquietud. Si algo había aprendido ejerciendo su papel de hermano y también de amigo era no presionar a las damas, pues ellas tenían derecho a sus secretos.

—Te prometo, por los largos años de amistad que tenemos, que seré buena.

Ambos se rieron cuando ella prometió ser buena pues era ridículo que Thomas ejerciera un papel de padre. Caminaron juntos hacia el establo y, con la ayuda del mozo de cuadras, ensillaron a dos caballos. La preciosa yegua que Margaret había montado la última vez se alegró de verla, pues le dio un ligero golpe con el hocico cuando se pasó por su lado. Thomas le ayudó a subir y después montó él a su caballo. Con el paso sosegado salieron de las cuadras y se dirigieron al bosque de detrás de la propiedad. Durante el camino hablaron de la fiesta, de los invitados, de los cotilleos de los que ambos se habían eco.

Cabalaron hasta lo más profundo del bosque y durante todo ese rato, Margaret había relegado a Bright a un rincón de su mente. No quería volver a pensar en él y en lo doloroso que era el hecho de que no había tardado en reemplazarla o en lo poco que había valorado su entrega. Le carcomía

por dentro no saber si durante todo este tiempo que ella se había desvivido por olvidarle con el único resultado de encontrarse irremediamente enamorada de él, él ya tenía otra dama con la que compartir su intimidad.

Margaret olvidó esa presión que comprimía su pecho y que le conducía de lleno a una tristeza de la que no sabía cómo podría salir. La sonrisa de su amigo y sus buenas intenciones le alejaban del recuerdo de Bright y de sus caricias y ella debía ser fuerte y poner más de su parte en tratar de olvidarle. Pensar en que apenas unas horas antes había estado entre sus brazos y que ahora otra dama le esperaba paciente en el salón de su casa la destrozaba por completo.

La señora Rogers invitó a Margaret a que les acompañara durante la comida. Envío una misiva a casa del señor Westworth para que no se preocupara por su ausencia y Margaret trató de disfrutar.

—Dime, querida Margaret. Todas estamos muy ansiosas por saber ¿el señor Kingsman y tú habéis fijado ya una fecha para el enlace?

—Madre, no caiga en el embrujo de los chismes de esa Lady Middleton. Considero que le debemos respeto a la señorita Westworth —Thomas reprochó la pregunta de su madre. La señora Rogers quería a Margaret como una tercera hija y por ello, conocer el futuro de la joven era una de sus preocupaciones.

—No soy cotilla, Thomas, me preocupo por Margaret y por su futuro y si ha escogido al señor Kingsman solo deseo verla casada y feliz.

—Todavía no hemos fijado una fecha, señora Rogers, pero seguro que pronto lo haremos —respondió Margaret para no ofender a la señora Rogers a pesar de que era mentira aquello que le estaba diciendo.

—Eso está muy bien. Será uno de los enlaces más esperados de todo Middleton, de eso no hay duda. Tu padre y tu tía tienen que estar plétóricos ante la situación —dijo la señora Rogers mientras aplaudía con entusiasmo.

—Por supuesto, ya conoce a tía Beatrice. Está más que entregada a la noble tarea de desposar a sus sobrinas y por supuesto, muy a mi pesar, yo he supuesto un verdadero reto.

—Bueno, bueno, eso es ahora cosa del pasado. Todas las jóvenes deben hacerse de rogar si quieren encontrar a la persona adecuada. Solo espero que mi hija encuentre a un caballero tan noble y distinguido como su prometido.

Terminada la comida, Margaret acompañó a sus anfitriones al pequeño salón a disfrutar de un refrigerio junto a una divertida partida de cartas. El señor Rogers era diestro en el arte de las cartas y su hijo había heredado su virtud así que competir contra ellos era complicado. No obstante, en algunas ocasiones, dejaban ganar a las damas. Y entre una partida y otra, la tarde se pasó volando.

—Thomas, creo que debo regresar a casa. He abusado demasiado de vuestra hospitalidad.

—Sabes que aquí siempre eres bien recibida —dijo Thomas tratando de calmar a su amiga quien, en verdad, no deseaba ser un inconveniente para el devenir natural de las cosas en la casa Rogers.

—Lo sé.

—Margaret, perdona que sea tan entrometido, pero... ¿eres feliz, ¿verdad? —preguntó Thomas en confianza y utilizando un tono de voz bajo para evitar que el resto de su familia lo escuchara.

Se alegraba de que su amiga hubiera decidido compartir aquel día con él, eso le dejaba claro la importante que era su amistad para ella, sobre todo, sabiendo que algo le preocupaba. Saber que con él encontraba serenidad le hacía sentirse halagado.

—Por supuesto —a pesar de decir aquellas palabras con una sonrisa, Margaret dudó y se dio cuenta de que su amigo lo había apreciado. Era imposible ocultar la tristeza que anidaba en sus ojos por muy apasionante que fueran las partidas de cartas con el señor Rogers.

Un rato más tarde y tras despedirse de la familia Rogers, Margaret tomó prestada la calesa de los señores Rogers a petición expresa del señor de la casa y se dirigió a casa.

Tenía que aprender a no ser tan transparente con sus emociones o todos pronto comenzarían a notarlos. Estaba claro que la temporada social se terminaba y el anuncio de la ruptura de su enlace con Kingsman pronto se haría público. Eso atraería miradas, comentarios y burlas y Margaret tenía que estar preparada. Por supuesto, atraería las miradas de todas las mujeres de Middleton y puede que también de su odiada Lady Middleton. Su lengua viperina contaminaría su ya manchada reputación y podrían analizar con lupa su comportamiento o las posibles motivaciones de la ruptura achacándolo a un escándalo con otro posible hombre. Por fin, a lo lejos se veía su hogar. La residencia Westworth era una de las mejores propiedades de todo Middleton y Margaret estaba más que agradecida por vivir en ella. Si su futuro era incierto y al final no conseguía un marido por el que, si en verdad sintiera el impulso de abandonar la soltería, Margaret se sentía dichosa de permanecer en casa junto a su padre. Todos sus recuerdos y pasiones residían en aquella casa.

Abrió la puerta de casa y, cuando llegó al salón, se encontró algo que le descolocó por completo. Su padre y el señor Bright estaban jugando a las cartas en el salón.

—Querida, querida. ¡Cuánto me alegro de que hayas venido! Cuando llegó la nota de la señora Rogers me alegré de saber que pasarías el día en tan amable compañía —dijo el señor Westworth mientras dejaba las cartas sobre la mesa y se levantaba para recibir a su hija.

Ella, por su parte, se dejó abrazar por su afectuoso padre quien le dio un beso en la mejilla. La relación entre ambos siempre había sido muy estrecha y dada la tensión que empezaba a acumularse en su cuerpo tras ver a Bright necesitaba de su cariño.

—Ya estoy aquí, padre.

Las palabras salieron de la boca de Margaret temblorosas, nerviosas.

—Y no sabes cuánto nos alegramos —comentó entusiasmado el señor Westworth mientras indica a su hija que pase al interior de la sala con la mano—. El señor Bright llegó al poco de marcharte esta mañana con la intención de visitarnos. ¿Deseas unirse a nuestra partida?

Su padre, desconocedor de lo que estaba sucediendo, solo forzaba una situación que ya era tensa de por sí. Aunque a ella le divertía una gran partida de cartas, sobre todo con su padre, que era un jugador innato, no deseaba compartir estancia con Bright. El aroma que desprendía su cuerpo embriagaba los sentidos de Margaret y no le permitirían pensar con claridad.

Durante la mayor parte del día había logrado alejarlo de su mente y de sus pensamientos y ahora estaba allí, en mitad del salón compartiendo una copa y unas cartas con su padre. Casi como si lo aceptara como hijo. Eso tensó más a Margaret.

Podría apreciar una combinación excitante en los ojos de Bright: tensión, necesidad y culpa. Sentimientos que Margaret castigó.

—No, gracias. Creo que debería retirarme antes de la cena y darme un baño, Thomas y yo hemos montado a caballo y no sería respetuoso con tu invitado, padre.

Pronunciadas estas palabras, Margaret se dio la vuelta y comenzó a caminar derecha a la puerta principal.

—Margaret.

Bright.

—Siento que no haya podido disfrutar de la compañía de Margaret. —el señor Westworth se

disculpó ante su invitado. Comprendía la posible necesidad de su hija de descansar antes de la cena, pero no la repentina falta de educación de no desear atender a un invitado que parecía dispuesto a compartir su compañía.

—No se preocupe, señor Westworth. Regresaré a casa junto a mi hermana, Alice, quien Margaret ya ha tenido el placer de conocer esta misma mañana. —dijo Bright alzando la voz poco a poco para que la dama que estaba a punto de abandonar la estancia pudiera escucharle.

Margaret se detuvo con la mano sobre el pasamanos de la escalera. Su aliento se detuvo. Su corazón se detuvo. ¿Su hermana? ¿Acaso esa joven que con tanto afecto le había llamado William era su hermana? Margaret no sabía si creérselo, pero la verdad es que daba sentido a algunas cosas.

—Sí, mi hermana vino hace apenas unos días de visita. Es curioso, pero anoche me acompañó a la velada en casa de los señores Rogers. Me siento culpable por no haber tenido el placer de presentársela de forma apropiada.

—¡Vaya, señor Bright! Es una caja de sorpresas. No sabía que tuviera una hermana. En ese caso, debemos enmendar esta situación.

Margaret seguía escuchando en silencio la conversación que se mantenía en la sala entre los caballeros sin darse la vuelta, sin dirigirle la mirada a Bright y sin saber qué hacer. Era como si su mundo se estuviera desmoronando y cobrara forma por segundos.

—Por supuesto, por supuesto. ¿Qué les parece si remediamos esa situación y nos acompañan para cenar mañana? —la invitación de Bright fue entusiasta y sincera lo que el señor Westworth agradeció con una gran sonrisa en el rostro al ver la amabilidad del joven de enmendar su error — Sería una ocasión muy natural para presentaros a mi querida hermana, seguro que sus hijas están deseando conocerla. Aunque les pido que no esperen un gran menú, nuestra cocina y recursos no son tan...

—De eso usted no se preocupe, señor Bright. Es lo de menos. Por supuesto, aceptamos la invitación.

El señor Westworth parecía en verdad encantado con el hecho de conocer a más miembros de la familia Bright y con la cena que tendría lugar la noche siguiente. Le agradaba siempre conocer a nuevos vecinos y mucho más si estaban emparentados con gente a la que ya respetara.

Una vez zanjados los detalles de su próxima visita, el señor Bright se despidió con cortesía y se dirigió hacia la entrada principal de la casa donde pudo ver que Margaret todavía seguía allí. Cogió su sombrero, lo puso sobre su cabellera y durante una fracción de segundo, esperó.

En ese instante, Margaret se armó de valor, giró su rostro para mirarle y le dedicó una sonrisa tímida antes de perderse en el piso superior de la casa.

Tumbada sobre su cama y con una mano en el pecho, Margaret respiró tranquila al escuchar cómo se cerraba la puerta principal de la casa.

Era su hermana.

## CAPÍTULO 27



*29 de julio de 1876  
Middleton, Inglaterra*

Su hermana.

Alice era su hermana.

Margaret se disculpaba a sí misma diciendo que era normal que dicha confusión se hubiera producido. Ella no conocía apenas a Bright y mucho menos a su familia así que confundir a la joven Alice con una amante era algo comprensible. No había motivos en pensar que tuviera una hermana pues no había sido mencionado en ningún encuentro que hubieran compartido y tampoco tenía que buscar semejanzas en los rasgos de ambos. Fue ese pensamiento el que había permitido descansar a Margaret durante toda la noche. El alivio.

El alivio de ver la mirada tan triste y suplicante de Bright cuando estaba jugando con su padre en el salón y de cómo esperaba despedirse de ella en la puerta de la casa.

Puede que ese misterio que tanto había atormentado a Margaret quedara resuelto durante la cena de aquella noche, pero había muchos otros secretos que Bright parecía guardar.

Aquel avance no significaba que perdonara a Bright por sus malos modales y su comportamiento tan tosco durante sus encuentros, pero sin duda le permitía tener una mejor opinión de él en ese aspecto.

Durante toda la mañana, Margaret estuvo pletórica. Su humor cambió por completo y no fue algo que pasara desapercibido por sus hermanas o incluso el servicio. Margaret se sentía feliz. Esta misma noche, conocería un poco mejor a Bright a través de Alice. Pensaba hablar con la joven toda la noche después de disculparse por su extraño comportamiento del día anterior. Y, además, trataría de obtener la máxima información posible.

La casa se preparó para la cena. Las hermanas de Margaret, como era habitual, estaban más nerviosas de lo normal. Alertadas por tan inminente visita sin previo aviso y sin tener un nuevo vestido que poder lucir para la ocasión, trataron de encontrar algo hermoso con lo que deslumbrar. Iban a conocer a una dama que era todo un misterio. No sabían si era próxima en edad a ellas o si era más pequeña o demasiado mayor, desconocían sus gustos, sus temas de conversación favoritos, qué platos disfrutaba más, si ya había fijado su mirada en algún pretendiente deseable de Middleton que ellas mismas tuvieran en mente...

Margaret apenas dedicó tiempo a arreglarse. La doncella le había preparado un vestido de color esmeralda muy sencillo para la ocasión que a ella le pareció acertado.

La calesa estaba dispuesta cuando todos salieron a la entrada de la casa, indicaron al cochero a dónde debía dirigirse y emprendieron la marcha.

Margaret miraba por la ventana y sonreía. Quería sentir cómo el sol bañaba su cara, puesto que hacía varias semanas que no se permitía disfrutar de un momento tan sencillo como aquel.

Sus hermanas, Grace y Rose, peleaban en el coche sin cesar. Y Margaret, ajena a todo aquello, comenzó a ver la residencia de Bright a lo lejos. Sus nervios comenzaron a juntarse en el

estómago y poco a poco cobraron vida hasta dejar su boca seca y hacer temblar sus manos.

El coche se detuvo y todos bajaron con ayuda de uno de los sirvientes del señor Bright que estaba esperando a la entrada de la residencia. El ama de llaves acompañó a los invitados hasta el salón, donde se encontraban Bright y su hermana Alice.

En ese momento, cuando los ojos de Bright se posaron en su rostro y bajaron con delicadeza por su cuerpo para admirarlo, Margaret sintió como el rubor marcaba sus mejillas. Había sido tan íntima y preciada la sonrisa con la que le había reconocido que pensó que jamás podría dedicarle otra así.

Veía con otros ojos a la joven que tenía delante.

—Sean bienvenidos, señor Westworth, señoritas Westworth. Me gustaría presentarles a mi querida hermana pequeña, Alice Bright.

La joven se acercó de forma apresurada hacia Margaret y tomando sus manos con las suyas, dio pequeños saltos de alegría. Algo que resultó bastante llamativo e imprudente ya que acaban de ser presentadas. Una reacción demasiado efusiva que cogió desprevenida a Margaret.

—Debe usted perdonarme, señorita Westworth, pero tenía tantas ganas de conocerla al fin. Es un verdadero placer que haya aceptado la invitación de mi hermano para cenar con nosotros. Esta casa es demasiado grande para que la disfrutemos nosotros dos. En ese momento que Margaret tenía tan cerca a la joven Alice pudo apreciar los pequeños destellos o semejanzas con su hermano mayor. Compartían una estructura facial parecida y, sin duda, los ojos eran los mismos. El cabello, indomable en ambos casos, quedaba más sosegado en el recogido de Alice que en la ligera melena acicalada del caballero. Pero sin duda fueron sus ojos. Unos ojos vivos y llenos de energía.

—Su hermano ha sido muy generoso en su invitación —agradeció Margaret con sinceridad y cariño. Le encantaba la espontaneidad de Alice y la naturalidad con la que le había acogido nada más llegar, como si hubiera cierta familiaridad entre ellas.

—Lo es, no puedo negarlo —dijo girando el rostro y dedicándole una preciosa sonrisa a su hermano. Eso llegó al corazón de Margaret. Se notaba que Alice adoraba a su hermano y le hacía feliz.

—Si lo desean, podemos jugar una partida de cartas mientras las damas se conocen —Bright dirigió la invitación al señor Westworth quien aceptó encantado no sin que antes Margaret notara la reprochable mirada que Alice dedicaba a su hermana tras la sugerencia. Margaret se sintió extraña por detectar ese comentario silencioso entre hermanos y le invadió una sensación de curiosidad.

Las cuatro jóvenes se sentaron en varios sofás y comenzaron a hablar del principal tema de conversación, la temporada social. Alice estaba emocionada por su llegada.

En su primer día en el condado había podido acompañar a su hermano a casa de los Rogers, no sin antes rogarle hasta que accedió.

—No pueden imaginarse la emoción que sentí al ver aquel salón y a todos los invitados bailando, fue trepidante.

—En Middleton hay bailes o conciertos todas las semanas durante la temporada social, y si provienes de una familia respetable y con contactos es muy probable que recibas invitación para todos los eventos.

—Aunque también es cierto que es tedioso —dijo Rose con cierto tono burlón en sus palabras.

—No digas sandeces, Rose, apenas hemos ido a un par de bailes durante esta temporada social y todo gracias al compromiso de Margaret.

Esas palabras llamaron la atención de Alice que se giró para mirar a Margaret con los ojos

bien abiertos. Parece que el comentario de Grace había tomado por sorpresa a Alice quien, estaba ansiosa por saber más detalles.

—¿Está usted prometida, señorita Westworth?

—Sí, di mi palabra al señor —respondió Margaret con la mirada baja para evitar que cualquiera de las jóvenes pudiera leer la mentira en sus ojos. De cara al mundo todavía estaba prometida con el señor Kingsman y aunque tuviera delante a la hermana de su amante no podía descubrir la verdad. Hasta que llegara el día oportuno debía seguir defendiendo la mentira que estaba tratando de hacer creer a todo Middleton y a Bright. En concreto a Bright.

—Estamos todas muy emocionadas porque han sido varios años de espera, nadie parecía ser tan bueno para Margaret. Creo que yo no lo seré tanto, no espero esperar años para casarme, estoy segura que conoceré al hombre adecuado dentro de poco —comentó ilusionada Rose mientras se retocaba la falda una y otra vez para que las demás no notaran cómo se había sonrojado.

—Estoy segura de ello, señorita Westworth, es usted muy agradable y tiene facilidad para la palabra. En breve llamará la atención del joven adecuado.

—Eso esperamos todas —confirmó Grace mientras se llevaba el abanico a la cara para tapar la sincera risa que el comentario de su hermana le había provocado.

—Sí, pero recuerde, señorita Westworth, que a veces la espera merece la pena. Puede que su caballero de brillante armadura se haga de rogar y espere el momento adecuado para aparecer. Puede que haya ciertos impedimentos que le dificulten acercarse a usted con libertad y confianza como para hacer público su amor y la espera sea amarga. ¿Tendrá la paciencia de esperarle?

Margaret no supo si ese comentario estaba dirigido a su hermana menor o a ella misma pero todo lo que había comentado podría aplicarse a su relación con Bright. Quizá Alice no estuviera al corriente de la relación tan estrecha que había establecido con su hermano o puede, por el contrario, que le hubiera alertado su compromiso con el señor Kingsman cuando sabía que su hermano y ella eran amantes.

Era imposible que un caballero compartiera esa intimidad con su hermana menor si la decencia y la caballerosidad reinaban en su temperamento, aunque era evidente que habían intercambiado algún secreto en lo concerniente a su relación. Durante unos segundos, Margaret se perdió en sus pensamientos recordando el último comentario de Alice mientras contemplaba a su padre y a Bright jugando a los naipes. Su padre estaba pletórico y se apreciaba que disfrutaba de la partida de cartas. Bright, por su parte, parecía no llegar a comprender del todo cómo debían colocarse las cartas en la mano o cómo jugar su baza lo que provocó una ligera sonrisa en Margaret.

—William es incapaz de negarme nada. —Alice se quedó durante un segundo en silencio mientras miraba a Margaret y después, cambió de tema —Aunque seguro que puedo hablar con ustedes en el próximo baile. ¿Creen que seré invitada?

Grace se dio cuenta de la mirada que Alice había dirigido a la distraída Margaret y le dio un ligero golpe con el abanico cerrado sobre la rodilla para captar su interés de nuevo. Margaret se disculpó con sus compañeras de conversación y se centró de nuevo.

—Por supuesto. El señor Bright, su hermano, ha sido muy bien aceptado en Middleton y seguro que los anfitriones de las siguientes fiestas extenderán la invitación para que usted también pueda acudir —aseguró Grace a la joven Alice, quien, ilusionada y radiante, aplaudió encantada.

—Eso espero, he leído tanto acerca de Middleton en las cartas de William que moría de ganas de poder venir cuanto antes a visitarle.

—¿Su hermano escribe cartas? —preguntó Margaret curiosa. No conocía esa faceta de Bright, pero le parecía adorable que ambos hermanos mantuvieran correspondencia fluida durante las

semanas de separación. Lejos de las posibles misivas de negocios que tuviera que intercambiar Bright con sus proveedores o trabajadores no imaginaba dedicándole unas líneas de afecto a otra persona.

—Por supuesto, es un gran escritor. No podré admitirlo jamás, pero nuestro padre nunca alentó el deseo de William de escribir sin razón. Quería que continuara con el negocio de la familia, pero al final tuvo que resignarse.

En varias ocasiones más, Margaret dejó de lado la conversación con las damas para dirigir su mirada hacia la mesa de juego. En varias ocasiones Margaret se topó con la mirada de Bright. Dos miradas furtivas en el bullicio de la sala.

Margaret sonreía y se sonrojaba solo de pensar en Bright de nuevo junto a ella. Abrió de nuevo su abanico y comenzó a agitarlo. El aire aliviaba el calor que brotaba de ella.

—Nos hemos trasladado en varias ocasiones por el negocio de nuestro padre, pero nunca nos ha importado demasiado.

—Debía ser duro para usted, Alice, encontrar amigos en cada nuevo sitio. —Margaret se preocupó por la repentina confesión de la joven Alice. Tantas mudanzas para una dama tan joven podrían suponer su retraso permanente en la sociedad. Le dio pena que Alice hubiera estado privada de los placeres de una sociedad animada más aun cuando parecía ser un espíritu alegre y encantador.

—Sí, en eso tiene razón. Pero creo que fue más duro para mi hermano. Él es tímido y reservado. No disfruta mucho conversando con la gente y tiene problemas para hacer amistades.

—¿Estamos hablando del mismo Bright? —preguntó Rose confusa. — El señor Bright siempre se ha mostrado abierto y encantador en Middleton y no aparenta tener problemas para socializar.

—Oh, sí, desde luego —aseguró de nuevo Alice a sus invitadas — Conozco a mi hermano mejor que a mí misma y puedo decir que solo tuvo unos amigos auténticos en su infancia y nada más.

Pobre Bright, pensó Margaret. Cambiar de entorno a tan tierna edad dificultaba mucho el establecer relaciones o amistades auténticas. Era seguro que el miedo a perderles al trasladarse le llevó a cerrarse. A negarse a conocer a más personas. Pero nada de eso correspondía con la identidad del Bright que ella conocía. No es que pudiera asegurar que conociera al caballero tan de cerca como su hermana, pero tenía la certeza de que Bright no demostraba problemas para interactuar y menos, con el sexo opuesto.

—Sí, pero al principio del verano dijo que no íbamos a viajar más, que había tomado una decisión y que lucharía por encontrar un hogar feliz para los dos.

—Eso es tan hermoso. Tiene un corazón muy tierno. —dijo Rose llevándose la mano al pecho. Margaret contempló como su hermana menor observaba a Alice con la mirada risueña. Margaret sabía que su hermana menor estaba enamorada de cualquier hombre que pudiera mostrarle afecto y era obvio que Bright había provocado sentimientos en ella.

—La cena está lista, señor.

La conversación se vio interrumpida por el anuncio de la hora de la cena.

—Me gustaría continuar con nuestra partida más adelante, joven. Creo que es usted bastante más hábil de lo que aparenta. —comentó el señor Westworth acusando a Bright de hacer trampas — Si descubro que me ha dejado ganar, me podría llegar a sentir ofendido.

—No querría algo así, señor Westworth, pero por ahora, si son tan amables, acompáñennos al comedor.

—Si, por favor. No queremos escuchar los gritos de la señora Robinson si la cena llega a enfriarse —comentó de forma graciosa Alice mientras se levantaba y animaba al resto de las

damas a seguirle al interior de la propiedad.

La joven anfitriona tomó a su nueva amiga Margaret del brazo y juntas caminaron hacia el comedor. La señorita Westworth nunca había ido más allá del salón así que recorrer los pasillos de tan sencilla pero cálida casa le pareció una delicia. Era extraño, pero a pesar de que habían ocupado aquella residencia a principio de la temporada social, todo en ello era acogedor y transmitía un sentimiento de peculiar familia.

Todos los comensales se acomodaron alrededor de una modesta mesa de comedor y esperaron gustosos a que el primer plato fuera servido. Durante la espera, las copas se llenaron de agua y vino.

—Dígame, señor Bright, ¿tiene pensado emprender negocio en Middleton tras la temporada? —preguntó Grace.

Margaret se sorprendió que su hermana, que por lo general era más reservada cuando debía hablar con los hombres, iniciara una conversación preguntando sin dudar a Bright.

—Tengo la firme intención de asentarme en Middleton durante una larga temporada y con ello, si es posible, poder crear un pequeño negocio.

—En ese caso, no dude en consultarme —se ofreció el señor Westworth sonriente—. El señor Rogers y yo estaremos encantados de poder asesorarle sea cual sea la naturaleza de su negocio.

—Padre tiene un ojo excepcional para las matemáticas, la contabilidad y las oportunidades —dijo Rose orgullosa de su padre.

—Sé reconocer un caballo ganador en cuanto lo veo. Aunque la mayor de mis hijas, Margaret, es de vital importancia en mis negocios, tiene un buen ojo para ellos —comentó levantando la copa de vino hacia Bright y Margaret.

—Se lo agradezco de corazón, señor Westworth. Pero por ahora creo que me centraré en restaurar la normalidad de nuestras vidas y disfrutar. Han sido demasiados cambios en poco tiempo. Alice acaba de llegar a Middleton y me gustaría que se acostumbrara al condado antes de asentarme durante algunas temporadas por viajes de negocios. No sería justo para ella dejarla sola tras reencontrarnos. Me encantaría que me acompañara a los próximos actos sociales y conociera a otras jóvenes de su edad con las que entablar amistad.

—Sabias palabras. Disfrutar de los momentos de calma es fundamental para establecer prioridades.

—¿Y esposa? ¿Espera encontrar esposa?

Margaret le dio una patada a su hermana Rose por debajo de la mesa por la imprudencia y desfachatez de su pregunta. ¿Cómo podía ser tan osada? Ese tipo de preguntas no se realizaban y menos, en casa del propio anfitrión. Margaret se planteó que en algún momento tendría que hablar con su hermana sobre lo imprudente que era su comportamiento en algunas ocasiones que dejaban en evidencia su falta de madurez.

—Es usted directa, señorita Westworth. Eso todavía no lo sé. —dijo evitando mirar a Margaret para que su situación no entrara en debate mientras daba un sorbo a su copa de vino—. La temporada social todavía no ha terminado. Nunca se sabe.

—El corazón de mi hermano ya tiene dueña —comentó despreocupada Alice mientras le dedicaba una sonrisa a su hermano.

El corazón de Margaret dio un salto. ¿Ya tenía dueña? ¿Se refería en secreto a ella? ¿Acaso era posible que sus sospechas sobre que Bright hubiera compartido la naturaleza de su relación con su hermana eran reales? Una parte de aquello sonrojó a Margaret pues había compartido conversación con su hermana y pensar que ella sabía más de lo que había dado a entender le hacía sentirse vulnerable. Pero si se refería a otra mujer...

—Alice, creo que no es momento de compartir esas cosas. —Bright regañó a su hermana de una forma sutil, pero sin levantar la voz o parecer tosco. La regañina fue comprendida por la joven Alice quien, avergonzada, pero con una pícaro sonrisa en la boca agachó la cabeza y se disculpó. Era como si disfrutara con la provocación que acababa de causar.

—Vamos, vamos, disfrutemos de la cena —animó el señor Westworth para devolver la serenidad a la mesa.

En varias ocasiones durante la cena, Bright buscó la mirada de Margaret para tratar de transmitirle calma y tratar de conectar con ella y durante una fracción de segundo, sus miradas conectaron. No había palabras. Solo una sonrisa sincera.

La conversación durante la cena animó a todos los comensales e incluso Alice sorprendió a todos con gestos espontáneos y cariñosos para todos. Estaba claro que la joven había crecido sin una institutriz que le indicara cuáles eran las normas o los comportamientos permitidos dependiendo de las situaciones, pero por una vez Margaret dejó toda la educación de lado y disfrutó de la dulzura y el brillo de aquella joven.

Quizá la envidiaba. La envidiaba por tener ese carácter tan afable, por ser tan transparente, por amar tan incondicionalmente a su hermano y por ser tan cariñosa. Enviada su vitalidad.

Finalizada la cena, Alice sugirió que todos disfrutaran de un paseo por la propiedad. Todavía era de día y el clima era agradable así que todos aceptaron encantados.

Alice, acompañada por Rose, Grace y el señor Westworth, emprendieron la marcha. La joven anfitriona deseaba mostrar sus bellos jardines a los invitados de su hermano. Tomando a Rose de la mano, le agarró para que corrieran entre la arboleda.

Margaret se quedó rezagada y al darse cuenta que eso le permitiría tener un rato de intimidad con Bright se puso nerviosa. Al cabo de unos instantes, una voz surgió detrás de ella.

—Es agradable verla sonreír así —comentó entusiasmado el señor Bright quien extendió un brazo para ofrecérselo a Margaret— ¿Desea acompañarme?

—Claro.

Margaret tomó el brazo que Bright le ofrecía y caminaron juntos a una distancia bastante prudencial del resto del grupo. El paseo les condujo hasta una zona alejada dentro de la pequeña arboleda que se encontraba en el terreno de Bright. Una zona que confería privacidad. A pesar de que ambos tenían muchas cosas que decirse, ninguno se atrevió. Durante los primeros minutos, el silencio se apoderó de ellos y la incomodidad era evidente.

—Margaret, yo...

—No, debo ser yo quien hable primero. Mi reacción de ayer no fue educada ni racional. Extraje conclusiones precipitadas y en el camino, confundí a su hermana con...

—¿Con quién? —preguntó Bright curioso, pero con miedo en los ojos. Deseaba saber a qué se debía la confusión, pero le daba miedo haber causado una mala impresión en la joven.

—Con otra amante suya —Margaret pronunció estas cuatro palabras mientras su corazón se rasgaba solo de recordar lo que sintió la primera vez que se llamó a sí misma “amante” rebajando así su identidad y su cuerpo.

Bright detuvo al instante el paseo, se separó apenas un palmo de ella y miró a Margaret a los ojos. Ésta, avergonzada, miraba sus zapatos y el suelo. El caballero tomó su rostro con las manos y con dulzura le obligó a mirarle.

Durante ese instante, el aire se detuvo. Margaret no era capaz de escuchar el gorjeo de los pájaros, ni el susurro del viento atravesando los árboles.

—Escúcheme, Margaret. No hubo, no hay y no habrá nadie más que usted. Soy capaz de imaginar que ver ayer a mi hermana en el salón de casa y sin ser presentada de forma debida le

llevó a pensar que podría ser mi amante, pero no lo es. No quiero que piense que hay otra mujer en mi vida y no le permito que se llame a sí misma con esa palabra tan despreciable. No es mi amante.

Con cierta rapidez, Bright llevó de la mano a Margaret hasta la protección que conferían aquel conjunto de árboles y escondidos de miradas indiscretas, la besó.

Ella respondió con ansia a sus caricias que pronto se fundieron en un intenso beso. Las manos recorrían el cuerpo del otro como si la vida les fuera en ello. Bright intensificó el beso hasta el punto de que ambos perdieron la razón.

—Por favor, dime que no se casará con Kingsman y podré respirar. Siento que soy prisionero de todo esto y necesito que me libere.

—No lo haré —dijo Margaret con cierto orgullo mientras Bright todavía amaba sus labios con pasión. Ella se dejaba envolver por cada uno de sus besos y permitía que Bright le tomara.

—¿Cómo? —preguntó exaltado rompiendo el beso. No daba crédito a la negativa de Margaret de romper su enlace cuando era más que evidente que existía una atracción muy fuerte entre ellos. Bright se enfureció porque no comprendía las reticencias de la joven dama cuando estaba claro que ambos se deseaban. No podía ser más evidente.

—Hablé con Kingsman tras nuestro primer encuentro en la cabaña y le pedí que rompiéramos nuestra promesa. No estamos comprometidos —confesó Margaret con una sonrisa radiante y la mirada ilusionada mientras Bright, incrédulo, no sabía cómo reaccionar. Sus manos grandes seguían rodeando su rostro para evitar que aquel instante acabara y eso, tranquilizó a Margaret.

—¿Es cierto, Margaret, lo que dice?

—Tan cierto como que deseo que me siga besando.

Y así lo hizo.

No les importaba que el resto de los invitados estuvieran paseando por el jardín pues la distancia y la seguridad que confería aquel escondite secreto les concedía una licencia para dar rienda a su pasión. Nada podía importunarlos en aquel momento. Solo existían ellos y sus dos cuerpos.

Bright tomó las riendas de la situación y aprovechando la intimidad que ofrecían aquellos setos desabrochó con rapidez algunas de las cuerdas del corsé de Margaret hasta que uno de sus pechos quedó libre. En ese instante, ambos se miraron con intensidad y la respiración entrecortada de Margaret cuando éste tomó su pecho entre sus manos fue suficiente para romper el magnetismo que les unía.

El joven atrapó su pecho y jugó con él al mismo tiempo que paseaba su otra mano con divertimento por la pierna de Margaret. Deseaba que estuviera dispuesta para él. Levantó poco a poco la falda mientras ella estaba extasiada por los ligeros mordiscos que Bright le dejaba en sus erectos pezones.

El pudor hacía días que había abandonado la mente y el cuerpo de Margaret y por ello, cuando los juguetones dedos de Bright se acercaron a sus muslos, tembló de impaciencia. Deseaba desde el fondo de su ser que Bright introdujera sus dedos dentro de ella y así lo hizo. Margaret arqueó la espalda al sentir a Bright dentro de ella y con un gemido que la joven trató de acallar, Bright profundizó mucho más su dominio sobre el pecho de la joven.

El cuerpo de Margaret ardía apoyado en aquel árbol. Le fascinaba los secretos del amor que estaba descubriendo junto a Bright y lo fácil y sensacional que todo parecía ser entre ellos.

Cuando Bright sintió que había llegado el momento, se alejó de ella no sin antes notar cómo el cuerpo de su amante reclamaba tenerlo de nuevo cerca y comenzó a bajarse parte de los pantalones.

Margaret que trataba de hacerse a la idea del espacio que había entre ellos, tomó a Bright de la chaqueta y lo aproximó hacia ella para tomar sus labios. Cuando estuvieron cerca, Margaret aproximó sus manos curiosas al pantalón de él y le pidió en silencio liberar ella misma el miembro que palpitaba en su interior. La joven notaba como estaba duro y necesitaba tocarlo.

Bright sintió como la dama que tenía entre sus brazos se había convertido en una leona al tomar aquella iniciativa y comentó a besar su cuerpo, a mordisquear sus orejas y a volverla loca de la misma forma que Margaret le estaba haciendo sentir a él.

Cuando la joven liberó su miembro se tomó un tiempo para jugar con él. Con cuidado lo acarició con suavidad como si fuera algo digno de ser venerado.

Bright llevó su mano hasta la de Margaret y le enseñó como acariciarlo para darle pasión. Y ella continuó sola durante unos instantes.

Bright no podía ocultar el placer que estaba sintiendo y tras un minuto le pidió a Margaret que se detuviera, se aproximó mucho más a ella y levantando de nuevo sus faldas buscó su centro de placer para hacerla suya. La locura había llegado a la mente de Bright que solo podía pensar en Margaret y ella, por su parte, estaba entregada a la pasión que estaban compartiendo y atrevida tras haber dado placer a Bright, estaba dispuesta a seguir.

El joven tomó una de las piernas de la joven que la puso en uno de los laterales de su cuerpo y con un poco de habilidad entró dentro de ella. Margaret sabía que no podía gritar ni hacer ruido pues podía alertar a su familia o a los miembros del servicio, así que buscó el hombro de Bright y le mordió para acallar el placer que sentía con cada embestida del joven amante.

Bright le estaba amando allí mismo, junto a un árbol en mitad de su propiedad y ella no podía sentirse más plétórica, pues su corazón y su cuerpo estaban a punto de llegar al cielo.

Llegado el momento, Bright le pidió que se diera la vuelta, y de espaldas, levantó de nuevo su falda e introdujo su miembro. Margaret notó que doblando parte de la espalda hacia delante y separándose del cuerpo de Bright facilitaba más su acceso así que apoyándose sobre el árbol sintió mucho más profundo el miembro de Bright.

Al cabo de un minuto, Bright dio una última embestida sobre el cuerpo de Margaret y se detuvo tras descargar su calor dentro de ella. Bright acarició con suavidad el cuerpo de la joven antes de extraer con cuidado su miembro y ayudarle a levantarse. Margaret se dio la vuelta y contempló la gran sonrisa de Bright. Éste, que trataba de volver a poner su pantalón en su sitio no apartaba la mirada de ella. Por su parte, la joven amante recolocaba su pecho y su corsé para regresar a la normalidad, pero su rostro y todo su cuerpo todavía ardía de deseo.

—No puedo ser más feliz en este momento, Margaret.

## CAPÍTULO 28



*31 de julio de 1876  
Middleton, Inglaterra*

Habían pasado dos días y las piernas de Margaret todavía temblaban al recordar aquel árbol, los besos de Bright y sus caricias. En cómo su cuerpo reaccionó al suyo al complementarse y cómo ahora lo echaba de menos al no poder tenerlo cerca.

Confesarle a Bright la ruptura de su enlace con Kingsman había sido revelador. No podía haber esperado a un momento más propicio como tampoco había esperado aquella reacción tan osada por parte de Bright. Tomarla en el jardín de su casa, a pleno día y con invitados y sirvientes alrededor. Fue el elemento prohibido y la tensión del momento lo que acentuó la pasión entre ellos. Margaret se ruborizó al recordarlo y al confesar, para ella misma, cuánto lo había disfrutado.

Bright le había regañado al haberse llamado así misma amante y eso, le agradó pues denotaba ciertos sentimientos por su parte.

Se sintió poderosa al tomar el miembro de Bright en sus manos.

No sabía lo que estaba haciendo, pero necesitaba tratar de dar placer igual que ella lo estaba recibiendo de su amante. Bright le había enseñado cómo hacerlo y ver la forma en que su cuerpo reaccionaba había sido regalo suficiente.

Durante aquellos minutos en los arbustos, ambos se habían entregado por completo el uno al otro. Margaret había sentido una unión muy especial entre ellos que no requería de palabras y sabía que Bright había sentido lo mismo, puesto que sus besos mostraban devoción y no necesidad o hambre.

Margaret llegó a sentir algo parecido al amor brotar del cuerpo de Bright, pero no podía estar segura de los sentimientos del joven si éste no se lo transmitía con palabras o se lo confirmaba con actos.

Tras aquel momento, Bright le tomó del brazo y le pidió que siguieran al resto del grupo con la mayor rapidez posible para evitar los rumores. Eso desconcertó a Margaret y desde entonces, su mente no había dejado de pensar en su comentario.

La preocupación de Bright por los rumores o comentarios del resto de invitados le confundía, sobre todo, tras confesarle el fin de su compromiso con Kingsman. El caballero había mostrado su entusiasmo más vívido en aquella arboleda y, sin embargo, no había hecho ninguna proposición en aquel momento y eso confundía demasiado a Margaret.

¿Qué quería de ella?

Era la pregunta que más se cruzaba en la mente de Margaret y solo podía pensar en una respuesta cálida y afectuosa.

Quizá estaba esperando a reunirse en primer lugar con su padre, el señor Westworth, tras ser conocedor de la anulación del enlace para pedir su mano, o tal vez, solo tal vez, ella no le importara lo suficiente como para hacer realizar la fantasía que ella tanto anhelaba.

¿Acaso no era evidente que Margaret procesaba sentimientos profundos hacia el joven? ¿Tan ciego era Bright como para no darse cuenta de ello? ¿O tal vez fuera consciente y hubiera decidido no hacer nada al respecto?

Tras aquella preciosa velada se había producido el momento idóneo para una pedida de mano y, sin embargo, Margaret regresó a casa de nuevo soltera y sin promesas. Durante los días siguientes, Margaret trató de regresar a la normalidad sin dejar de dedicar momentos al recuerdo. Acompañó a sus hermanas al pueblo para hacer recados, recogió flores del jardín, decoró algunos centros de mesa, estudió algunos documentos de política y economía que le había recomendado e incluso trató de centrarse en bordar, sin mucho éxito, un pequeño tapete.

Cansada de rememorar y castigarse a sí misma o de intentar encontrar una explicación a todo, Margaret bajó hasta las salas comunes y allí, desayunó con su familia. Sus hermanas estaban más calladas que de costumbre y apenas levantaban el rostro del plato. Silencio. Margaret se preocupó.

—Rose, ¿qué ocurre? —preguntó preocupada Margaret al ver semejante escena en el comedor. El silencio era tan sospechoso que captó la atención de Margaret al instante.

—Nada —la respuesta fue rápida y tajante.

—No pasa nada, ¿por qué debería ocurrir algo? No ocurre nada —la tartamudez de su hermana Grace y la forma tan apresurada de justificar a su hermana le llevó a Margaret a sospechar que algo no marchaba bien. ¿Acaso le había ocurrido algo a su querido padre o tía Beatrice? No podría soportarlo.

—Rose, mírame ahora mismo.

Margaret ordenó a su hermana y ésta, con lentitud y con una mirada triste y desolada, miró a Margaret. Había algo en su mirada que no le agradaba.

—¿Qué estás ocultando? Es bastante inusual que no estéis gritando, saltando o comentando algún rumor o cotilleo. Quizá...

En ese momento, Margaret se dio cuenta de que, sobre la mesa, junto a Rose, estaba el periódico del pueblo. Cuando Grace se dio cuenta que su hermana lo había visto, se levantó de forma apresurada tomando el periódico con fuerza y tratando de ocultarlo tras de sí. Pero era demasiado tarde.

—Dame ahora mismo ese periódico —ordenó Margaret enfadada. Algo había en las páginas de aquel periódico que estaban tratando de ocultarle, por tanto, era sobre ella. ¿Sería la maldita señor Middleton?

—No hay nada interesante en él.

—Entonces, ¿por qué lo ocultas?

Tras perseguir a su hermana por parte del salón consiguió alcanzarla y quitarle el periódico. Sabía que sus hermanas solo eran admiradoras de una página en concreto de aquel archivo de historias así que buscó sin demora la firma de aquella mujer.

*Middleton Post. 1 de agosto de 1876*

*Queridos lectores,*

*Cuando no podía pensar que la temporada nos pudiera traer más novedades, por fin puedo confirmar unos rumores que durante algunas semanas han inquietado a las damas y madres de Middleton: el señor Kingsman y la señorita Westworth han roto su compromiso. Fuentes cercanas a la familia han confirmado esta trágica noticia y revelan que ningún reproche debería recaer sobre el noble caballero.*

*Por ello, y como una dama de mi talento siempre se mantiene atenta a cualquier signo de alerta o pequeño detalle, puedo aventurarme a confirmar que tal vez la ruptura se deba a que la señorita Westworth ha decidido entregar su corazón a otro hombre.*

*¡Qué escándalo! En efecto, es un escándalo y quizá, uno de los más importantes de la década en Middleton y por supuesto, fuente de vergüenza para unos y de divertimento para otros.*

*Sin embargo, ¡qué desdichada se sentirá la señorita Westworth cuando descubra que su enamorado ha abandonado Middleton sin fecha de retorno! No descubriremos el nombre de tan apuesto y fogoso caballero, pero sin duda las puertas de su residencia se cerraron durante la mañana del día de ayer y quién sabe cuándo volverán a abrirse.*

*Lady Middleton*

El trozo de papel resbaló por las manos de Margaret hasta caer al suelo ante la atenta mirada de sus hermanas. No podía ser verdad. ¿Bright se había ido? ¿La había abandonado? Apenas podía moverse o pensar. Todo su cuerpo se había convertido en piedra. Lo notaba adormecido y no respondía a sus órdenes de sentarse de nuevo sobre la silla. No podía. No podía respirar.

Su hermana Rose trató de acercarse a ella, de consolarla en silencio, pero ella no se dejó. En el momento en que Rose le tocó, ella se apartó y se colocó en un lado de la chimenea del comedor. Cogió el trozo del periódico y reduciéndolo a pequeños trozos de papel los arrojó al suelo enfadada.

Recorrió todo el comedor hasta llegar al pasillo central y de allí, a la entrada de la casa. Continuó su marcha hasta las caballerizas donde habló con el encargado y le pidió que ensillara su caballo. Él, preocupado por el estado de su señora, se negó a preparar un caballo para ella por miedo a que tuviera un accidente. Así que la propia Margaret cogió la silla, ató las correas y con mucho esfuerzo, se subió al caballo.

Cuando atizó al caballo tenía muy claro dónde debía dirigirse. Podría haber solicitado la calesa familiar pero no tenía tiempo ni ganas de esperar o responder preguntas incómodas de su padre. Montar a caballo era lo más rápido.

Salió por la entrada principal de la propiedad y se perdió a través del camino levantando una gran polvareda de tierra. Margaret agitó con firmeza las riendas para que el animal aumentara la velocidad.

Necesitaba llegar lo antes posible a casa de Bright y comprobar con sus propios ojos que las palabras de Lady Middleton no eran certeras. Probar que se equivocaba.

Necesitaba que no fuera verdad.

Necesitaba comprobar que, de nuevo, le había dejado.

Cuando llegó a la casa de Bright, un mayordomo que había oído llegar a la joven, le estaba esperando en la puerta. Ella detuvo al caballo con cierto miedo y esperó a que el hombre le ayudara a bajarse del animal.

—¿Se encuentra el señor Bright en casa? —preguntó apresurada Margaret sin apenas aliento en el cuerpo y respirando con dificultad.

—No, señorita Westworth. El señor Bright se marchó ayer a la ciudad y todavía no hemos recibido noticias de cuándo regresará.

—Y la señorita Bright, ¿se encuentra en casa?

—Sí. Anunciaré su visita.

Era verdad. Bright se había ido. Le había dejado allí. Margaret cerró los puños y con un tremendo enfado siguió al mayordomo hasta que fue anunciada en la casa.

La señorita Bright se encontraba bordando en el salón de la casa aprovechando la luz natural de la mañana. Al verla, la joven se levantó como un resorte. Estaba nerviosa. Ambas realizaron la reverencia y se quedaron calladas.

Apenas le miraba.

—¿Es cierto? ¿Se ha marchado? —preguntó al fin Margaret tratando de captar la atención de Alice, quien, para su vergüenza, era incapaz de mirarla.

—Me temo que sí, pero...

Margaret no quiso seguir escuchando. Esa confirmación fue lo que su corazón necesitaba para terminar de romperse. En definitiva, había arrojado su futuro y su esperanza de un matrimonio respetable por un indeseable que le abandonaba tras hacerle suya.

Lo había hecho en cada ocasión. No era la primera vez que se había marchado sin dejar nota o promesas, era la segunda vez. Debía estar preparada para ello, pero creía, en el fondo creía, que

tras la conversación que habían mantenido dos días atrás había quedado claro los intereses de ambos.

La señorita Westworth comenzó a caminar de un lado a otro de la sala nerviosa. Se llevaba el mano a la boca y al pecho de forma reiterada y eso, alertó a la joven señorita Bright.

—Margaret, por favor, siéntese y déjeme que le explique acerca de mi hermano. Estoy segura de que...—La señorita Bright levantaba los brazos tratando de alcanzar a Margaret y de infundirle calma.

—No debe ser usted quien me de esas explicaciones, sino su hermano.

¿Acaso Bright no le había confesado que no podía ser más feliz que en ese momento? ¿Acaso no había sido suficiente prueba de amor por su parte el entregarse de nuevo al joven ante la clara amenaza de ser descubierta? Ella había roto su compromiso con Kingsman para ser fiel a su corazón y a lo que estaba sintiendo, pero poco a poco, sus sentimientos se estaban tornando oscuros.

Bright no los había valorado.

Había insistido durante la cena en su interés de permanecer en Middleton durante un tiempo para hacer compañía a su hermana antes de ausentarse por temas de negocios pero había roto su palabra.

Era evidente que Alice estaba al corriente de la relación que su hermano y Margaret compartían porque trató de excusar el comportamiento y la decisión de su hermano de marcharse. Pero no había palabras o excusas que reconfortaran el malhumor y el pesar que ahora había devastado el corazón de la joven.

Margaret no se había dado cuenta hasta ese momento, pero de forma sutil, la señorita Bright se había acercado hasta el escritorio que estaba junto a una de las ventanas del salón y se encontraba delante de él. Era llamativo porque en lugar de sentarse tras ser incapaz de calmar a Margaret había renunciado a la comodidad del sillón para colocarse frente al calor de una ventana.

Aquello le recordó mucho a sus hermanas y como siempre trataban de ocultarle cosas cuando sabían que habían hecho algo mal. La forma tan esquiva que tenía de evitar su mirada, sus manos hacia detrás del cuerpo apoyadas sobre el escritorio...

—Señorita Bright, ¿qué está ocultando?

Margaret entendió que no solo sus hermanas le ocultaban algo, también la señorita Bright estaba encubriendo las fechorías de su hermano. Cuando Margaret llegó junto a ella le tomó de los brazos con fuerza e intentó moverle, pero la joven, no se lo permitió.

Eso no hizo más que avivar aún más si era posible el ansia de Margaret de saber qué escondía la joven tras su cuerpo. ¿Qué era tan importante?

Sintiendo vehemencia en su actitud y una falta de educación reprochable, Margaret se sintió culpable por molestar y hacer daño a la señorita Bright, pero no podía rectificar si deseaba conocer la verdad.

Cuando consiguió retirar a Alice del escritorio lo vio.

Sobre aquellas tablas de madera que con tanta habilidad habían construido un precioso escritorio para un salón de aquel tamaño se encontraban docenas y docenas de cartas. Y en todas ellas, con una delicada letra casi inspirada por los ángeles se encontraba el nombre de Henry. Y atrás, el suyo.

Margaret no entendía nada. ¿Qué hacía el señor Bright con todas aquellas cartas? ¿Por qué tenía todas las cartas que con tanto cariño le había dirigido a su amigo Henry? ¿Acaso las habría robado? ¿Qué pretendía con ello?

Tomó varias cartas y comprobó las fechas. La primera de ellas estaba fechada un año atrás, la

siguiente, varios meses antes. Desordenó todas las cartas y las fechas se remontaban años atrás. Allí estaba toda su historia, todas sus conversaciones con Henry, todas sus vivencias y su corazón.

Junto a esas, algunas más recientes que no tenían un aspecto tan ajado o manoseado como las anteriores como si no las hubieran leído en varias ocasiones.

Margaret había depositado en aquellas cartas tantos pensamientos y recuerdos que se sintió vulnerable de que estuvieran en manos de Bright.

Si era cierto que Bright las tenía en su poder desde hace tiempo era comprensible que conociera tan en profundidad a Margaret y que ella sintiera esa unión tan especial con él. Habría tenido tiempo para leer y releer aquellas páginas. De conocerla, de saber qué anhela, qué le gusta y qué espera de la vida.

Margaret no sabía qué sentir. Las lágrimas rasgaron sus ojos y clamaban por salir, pero la rabia las retenía dentro. No comprendía nada de lo que estaba ocurriendo y la desaparición de Bright complicaba todavía más el momento. Necesitaba tantas explicaciones.

Quería saber por qué aquellas cartas estaban en su poder. Quería preguntarle por qué se había ido y le había dejado atrás.

Quería saber si lo que habían compartido era real o solo un broma o capricho de un hombre vanidoso.

Pobre Henry.

Henry.

Margaret pronunció aquel nombre en voz alta y como si un rayo hubiera atravesado su cuerpo, se desmayó y cayó al suelo.

La señorita Bright corrió a su lado para tratar de ayudarle y llamó a gritos a alguien del servicio para que la socorriera. Con cuidado y delicadeza llevaron a la joven en brazos hasta uno de los sofás del salón y le dejaron sobre él hasta que despertara.

La joven dama comprendió que el calor del día, la intensidad del momento e incluso, la tensión que despedía la joven le había llevado al borde del colapso. Pero en el fondo de su corazón sabía que había otra razón por la cual, la joven se había desmayado.

Al cabo de unos minutos, la joven Margaret comenzó a despertarse y Alice le ayudó a ponerse derecha con cuidado. Margaret se sujetaba la cabeza tratando de recomponer un orden en sus pensamientos y tomó el vaso de agua que su compañera le ofrecía.

Alice no quería forzar a su invitada para conocer qué parte de los secretos de su hermano había sido capaz de descubrir en su visita. Sabía que su hermano se enfadaría con ella en el momento en que supiera que había dejado las cartas tan a la vista. Pero no podía evitar leerlas cuando su hermano no estaba en casa, eran tan hermosas que se embelesaba con su lectura.

Cuando Margaret se recompuso se levantó poco a poco del sillón y comenzó a caminar por la sala. Necesitaba pensar y apagar las ligeras luces negras que todavía aparecían en su mente. Alice y una de las doncellas les siguieron de cerca por si volvía a desmayarse, pero conforme observaron que las fuerzas regresaban al cuerpo de la señorita Westworth le dejaron caminar sola.

Mientras caminaba de un lado a otro de la sala, las preguntas sin respuesta y las dudas acosaban su mente.

Henry dejó de responder sus cartas al principio de la temporada coincidiendo con la llegada de Bright. ¿Y si había sido él quien había hecho que Henry perdiera el interés en ella? ¿Y si Bright había sido el causante del cese de las cartas entre ellos? ¿Le habría persuadido para que abandonara nuestra amistad? ¿Acaso estaría reteniendo las cartas de Henry o quizá, algo peor?

Pero aquellas preguntas solo le llevaron a otras y a otras y cada vez que formulaba una, Margaret entraba en un pozo cada vez más y más negro.

—¿Y si...? —se preguntó Margaret en voz alta. La señorita Bright observaba con cuidado a su invitada y esperaba cualquier reacción de su parte para poder ayudarla. Verla en aquel estado le hacía daño, pero tenía que darle su espacio.

En ese instante, Margaret se llevó la mano a la boca y atrapando su respiración se quedó paralizada. Sintió como si un cuchillo atravesara todo su pecho. Le faltó el aire. Le faltó la vida.

Las lágrimas estallaron en el rostro de Margaret quien no pudo detener el llanto. Entre tantas preguntas sin respuesta, Margaret había descubierto la verdad acerca de Bright. Fue ese instante en el que la joven Alice se levantó con rapidez para consolar a su invitada.

—Por favor, señorita Westworth, no odie a mi hermano. —le rogaba Alice conmovida. — Es una muy buena persona. Él solo quería...

Temblando y con cierta dificultad, la señorita Westworth caminó paso a paso sin ayuda y se apoyó en el escritorio. En uno de los cajones había varias cartas manuscritas y firmadas por Bright. Margaret las observó con detenimiento. Se sorprendió al reconocer al instante la pulcra letra. La forma en que se esmeraba en recrear las mayúsculas. La curvatura de sus letras.

Margaret tomó esas cartas y alguna de las que ella le había enviado a Henry y alzándolas en el aire miró a Alice.

—Henry no dejó de escribirme, ¿no es cierto? —preguntó decidida Margaret dirigiendo su mirada a Alice.

—Margaret. — no quería decir nada que confirmara la verdad que ella ya sospechaba, pero su silencio fue lo que terminó por revelar el secreto.

—No dejó de escribirme porque estaba aquí conmigo.

—Yo...

—Henry es el señor Bright.

## CAPÍTULO 29



*2 de agosto de 1876  
Middleton, Inglaterra*

Margaret era tan aficionada a las novelas románticas como a las de misterio y había leído en innumerables ocasiones sobre importantes revelaciones que son descubiertas en el precioso momento y que ayudan a resolver un caso, una investigación, a esclarecer un misterio. Allí estaba su epifanía.

Observando con detenimiento las cartas que con tanto cariño había escrito a su fiel amigo, tendió hacia delante una de las hojas que se encontraba sobre un bloque de papeles sobre el escritorio. Contenía la carta de despedida de Bright a su hermana Alice. Pero no eran las palabras lo que llamaba su atención pues sintió pena por la joven Alice y la repentina noticia de la marcha de su hermano sin explicación alguna, sino que era la caligrafía con la que estaban recogidas.

Una caligrafía que con tanta admiración había disfrutado durante años. Un estilo tan característico que casi confirmaría que es especial y que pertenece a un hombre sincero, honesto y generoso. La letra de su buen amigo Henry. Su Henry.

Allí estaba la verdad que con tanto esmero Bright se había afanado en ocultar. Él era Henry.

¿Qué significaba todo aquello? ¿Acaso Henry se había cansado de sus cartas y había decidido jugar con ella? Porque así se sentía Margaret, como una muñeca con la que había jugado. No podía imaginar que su mejor amigo se hubiera acercado a ella sin revelar su verdadera identidad cuando durante años le había pedido y rogado que viniera a por ella.

En ese momento se dio cuenta de un detalle que de forma sutil había captado su atención pero que ahora le parecía significativo, los ojos de Bright. Desde el primer momento en que los vio sintió algo familiar, algo cercano. Había sido él todo este tiempo y no se había dignado a decirle quién era a pesar de sus suplicantes palabras.

Margaret rompió todas y cada una de las cartas a las que tuvo acceso antes de ser detenida por Alice. Las lágrimas de Margaret discurrían por su rostro como una catarata en libertad. Sentía como si le hubieran arrancado dos partes de su corazón.

Amaba a Henry como amigo y amaba a Bright como amante y ahora, ninguno era real. Todo un invento.

—Escúcheme, señorita Westworth, le prometo por el Señor que con tanto cariño nos cuida que Henry no pretendía hacerle daño. Tiene que dejar que se explique. Seguro que cuando regrese...

Alice trató de calmar a Margaret, pero ésta se encontraba en un estado intermedio entre la cólera y el dolor más desgarrador.

Había descubierto la verdad sobre su hermano y sabía que no era la mejor forma de enterarse, pues su hermano había planeado desvelar todo en el momento oportuno.

—Creo que se equivoca.

Haciendo acopio de toda la fuerza que podía quedarle en el cuerpo, Margaret salió de la casa dejando atrás a Alice Bright y todas las mentiras que parecía albergar aquella casa.

El mayordomo, que se había llevado al caballo de Margaret, enseguida se dirigió presto hacia las caballerizas para recoger al animal. Ayudó a la joven nerviosa a subir al caballo y la vio huir.

Margaret llegó a casa y sin decir una sola palabra se encerró en su dormitorio. Sus hermanas, preocupadas no eran conscientes de la naturaleza del sufrimiento de su hermana, pero comprendían que, si estaba relacionado con la ruptura de su compromiso y con su posible romance con Bright, debían estar con ella si era verdad que el joven se había marchado. Le siguieron escaleras arriba y a través de la puerta cerrada escucharon cómo lloraba su querida hermana.

No se habían dado cuenta de que su hermana hubiera demostrado sentimientos profundos hacia el señor Bright pues, como era de esperar, estaban emocionadas por el hecho de que hubiera aceptado a Kingsman como esposo.

Allí sobre la cama, Margaret lloró desconsolada hasta que permitió que sus hermanas entraran en la habitación y le acompañaran.

Grace y Rose no preguntaron el motivo de su pena, pero comprendieron que eran asuntos que solo concernían a su hermana y que no debían presionarla para que se los revelara, aunque estuvieran muriéndose de ganas de saber qué ocurría, pero como buenas hermanas, le consolaron.

Y así pasaron los días y las noches. La joven Margaret Westworth no abandonaba su dormitorio en ningún momento. Sus hermanas le habían indicado al servicio que no se encontraba en condiciones de tomar la comida en el comedor y le pidieron que le sirvieran sus platos en el dormitorio.

Apenas tenía fuerzas para levantarse de la cama y tras el cuarto día entre sollozos y pensamientos negativos, sus lágrimas se secaron. Grace y Rose pensaron que jamás una mujer había derramado tantas lágrimas por un hombre como la pobre Margaret. Ambas desearon, en secreto, no sufrir por amor como su hermana.

La joven no pronunció palabra alguna en las numerosas visitas que recibía de su tía y de sus hermanas. E incluso, la hermana de Thomas se había acercado para verla esperando compartir un alegre paseo junto a su amiga y había tenido que regresar porque la mayor de las Westworth se encontraba indispuesta.

Margaret se sentía hundida y abandonada, engañada y humillada. Confiaba con todo su corazón en su amigo Henry y después de aquella temporada, la había entregado su cuerpo y su corazón a Bright, pero ambos le habían traicionado.

Aunque le dolía reconocer que sentía algo especial por ellos, su traición y las mentiras que había rodeado a aquella farsa le dolían más que cualquier otra cosa del mundo.

Henry no había tenido la valentía suficiente de confesarle que iba a venir a Middleton a verla y al estar allí, se había inventado toda una historia de mentiras y una vida de falsedades con tal de acercarse a ella. Y ella, como una dama enamoradiza, había caído en sus redes. Desconocía el momento en que su viejo amigo había decidido utilizar en aquellas artimañas para acercarse a ella cuando era la persona que mejor le conocía del mundo entero. Durante años le había revelado los secretos de su corazón en miles de cartas y los había usado para encandilarla en nombre de otro caballero.

La joven Margaret sentía un vacío en el pecho tan grande que no sabía cómo sería capaz de seguir viviendo sin lo que antes tenía forma de corazón.

No solo la traición de Henry o Bright le dolía, sino que ahora debía cargar con la vergüenza de que Lady Middleton hubiera revelado la verdad sobre su compromiso con Kingsman y sus sentimientos hacia el señor Bright. Pensar en la vergüenza que debía estar sintiendo su estimado señor Kingsman le destrozaba aún más pues el pobre caballero no tenía culpa alguna y ahora,

sería la burla de toda la comunidad al ser sustituido por otro hombre.

El día daba paso a la preciosa noche que Margaret contemplaba desde su ventana. Y al amanecer del quinto día, la joven tomó la decisión de asearse, solicitar a una de las doncellas que le ayudaran a vestirse y salir de aquella triste habitación.

Necesitaba recuperar parte de la dignidad que Bright o Henry o ambos le habían robado. Durante días había llorado por ellos pero ahora, debía sobreponerse y hacer frente al mundo.

Grace y Rose se alegraron mucho cuando su hermana entró en el comedor con un aspecto semejante al de un humano. La joven tenía unas bolsas grandes bajo los ojos consecuencia del cansancio de los días anteriores, del llanto y de la falta de sueño, pero para sus hermanas, que hubiera salido de la habitación, era un signo de triunfo sobre la tristeza.

Las dos se levantaron y con un fuerte abrazo rodearon a su hermana mayor. Estaban felices de verle salir de su habitación.

—Vale, vale. Si no me soltáis creo que comenzará a faltarme el aliento —dijo Margaret con una sonrisa en la boca. Le hacía feliz ver la reacción que causaba en sus hermanas y era muy tierno que, por una vez en su vida, Grace y Rose estuvieran de acuerdo en una sola cosa.

—Perdona, Margaret. Estamos muy felices de verte al fin.

—Sí, ya era hora de que salieras de esa habitación. Comenzaba a oler bastante mal por el pasillo —dijo Rose con todo jocosos tratando de hacer reír a su hermana.

—Pero ¿cómo le dices eso, idiota? —le increpó Grace a su hermana menor. Grace no comprendía cómo su hermana era tan poco sensible pero cuando le dedicó una mirada furibunda, Margaret se echó a reír.

—Sí, tienes razón Rose, no sabes lo bien que me ha venido un baño. Me siento mucho mejor ahora. —comentó Margaret para tratar de retomar la conversación en paz y demostrarles que se encontraba un poco mejor.

—Y que lo digas. Y ahora que estás entre los vivos, ¿qué te parecería si vamos a dar un paseo por el jardín? Podríamos recoger algunas de las hortalizas que han madurado en el huerto. Estamos seguras de que eso te gustará.

Grace conocía a su hermana a la perfección y sabía que involucrarse en cosas que a Margaret le hacían feliz sería la mejor forma de ayudarle a recuperarse. Le entristecía ver a su hermana con tanto pesar en el corazón y necesitaba ayudarle así que, si tenía que ensuciarse las faldas del vestido al ponerse de rodillas en la tierra para recoger unos tomates y unos pimientos, lo haría.

—Eso sería fabuloso. ¿Nos acompañas, Rose?

Margaret se echó a reír como una niña pequeña al ver que su hermana menor tenía un trozo enorme de huevo duro dentro de la boca y que era incapaz de morderlo. Había sido imprudente de no partirlo por la mitad antes de introducirse en la boca y ahora parecía una ardilla almacenando comida. Pronto Grace le siguió.

Al término del desayuno, las tres hermanas salieron de la casa no sin antes pasar por la cocina para recoger algunos delantales, tijeras y cuchillos, algunas cestas y unos guantes.

Preparadas para recolectar los productos de la tierra, las jóvenes Westworth se dirigieron al huerto donde una de las doncellas se encontraba recolectando una mata de tomates.

—No te preocupes, Emerald, nosotras nos ocuparemos el día de hoy. Puede ir a descansar.

—Muchas gracias, señorita Margaret. Me alegro que se encuentre mejor.

En primer lugar, Margaret enseñó a sus hermanas cómo debían cortarse los tallos para no matar la planta y así permitir que pudieran seguir saliendo más frutos. Rose se escandalizó en el momento en que un poco de tierra manchó su falda, pero pronto se repuso y para la sorpresa de Margaret, demostró ser una habilidosa hortelana.

Las tres pasaron gran parte de la mañana bajo el sol, llenaron en varias ocasiones los canastos y realizaron viajes a la cocina para entregárselos a la cocinera. No debían recoger todos los frutos porque siempre era aconsejable coger aquello que fuera a consumirse en el día que acumular y arriesgarse a que se pudrieran. Al menos en la mata, podían seguir creciendo.

Margaret encontró paz y calma entre sus plantas y debía admitir que la presencia de sus hermanas y el sacrificio que estaban demostrando por ella, le había arrancado alguna sonrisa.

En varias ocasiones su mente había regresado a la dura verdad que le esperaba tras los muros de aquella propiedad. Deseaba quedarse encerrada para siempre y no tener que hacer frente a las habladurías del pueblo o a la verdad de sus sentimientos, pero sabía que tarde o temprano, tendría que salir al mundo y que las miradas, irremediabilmente, la censurarían.

Cuando regresaron a casa, Margaret les pidió a ambas que se limpiaran con esmero los zapatos antes de entrar para evitar dar más trabajo a las doncellas. Así que todas obedecieron. Entraron por la parte de detrás de la casa hasta llegar a la cocina y allí dejaron todo lo que habían recogido.

Entraron en la casa y llegaron hasta el salón, donde su tía y su padre le esperaban curiosos junto a una gran jarra de limonada. —Vuestra tía ha preparado una deliciosa limonada y os sugiero que os toméis un poco, habéis estado toda la mañana trabajando en el huerto —el tono del señor Westworth era un enigma. Margaret no había hablado con él desde la nota que había sido publicada en el periódico del pueblo y necesitaba saber si él también reprochaba su comportamiento como ella misma hacía.

—¡Si, en el huerto! Un lugar muy poco apropiado para unas damas, debo añadir, querido cuñado —reprochó alarmada tía Beatrice mientras se abanicaba para calmar el calor que había comenzado a condensarse en la habitación —. No me puedo creer cómo habéis dejado vuestros vestidos. Parecéis unas pordioseras.

La tía Beatrice parecía muy enfadada por su poco acertado comportamiento en el jardín, pero las duras palabras de su tía solo provocaron que las tres hermanas se echaran a reír. Nadie podía quitarles que habían compartido un gran momento juntas.

—¡No os permito que os riáis de mí de esa forma, jovencitas!

—Vamos, Beatrice. Solo se estaban divirtiendo —el señor Westworth trató de calmar a su cuñada, pero ésta, no aprobaba el comportamiento de sus sobrinas.

Rose y Grace se sentaron exhaustas en uno de los sillones mientras Margaret se acercaba hasta la mesa para tomar varios vasos y la jarra de limonada. Se sentía en deuda con sus hermanas así que les sirvió un refrigerio ante la atenta mirada de su tía.

—Bueno Margaret, me alegra verte de nuevo encargándote de aquellas cosas que te hacen feliz, pero creo que ha llegado el momento de...

—Ahora no es el momento, cuñada —dijo el señor Westworth interrumpiendo a su cuñada —. Se hablará de las cosas en el momento adecuado.

—Pero...

—Ahora no es el momento —insistió el señor Westworth de forma tajante mientras miraba a su hija mayor. Sabía que su cuñada estaba deseando recriminar a Margaret por los rumores que desde hacía días rondaban por Middleton pero el señor Westworth no quería someter a su hija a más dolor del que sus ojos ya transmitían que soportaba.

—Está bien —aceptó resignada tía Beatrice al mismo tiempo que dedicó una mirada poco afectuosa a su sobrina que indicaba que hablarían más tarde.

Tras un largo e incómodo silencio, Rose y Grace se disculparon, pues debían subir a su habitación para cambiar sus faldas por unas limpias y pidieron la ayuda de Margaret. Ésta,

encantada con la nueva relación restaurada entre ellas, aceptó. Margaret dio las gracias por encontrarse en cualquier estancia de aquella casa salvo en el saloncito donde su tía parecía más que dispuesta a sonsacarle la verdad.

—Espera, Margaret —dijo su padre mientras se levantaba del sillón y se acercaba hasta la puerta del salón donde se encontraba. Metió la mano en el interior de su chaqueta y le entregó una carta. —Debo darte esto. Es para ti.

Margaret tomó en sus manos el sobre que su padre le entregaba y le dio miedo mirar de quién era la letra del remitente. Su padre le dio un fuerte beso en la mejilla y después le abrazó para darle ánimo.

No había hablado con él en los últimos días. El señor Westworth no era conocedor de todo lo que había ocurrido en las últimas semanas, pero no quería entrometerse en los designios del corazón de su hija. Confiaba en ella y sabía que cuando estuviera preparada y así lo quisiera, le confiaría aquello que deseara.

La joven abandonó la estancia y poco a poco subió hasta la planta superior de la residencia. Allí, sus hermanas correteaban de un lado para el otro buscando sus faldas y llamando a la doncella. Al ver que su hermana mayor se detenía silenciosa en el umbral de su dormitorio observaron que llevaba una carta en la mano.

—Margaret, no te preocupes. Nosotras nos encargamos.

Con esa dispensa, Margaret cerró la puerta de su cuarto y con un temblor en las manos se sentó sobre la cama y leyó.

*Mi muy querida Margaret,*

*Siento en lo más profundo de mi corazón no poder estar frente a ti revelando estas palabras que nacen de la más pura verdad. La cobardía y la vergüenza han sido compañeras inseparables durante toda mi vida y ahora que por fin he logrado sobreponerme a los rumores y la oscuridad, no soy capaz de decirte cuánto lo siento.*

*Tu mirada, siendo lo que más adoro de ti, me da miedo. Tengo miedo a tu rechazo, a tu indiferencia, a que te repugne y me odies.*

*Sé que no soy digno de suplicar tu comprensión y tu perdón después de todo lo que te he ocultado, pero me gustaría tener la oportunidad de explicarme. Puede que destruyas estas hojas en cuanto leas mi nombre en el sobre, pero mi corazón y mi alma no podrán vivir juntas si no soy sincero contigo. Mi amor.*

*Nací bajo el nombre de Henry y sin duda alguna mi apellido es Williams. Soy el hijo mayor de Lord Williams. Me duele reconocer que la fortuna de la familia se quemó entre mesas de cartas y fiestas como bien sabes. Mi difundo padre no solo perdió la fortuna familiar, sino que debía dinero a otras familias que gozaban de su confianza. Mi madre no pudo vivir con la humillación y nos marchamos del condado. No pude siquiera despedirme de ti, mi gran amiga.*

*Los últimos dos años he tratado de recuperar la herencia y prestigio de la familia. No podía regresar a tu lado, al de mi amada Margaret, al lado de la niña que ahora sería una mujer, la dueña de mi corazón, como un fraude. Quería que te sintieras orgullosa de mi y quería darte un motivo para que me aceptaras.*

*En muchas más ocasiones de las que soy capaz de recordar preparé mis viajes para regresar a Middleton, pero en cada ocasión, la duda y la vergüenza minaban mi entusiasmo.*

*Tus dulces cartas fueron el paño de mis largas noches en soledad en el exilio. No disfrutaba como los demás jóvenes del juego o las mujeres, ansiaba tus palabras, tus cartas. A través de*

*ellas pude ver cómo crecías como persona y mujer.*

*La fuerza de tus convicciones, tu negación a entrar en sociedad y formar parte de este espectáculo que ambos odiamos y, sobre todo, tu noble corazón me alentaba a permanecer a tu lado cuidándote. Me refugié en las palabras.*

*Tu arrojo al discutir conmigo me dio la razón, eras mi dueña. Solo tú, Margaret. Nunca ha existido nadie más en mi vida y nunca lo existirá. Puede que yo mismo haya propiciado que nuestros corazones no vuelvan a encontrarse, pero debes saber que te amo sin medida. Siempre.*

*Cuando me revelaste que habías recibido una petición de un joven noble para contraer nupcias quedé devastado. Mi Margaret iba a desposarse. Sin embargo, confesaste que no deseabas compartir tu vida con él. No podías abandonar a tus hermanas tras la muerte de tu madre. Eso me hizo amarte más.*

*Por eso, el primer día que tuve el placer de estar en tu presencia en aquel salón, temblé. Temblé como un niño pequeño. Eras tan hermosa. Habían sido demasiados años sin ver tu rostro, pero eras mucho más de lo que recordaba y había soñado. Tus duras palabras eran ciertas, te mentí. No te revelé mi verdadera identidad.*

*Podía haberte indicado mi nombre y que era el destinatario de tus cartas, pero tuve miedo. Durante estos años hemos crecido juntos y siempre he sabido que tenías sentimientos por tu amigo de la infancia, pero necesitaba saber si como hombre, también podrías amarme. Pero al mismo tiempo, sentía miedo de que toda la comunidad reconociera mi verdadera identidad y fuera el hazmerreír de Middleton. Pero, ante todo, sentía pavor de que tú me rechazaras por no ser digno de ti.*

*Te adoré en secreto durante semanas. Los bailes, que siempre habían sido aburridos, eran lo único que me permitía estar cerca de ti. Eras tan perfecta que me mataba por dentro ver que otros ojos podían observar cómo tu cuerpo se movía al son de la música. Notaba como tu alma respondía a la mía, como tu cuerpo encajaba con el mío. No podía fingir a tu lado.*

*Pero a pesar de que te amo, te abandoné. Me diste el mayor regalo que puede merecer un hombre, el corazón de una mujer. Me entregaste tu cuerpo y tu alma y no existen palabras para describir lo dichoso que me sentí cuando me revelaste que habías roto tu compromiso por mí, por nosotros.*

*Sin embargo, he tenido que dejarte y necesito explicarte el motivo. No ha sido la vergüenza en esta ocasión, sino una razón de fuerza mayor, lo juro.*

*Mi hermano mayor no ha podido eliminar la afición oscura que consumió a mi padre. En más de una ocasión he tenido que salvarle de una situación violenta. Muy a mi pesar, al llegar a casa tras nuestro encuentro mi ama de llaves me reveló que habían visto a Marcus en la ciudad seducido por la bebida y el juego. Mi corazón no podía dividirse y aun a riesgo de perder tu amor y confianza, debía salvar a mi hermano. Marcus.*

*Puede que no le recuerdes porque durante nuestra infancia fue enviado a un internado para controlar su temperamento.*

*Él no recibió fortuna ni título de padre y esa deshonra le hundió más en la miseria. Sin embargo, yo no podía abandonarle como hizo nuestro padre. Debía cuidar de él, aunque eso supusiera sacrificar nuestro amor.*

*Comprendo que son demasiados los reproches que recaen sobre mí y miles las preguntas que estarán bailando en tu mente, pero solo deseo que sepas que cada caricia y beso que te he dado, cada vez que nos hemos amado y cada carta que hemos intercambiado han sido el mayor regalo que he podido recibir en la vida pues siempre seré tuyo.*

*Ojalá llegue el día en que pueda explicarte que Henry y Bright son dos piezas de un puzle*

*incompleto pues les falta la única esencia para mantenerse unidas. Tú, Margaret.*

*Siento no haber demostrado el valor suficiente de revelarte yo mismo quién era en realidad. Te juro que en cada uno de nuestros encuentros deseé contarte la verdad, ser libre contigo al fin, pero no me salían las palabras. Sé que cada instante esperabas algo de mí, sin embargo, mis palabras se quedaban atrapadas en mi garganta sin saber cómo salir. Me dolía por dentro que pensaras que no te amaba o que te estaba utilizando cuando la mayor de las verdades es que yo soy tuyo desde hacía años y te amo con todo mi corazón.*

*Regresaré dentro de poco a Middleton, lo prometo y solo deseo que puedas dedicarme un momento para que puedas escucharme y expresarte cuánto lo siento.*

*Tuyo siempre,*

*Henry.*

El corazón de Margaret se había detenido. Reconoció desde el primer instante la caligrafía de Henry y como si fuera una jarra de licor, bebió cada una de sus palabras hasta terminar. En sus páginas pudo reconocer la sinceridad del dulce corazón de Henry, pero también el ímpetu de Bright.

Le dolió descubrir que Marcus, el hermano de Henry, al que apenas recordaba había desarrollado la misma afición perniciosa que su difunto padre. Y había sido ese amor que sentía por su hermano y su deber de protegerle lo que le había llevado a ausentarse en varias ocasiones sin explicación alguna.

Esa repulsión al juego que Bright le había manifestado el primer día que el señor Westworth le invitó a compartir con él una partida de cartas fue un detalle que dejaba entrever su identidad pero que Margaret no supo ver porque no sabía que debía buscarlo. Solo se odiaba a sí misma y culpaba a su padre por incentivar a que Henry jugara a algo que tantas desgracias le había acarreado. De la misma forma, comprendía la mirada que Alice le había dedicado cuando el señor Westworth le animó a jugar a las cartas en su propia casa.

Esa resignación y la sonrisa que siempre llevaba en la boca con cada mano que jugaba con el señor Westworth solo dejaba de manifiesto el verdadero interés del joven de compartir y crear recuerdos con su familia. Se sentía halagada.

En ese momento, con la carta todavía caliente en sus manos, Margaret comenzó a darse cuenta de pequeños detalles que hasta el momento habían sido inadvertidos.

Le vino a la mente el momento que ambos habían compartido en la cabaña en el que Bright había admirado sus pecas, las pequeñas manchas que esculpían su rostro y que tan divertido admiraba Henry cuando eran pequeños.

La forma en que su cuerpo siempre se había sentido cómodo a su lado sin sentirlo extraño. Como si siempre hubiera pertenecido a él.

Pero eran sus ojos lo que terminaba de unir a aquellas dos personas. Eran los mismos y no había sabido verlo.

¡Qué injusta había sido la señorita Westworth con el pobre Bright! Las coincidencias del destino habían querido que justo se ausentara tras momentos cruciales de su relación, pero no podía culparlo por ello sabiendo ahora la verdad pues una nota o referencia al motivo de su ausencia habría supuesto revelar la verdad o caer en una mentira.

Margaret se preguntaba si podría amarlo, si podría amarlos a los dos. Dos caras de la misma moneda que sin duda, eran ahora dueñas de su corazón. Admitir que siempre había amado en secreto a Henry y sus cartas había sido el motivo por el que durante años había pospuesto

encontrar marido. Ninguno de los jóvenes caballeros que conocían estaba a la altura del cariño profundo que ya sentía por el joven que se escondía tras sus cartas.

Y, por otro lado, tampoco podía negar que todo su cuerpo y su alma se habían entregado a un hombre al que amaba sin reservas y que conseguía volverle loca en todo momento.

Henry y Bright eran un gran misterio que debía pensar si estaba dispuesta a aventurarse a conocer.

Entre toda la vorágine de pensamientos que cruzaban su mente de forma rápida, la puerta sonó varias veces.

—Margaret, querida, ¿podría pasar? —la voz profunda del señor Westworth le reclamaba desde el otro lado de la puerta.

—Por supuesto, padre.

El señor Westworth entró con paso decidido en el dormitorio de su hija y tras cerrar la puerta, se sentó junto a ella en la cama. Del interior de su bolsillo extrajo otra carta.

—He recibido una carta bastante interesante de parte del señor Bright y no ha sido posible que no me asombrara más por su contenido. —comenzó a relatar su padre mientras dejaba la carta sobre un lado de la cama y miraba a su hija con una mezcla de asombro y confusión.

—¿Usted también padre? —preguntó confusa Margaret mientras se giraba para ver el rostro de su padre y expectante de que le revelara el contenido de la misma a la mayor brevedad posible.

—Aunque imagino que esta que está sobre tu cama tiene un contenido muy distinto, el señor Bright me ha confesado su verdadera identidad y ha expresado sus más sinceras disculpas por las molestias causadas.

La voz del señor Westworth era neutra. No demostraba enfado ni tampoco, júbilo por conocer la verdad. Sin embargo, Margaret notaba cierta desilusión en su mirada. Sabía que su padre había confiado en el joven desde el primer momento en que lo había visto. Confió en sus intenciones, en sus planes de futuro, jugó en varias ocasiones a las cartas con él e incluso, cenó en su casa. El señor Bright se había ganado su confianza y ahora también, se la había robado al revelar la verdad.

—Oh, padre, no sé qué hacer —dijo Margaret entre lágrimas mientras se lanzó a los brazos de su padre. Él trató de calmarla con algunas ligeras palmaditas en la espalda, pero sabía que nada de lo que dijera conseguiría esclarecer la maraña de sentimientos que ahora albergaba el corazón de su hija.

—Tu tía sospechaba desde hace algunas semanas que tu relación con el señor Kingsman no lograría concluir en matrimonio porque había detectado algunas conductas por tu parte que indicaban que tenías predilección por otro caballero —Margaret rompió el abrazo con su padre mientras relataba detalles que habían acontecido en las últimas semanas de los que ella no había sido consciente — Así que yo mismo decidí despejar esas sospechas y os observé durante un tiempo.

Cuando Margaret escuchó que su padre le había observado durante semanas sintió cómo el calor recorría sus mejillas y se tapó la boca de inmediato. ¿Cuántos secretos conocería su padre? La vergüenza le poseyó porque no deseaba que su padre fuera testigo de las conversaciones o incluso, de los encuentros que había compartido con Bright.

—¡Qué vergüenza! —dijo la joven tapándose el rostro con las manos esperando que su padre no sospechara que su relación con Bright había alcanzado un plano físico.

—Ninguna vergüenza hija. La devoción con la que te observaba aquel hombre alejó cualquier duda sobre sus posibles intenciones para contigo tanto que esperaba que cualquier día acudiera a mi puerta con una propuesta. La paciencia con la que esperaba a que terminaras de bailar con

todos los hombres y por supuesto, con Kingsman, solo me alertaba de la templanza de su persona.

—Sí, pero nos engañó a todos, padre. En mi carta dice que necesitaba saber si podría amarlo como un hombre y no solo como amigo y por eso, se presentó con otro nombre.

—Y dime, si hubiera acudido a ti como tu querido amigo Henry, ¿le habrías amado de la misma forma que tu cuerpo está confesándome? Conociste al niño y has crecido con él, pero ¿y el hombre en que se ha convertido?

El señor Westworth formuló la pregunta adecuada que dejó en silencio a Margaret. Henry siempre había sido su amigo y aunque durante años se había refugiado en sus cartas y había creído que nadie podría reemplazarlo siempre habían sido sentimientos de amistad, nada comparable a lo que su corazón y su estómago sentía cada vez que estaba frente a Bright o que hablaba con él.

—Tiene razón, padre.

—Henry necesitaba abandonar al niño y convertirse ante ti en un hombre.

—Me siento tan confusa que no sé qué pensar.

—Lo mismo pensó tu madre cuando le confesé mis sentimientos, hija mía. El amor es así. Es arrollador y confuso, pero también, es la mayor de las aventuras y has tenido la suerte de conocer a dos personas tan distintas y tan especiales que te han cautivado. No todos tienen esta suerte. Ahora tienes que pensar si la mentira en que te atraparon es mayor que los sentimientos que han crecido en ti o si por el contrario...

Margaret saltó sobre la cama como un resorte y tomando el sombrero que había sobre una de las sillas salió corriendo hacia la puerta principal dejando a su padre con la palabra en la boca. Cuando llegó a las caballerizas, el cuidador le entregó a su caballo ensillado.

—Su padre me advirtió que tuviera a su caballo ensillado en todo momento porque sospechaba que lo necesitaría.

La joven no pudo evitar sonreír y se dejó ayudar a montar y como si el animal ya supiera el camino, se dirigió a la residencia de Bright.

Se sentía orgullosa del padre que tenía, de su comprensión y de cómo le había animado a seguir los dictados de su corazón cuando todo parecía oscuro y confuso. No había reproches en sus palabras sino aliento, fuerza y ánimo.

Por ello, necesitaba llegar lo más rápido posible a la propiedad de Bright y poder comprobar si había llegado. Durante el trayecto, Margaret no se dio cuenta, pero varios de los vecinos le observaban anonadados por verla cabalgar de aquella forma sobre el caballo. Ver a una dama sobre un gran animal como aquel en lugar de disfrutar de la comodidad de una calesa no ocurría todos los días.

Al cabo de diez minutos, Margaret cruzó la verja que separaba la propiedad del camino y se dirigió a la casa. A su llegada, el mayordomo cogió las riendas del caballo y otro le ayudó a bajar.

—Siento comunicarle que el señor Bright no se encuentra en casa.

—Soy consciente de ello, pero, aun así, si no le importa a la señorita Bright, le esperaré dentro.

Con paso decidido y sin esperar las indicaciones del servicio, Margaret Westworth abrió la puerta de la casa y se perdió en ella.

## CAPÍTULO 30



*20 de agosto de 1876  
Middleton, Inglaterra*

Había transcurrido una semana desde que Margaret decidió esperar a Bright. Acudía a su casa en varias ocasiones a lo largo del día para estar con Alice y para aguardar pacientemente su regreso. No sabía si sería una semana, dos o un mes. Nada le alejaría de aquella casa y de obtener respuestas a todas sus preguntas. La señorita Alice estaba encantada de tener compañía y durante largas conversaciones contestó a las innumerables preguntas sobre el pasado de ambos que Margaret le formulaba.

Durante todo el verano que Margaret había ocultado sus verdaderos sentimientos a las personas a las que más quería por miedo a sus reproches se sentía ahora en paz al poder hablar con libertad. Aquellos días, vinieron a la mente de Margaret algunos recuerdos de la pequeña Alice. Pero eran imágenes desdibujadas en su memoria debido a la corta edad de Margaret cuando la familia abandonó Middleton. Recordaba a su hermano mayor con un poco más de claridad pero aun así, si lo hubiera visto acudir a Middleton no sería capaz de reconocerlo.

Encontró reconfortante la compañía y la amistad de Alice. La joven solo tenía buenas palabras para hablar de su querido hermano y de cuánto habían echado de menos Middleton, a sus gentes y a ella, Margaret.

Alice le explicó que ella era uno de los temas principales en las conversaciones que mantenía con su hermano pues él no podía dejar de hablar de las cosas que le había relatado en las cartas.

Por su parte, a Margaret le agradó construir el pasado de ambos a través de los ojos de Alice y cómo ella había vivido la humillación de la familia, los esfuerzos de Henry por recuperar el honor de su familia y, sobre todo, el cariño con el que escribía cada una de sus cartas.

Margaret reusó en participar en el resto de eventos sociales de la temporada hasta que Bright regresara a casa para poder hablar con él. Necesitaba aclarar toda esta situación y transmitirle lo enfadada que estaba por su engaño.

Juntas, como hermanas, Alice y Margaret dieron largos paseos por la propiedad, montaron a caballo, disfrutaron de la compañía de Grace y Rose e incluso, de las visitas de Thomas. Margaret observaba como los días pasaban y Bright no regresaba a casa y aunque temía que se hubiera arrepentido de su petición de esperarla, Alice le insistía en la honestidad de sus palabras.

—Margaret, amiga. No puedo hablar en nombre de mi hermano, pero si pudiera, solo podría confesarle los profundos sentimientos que tiene hacia usted. Ojalá pueda perdonarlo a él y también a mí por nuestro engaño.

—Alice...

—Sé que no ha sido justo para usted y honesto por nuestra parte, pero...—la honestidad y la pena que arrastraban las palabras de Alice solo evidenciaba el profundo dolor que le había causado ser cómplice de la mentira de su hermano.

—No se preocupe, Alice. Comprendo el motivo que les llevó a ocultar sus verdaderas

identidades y a fingir ser recién llegados en Middleton. Yo misma me ruborizo porque hubo un momento en que pensé que ambos eran amantes tras verlos juntos en un baile y encontrarla en la casa del señor Bright a la mañana siguiente e incluso, se lo reproché.

—Sí, Henry me lo confesó al día siguiente. Yo no podía parar de reír y él, solo maldecía por nuestro atrevimiento y por lo embusteros que éramos. Se sentía tan mal el pobre, Henry.

—Es curioso. Usted le llama Henry y yo Bright.

—¿Acaso hay diferencia? —preguntó Alice con sinceridad.

—No, supongo que no.

Alice tenía razón, no había diferencia entre Henry y Bright. Eran la misma persona que se había presentado ante ella en momentos distintos de su vida y que de alguna forma, le habían complementado como niña y como mujer. Era misión de ella descifrar si estaba dispuesta a superar aquellos sentimientos que le habían llevado hasta allí.

Al atardecer del fin de una nueva semana, Margaret y Alice se encontraban regresando a casa de uno de sus paseos cuando varios caballos se aproximaron a la propiedad.

—Son Henry y Marcus, gracias al cielo que han regresado. Mire, Margaret, es Henry —dijo la joven mientras corría hacia la parte delantera de la casa olvidando las normas que debían regir a una dama.

Por supuesto que Margaret estaba mirando. Miraba como la figura de aquel hombre que le había hecho experimentar cosas tan intensas durante las últimas semanas se aproximaba al galope junto a su hermano. Cuando Bright se percató de la presencia de la joven, apresuró el paso para adelantarse a su hermano en la carrera. Margaret estaba temblando. Su corazón se detuvo en el instante en que los ojos oscuros de Bright se posaron en su rostro. Era Bright.

Cuando el caballero estuvo cerca de ella, desmontó con presteza, agarró las riendas para evitar que el caballo no se escapara, pero ambos respiraban de forma apresurada. Permanecieron a apenas cinco pies de distancia sin dejar de mirarse, pero sin pronunciar palabra. Alice que estaba a su lado saludó a su hermano y éste, le devolvió el abrazo con afecto. La joven estaba entusiasmada con el regreso de su hermano mayor y cuando Marcus desmontó del caballo también se arrojó a sus brazos.

—Da gracias a que soy tu hermana pequeña y a que eres dos veces más grande que yo que si no, te golpearía en esa tontorrón cabeza tuya que te mete en tantos problemas. —regañó Alice a su hermano mientras le daba uno y mil abrazos y le pellizcaba el brazo para causarle una mínima pizca de dolor.

—Alice, yo...

—A casa, sin rechistar —Alice sacó a relucir un mal genio que llamó la atención de Margaret mientras ordenaba a su hermano que fuera a la casa y dejara de causar problemas.

En ese momento, Marcus se dio cuenta de que otra silueta femenina complementaba el bello paisaje y reconoció sus rasgos.

—Usted debe ser Margaret. Un placer conocer... no puedo decir conocerla porque en verdad, ya nos conocíamos, quizá sea mejor decir reencontrarnos.

—Un placer, Marcus. —saludó Margaret con sinceridad.

—Vamos, Marcus, ya tendrás tiempo de hablar con la señorita Westworth en otro momento, no puedes darte cuenta de que nuestra presencia está de más en este momento.

—¿De más? ¿A qué te refieres? —preguntó incrédulo Marcus mientras era arrastrado por Alice y echaba la vista atrás para observar cómo dos estatuas de piedra permanecían inmóviles tras ellos.

—Coge a los caballos y vayámonos a casa.

Eran solo unos pasos los que separaban sus cuerpos, pero para Margaret, parecían millas de distancia. La joven no podía dejar de contemplar el semblante de Bright, cómo su pecho se movía agitado, su melena despeinada por montar a caballo, sus ojos brillantes y deseosos. Y por supuesto, se dio cuenta que el cuerpo de Bright estaba esperando a que sea ella quien diera el primer paso.

Pasan unos segundos y pronto, el nerviosismo de Bright se convirtió en miedo. Margaret había apreciado el cambio en el rostro de su compañero, pero desea mantenerse alejada durante un poco más. Quería observarlo, cada matiz que antes no había llamado su atención y comprobar las finas líneas que separaban a Bright de Henry o a Henry de Bright.

—Llega tarde, señor Bright.

Margaret pronunció aquellas palabras con el rostro serio y sin apenas moverse. Bright bajó los hombros en señal de rendición. Todo estaba perdido. El joven, que había desnudado su alma y su corazón en aquella carta, se sentía abatido por la dureza en las palabras de Margaret. No le había perdonaba. Margaret no había encontrado consuelo en sus palabras.

—Escúcheme con atención, señor Bright.

Margaret dio, al fin, varios pasos hacia Bright que le llevaron a colocarse a apenas unos centímetros de su rostro. La proximidad de sus cuerpos provocó una reacción en el cuerpo de Margaret. Sus piernas comenzaron a temblar, sintió como su voz iba a ser consumida por un espontáneo tartamudeo, pero trató de hacer acopio de todas sus fuerzas para dominarse mientras el vello de su cuerpo se erizaba. La presencia de Bright le cautivaba.

—Desde este momento, se acabaron las cartas sin respuesta, las mentiras y las partidas de cartas con mi padre. Pues solo yo seré dueña de su corazón al igual que vos, Bright, sois dueño del mío.

Bright se lanzó sobre Margaret en el momento en que notó cómo el perdón y el amor fluían hacia él desde aquellas palabras. Margaret ahora le sonreía mientras él atrapaba su rostro con sus toscas manos. Le besó, le besó como nunca antes lo había hecho. Con cariño y con dulzura. La frente, las mejillas, la barbilla, los labios, los ojos... ningún rincón del rostro de Margaret quedó excluido de la devoción de Bright.

—Debes saber, Margaret, que mis intenciones siempre han sido honestas a pesar de mi engaño y por favor le pido, que no culpe o guarde rencor a Alice por ser mi cómplice, ella solo ansía verme feliz.

—Bright.

—Espera, déjeme terminar. Sé que no soy merecedor y que puede que jamás sea merecedor de su amor y de su corazón, pero si me lo permite, cuidaré de él y lo protegeré con mi vida porque eso eres para mí, Margaret. Quiero que escribamos juntos la mayor carta de amor que exista.

Margaret no pudo evitar sentir cómo sus ojos se humedecían ante aquellas palabras tan hermosas. Sentía el calor de Bright y la sinceridad de sus palabras y todas las dudas que durante semanas había albergado sobre las verdaderas intenciones de Bright se disiparon con el ocaso.

—Margaret, deseo hablarle con cariño y cercanía.

—Se lo permito.

—¿Podrás perdonarme algún día?

—Sí, el día que te atrevas a pedirle a mi padre mi mano.

—Lo hice hace una semana.



*Middleton Post. 20 de septiembre de 1876*

*Queridos lectores,*

*Esta ha sido, sin lugar a dudas, la temporada social más intensa y con más publicaciones de la historia del periódico de Middleton. Si bien una servidora debe admitir su derrota al no terminar de descubrir cuál ha sido el enigma entre el señor Bright y la señorita Westworth hoy termina con este pie de página en el que se anuncia sus dispensas matrimoniales por primera vez.*

*Siento cierta tristeza al despedirme de una de las solteras más cotizadas y comentadas de todo Middleton, pero algo me dice, y seguro que mi instinto así lo confirma, que pronto surgirá una nueva dama en Middleton capaz de atrapar mi atención.*

*Solo me queda desear a la joven pareja la mayor de las felicidades y recordar a todas las damas en edad casadera que el señor Kingsman es un gran partido.*

*Lady Middleton*

## EPÍLOGO



*14 de marzo de 1877  
Middleton, Inglaterra*

—Déjeme decirle, señora Bright, que la encuentro radiante en esta mañana de invierno.

—Zalamero, embustero, mentiroso. Después de tanto tiempo debería haber aprendido a pronunciar una mentira más creíble, o mejor, a no mentirle a su querida esposa.

—Pero es la verdad, querida.

—Por la criatura que llevo en mis entrañas, ¿cómo puede decirme que estoy hermosa cuando mi tamaño ha aumentado tanto, mis pies están hinchados y me parezco a la señora Pullbright? — comentó Margaret entre pucheros mientras se tocaba el abultado vientre que durante los últimos meses había crecido fruto de su amor.

—Entonces debería escribirle una carta a la señora Pullbright para decirle que la encuentro hermosa — comentó con sorna Bright mientras su mujer le golpeaba con fuerza sobre el hombro con sus delicados puños.

—No será capaz, señor Bright. —la mirada retadora de Margaret despertó la sonrisa en su marido quién, abrazándole por detrás, depositó besos dulces por todo el largo de su cuello.

—Adoro cómo lo dices.

Los besos de Bright seguían colmando el cuello de Margaret. Atrás habían quedado esos momentos tensos entre ellos. Mientras Bright seguía abrazando a su mujer unas voces comenzaron a escucharse desde el exterior de la casa.

Ninguno fue capaz de distinguir de quién eran hasta que un huracán entró sin remedio en la entrada de la residencia y llegó hasta la sala donde se encontraban obligándoles a recuperar una posición más presentable para sus inesperados invitados.

—Yo pasaré primero — gritó Rose exaltada entrando en la residencia Bright sin apenas respetar las normas de cortesía o ser presentada adecuadamente.

—No, yo quiero ver a nuestra hermana primero. Quiero sentir a nuestro sobrino, Grace.

Las hermanas de Margaret irrumpieron en la sala y acudieron hasta el lugar que su hermana mayor y su cuñado se encontraban. No eran conocedoras de todo lo que había sucedido entre ellos puesto que era un secreto que solo concernía a los esposos, aunque en el fondo, las dos jóvenes seguían enamoradas del joven Bright y nada de lo que pudiera haber hecho empañaría su imagen.

—¿Cómo te encuentras, hermana? — Rose se acercó con rapidez a tocar la tripa de Margaret y mientras, Bright y Grace admiraban el espectáculo desde sus lugares. Era una estampa muy tierna que ablandaría el corazón de cualquier hombre rudo.

—Confío en que la pequeña Bright esté sana. — dijo Grace mientras miraba a su cuñado sonriente.

—¿Pequeña Bright? Da por sentado, querida cuñada, que será una niña. ¿Acaso no cabe también la posibilidad de ser un niño? — preguntó Bright entre risas.

—Por si no se ha dado cuenta, la sangre Westworth ha criado a tres sanas y complicadas

mujeres, por tanto, y siento decepcionarle, es probable que mi hermana tenga una niña en su interior.

—No importa su sexo, lo importante es que nazca sano y fuerte —confesó el padre orgulloso mientras admiraba la suerte de tener una familia de nuevo.

—Eso por descontado.

—Debo advertirle, querida cuñada, que la próxima temporada usted será el blanco de miradas y de los deseos de las madres casaderas. Es la siguiente heredera de la fortuna Westworth.

—Eso está por ver — comentó Grace en un tono de voz tan alto que alertó a sus hermanas que todavía parloteaban con divertimento a la tripa abultada de Margaret.

—Siento comunicarte, hermana, que pronto tendrás que empezar a pensar en el matrimonio.

—¡Yo lo estoy deseando! — gritó Rose encantada dando palmas. Su euforia era contagiosa.

—Me refería a Grace, querida Rose. Durante la próxima temporada serás el centro de atención de madres en busca de una esposa adecuada para sus hijos. —confesó Margaret guiñando un ojo a su hermana.

—Eso será si yo me dejo.

—Lo mismo dije yo y mira — indicó Margaret tocándose la barriga y señalando a Bright —. Una vez me dijo alguien que el amor es como un huracán. Te zarandea, es devastador pero un gran regalo. Será divertido ver cómo te captura a ti.

—Eso no pasará, soy demasiado orgullosa como para dejar que cualquier hombre se crea con derecho a mí.

Ninguno de los presentes pudo reprimir las risas ante el comentario de Grace. Toda esa testarudez que demostraba había sido propia de Margaret durante las últimas temporadas sociales y al final, cayó presa de un amor intenso y sin límites.

Mientras las tres hermanas hablaban sobre los preparativos de un pequeño viaje que Rose y Grace iban a realizar para visitar a unos parientes en la costa, Bright no pudo dejar de contemplar la estampa que tenía frente a él en silencio.

Bright no podía ocultar la pasión y el cariño que sentía por su mujer, por la confianza que la persona de la que siempre había estado enamorado le devolviera la mirada con aquella intensidad y le quisiera. Margaret había sido lo que siempre había deseado, lo que siempre había amado y ahora, estaban esperando el primero del que iba a ser una larga estirpe que alentaría el apellido Bright.

El caballero había dejado atrás la vergüenza que su apellido le había infundado durante años en su corazón gracias a su nueva familia y a la nueva vida que había emprendido con ella.

Le divertía cuando su mujer le retaba con la mirada provocándole y llamándole Bright en sus momentos de intimidad. Adoraba encontrarse pequeñas notas sobre su escritorio cada día en las que su mujer expresaba su eterno amor. Pues con los meses había aprendido a conciliar las dos mitades del hombre que era.

Y por fin, estaba listo para decirle todos y cada uno de los días de su vida a Margaret aquellas palabras de amor que durante meses no pudo ser capaz de pronunciar pero que en sus cartas se escondían en cada línea por años.

Pues Margaret fue y será la única dueña de su corazón.



## COMENTARIOS DE LA AUTORA

Querido lector/a,

Quiero darte las gracias de corazón por darle una oportunidad a “Cartas a Middleton”, la primera historia con la que inicio un nuevo camino dentro de la literatura romántica histórica. Ha sido una aventura complicada y apasionante, pero al igual que si un agujero negro se tratara, ya no tengo escapatoria y desde este instante, soy presa de romances que surgen de lo más tierno de mi corazón.

Espero que hayas disfrutado cada una de estas páginas y que, junto a Margaret y Bright hayas vivido un intenso romance.

Por ello, te invito y apreciaría de corazón que pudieras escribir una pequeña reseña o comentario en la plataforma para que anime a otros lectores a disfrutar de esta historia.

De corazón y siempre,

Patricia

# AGRADECIMIENTOS

Esta historia quiero dedicarla, principalmente, a la persona que día a día me apoya para que siga cumpliendo mis sueños, me da alas y me permite volar todo lo alto que mi mente quiere llegar. Gracias por todo lo que me das.

Y no puedo olvidarme de esa personita que sin saberlo ya ha cambiado mi mundo por completo.

A Elena, mi querida hermana, que libro tras libro, está allí al pie del cañón viviendo mis aventuras.

A Alba López, mi amiga, mi confidente, mi hermana de escritura. Gracias por todos estos años a mi lado y por seguir luchando a mi lado.

A Elena Castillo Castro, una de las mejores personas que el mundo de la escritura me ha permitido conocer. Gracias por creer en mí, por darme fuerzas y por ser siempre fuente de inspiración.

Como siempre, a Inma y Sara, dos pilares fundamentales de esta aventura que durante meses me han ayudado a convencerme a mí misma de que éste es mi género.

Y por supuesto, a ti, Jane. Sé que jamás podrás leer esta dedicatoria, pero te debo más de lo que podrías imaginar. Me has inspirado como autora y como persona. Gracias por descubrirme un mundo nuevo y por permitirme formar parte de él.

Y no puedo olvidarme de vosotros. Gracias a todos los que lleváis años apreciando mis proyectos literarios en el blog, en YouTube y en redes y que también habéis decidido apoyarme en mi nueva aventura como escritora.

## BIOGRAFÍA DE LA AUTORA



Zaragoza, 1990.

Patricia García Ferrer, más conocida como Little Red empezó a leer antes que a caminar y su afición por la escritura comenzó entre clases de economía y literatura. Durante más de ocho años ha creado dos grandes proyectos literarios: “Little Red Reading Hood” (blog literario) y “Little Red Read” (canal literario en YouTube) con los que pudo compartir su opinión sobre lecturas con otras personas.

Su debut como escritora tuvo lugar en mayo de 2018 con la publicación de “*La cúpula de hielo*” y ocho meses más tarde publicó “*Hijas de las sombras*” en 2019. Dos novelas pertenecientes al género de fantasía juvenil y que actualmente están disfrutando lectores de todo el mundo.

Ahora, Patricia nos presenta su primera novela de literatura romántica histórica, “*Cartas a Middleton*”, primera parte de una trilogía con la que espera dar rienda suelta a su pasión por las historias de romántica histórica que tanto aprecia y atesora pues vivir romances intensos y algún misterio que otro es el objetivo de su enamoradizo corazón.

Podéis seguir sus progresos en redes sociales.

**YouTube, Instagram y Facebook: @littleredread**